



Entre sueños y banderas

• FRAGMENTOS DE UN PAÍS QUE DUELE •



Para que sus memorias
brillen por siempre



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Entre sueños y banderas

• FRAGMENTOS DE UN PAÍS QUE DUELE •

Una iniciativa de memoria histórica
de Red Memoria



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Entre sueños y banderas. Fragmentos de un país que duele

Iniciativa de Memoria Histórica de

Red Memoria

Dora Ariza Vega

Coordinación de la investigación

Héctor Armando Navarro Algarra

Elizabeth Moya Sánchez

Pedro Nelson Navarro Algarra

Investigadores e investigadoras

Camilo Navarro Ariza

Diseño de portada

—

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia

Dirección General

Luis Carlos Sánchez Díaz

Luz Ángela Castro Nungo (e) (mar. 2025)

Álvaro Villarraga Sarmiento (may. 2024 - feb. 2025)

Dirección Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica

Camilo Andrés Garcés Vanegas

Líder de la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica (EIMH)

Yuri Andrea Leal Cabra (2025)

Apoyo a la supervisión EIMH

Rigoberto Rueda Santos (2025)

Isis Restrepo Bulla (may. - dic. 2024)

Acompañamiento a la Iniciativa de Memoria Histórica

Saron Daniela Restrepo Velasquez (2024)

Practicante EIMH

Yenny Parra Zuluaga

Apoyo a la revisión técnica (DCMH)

Sandra Milena Ramírez Martínez

Apoyo a la gestión editorial (DCMH)

Silvia Katerine Aguirre Giraldo

Cartografía temática (DCMH)

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado de
la Estrategia de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Viviana Hernández Orjuela
Diseño y diagramación

Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Katherine Castro
Corrección de estilo

—

Número de páginas: 316
Formato: 14 cm x 21 cm
ISBN Impreso: 978-628-7792-29-6
ISBN digital: 978-628-7792-30-2

Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia.
Queda hecho el depósito legal

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31,
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Red Memoria. (2025). *Entre sueños y
banderas. Fragmentos de un país que duele*.
CNMH.

Primera edición: noviembre de 2025

Esta publicación es el resultado del apoyo a una de las iniciativas de memoria histórica (IHM) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y su Estrategia de Iniciativas de Memoria Histórica, en la vigencia 2020-2024. Los contenidos presentados son responsabilidad de los autores de los relatos, por lo tanto, no reflejan necesariamente las opiniones del CNMH.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica.



Centro Nacional de Memoria Histórica.

Entre sueños y banderas : fragmentos de un país que duele / Centro Nacional de Memoria Histórica ; coordinación de la investigación Dora Ariza Vega, investigadores e investigadoras Héctor Armando Navarro Algarra, Elizabeth Moya Sánchez, Pedro Nelson Navarro Algarra ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025.

316 páginas : ilustraciones.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN impreso: 978-628-7792-29-6

ISBN digital: 978-628-7792-30-2

1. Unión Patriótica – Colombia – Historia 2. Conflicto armado – Colombia 3. Víctimas del conflicto armado – Colombia 4. Violencia política 5. Mesetas (Meta, Colombia) I. Ariza Vega, Dora, investigadora II. Navarro Algarra, Héctor Armando, investigador III. Moya Sánchez, Elizabeth, investigadora IV. Navarro Algarra, Pedro Nelson, investigador V. Rodríguez, Linda, editora VI. Centro Nacional de Memoria Histórica. VI. Título.

CDD: 323.409861

CO-BoCMH

Agradecimientos

Al Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) por haber acogido y acompañado de manera permanente esta iniciativa.

A los familiares de las víctimas aquí reseñadas por haber aportado tanto para la construcción de este libro.

A todas las personas que amablemente nos entregaron sus testimonios.

A quienes nos colaboraron con sus ideas, observaciones y precisiones.

A quienes nos abrieron sus puertas con amabilidad, como la I.E. Colegio Francisco Arango de Villavicencio, en especial a su rector, Otto Gómez Quevedo.

A los sobrevivientes que compartieron sus historias y que continúan luchando por la justicia y la paz.

A la maestra Rocío Londoño Botero por sus valiosas sugerencias y su generosa disposición; además, por tener la gentileza de escribir el prólogo.

Tabla de contenido

Agradecimientos	7
Prólogo	17
Fundación y auge de la UP	19
Violencia contra la UP	23
Las víctimas en Mesetas	27
Introducción	31
1. Contexto histórico y político de Mesetas	39
1.1. El municipio de Mesetas	41
1.2. Los primeros colonos	44
1.2.1. Chilaco	47
1.3. La fundación del poblado	52
1.4. El regreso	56
1.5. De El Duda a Mesetas, volviendo a la historia	57
1.6. Creación del municipio de Mesetas	62
1.7. Movimientos sociales y políticos en Mesetas	64
1.8. Los diálogos de paz y el nacimiento de la Unión Patriótica	69
1.8.1. Una espuma que crecía	73

1.8.2. Violencia contra la Unión Patriótica.....	77
1.9. Mesetas hoy.....	80
2. Alba Ariza: madera de puro corazón	85
2.1. Entre los hijos y la violencia	86
2.2. En el Llano hay buenas tierras	89
2.3. ¡China, vámonos!.....	92
2.4. Entre ríos y selvas	96
2.5. La niña y la adolescente.....	97
2.6. La Juventud Comunista y la Unión Patriótica	103
2.7. Las cartas	110
2.8. Los primeros y últimos rayos de sol	117
3. Carlos Julián Vélez Rodríguez: un líder transparente	121
3.1. La violencia en Caicedonia	123
3.2. En la vereda Caño Rojo	125
3.3. Saliendo a medianoche para Mesetas	127
3.4. Desde un principio, él se convirtió en el dirigente.....	133
3.5. Florecimiento de la Unión Patriótica.....	141
3.6. «¿Qué hay que hacer?» «¡La revolución, compañero!».....	142
3.7. Toda la familia	145
3.8. La marcha de Iracá.....	150
3.9. Entre elecciones y sepelios.....	152
3.10. El luchador por los derechos humanos.....	161
3.11. Los sueños inconclusos.....	165

3.12. «Hija, no mires ese desastre»	166
3.13. Recordando a un compañero de lucha	173
4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre	177
4.1. Infancia intrépida	181
4.2. Se fue de vacaciones y echó raíces	183
4.3. Un colono transformador	184
4.4. Rencuentro de historias y rostros	187
4.5. Inolvidable, fue todo un acontecimiento	193
4.6. Día de la posesión	193
4.7. De la celebración al calvario anunciado	195
5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad	203
5.1. Luz Dary Sánchez Ángel: la niña del vestido blanco	204
5.1.1. Don Abelino y su familia, colonos de Mesetas	206
5.1.2. La hermandad en la Unión Patriótica	207
5.1.3. Secretaria del concejo municipal	210
5.1.4. Una balacera a la medianoche	213
5.1.5. La oscuridad en el camino	215
5.1.6. Ya no eran los mismos	217
5.1.7. Uno se muere con ese dolor	221
5.1.8. Poema a Luz Dary	222
5.2. Rafael Moya Hernández: animador, deportista y dirigente político	224
5.2.1. El majestuoso río Duda	224
5.2.2. Mi rey	225

5.2.3. Recuerdos de su familia	228
5.2.4. Su militancia política.....	229
5.2.5. El organizador	231
5.2.6. La tragedia	233
5.2.7. Llamada telefónica.....	236
5.2.8. Lléveme a un barrio humilde porque yo soy pobre	237
6. Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia.....	241
6.1. Heraclio Hormiga.....	241
6.2. Rogelio Hincapié	242
6.3. Alfredo Pabón.....	244
6.4. Luis Alfonso Camacho, un militante por siempre	248
6.4.1. De La Samba a El Gobernador	249
6.4.2. La esperanza puesta en el sol naciente.....	253
6.4.3. El último bastión de la UP en el Meta.....	259
6.4.4. El que es no deja de ser	262
6.4.5. La anhelada reparación.....	265
6.4.6. Hay tres cosas que no puedo olvidar	266
6.5. Miguel Antonio Rubio: el compañero alcalde	268
6.5.1. Veníamos de la parte donde hay poquita tierra...	269
6.5.2. Buenas tierras.....	276
6.5.3. La Unión Patriótica.....	280
6.5.4. La violencia.....	286
6.5.5. Falsa denuncia por enriquecimiento ilícito	289

6.5.6. Un millón de pesos.....	292
6.5.7. Unos tipos raros.....	293
6.5.8.Cuál es el santo de su devoción.....	298
6.5.9. ¿Cuánto vale esa finca?	299
Las autoras y los autores	303
Referencias.....	305
Entrevistas	309

Nada debe impedir la recuperación de la memoria [...]. Cuando los acontecimientos vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, tal derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar.

(Tzvetan Todorov)

[...] quienes le apostaron de manera voluntaria y pública a constituir la militancia de la UP, creyendo en una convergencia política alternativa a la confrontación armada y en un tránsito de las armas a la política, quedaron en una situación de vulnerabilidad que, en últimas, devino en tragedia.

(Alberto Rojas Puyo)

Se nos partió el alma y el corazón. Un dolor sin nombre nos inundó la vida.

(Dora Ariza)

Prólogo

Entre sueños y banderas. Fragmentos de un país que duele es un libro conmovedor que nos recuerda el trágico y doloroso exterminio de los militantes de la Unión Patriótica (UP) en Colombia, y en el municipio de Mesetas en particular, por cuenta de grupos paramilitares y de sectores de las Fuerzas Armadas, en algunos casos con la complicidad de actores políticos. Tanto este libro como el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica sobre la UP (CNMH, 2018b) muestran el entusiasmo ciudadano suscitado por el acuerdo de paz suscrito en Uribe (Meta) el 28 de marzo de 1984 entre el gobierno de Belisario Betancur y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), y el progresivo avance electoral de la UP, nuevo partido creado por las FARC-EP, el Partido Comunista y otras fuerzas políticas, en medio de los diálogos de paz.

Aparte de la violencia paramilitar, y no en pocos casos de la fuerza pública, o con complicidad de esta y de actores políticos, los autores de este libro, con base en testimonios de familiares y compañeros de las víctimas de la UP, se refieren a la violencia sectaria de mediados del siglo xx y su efecto en la migración de familias campesinas —muchas de ellas liberales o comunistas— a zonas de baldíos como Mesetas, fenómeno que hoy se conoce como desplazamiento forzado. En esa medida, los testimonios que aquí se presentan ponen de relieve las ilusiones de progreso, paz y bienestar de las familias, así como también las dificultades propias de la

colonización campesina, contrarrestadas en parte por la solidaridad y el trabajo comunitario.

Dora Ariza da cuenta, en el primer capítulo, de la fundación del poblado de Mesetas por campesinos oriundos de Tolima, Huila y Cundinamarca, quienes fueron desplazados por la violencia bipartidista de mediados del siglo xx. Asimismo, ella se refiere a las familias que llegaron a Mesetas provenientes del Valle del Cauca y Boyacá en búsqueda de mejores tierras, en un proceso muy similar al observado en la extensa región del Sumapaz, de la cual también migraron campesinos a la región del Ariari, como es el caso de cuatro hermanos del líder agrario Juan de La Cruz Varela (Silvino, Jesús, Ismael y Marcolino), quienes fueron asesinados en septiembre de 1960, y sobre cuyo crimen existen distintas versiones (Londoño, 2014)¹.

Tanto los fundadores como la mayoría de los pobladores de Mesetas comparten características comunes con pobladores de otras zonas de colonización campesina, como el Sumapaz, dentro de las cuales sobresalen las siguientes: 1) buena parte de los colonos que llegaron a Mesetas, entre 1950 y 1970, eran comunistas y liberales gaitanistas que concedían particular importancia a la educación de sus hijos e hijas y de la comunidad en general; 2) entre sus habitantes son notables la solidaridad vecinal, el trabajo comunitario y la creación de organizaciones sociales, como también las actividades culturales y políticas organizadas por los militantes de la Juventud Comunista Colombiana (JUCO) y 3) se observa así mismo la influencia de párrocos católicos progresistas, como el español Valentín Aparicio, de quien se dice que «jalaba para la izquierda».

A todo esto, se suma que la educación secundaria se inició en un salón de la iglesia de Mesetas, donde también funcionaba la única sala de cine en la que el párroco presentaba, sobre todo, películas mexicanas. Ahora

1 Crimen que será analizado más adelante.

bien, contrario a lo que sucedía en muchos pueblos y zonas rurales de Colombia, en Mesetas no había expresiones de sectarismo político o fundamentalismo religioso; más aún, entre los comunistas había unos cuantos católicos practicantes.

Como en otras zonas de colonización campesina, la influencia del Partido Comunista fue una condición propicia para que las FARC-EP, conformadas en 1964, establecieran su comando central en Uribe (Meta), muy cerca de Mesetas. Para entonces, las relaciones entre las FARC-EP y la población eran muy cercanas, puesto que algunos de los colonos que llegaron de Cundinamarca, Tolima, Valle, Huila y Boyacá habían sido miembros de las resistencias campesinas liberal y comunista de esas regiones. Infortunadamente, en las décadas de 1980 y 1990, la fuerte presencia de las FARC-EP en esta región haría a su población particularmente vulnerable a la represión oficial y a la violencia paramilitar.

Fundación y auge de la UP

Como resultado del acuerdo firmado en el municipio de Uribe, las FARC-EP, junto con el Partido Comunista y otras fuerzas políticas, crearon el partido Unión Patriótica (UP), cuya primera presentación pública fue en mayo de 1985, por el secretariado de las FARC-EP, en Casa Verde, durante una reunión con «miembros de la Comisión de Verificación, delegados de los partidos políticos, algunos gremios económicos, delegaciones del Congreso de la República y otras instituciones» (CNMH, 2018b, p. 36).

Ese día llegaron a Uribe miles de personas provenientes de la región del Ariari, del Meta y de Bogotá. El lanzamiento de la UP en Uribe fue un verdadero acontecimiento, ya que, a esta tierra tan lejana, casi sin caminos y con una carretera impensable entre la selva, asistieron miles de

personas; entraron 121 vehículos en semejantes dificultades, los camiones se enterraban, pero lo importante era llegar (Prada, 2008).

En la capital, el nuevo partido fue presentado el 28 de mayo de 1985, fecha en la que se celebraba el primer aniversario del acuerdo de paz en Uribe. Este acto fue interpretado como una expresión simbólica de la apertura democrática del régimen político y contó con la presencia de sectores liberales y conservadores y de personajes públicos como Ernesto Samper Pizano, de la Dirección Nacional Liberal; Emilio Urrea, del Nuevo Liberalismo, y Fabio Valencia Cossio, por el Progresismo Conservador (CNMH, 2018b).

Con la participación de comandantes y otros miembros de las FARC-EP, vinculados a la actividad política legal, la Unión Patriótica tuvo inicialmente una amplia acogida en la población colombiana y en los medios de comunicación.

En su primer año la UP desplegó una considerable actividad organizativa y para el primer congreso, que se realizó el 16 de noviembre de 1985 en Bogotá, su balance señalaba presencia en la mayoría de los departamentos del país y en los entonces territorios nacionales. Según cifras establecidas por la propia UP, se realizaron 572 actos en todo el país para su lanzamiento y organización, se constituyeron 2229 Juntas Patrióticas (órganos de base) en 209 municipios y 13 corregimientos intendenciales, y se movizaron alrededor de 500 000 personas. (CNMH, 2018b, p. 39)

La fuerza electoral que, en menos de un año, había logrado la UP, gracias a su política de alianzas, se pudo apreciar en las elecciones del 9 de marzo de 1986: la UP eligió tres representantes a la Cámara y dos senadores, mientras que sus aliados eligieron seis representantes a la Cá-

mara y cuatro senadores. De igual manera, aunque sus bancadas en ambas corporaciones eran pequeñas, lograron un papel preponderante en la representación de Arauca, Caquetá, Meta y Huila, departamentos donde la UP y sus aliados emergieron como una fuerza alternativa a los partidos liberal y conservador (CNMH, 2018b).

En cuanto a los representantes a la Cámara, la UP eligió a uno por el departamento del Meta, Betty Camacho de Rangel, y a un senador, Pedro Nel Jiménez Obando. Betty Camacho fue una destacada dirigente de la Nueva Fuerza Liberal, aliada de la UP, quien fue asesinada en Villavicencio en 1998. Por su parte, Pedro Nel Jiménez fue un destacado dirigente comunista, con una notable trayectoria en la defensa de los derechos humanos; él también fue asesinado en Villavicencio, el 1 de septiembre de 1986 (CNMH, 2018b).

En aquel momento, entre los municipios del Meta con mayor votación por la UP se encontraba Mesetas, cuyo antecedente, el Frente Democrático (conformado por el Partido Comunista y otras fuerzas de izquierda en 1979), obtuvo en 1982, en la elección del primer concejo municipal, 1257 votos, en tanto que el Partido Liberal obtuvo 1160 votos. Cuatro años después, en las elecciones de 1986, la alianza Unión Patriótica-Nueva Fuerza Liberal obtuvo 3047 votos, en tanto que los liberales obtuvieron 952 votos. Cabe anotar que en 1982 no hubo un solo voto por el Partido Conservador, mientras que en 1986 se presentaron 65 votos por ese partido. Como resultado, el concejo municipal en 1986 quedó conformado por cuatro miembros de la Unión Patriótica y dos del Partido Liberal.

Otra circunstancia favorable para la izquierda de entonces fue el hecho de que el presidente Virgilio Barco, quien era parte del acuerdo de Uribe, habida cuenta de su reconocimiento a las fuerzas de oposición y anticipándose a la elección popular de alcaldes, recomendó a los gober-

nadores que designaran alcaldes del partido que hubiera obtenido la mayoría de los votos en los comicios de marzo de 1986, en los cuales la UP había elegido a 351 concejales²; es así como, en los municipios donde la UP fue la primera fuerza, el gobierno de Barco nombró 24 alcaldes, siete de ellos en municipios del Meta³, dentro de los que se encontraba Miguel Antonio Rubio, en Mesetas.

Los resultados en las elecciones de 1988 para asambleas departamentales y concejos municipales dan cuenta de la creciente fuerza electoral de la UP en el departamento del Meta, ya que el partido eligió dos diputados a la asamblea departamental; uno de ellos era Carlos Julián Vélez —destacado dirigente regional de la UP— quien fue asesinado el 14 de septiembre de 1991, junto con su esposa, Norma, su hijo Luis Carlos, de cinco años, y su hermano Dimas. De igual manera, fueron elegidos siete alcaldes, entre ellos Julio Serrano Patiño, en Mesetas, quien fue víctima de desaparición forzada el 16 de abril de 1993.

Infortunadamente, en 1987 se rompió la tregua entre las FARC-EP y el gobierno de Barco, y se dio por terminado el proceso de paz, hecho que repercutió en una intensificación del conflicto armado y en el retiro de las FARC-EP de la UP en el marco del V Pleno de la Junta Nacional de ese partido, realizado del 20 al 22 de febrero de 1987. Como consecuencia de su decisión, «las FARC [llamaron] a sus miembros a reincorporarse a los frentes militares» (CNMH, 2018b, p. 90), aduciendo como razones principales «la victimización de los guerrilleros amnistiados designados para

2 Véase Cepeda, F. (1994). Una Colombia nueva: la visión política de Barco. En M. Deas y C. Ossa (Coords.), *El gobierno de Barco. Política, economía y desarrollo social* (p. 74). Fedesarrollo/Fondo Cultural Cafetero.

3 Los siete municipios donde la UP tuvo alcaldes son: La Macarena, Puerto Rico, El Castillo, Mesetas, Lejanías, Vista Hermosa y San Juan de Arama.

el trabajo político y [el hecho de que el acuerdo de Uribe] languideció con el presidente liberal Virgilio Barco (1986-1990)» (CNMH, 2018b, p. 44).

Cabe anotar al respecto que el gobierno de Barco mantuvo los acuerdos relativos a la UP, e incluso «autorizó la conformación de nuevos movimientos políticos como el Frente Popular en 1987. Es necesario tener en cuenta este precedente y señalar que el gobierno de Virgilio Barco no cedió ante las presiones de sectores de las Fuerzas Armadas que reclamaban en público —a través de los medios de comunicación— la declaratoria de ilegalidad a la UP». (CNMH, 2018b, p. 45).

Violencia contra la UP

Dos momentos marcan la violencia contra la UP. El primero, como ya se mencionó, fue el rompimiento de la tregua pactada en el acuerdo de Uribe entre el gobierno de Belisario Betancur y las FARC-EP, que ocurrió en 1987, cuando la UP había logrado sus primeros éxitos electorales. El segundo corresponde a la ruptura de los diálogos de paz en San Vicente del Caguán con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), y a la retoma, por parte del Ejército, de la extensa zona de distensión que había sido pactada mientras se llevaban a cabo dichos diálogos de paz.

Al respecto, es necesario destacar que dentro de esa zona, controlada por las FARC-EP, se encontraba el municipio de Mesetas y que, para entonces, tanto las FARC-EP como los paramilitares, agrupados en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), se habían expandido en los departamentos de Caquetá y Meta.

En medio de este contexto, el fortalecimiento político de la UP y su problemática relación con las FARC-EP, pese al retiro oficial de estas en 1987, expuso a sus dirigentes y militantes a la violencia paramilitar y a la represión oficial desatada a partir de la retoma de la zona de distensión

por parte del Ejército. En esa vía, de acuerdo con la Sala de Reconocimiento de la JEP,

5733 personas fueron asesinadas o desaparecidas en ataques dirigidos contra el partido político Unión Patriótica (UP) entre 1984 y 2016, en hechos en los que están vinculados principalmente paramilitares y agentes estatales, quienes actuaron de manera masiva, generalizada, sistemática y selectiva contra esta colectividad. (JEP, 2022)

Por su parte, el informe del CNMH sobre la UP documenta la magnitud y los patrones de concentración geográfica de los homicidios y de la desaparición forzada de militantes y personas afines a la UP. De acuerdo con este informe, «entre mayo de 1984 y diciembre de 2002, el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH ha documentado 4153 víctimas de la Unión Patriótica que fueron asesinadas o desaparecidas o secuestradas» (CNMH, 2018b, p. 108). En contraste, según la Corporación Reiniciar, las víctimas de las diferentes modalidades de violencia, incluyendo el exilio, el desplazamiento forzado y las amenazas de distinta índole, asciende a 6201.

La violencia contra miembros de la UP continuó entre 2003 y 2006, pese a la suspensión de su personería jurídica. Según la Corporación Reiniciar, en ese lapso hubo 1148 víctimas no fatales y, según el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH, hubo 64 muertos y desaparecidos en ese periodo (CNMH, 2018b).

Por otra parte, la concentración geográfica de la violencia contra la UP se advierte en que los homicidios y las desapariciones forzadas se agruparon «en 367 municipios en el periodo 1984-2002, lo que significó en promedio uno de cada tres municipios del país» (CNMH, 2018b, p. 115), y en que cerca de la mitad de las víctimas se concentró en tres

subregiones: Ariari-Guayabero en el suroriente del país (de la cual hace parte Mesetas); Magdalena Medio en el centro, y Urabá en el noroccidente. Estas tres regiones, ubicadas en tres puntos distintos de la geografía nacional, además, representan tres de los principales bastiones de éxito político-electoral para la UP.

Con respecto a la escala local, el informe del CNMH registra la siguiente información:

De los 367 municipios en los que se registraron asesinatos o desapariciones de militantes de la UP, cuarenta concentraron el 63,4 por ciento de las víctimas [...] Los quince municipios con los niveles más altos de victimización fueron Apartadó, Turbo, Chigorodó, Carepa y Mutatá en Urabá, Dabeiba en el Occidente antioqueño, El Castillo, Granada, Mesetas y Vistahermosa en el Ariari-Guayabero, Villavicencio en el Piedemonte llanero, Barrancabermeja en el Magdalena Medio, Segovia en el Nordeste antioqueño, Bogotá y Medellín. (CNMH, 2018b, p. 117)⁴

Entre 1986 y 2001, según el informe del CNMH sobre la UP, la violencia letal contra el nuevo partido tuvo, entre sus principales características, la eliminación física de sus presidentes y candidatos presidenciales —Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo Ossa—, así como de cuatro de sus senadores —Pedro Nel Jiménez Obando, Pedro Luis Valencia Giraldo, Bernardo Jaramillo Ossa y Manuel Cepeda Vargas—. Además, el senador Hernán Motta tuvo que exiliarse por las amenazas contra su vida.

4 Para un análisis exhaustivo de la violencia contra la UP y otros partidos y movimientos políticos, véase el segundo capítulo del informe sobre la UP *Todo pasó frente a nuestros ojos: el genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002* (CNMH, 2018b).

De igual manera, fueron asesinados cuatro representantes a la Cámara —Leonardo Posada Pedraza, por Santander; Octavio Vargas Cuéllar, por Guaviare; Henry Millán González, exrepresentante por Caquetá, y Octavio Sarmiento Bohórquez, exrepresentante por Arauca—. Por último, también fueron víctimas los dirigentes nacionales del Partido Comunista Teófilo Forero, José Antequera y Miller Chacón (CNMH, 2018b).

La violencia letal contra la UP también cobró numerosas víctimas entre los diputados departamentales, los alcaldes y los concejales de municipios donde la UP había logrado notables resultados electorales. Según el CNMH (2014), entre las elecciones de 1986 y 1988, la UP había perdido 550 militantes en masacres, asesinatos selectivos y desapariciones, incluido su candidato presidencial Jaime Pardo Leal. Entre esas víctimas, hubo cinco diputados y 45 dirigentes entre alcaldes y concejales.

En el Meta, la violencia contra miembros de la UP comenzó en noviembre de 1985, con el asesinato de Hernando Yate Bonilla en el municipio de Granada. Yate Bonilla era miembro de la dirección regional de la UP, había sido presidente del Sindicato de Trabajadores Agrícolas Independientes del Meta (Sintragrim) y presidente del concejo municipal de San Juan de Arama. A su entierro asistieron numerosos habitantes de Mesetas.

Con respecto a los perpetradores de los homicidios de militantes de la UP, el informe del CNMH pudo documentar 2967 casos, de los cuales el 71,5% corresponde a los grupos paramilitares, el 16,4% a agentes de Estado y el 6,2% a agentes del Estado en acción conjunta con los grupos paramilitares (CNMH, 2018b). El informe también señala que, en relación con los casos restantes, algunos grupos insurgentes aparecen como presuntos responsables, en un 4,1%, y que los grupos armados no identificados aparecen en un 1,28%. Ahora bien, la afectación a la UP por parte de estos actores podría interpretarse como un reflejo de tensiones internas en torno

a ciertas estrategias políticas que algunos militantes percibían como un obstáculo para avanzar hacia la paz y el fortalecimiento de la izquierda.

Las víctimas en Mesetas

Este libro reconstruye las historias de vida de dos mujeres jóvenes (Alba Ariza y Luz Dary Sánchez) y de tres hombres (Carlos Julián Vélez, Julio Serrano y Rafael Moya) que fueron víctimas de la violencia homicida contra militantes de la UP entre 1988 y 1993. Se trata de cinco casos emblemáticos de victimización, y de la tragedia padecida por las familias y las personas cercanas a ellas.

Aunque no se dispone de información confiable sobre el número de familias que tuvieron que desplazarse cuando las AUC tomaron control de Mesetas, un documento de la Gobernación del Meta muestra las secuelas de la violencia paramilitar y de la confrontación de las FARC-EP con el Ejército. Según dicho documento, entre 2007 y 2010, 1457 personas fueron víctimas de desplazamiento forzado en Mesetas y 29271 en el departamento del Meta. En 2009, la población de Mesetas estaba conformada por 10908 habitantes, de los cuales el 70% residía en las zonas rurales; es decir, el 13,4% de los habitantes del municipio fueron desplazados forzosamente en tres años (Gobernación del Meta, 2009).

Los cinco militantes de la UP que protagonizan el presente libro compartían cualidades personales y políticas que vale la pena destacar: 1) pertenecían a familias campesinas, establecidas en Mesetas entre 1950 y 1970, que habían sido desplazadas de sus tierras por la violencia sectorial de mediados del siglo xx o que buscaban mejores condiciones de vida para sus familias; 2) sus padres eran comunistas y, como sus hijos, participaron activamente en la UP; 3) las cinco víctimas sobresalían por su liderazgo social, político o cultural, y por su férreo compromiso con la

comunidad de Mesetas; 4) todos eran líderes que estaban construyendo, con enorme optimismo y entusiasmo, el nuevo partido y confiaban en la posibilidad de la paz; 5) se destacaron como estudiantes y en su desempeño en la administración municipal; 6) el amor que sus familiares sienten por ellos, y el enorme prestigio y aprecio que tenían en Mesetas se pone de relieve en los testimonios y en los poemas y las canciones que les dedicaron a algunos de ellos.

Nuestros cinco protagonistas son:

- 1 Alba Enis Ariza, de 20 años, líder estudiantil y militante de la Juventud Comunista Colombiana, quien fue asesinada el 23 de octubre de 1988 en Cubarral, Meta. Para entonces, ella estaba finalizando sus estudios de secundaria en Medellín del Ariari.
- 2 Luz Dary Sánchez Ángel, de 21 años, era funcionaria municipal cuando fue asesinada en Mesetas el 14 de octubre de 1990, durante una fiesta en el marco del Segundo Festival de la Juventud.
- 3 Rafael Moya Hernández, de 27 años, dirigente campesino y secretario de obras públicas de Mesetas, fue asesinado el 29 de octubre de 1991, junto con tres empleados municipales, cuando se desplazaban en una volqueta del municipio entre Villavicencio y Mesetas.
- 4 Carlos Julián Vélez Rodríguez, de 33 años, líder campesino, presidente del Concejo Municipal de Mesetas, presidente de la Unión Patriótica en el departamento del Meta y diputado de la asamblea departamental, fue asesinado el 14 de septiembre de 1991, junto con su esposa, Norma, su hijo Luis Carlos, de cinco años, y su hermano Dimas.
- 5 Julio Serrano Patiño, de 40 años, líder campesino, exalcalde municipal y tesorero municipal, fue desaparecido el 16 de abril de 1993.

Adicionalmente, entre los sobrevivientes, los autores incluyen los testimonios de Luis Alfonso Camacho y Miguel Antonio Rubio, quienes también se destacaron como líderes de Mesetas.

Es así como *Entre sueños y banderas. Fragmentos de un país que duele* busca restituir simbólicamente la vida y la dignidad de las víctimas de la UP en Mesetas. Este libro fue elaborado con paciencia y amor, por familiares y personas cercanas que conformaron un grupo denominado Red Memoria, el cual, a su vez, se dividió en dos grupos: el grupo redactor, encargado de recoger los testimonios y redactar las historias de vida, y el grupo de apoyo permanente, que asumió labores de apoyo durante la investigación y la redacción del libro.

Extiendo mis más sinceros agradecimientos a Dora Ariza, Héctor Armando Navarro Algarra, Elizabeth Moya Sánchez y Pedro Nelson Navarro Algarra, y a todas las personas que brindaron su apoyo a este valioso trabajo, por haberme dado la oportunidad de revivir, con dolor y serenidad, la trágica historia de la Unión Patriótica, de la cual fui testigo como militante del Partido Comunista. Al igual que los militantes asesinados en Mesetas, y en muchas otras regiones de Colombia, creí que el acuerdo de Uribe y la Unión Patriótica harían posible que la paz, por tantos años añorada y buscada por los colombianos y las colombianas, cobrara vida y allanara el camino para proseguir la lucha civil por una sociedad más justa, menos desigual y más democrática.

Rocío Londoño Botero
Bogotá, D. C., abril de 2025

Introducción

El objetivo de este libro es dar a conocer las historias de vida de un grupo de militantes de la Unión Patriótica (UP) del municipio de Mesetas, Meta. Algunos de ellos fueron asesinados entre 1988 y 1993, y otros se vieron obligados a salir del territorio, dejando abandonadas sus viviendas y su trabajo político para salvar sus vidas y las de sus familias, todo como consecuencia de la violencia que se desató en Colombia contra ese movimiento y que en el departamento del Meta fue particularmente avasallante. Algunos nacieron en el territorio, otros llegaron a muy temprana edad, pero todos se conocieron en Mesetas y fueron militantes de ese partido político, con menor o mayor protagonismo.

La idea inicial de este libro nació en medio de una conversación telefónica que tuvimos con familiares de víctimas de la UP en Mesetas, específicamente los familiares del diputado Carlos Julián Vélez, asesinado en 1991. Luego de aquella conversación, convocamos a otros familiares y a antiguos dirigentes desplazados del territorio, y en una reunión virtual constituimos lo que hemos llamado Red Memoria (RM). A todos los integrantes de Red Memoria nos unió —y nos sigue uniendo— el haber sido protagonistas del nacimiento, auge y exterminio de la UP: como militantes, activistas o líderes, como víctimas de desplazamiento forzado o por haber perdido a seres amados en medio de esa violencia.

Durante todo un semestre, realizamos encuentros virtuales en los que convocamos a otras personas, antiguos compañeros y amigos, para conversar sobre la época de la Unión Patriótica. Poco a poco fuimos especializando las charlas, poniendo como tema central los recuerdos y anécdotas sobre alguno de los dirigentes que habían sido asesinados; así, a cada encuentro se le ponía un nombre: encuentro sobre Carlo Julián Vélez, encuentro sobre Alba Ariza, etcétera. Fue muy emotivo volvernos a reunir —aunque fuera por una plataforma virtual— y rememorar y compartir recuerdos sobre nuestros seres queridos.

Posteriormente, con el deseo de rescatar y dignificar la memoria de nuestros seres queridos asesinados, decidimos escribir un libro que recogiera sus historias de vida. A través de estas páginas, buscamos entonces dar testimonio del inmenso valor de estas personas, y de las profundas pérdidas que sus muertes violentas representaron para sus familias, para sus comunidades y para el país entero. En esa medida, queremos honrar sus nombres, su memoria y su legado.

Quienes escribimos este libro fuimos testigos de muchos de los hechos que aquí se narran; además, conocemos a sus familias y amigos y, junto a ellos, reunimos testimonios e información clave para reconstruir las historias de vida que aquí presentamos. Para ello, el colectivo Red Memoria se subdividió: quienes tenían el perfil para realizar las entrevistas y escribir las historias integraron el llamado grupo redactor y quienes brindaron apoyo en diferentes etapas del proceso y fueron también base testimonial formaron parte del grupo de apoyo permanente.

Para comenzar, escogimos algunos nombres; aunque en un principio queríamos abarcar muchos más, optamos por una selección representativa, conscientes de que se trataba de un trabajo exigente y dispendioso, y de que no contábamos con recursos económicos para el desarrollo del proyecto.

Decidimos entonces escribir los perfiles de: Alba Enis Ariza Vega, 20 años de edad, líder estudiantil y juvenil; Luz Dary Sánchez Ángel, 21 años, funcionaria municipal; Rafael Moya Hernández, 27 años, dirigente campesino y funcionario municipal; Carlos Julián Vélez Rodríguez, 33 años, líder campesino, presidente del Concejo Municipal de Mesetas, presidente de la Unión Patriótica en el departamento del Meta y diputado ante la asamblea departamental, y Julio Serrano Patiño, 40 años, líder campesino, exalcalde municipal y tesorero municipal. Como un homenaje a los sobrevivientes, y por sus destacados liderazgos, escogimos a Alfonso Camacho y Miguel Antonio Rubio. Además, incluimos unas semblanzas más breves de otros sobrevivientes, con el propósito de ampliar el panorama de lo vivido por la militancia de la UP en Mesetas y visibilizar otras voces valiosas sobre esta historia.

Luego de la aprobación de estos nombres por parte de sus familias, continuamos con los encuentros virtuales, en los cuales recopilamos información sobre cada una de las personas seleccionadas. El objetivo era construir un documento que pudiéramos entregar a las nuevas generaciones, aquellas que no vivieron esa época y que desconocen la importancia de lo que estas personas hicieron por el territorio y por el país; también buscábamos dignificar sus nombres y contribuir, desde la memoria, a la reparación de sus familias. Grabamos los encuentros y empezamos a transcribirlos, para ir teniendo una base testimonial; esta labor de transcripción estuvo a cargo de Dora Ariza, Armando Navarro, Héctor Moya Sánchez, Elizabeth Moya Sánchez y Pedro Nelson Navarro.

Con base en todo este trabajo, se elaboró un proyecto que fue enviado a distintas organizaciones de derechos humanos, sin obtener respuesta, hasta que nos enteramos de las convocatorias del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). Dado que el CNMH apoya y acompaña

procesos colectivos de reconstrucción y representación de memorias del conflicto armado, en el marco de las llamadas iniciativas de memoria histórica, enviamos la propuesta sabiendo que nuestro proyecto abarcaba varios enfoques, en lo territorial y diferencial, además que nacía directamente de familiares y víctimas.

La propuesta se presentó con los parámetros indicados hacia finales del 2023 y, a principios del 2024, el CNMH seleccionó nuestra iniciativa de memoria histórica (IMH) «Proyecto historia y memoria de las víctimas de la Unión Patriótica en el municipio de Mesetas, Meta», para recibir acompañamiento. Es así como, por medio de una comunicación escrita, en febrero de 2024, el CNMH nos informó que nuestra iniciativa sería priorizada durante el 2024, razón por la cual nos brindaría acompañamiento. El objetivo concertado fue elaborar un libro en homenaje a los líderes y lideresas de la UP en Mesetas, víctimas de la violencia política.

Antes de iniciar el trabajo, nos reunimos con profesionales del CNMH, quienes nos expusieron en qué consistía y cómo sería el proceso de acompañamiento; con ellos, acordamos la continuidad del proceso y empezamos a trabajar conjuntamente partiendo de un cronograma de actividades.

En enero de 2024, con el grupo redactor, nos desplazamos a distintos lugares del Meta, donde realizamos una primera ronda de entrevistas. Posteriormente, los días 18 y 19 de mayo de 2024, con el acompañamiento de la profesional Isis Restrepo Bulla, llevamos a cabo un encuentro en Villavicencio, en el Colegio Francisco Arango. Allí participaron más de 30 personas —familiares de las víctimas y antiguos dirigentes de la UP y del Sindicato de Trabajadores Agrícolas Independientes del Meta, (Sintragrim)— provenientes de diversos municipios, con quienes, entre sonrisas de alegría por el reencuentro y lágrimas de dolor por los recuerdos de quienes ya no están con nosotros, realizamos una serie de entrevistas

que nos permitió recoger buena parte de la información necesaria para la construcción de los perfiles biográficos de los líderes.

Luego de transcribir las entrevistas y analizar sus contenidos, en constante retroalimentación con el grupo de apoyo testimonial y el CNMH, consultamos una amplia bibliografía. Entre las fuentes revisadas se encuentran textos de Alfredo Molano, informes de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas (UBPD), documentos históricos sobre Mesetas, noticias e informes de prensa, así como estudios sobre el genocidio de la Unión Patriótica, entre otros materiales que nos permitieron contextualizar las historias en el tejido social y político de la época, a nivel local, regional y nacional. El resultado final fue validado y ajustado con el apoyo de los familiares de las víctimas biografiadas, y los perfiles de los sobrevivientes también fueron revisados y aprobados por sus protagonistas y por el colectivo de Red Memoria.

La versión final del libro fue revisada, además, por los pares académicos Julián Villegas Santamaría y Andrés Santiago Agudelo Pinzón. De igual manera, la maestra Rocío Londoño Botero, quien escribió el prólogo, y el profesional Rigoberto Rueda, muy amablemente, se tomaron el trabajo de sugerirnos diversos ajustes que fueron de mucha importancia en esta etapa del proceso. Por último, el CNMH realizó la lectura según sus protocolos, y nos indicó también una serie de ideas para mejorar el texto.

De acuerdo con esto, el libro *Entre sueños y banderas. Fragmentos de un país que duele* no solo retrata la vida familiar, social y política de Alba Ariza Vega, Carlos Julián Vélez, Julio Serrano, Luz Dary Sánchez Ángel y Rafael Moya Hernández —líderes de la Unión Patriótica asesinados—, así como la de Miguel Rubio y Alfonso Camacho —líderes sobrevivientes del

genocidio contra la UP—, sino que también entrelaza esas historias con el contexto social y político de la época.

En esa medida, no se trata únicamente de los sueños de estos líderes, sino de los de toda una comunidad —regional y nacional— que vio en el proyecto político de la UP una posibilidad real de salida al conflicto armado interno. Con las banderas de un movimiento nacido de los acuerdos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) en 1984, los pobladores de regiones como Mesetas soñaron con una paz verdadera y duradera.

Se trataba de la esperanza de que la guerrilla lograra vincularse legalmente a la vida política del país y transitar hacia la vida civil, del sueño de construir un movimiento político amplio, capaz de hacer frente al bipartidismo liberal-conservador, que llegara a instancias reales de poder para transformar las estructuras tradicionales. Era el sueño de una lucha colectiva y organizada para trabajar por el progreso y la justicia social en Colombia.

El libro está dividido en seis capítulos que combinan, por un lado, relatos sobre hechos relevantes de la historia política del municipio de Mesetas y, por otro, las historias de vida de los líderes y lideresas de la UP seleccionados para este trabajo. Las historias de vida se presentan, en general, siguiendo un orden cronológico de los acontecimientos, con la excepción del perfil de Luz Dary Sánchez, que se incluye en el capítulo titulado «Unos recursos, y un puesto de servicio a la comunidad».

El primer capítulo ofrece una contextualización histórica y política del territorio de Mesetas, en la que se abordan los siguientes temas: la colonización de la región del Ariari, la fundación de Mesetas, su cercanía cultural y geográfica con el municipio de Uribe, las relaciones comunitarias, el nacimiento de la UP y la violencia generada posteriormente contra

ese movimiento político. Como homenaje a los primeros colonos, se incluye brevemente la historia de Chilaco, uno de ellos.

En los siguientes capítulos se narran las historias de vida de: Alba Enis Ariza Vega, en el capítulo segundo; Carlos Julián Vélez Rodríguez, en el capítulo tercero; Julio Serrano Patiño, en el capítulo cuarto, y Luz Dary Sánchez Ángel, junto a Rafael Moya Hernández, en el capítulo quinto. Un último capítulo, el sexto, está dedicado a los sobrevivientes: Heraclio Hormiga, Rogelio Hincapié, Alfredo Pabón, Alfonso Camacho y Miguel Rubio, cuyos testimonios alientan la esperanza.

Esperamos que cada página de este libro acompañe a las familias en su lucha por mantener viva la memoria de sus seres queridos, y por su dignificación social y política; que sirva como un juicio moral a los perpetradores de la violencia, y a quienes, con su silencio, contribuyeron a permitir el genocidio de los militantes de la UP; y que sea, además, un documento testimonial que aporte a la no repetición, al «nunca más», de hechos violentos como los ocurridos contra los miembros de este partido político.

CARLOS JULIAN VELEZ



14-09-1991

Renace la esperanza de un pueblo

Up



• 1 •

Contexto histórico y político de Mesetas

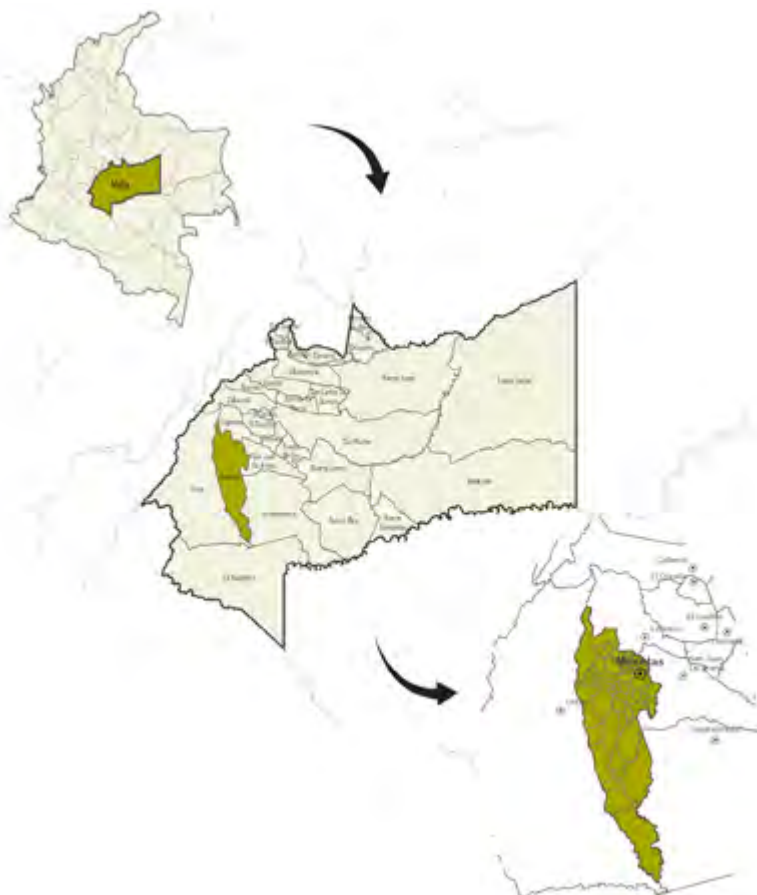
Autora: Dora Ariza

El acercamiento a la historia del municipio de Mesetas tiene como propósito brindar una contextualización del territorio donde los protagonistas de este libro —Carlos Julián Vélez Rodríguez, Alba Enis Ariza Vega, Julio Serrano Patiño, Rafael Moya Hernández y Luz Dary Ángel, militantes de la Unión Patriótica asesinados, y Alfonso Camacho y Miguel Antonio Rubio, entre otros dirigentes sobrevivientes de la UP— ejercieron sus liderazgos políticos y algunos, como en el caso de Luz Dary, tuvieron la posibilidad de acceder a un empleo que les permitiera servir a su territorio y, al mismo tiempo, obtener unos recursos económicos para su subsistencia. Los primeros, fueron asesinados entre 1988 y 1993, mientras que los segundos fueron obligados a huir de su pueblo para salvar sus vidas. Su delito: pertenecer a un movimiento político de izquierda llamado Unión Patriótica.

Infortunadamente, como ya lo indicamos en la introducción, no nos fue posible incluir a todas las víctimas de la UP de Mesetas. Sin embargo, a través de las historias de vida aquí narradas, queremos contribuir a preservar la memoria del conjunto de víctimas de la violencia política ocurrida durante esos trágicos años. Sabemos también que esa violencia dejó muertos y desplazados en otros sectores políticos, así como en familias sin filiaciones políticas; por ello, nuestro propósito es incluir en esta

reparación simbólica a todas las familias de Mesetas que, de una u otra manera, han sido víctimas de la violencia política.

Aspiramos a que este libro contribuya a la reconciliación y a la recuperación del tejido social del municipio, y a que los pobladores de Mesetas se reconozcan como miembros de una comunidad hermana, unida por múltiples lazos históricos, sociales y culturales.



Mapa 1. Ubicación del municipio de Mesetas.

Fuente: elaboración propia del CNMH.

1.1. El municipio de Mesetas

El municipio de Mesetas se ubica en el occidente del departamento del Meta y se encuentra rodeado por los municipios de Lejanías, San Juan de Arama, Vista Hermosa, La Macarena y Uribe. Los ríos Guape, Duda y Santo Domingo le sirven de límite natural con Uribe, La Macarena y Vista Hermosa; lo riegan, además, otros importantes ríos como Güejar, Lucía, Cafre y Sansa.

El territorio de Uribe fue parte de Mesetas hasta 1990, cuando, bajo la ordenanza departamental número 037 del 13 de noviembre, es elevado a la categoría de municipio. En esa medida, Mesetas y Uribe, además de compartir espacios geográficos, han tenido en común una cultura y una historia.

El gran río Duda, que nace en el páramo de Sumapaz, hace su recorrido hacia el sur, bordeando la serranía de la Macarena, y sigue su camino hasta desembocar en el río Guayabero. Este río da nombre a una extensa región, ya que la mayoría de los primeros pobladores y fundadores del caserío de Mesetas llegó siguiendo su curso; de ahí su importancia en la historia local.

Por el territorio de Mesetas no pasa el río Ariari, y por ello no hace parte de la llamada región del Ariari; sin embargo, comparte con esta las mismas dinámicas históricas, sociales y culturales. En esa línea, cuando se habla de la región del Ariari, se piensa en los municipios que son bañados por este río: Cubarral y El Castillo, que conforman el alto Ariari; Granada y Fuente de Oro, que corresponden al Ariari medio; y Puerto Lleras, Puerto Rico y San Martín, que conforman el bajo Ariari. No obstante, como dice Londoño (1989) en su texto sobre la colonización del Ariari:

Los municipios de Lejanías, Mesetas, San Juan de Arama y Vista Hermosa, a pesar de estar un poco distanciados del río hacen parte ac-

tiva de dicha regionalización pues son el resultado del constante flujo migratorio causado por las circunstancias de orden social y político, que allí se han presentado. (p. 11)

Así, los hechos sociales, económicos y políticos que afectan a la región del Ariari están totalmente ligados con la población de Mesetas. Por ejemplo, para llegar hasta su cabecera municipal, si tomamos la vía carretable más rápida, hay que pasar por el puente que en la actualidad se conoce como El Alcaraván, que atraviesa el río Ariari a la altura de Puerto Caldas, a unos minutos de Granada. En esa medida, hace unas décadas, cuando el río arrastró el antiguo puente, denominado Guillermo León Valencia, los municipios de Mesetas, Lejanías, Vista Hermosa, San Juan y Uribe quedaron aislados, y solo se podían pasar los productos agrícolas y ganaderos cuando el río lo permitía, usando planchones que cruzaban los carros y camiones.

El territorio de Mesetas también hace parte de lo que desde 1989 se ha llamado Área de Manejo Especial de la Macarena (AMEM), uno de los territorios protegidos más grande del país, pues, cuenta con una superficie aproximada de 3871790 hectáreas, e incluye el área total de diez municipios, entre ellos Mesetas y Uribe, y otros cinco incluidos parcialmente (FCDS, 2021).

Históricamente, esta región ha sido escenario de diversos conflictos sociales, ya que, en un primer momento, en las décadas de 1920 y 1930, llegaron colonos campesinos a tumbiar la selva para hacer sus cultivos y mejorar sus condiciones de subsistencia y, posteriormente, arribaron decenas de familias de campesinos que huían de la violencia política de los años 50, provenientes principalmente de Tolima, Huila, Quindío, Cundinamarca y Valle del Cauca. Al respecto, es importante señalar que las familias de Alba Ariza, Carlos Julián Vélez, Julio Serrano Patiño, Rafael Moya Hernández y Luz Dary Sánchez (líderes asesinados), así como las de Miguel Antonio

Rubio y Alfonso Camacho (líderes sobrevivientes), cuyas historias se relatan en este libro, comparten, en general, este hilo histórico.

En la década de 1960, Mesetas se convirtió en uno de los territorios donde se asentaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), las cuales establecieron su comando central en el sitio conocido como Casa Verde, ubicado en Uribe, en el costado occidental de la sierra de La Macarena. Allí se instalaría el secretariado de las FARC desde 1965 hasta 1990 (FCDS, 2021).

Ahora bien, en este punto es importante resaltar que, a pesar de que esta guerrilla se desmovilizó en el marco de los acuerdos con el gobierno Santos en el 2016, algunos de sus integrantes no aceptaron el proceso, y otros volvieron a la guerra debido a los asesinatos de varios de sus miembros desmovilizados, lo cual pone en riesgo la paz y la seguridad de los habitantes del municipio.

Por otra parte, hacia finales de la década de 1980 entraron grupos paramilitares que sembraron de muerte el territorio. Entre los últimos años de la década de 1990 y los primeros de la década del 2000, la región hizo parte de la zona de distensión, acordada por las FARC-EP con el gobierno de Andrés Pastrana mientras se llevaban a cabo los diálogos en San Vicente del Caguán, uno de cuyos objetivos era la desmovilización e incorporación de las FARC-EP a la vida legal. Al terminarse la zona de distensión en el 2002, por la ruptura de los diálogos, los grupos paramilitares se tomaron el pueblo de Mesetas y sus alrededores, dando muerte y desapareciendo a decenas de personas.

Algunos dirigentes y militantes de la UP, los pocos que quedaban, abandonaron su trabajo político y social, y se refugiaron en las veredas más alejadas sin volver a salir por años al poblado: la «región por cárcel»,

como dice Alfonso Camacho, uno de los personajes de este libro. Sobre esta época, Mireya Cavieles escribió lo siguiente en la revista *Semana*:

Con el fin de la zona de distensión, en 2002, ingresaron al municipio las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), causando una lucha por el control del negocio del narcotráfico y por ende un incremento de la violencia. Se estima que el periodo con el mayor índice de violencia en la historia del municipio fue entre 2002 y 2006, cuando se desmovilizó el Bloque Centauros de las AUC, que operaba [en] Mesetas. (Cavieles, 2019a)

1.2. Los primeros colonos

Los primeros colonos llegaron a Mesetas provenientes de los departamentos de Tolima, Huila y Cundinamarca. Algunos ingresaron por Boquemonte o Boca de Monte, hoy Granada, de ahí pasaron a San Juan de Arama y, luego, a Mesetas; el resto ingresó por el páramo de Sumapaz hasta Uribe, y de allí pasaron a Mesetas. Entre 1950 y 1955, ingresaron varios grupos de campesinos, denominados colonos, quienes se diferencian de los que entraron hacia finales de esa década, a los cuales se les ha llamado fundadores.

Entre los colonos estaban Antonio María Castro, los hermanos Chavistá, Carlos Castellanos, el popular Chilaco, Moisés Sánchez, Abelino Ángel Manjarrez (abuelo de Luz Dary Sánchez, una de nuestras protagonistas) y Patrocinio Ángel, entre otros. La importancia de estos colonos en la historia de Mesetas reside en que ellos abrieron camino y se establecieron con sus familias en la zona, a pesar de las inclemencias de la selva, entre enfermedades y precariedades económicas. Ellos, con su trabajo y persistencia, mostraron las bondades de este territorio, al que después

llegarían miles de campesinos, entre ellos los que fundarían un poblado llamado Mesetas.

De acuerdo con lo que solía contar don Patrocinio, colono que murió el 17 de junio del 2024 en su finca de la vereda El Cafre: «Había solo selva, árboles donde cabían tres y cuatro hacheros [...] para salir hasta las sábanas de San Juan, solo había una pequeña trocha donde cruzaba la gente con la bestia» (Cavieles, 2019b). Esa era la llamada Trocha Sanjuanera que atravesaba la vega del río Ariari.

Es así como cientos de familias campesinas que, según Alfredo Molano, fueron desplazadas de Tolima y Cundinamarca, pasaron por el páramo de Sumapaz hasta llegar a las hoyas de los ríos Duda y Guayabero. Columnas de marcha, llamó Molano a estos grupos numerosos de desplazados, que, a la vez que se defendían de la violencia conservadora, iban fundando poblados y creando cultivos para su subsistencia (Molano, 1987); eran los primeros años de la década de 1950. Muchos de los colonos y fundadores de Mesetas llegaron en estas circunstancias.

Gracias a los relatos que aparecen en el libro *Reseña histórica de Mesetas*, de Jair Estrada (1987), sabemos que, a la llegada de los colonos en la década de 1950, el territorio ya tenía ese nombre, aunque no se había fundado el caserío. Al respecto, el colono Antonio María Casas Toro relató que «el primer fundo de la familia Casas Toro fue en la región del Guayabero, pero en los tiempos de la denominada Violencia, se desplazaron de esta región y llegaron a Uribe, presionados por las guerrillas que dirigía Dumar Aljure; y de La Uribe debieron ir para la región de Mesetas que ya se conocía con este nombre» (Estrada, 1987, p. 23).

Dumar Aljure era uno de los guerrilleros liberales que había recibido el mando de manos del propio comandante de las guerrillas del Llano, Guadalupe Salcedo, y quien, después de haberse instalado en la región

de Uribe, sintió amenazado su control territorial al conocer sobre los campesinos que venían desde el Sumapaz. Al respecto, escribió Molano: «Dumar tuvo que replegarse al Ariari. Guadalupe cuando lo destacó le dio mando desde San Juan de Arama hasta San José del Guaviare y desde San Martín hasta La Macarena» (Molano, 1989, p. 42).

Dumar Aljure no solo perseguía a estos grupos, a quienes consideraba de orientación comunista, sino que también había comenzado a cometer atropellos contra otros pobladores. Según Molano, en *Siguiendo el corte* (1989), se decía que Aljure se había «desmandado» al punto de que varios de sus anteriores amigos y compañeros de lucha, como el propio Guadalupe Salcedo, el Tuerto Giraldo y el Capitán Veneno, fueron llamados para persuadirlo de los actos que estaba cometiendo contra la gente de la región. «Nos visitó una comisión de notables de San Juan de Arama para pedirnos que intervinieramos con Aljure porque estaba desmandado» (Molano, 1989, p. 109).

A su llegada al territorio de Mesetas, don Antonio María Casas encontró terrenos baldíos, fundos abandonados y a otros colonos con quienes hizo gran amistad, entre los que se encontraban Patrocinio Ángel, Jerónimo Cuéllar, Narciso Chavistá, Adán Pulido, Carlos Castellanos y otros, unos 15 en total. Sobre ellos, don Antonio dijo lo siguiente: «Todos [eran] buenos vecinos, serviciales, honrados, trabajadores» (Estrada, 1987, p. 24).

En este punto, queremos hacer mención y reconocimiento especial, entre esos primeros colonos, a Carlos Castellanos, el popular Chilaco, porque está vinculado muy estrechamente con los personajes de que trata este libro; además de unirlos las ideas políticas de izquierda, compartieron con él una amistad entrañable. Chilaco fue uno de los militantes más antiguos del Partido Comunista en Mesetas y ayudó a crear las primeras células de esa organización.

1.2.1. Chilaco



Figura 1. José Julián Vélez, vestido con traje blanco, durante el acto de posesión como alcalde de Mesetas. A su lado, Chilaco; a los costados, sus dos hijas. Mesetas, 1992.

Fuente: archivo familiar de Fátima Vélez.

Nacido en Pandi, Cundinamarca, el 22 de diciembre de 1938, en su adolescencia, se fue a Cabrera con su familia y allá vivió por cinco años; luego, se dirigió al Líbano, en el Tolima. Regresó un año después a Cabrera, pero a los dos meses hubo una ola de violencia, propiciada por la dictadura del general Rojas Pinilla, que lo obligó a huir de ese territorio. En sus andanzas de esos días, llegó primero a San Juan de Arama y, junto con un conocido, David Plazas, se fue hasta Mesetas en los primeros años de la década de 1950. Allí trabajó derribando montañas en el fundo de don Adán Pulido, quien se había asentado tiempo atrás en Mesetas y tenía amplias tierras, y, en medio de fiebres palúdicas, logró hacerse a un terreno en la vereda Las Rosas (Estrada, 1987).

Unos años después, llegaron otros grupos de campesinos a Mesetas, entre ellos Silvino Varela, hermano de Juan de la Cruz Varela⁵, líder de la resistencia campesina en Sumapaz. Cuenta Jair Estrada (1987), en su reseña sobre Mesetas, que Silvino Varela le dio a Chilaco unos medicamentos contra la malaria o paludismo y que, al tomarlos, y tan aburrido como estaba con la enfermedad, que le producía fiebres tan fuertes cada tercer día que casi no lo dejaban trabajar, él decidió irse donde un vecino que sacaba aguardiente, se tomó dos tragos, más un guarapo fuerte, y, al parecer, pensó: «O me muero o me aliento». Se quedó dormido y, al otro día, cuando despertó, se sintió sano, y así se sacó la malaria del cuerpo.

Quizá fue en esos días que, aliviado ya de la malaria, le dio por silbar imitando algunos pájaros, y entre el trinar de chorolos, alcaravanes, pava, jirigüelos, arrendajos, azulejos, guapuchonas, chilacos y demás aves de la selva, se quedó repitiendo el silbido del chilaco como su canción favorita, y desde allí empezaron los vecinos a llamarlo por ese nombre, y así se quedó, tanto que si alguien preguntaba por don Carlos Castellanos nadie daba razón, pero si preguntaba por Chilaco hasta los niños sabían de quién se estaba hablando.

De acuerdo con lo relatado por Estrada (1987), Silvino Varela le compró el fundo a Chilaco por 900 pesos. Con ese dinero, Chilaco pagó lo adeudado a Adán Pulido, y con 60 pesos compró un terreno más adentro en el sitio llamado La Profunda, después llamado vereda Las Mercedes; allí había 20 matas de plátano y el resto era terreno selvático, baldío, para fundar hasta donde se quisiera. Era la segunda mitad de la década de 1950.

En ese fundo vivió Chilaco hasta que se lo vendió en 1970 a don Enrique Ariza —padre de Alba Ariza—, quien llegó a esta finca cuando tenía

5 Juan de la Cruz Varela (1902-1984) fue un líder social y político del Sumapaz que luchó por la tierra para campesinos y colonos. Fue primero liberal, seguidor de las ideas de Jorge Eliécer Gaitán. Después, con el estallido de la violencia bipartidista, ingresó al Partido Comunista Colombiano.

seis años. Él era oriundo de Yacopí, Cundinamarca, y había vivido por más de una década en el municipio de El Castillo, Meta.

Don Enrique le compró a Chilaco el fundo por 35000 pesos; en la promesa de venta decía que eran 80 hectáreas, pero cuando el Instituto Colombiano para la Reforma Agraria (Incora) hizo las mediciones del terreno solo resultaron ser 60. Chilaco no había hecho mucho trabajo, a pesar de los años que vivió allí; en realidad, el fundo seguía teniendo 20 matas de plátano, una decena de matas de café, un par de matas de yuca y el resto eran terrenos selváticos, pero ya no baldíos, pues por todos lados había vecinos con sus fundos constituidos y claramente delimitados por linderos, hechos de matas de fique, una mata de guadua, un palo de guamo, un camino, una quebrada, un río, etcétera.

Chilaco dejó el campo y se dedicó a administrar una pequeña tienda en el pueblo, en donde vendía mercaderías, verduras y lo que lo hizo popular: guarapo en totuma. Chilaco fue muy querido por toda la población y, finalmente, se hizo famoso porque le puso número a la enfuertada del guarapo: número uno, número dos, número tres y número cuatro. Las personas iban a la tienda de Chilaco y, si querían emborracharse, entonces pedían del guarapo más fuerte, el número cuatro.

Chilaco fue el primer concejal del territorio de Mesetas cuando, en los años 70, todavía hacía parte del municipio de San Juan de Arama. Aunque no era un dirigente de discurso político, sí era un militante muy comprometido; en su tienda, al tiempo que ofrecía los víveres a los campesinos, vendía también el semanario *Voz*. Dicen que, cuando hacía la cuenta de la lista de productos, al final, decía: «Y con lo del periódico es tanto, porque no se puede ir sin llevarse su periódico para que esté informado», y lo echaba al talego. Las personas se sonreían y le aprobaban la compra.

Chilaco era el amigo confidencial de todo mundo; era conversador con el que le hacía conversa, pero también era muy respetuoso, porque guardaba también sus silencios para poner cuidado. Con el tiempo, él se fue convirtiendo en el personaje predilecto para vender el periódico del Partido Comunista, ya que lo ofrecía de forma muy respetuosa. (CNMH, DCMH, entrevista a un hijo de uno de los fundadores del pueblo, en adelante HFM, enero 9, 2024)

Desde que el periódico del Partido Comunista y el semanario llamado *Voz Proletaria*, que años después pasó a llamarse simplemente *Voz*, empezaron a llegar a Mesetas, Chilaco salía por las calles del pueblo ofreciéndolos con una sonrisa o algún comentario. Así, Chilaco se hizo conocido y famoso en el pueblo por ser el vendedor más antiguo del periódico *Voz*, y por preparar o, como decían entonces, «batir», un guarapo, desde el más dulce hasta el más fuerte.

Carlos Castellanos, Chilaco, era un hombre muy servicial, era de pocas palabras, fue el mejor vendedor del periódico *Voz*; siempre con una sonrisa amplia. Su casa era un lugar de puertas abiertas donde todos llegábamos a tomar un tinto o a tomarnos un guarapo. (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, Meta, mayo 19, 2024)

También fue fundador de la subdirectiva del Sindicato de Trabajadores Agrícolas Independientes del Meta (Sintragram), seccional Mesetas, en 1982, donde participaron, además, Miguel Rubio, Julio Serrano Patiño, Alfonso Oyola, José Julián Vélez, sus hijos Carlos Julián Vélez y Dimas Elkin Vélez, Rogelio Hincapié y Heraclio Hormiga, entre otros (Castaño, 2019).

Chilaco fue detenido varias veces por el Ejército por llevar y vender el semanario *Voz*; cuando, por problemas en la carretera, no llegaban los

carros hasta el pueblo, él se iba a pie hasta donde hubiera quedado el paquete de periódicos y se los echaba a la espalda para llevarlos al poblado. En una de esas detenciones, por parte de una brigada del Ejército, bajo la acusación de ser subversivo, fue introducido en una caneca con la amenaza de que, si sacaba la cabeza, le daban un tiro.

Él se sentó en el fondo y, como era de espíritu tranquilo, decidió dormir un poco; después de varias horas, cuando fueron a revisarlo, vieron que dormía profundamente acurrucado en el fondo, así que decidieron dejarlo en libertad, con la advertencia de que si lo volvían a ver con esa propaganda subversiva no se la iban a perdonar. Nunca dejó de vender el periódico, al fin y al cabo, ya había vivido hechos mayores, como cuando fue lanzado desde un helicóptero militar para matarlo, pero cayó sobre unos árboles que le amortiguaron el golpe, quedando cojo de por vida, pero con la voluntad de militante inquebrantable.

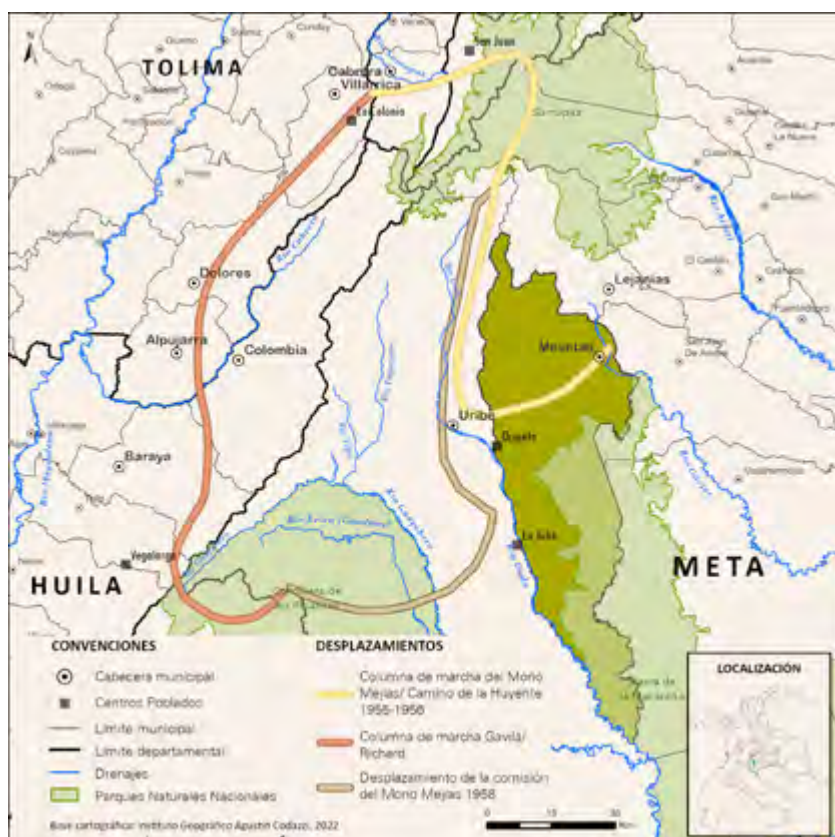
Tuvo sus amores y, durante algún tiempo, convivió con una mujer a quien llamaban la Chilaca; con ella compartió años de vida e ideas políticas. Se quedó en el pueblo hasta finales de los años 80, vendiendo siempre el semanario *Voz* y batiendo guarapo. Regresó a Cabrera, donde vivía su madre, y allí pasó algunos años; luego, volvió a Mesetas, a pesar de la terrible violencia contra la Unión Patriótica, para acompañar a su viejo amigo y compañero de luchas, José Julián Vélez, a posesionarse como alcalde municipal. José Julián Vélez era el padre de Carlos Julián y Dimas, asesinados en una masacre junto con la esposa e hijo de Carlos Julián, en septiembre de 1991, en la vereda Naranjal de Mesetas. Finalmente, Chilaco retornó a Cabrera, donde falleció unos años después, según cuentan varios de sus amigos.

1.3. La fundación del poblado

La violencia desatada en los departamentos de Tolima, Huila y Cundinamarca en la segunda mitad de la década de 1950, en los municipios de Villarrica, Cunday, Cabrera, Icononzo, entre otros, motivó a los campesinos de estas regiones a unirse al movimiento campesino del Sumapaz liderado por Juan de la Cruz Varela. Inicialmente, después de que el 13 de junio de 1953 el general Rojas Pinilla asumiera el mando, mediante un incruento golpe de Estado, la violencia de los años cincuenta dio paso a un lapso de calma en el país. Según Molano (1987):

Se decreta la amnistía y una paz relativa vuelve al campo. El movimiento se evapora sin contraprestación alguna. El movimiento de Sumapaz, más avezado y ladino, más campesino, suspende apenas la acción y esconde la mayoría de las armas, los guerrilleros tornan al campo por poco tiempo. En 1955, Rojas rompe con el Partido Comunista, lo declara ilegal, ataca a Sumapaz y se toma a Villarrica después de un violento bombardeo aéreo y terrestre. La guerra, esta vez regular y masiva, se reinicia. (p. 15)

Esta nueva ola de violencia es la que crea la resistencia armada que, para salvar las vidas de las familias, emprende lo que se ha denominado las columnas de marcha, mención hecha anteriormente. Alfredo Molano habla sobre varias columnas de marcha, que bajaban desde el Sumapaz hasta la región de Uribe, colonizando y permaneciendo por largo tiempo en esa zona. Después de haber descendido desde el alto Duda, se asentaron en los sitios denominados Hoya de Varela, Francia y Ucrania, veredas que hacían parte de las regiones de Uribe y Mesetas.



Mapa 2. Columnas de marcha.

Fuente: elaboración propia del CNMH a partir de Molano (2024).

Al respecto, dice Molano que «el Duda y todos esos cañones venían siendo fundados desde el comienzo de la violencia. La gente llevaba gente y así se avanzaba, andando y fundando» (2024, p. 102). Por su parte, Gregorio, hijo de un fundador de Mesetas y padre de Rafael Moya Hernández, uno de nuestros biografiados, quien vivió durante varios años en la región del El Duda, nos cuenta que él y su familia, que estaban en el alto Duda, fueron bajando a las veredas de Ucrania:

[...] y nos fuimos, nos bajamos para Ucrania. Ahí estaban los Varela, estaba el otro hermano. Bueno, pues, ya entonces la gente que vivía ahí, una parte venía del mismo lado que nosotros, otros venían del lado de Santa Rita, hacia arriba de Cabrera, del Sumapaz. (CNMH, DCMH, Gregorio Moya, Mesetas, enero 10, 2024)

Se sabe que, entre las familias que vivían en Ucrania, Francia y la Hoya de Varela, en la región de Uribe, estaban cuatro hermanos del líder Juan de la Cruz Varela, los cuales participaron en la fundación de Mesetas. Uno de ellos, Silvino Varela, al conocer las planicies y fértiles tierras de Mesetas, sintió que era un lugar propicio para fundar un pueblo.

Según HFM, un día, cuando se desplazaba una comisión en la que iba Silvino, de vuelta de San Juan de Arama, al cruzar el punto llamado Tres Filos, ahí tomaron agüita, hicieron una parada y miraron hacia adelante y hacia abajo, y, allí, con admiración por ese enorme valle que se dibujaba ante sus ojos, había dicho Silvino que ese valle sería un día una ciudad, como un pesebre, al lado de esas cordilleras. Eran muy conscientes de la gran riqueza hídrica y demás condiciones de la región: caudalosos ríos, enormes planicies con esas montañas que las bordeaban, con los cultivos del pie de monte; eran características que no tenía ningún otro lugar. Era ahí donde tenían ellos que establecerse y donde deberían fundar el poblado. (CNMH, DCMH, entrevista a HFM enero 9, 2024).

Además de sus tres hermanos, a Silvino lo acompañaron y apoyaron en su idea de fundar el pueblo otros 17 colonos, por eso la historia de Los Veintiuno. Todos, según varios de nuestros entrevistados, llegaron por Uribe, desde la región del El Duda y la llamada Ucrania. Sobre esto, dice Estrada que:

Como las tierras del Duda y Ucrania ofrecían pocas garantías dada la difícil ubicación geográfica para el mercadeo de sus productos, por lo pendiente del terreno, los deslizamientos de tierra eran frecuentes: factores que animaron a Los Veintiuno a fundar Mesetas, más cerca a San Juan de Arama. (Estrada, 1987, p. 31)

En San Juan de Arama había comunicación por vía aérea con el resto del país, lo que hacía más estratégico el punto escogido para el pueblo, pues distaba de allí solo media jornada a pie. Los demás caminos para llegar a Mesetas y Uribe eran los caminos desde Cabrera, que ellos conocían y sabían de sus dificultades y gran distancia, así que querían ubicarse en un sector con mejores posibilidades de entrada y salida hacia los demás pueblos y ciudades; creían, además, que allí vivirían en paz y tranquilidad, que echarían raíces y que se quedarían para el resto de sus vidas, y así fue para la mayoría de ellos.

HFM, quien vivía con su familia en Ucrania, relata lo siguiente:

Ucrania es donde estaba Casa Verde; ahí en Ucrania vivíamos nosotros. A mí me tocó el trasteo, yo tenía cinco años, y el trasteo no fue todos Los Veintiuno: «¡Que se vinieron Los Veintiuno!», no. Una vez que ya habían hecho como tres o cuatro viajes, que habían legalizado su salida de allá, durante todo el mes de marzo estuvieron viajando, cada familia iba organizando su viaje. (CNMH, DCMH, entrevista a HFM enero 9, 2024)

Estrada (1987) dice que en el transcurso de 1959 fueron llegando las familias y que en abril había llegado el grupo más numeroso, compuesto por nueve familias. Al respecto, Gregorio, quien hizo esa travesía siendo muy joven, nos contó: «Yo vine a acompañarlos a ellos, inclusive lo que es

la plaza, el parque, yo ayudé a tumbar monte ahí. Yo estaba muy pollitico» (CNMH, DCMH, Gregorio Moya, enero 9, 2024).

Agrega que es hermano de uno de Los Veintiuno y que él era muy joven, por lo que, si bien había hecho toda la travesía, trabajaba y había llegado con ellos, no aparece como fundador porque aún vivía con sus papás, ya que era un adolescente. Sin embargo, sí colaboró en el desmonte del terreno para el pueblo: «Ese terreno lo compraron a un señor Alberto Sanín. Un señor Jerónimo Cuéllar les ayudó a hacer negocio. Entonces, ellos echaron a trabajar a hacer el pueblito. De ahí le tocó irse el finao Silvino para Villavicencio a que viniera un ingeniero. Allá le dieron los datos para hacer los planos» (CNMH, DCMH, Gregorio Moya, enero 9, 2024).

Las personas entrevistadas otorgan gran importancia al liderazgo de Silvino Varela; de él dicen que era un visionario, que era muy estudiado, muy inteligente, y que quería un pueblo con calles anchas. Según los entrevistados, un día, Silvino dijo: «Mesetas será un pueblo muy grande, de calles amplias sin problemas para la circulación» (CNMH, DCMH, Gregorio Moya, enero 9, 2024).

1.4. El regreso

Hago un paréntesis en la escritura de este capítulo para contar sobre mi más reciente viaje a Mesetas, después de más de 35 años de haber salido de allí, a raíz del asesinato de mi hermana Alba Enis Ariza y de la certeza de lo que vendría después. Regreso en busca de información, de los recuerdos vividos entonces, pero también de una historia anterior que desconocía: la de los colonos y fundadores. Pienso en el poblado soñado por Silvino Varela, y lo reconozco en esas calles amplias por donde la brisa pasa libremente; calles abiertas y agradables que permiten mirar a lo lejos, hasta donde se pierden en las salidas del pueblo. Hay árboles

frondosos en los separadores y en algunos andenes, donde es un deleite refugiarse durante un momento del calor del mediodía.

Entonces, pienso en las constantes violencias que ha vivido esta región, empezando por las circunstancias que forzaron la llegada de los primeros colonos, quienes huían de la violencia política en sus tierras de origen; ellos enfrentaron enfermedades, hambre y la falta de un techo para sus hijos. Una vez allí, sembraron para poder alimentarse y, nuevamente, se encontraron con el peligro, esta vez representado en la violencia armada de las guerrillas del Llano. Luego, vino la violencia política de los años ochenta y noventa, seguida por la zona de distensión a finales de la década de 1990 y comienzos de la década del 2000. Después, se dio la toma del control del territorio por parte de los grupos paramilitares tras la finalización de la zona de distensión, que trajo consigo el exterminio de la Unión Patriótica y el destierro de quienes lograron sobrevivir; en resumen, se trata de una violencia que ha cambiado de matices, pero que aún no termina.

Al caer la tarde, salgo a caminar y siento, como en un sueño, la presencia de Carlos Julián, de Dimas, de mi hermana, de Julio, de Rafael y de Luz Dary, como si sus voces permanecieran escondidas en las esquinas. Aunque ya nadie me reconoce, no puedo evitar sentir angustia y miedo: es ese miedo eterno que se nos quedó incrustado en el alma.

1.5. De El Duda a Mesetas, volviendo a la historia

Para desprenderse de la gran colonia asentada en la región de El Duda, había que solicitar a los dirigentes un permiso, pues se trataba de una organización de muchos años y que tenía autoridad en el territorio. Al respecto, Alix, madre de Rafael Moya Hernández y quien llegó muy niña a esta región con su familia, cuenta que:

Mi papá, yo no sé bien cómo era eso... él pidió permiso para que lo dejaran salir. Cuando ya le dieron la autorización, entonces, él nos llevó para donde mi abuelita, la mamá de mi mamá, y allá nos acabamos de criar. Bueno, a mi hermanito Santiago, que fue el primero que mataron en el Alto Cofre, a él lo cogió el padrino, y yo quedé con mi abuelita. Mi hermana mayor también quedó con mi abuelita, y el otro menor, a él lo habían dejado en un punto que se llamaba La Totuma, yo no sé a dónde será eso. (CNMH, DCMH, Álix Hernández, Mesetas, enero 9, 2024)

El permiso de salida lo pedían las familias para desligarse del grupo grande que lideraba el Partido Comunista y las Autodefensas Campesinas del Sumapaz, en cuya cabeza estaba Juan de la Cruz Varela. Al respecto, dice Prada (2008) que, después de una conferencia del partido en el Duda, «se dio la salida del personal que había en la hoya del río Duda; en menos de un mes casi desocuparon la región, no quedaron sino algunos nativos y salieron no menos de 12000 personas» (Prada, 2008, p. 90); eran los últimos años de la década de 1950.

Los hermanos Varela también habían solicitado ese permiso de salida cuando llegaron a Mesetas, y Silvino los invitó a fundar un pueblo, pero eso fue después de haber hecho toda la travesía con sus familias y muchas otras, y de haberse asentado en la región de Uribe por varios años. Así lo narra uno de los sobrinos de la familia Varela en entrevista con Alfredo Molano (1989) en su libro *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras*:

De Cabrera salimos cuarenta familias, y en Paquiló ya éramos cuatrocientas. Me acuerdo de que, cuando pasamos la cordillera y comenzamos a bajar, a medida que íbamos sintiendo lo templado, así mismo se fue acabando el bitute. Dejamos de sufrir por frío, pero entonces

comenzó el hambre a debilitarnos [...], era toda gente sin comida y sin ropa, que iban a salvar la vida con solo la vida puesta. (p. 181)

Cuando pudieron asentarse en esa tierra, que prometía tranquilidad, sembraron diferentes productos que empezaron a cosechar, entre estos la caña, para volver a probar el dulce. Sin embargo, afrontaban fuertes conflictos con algunos grupos, particularmente con la guerrilla que comandaba Dumar Aljure en esa región. Como lo narra Molano (1989), en la voz de un hijo de Ismael Varela y sobrino de Juan de la Cruz:

Él no dejaba de pensar en salir hacia el Tolima por el camino que —por los mismos días— estábamos entrando al Llano; nosotros bajábamos de verdad y él no podía sino subir en sueños, porque mi tío no lo dejaba pasar. Pero los sueños del capitán eran también nuestro coco, porque desde que llegamos al Dúa [Duda] Aljure no nos dejaba dormir. El Ejército ya no nos acosaba, pero Aljure comenzó a tomar nombre como enemigo. Mientras más andábamos más presente estaba. (Molano, 1989, p. 197)

Al respecto, Estrada (1987) cuenta que se realizó una gran reunión en Ucrania, en 1957, convocada por Silvino Varela, a la que asistieron 200 colonos, con el fin de analizar la difícil situación que se les presentaba; en esa reunión, para alejarse de la persecución de Dumar Aljure, decidieron adentrarse en el territorio de Mesetas y fortalecieron la idea de fundar un caserío.

Es probable que los hermanos Varela pensaran que en esas tierras la violencia quedaría atrás y que harían una nueva vida en el territorio de Mesetas. Así que, bajo esas condiciones, unidas a la posibilidad de hacer

fortuna en una tierra más fértil, más cercana a San Juan de Arama, llevaron a cabo la fundación de Mesetas en 1959.

Según Estrada, «en el mes de septiembre de 1959 se inició el desmonte del terreno, sacaron 9 hectáreas para el caserío y se repartieron proporcionalmente lo que sobraba entre Los Veintiuno» (1987, p. 41). Los hermanos Varela (Silvino, Jesús, Ismael y Marcolino) se quedaron allá viviendo con sus familias, su madre y una hermana, pero, un año después, en septiembre de 1960, fueron asesinados los cuatro hermanos el mismo día.

Sus muertes tienen diversas explicaciones. En primer lugar, algunos dicen que fue obra del Capitán Veneno; al respecto, varios de los entrevistados coinciden en que, si bien en el marco de la amnistía de 1953, decretada por el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, se habían hecho varios actos de entrega de armas⁶ y de guerrilleros en diferentes departamentos, particularmente en los Llanos, los jefes de varias guerrillas seguían teniendo mucho poder en amplios territorios: entre ellos se respetaban, pero había muchos celos por el dominio de esos territorios.

Según esta versión, se habría propuesto llevar a cabo una reunión con delegados de los movimientos que tenían presencia en las regiones de Granada, Ariari, Guayabero y Uribe, con el ánimo de hacer una votación para ver quién quedaba como jefe en el Ariari: Dumar Aljure, Plinio Murillo (Capitán Veneno) o el Tuerto Giraldo. Entonces, Silvino Varela habría convencido a su gente de que votara por el Tuerto Giraldo, y 19 delegados de Mesetas votaron por él. «Para mí, en mi concepción, la muerte de los Varela nació en esa reunión, por no haber votado por Veneno», dice HFM.

6 «Entre el 9 de septiembre y el 21 de octubre de 1953, en los Llanos orientales de Colombia se desmovilizaron y entregaron sus armas 1470 guerrilleros, según el coronel Alfonso Saiz Montoya, jefe civil y militar de los Llanos Orientales» (López, 2019).

Para otros, como el periódico *El Tiempo*, fue su propio hermano, Juan de la Cruz Varela, quien los mandó asesinar. Por su parte, en su libro sobre este líder guerrillero, Rocío Londoño (2012) dice que «no se requiere de gran perspicacia para darse cuenta de que el asesinato de los Varela fue urdido para acabar con la reputación de Juan de la Cruz, que para ese entonces estaba en la cima de su trayectoria pública, y para frenar el ascenso electoral del MRL y del PCC en la región del Ariari, feudo electoral de Durán Dussán dominado por Dumar Aljure, no propiamente por medios legales y pacíficos» (Londoño, 2011, p. 440).

Por otra parte, un hijo de Ismael Varela, cuyo relato aparece en *Siguiendo el corte*, menciona que Dumar Aljure había desafiado a los hermanos Varela, pero que el día de la pelea no fue él, sino que en su lugar mandó a su gente. Además, dice que los Varela eran «también gallos finos», y que emboscaron la tropa de Aljure y la devolvieron desarmada. «Pero Aljure era muy orgulloso. Un montón de orgullo era. A los tres días los mandó matar» (Molano, 1989, p. 165). Finalmente, para otros, esos asesinatos fueron ordenados por «una gente de Granada de apellido Mora» (CNMH, DCMH, anónimo, Villavicencio, mayo 18, 2024).

No es de nuestro interés tomar partido por alguna de estas versiones; solamente queremos destacar estos hechos que muestran cómo diferentes expresiones de violencia han marcado la historia de Mesetas desde su fundación. Como dijo HFM: «Es que la sangre que le ha tocado a ese pueblo ha sido mucha» (CNMH, DCMH, entrevista a HFM enero 9, 2024).

También queremos resaltar el nombre de Silvino Varela, pues todos los entrevistados que tenían conocimiento de su muerte dijeron que esta produjo honda tristeza entre sus compañeros y amigos, además de mucho temor, al punto de que algunos decidieron marcharse del territorio por algún tiempo, aunque luego regresaron.

El liderazgo de Silvino Varela quedó plasmado en distintos momentos de la historia de Mesetas. Uno de ellos fue cuando, en 1977, al crearse el colegio de secundaria del pueblo, se decidió nombrarlo en su honor. Sin embargo, debido a un error en los registros oficiales, más adelante, el colegio pasó a llamarse Los Fundadores, como homenaje a Los Veintinueve, aquellos primeros pobladores reconocidos como los fundadores del caserío. En ese entonces, Mesetas aún era una inspección de Policía del municipio de San Juan de Arama.

1.6. Creación del municipio de Mesetas

Mediante la Ordenanza 035 de 1981, de la Asamblea Departamental del Meta, se crea el municipio de Mesetas, segregado de San Juan de Arama, quedando como inspecciones de Policía: Uribe, Jardín de Peñas y, posteriormente, El Mirador. El primer alcalde del nuevo municipio fue el señor José Octavio Vera, aunque por un lapso muy corto. Para entonces, había 22 044 habitantes, de los cuales el 83 por ciento vivía en la parte rural (Estrada, 1987).

El primer concejo del municipio fue elegido para el periodo 1982-1984 y estaba integrado por seis concejales; la izquierda estaba representada por el denominado Frente Democrático. Miguel Antonio Rubio y José Julián Vélez hicieron parte de ese concejo; ambos eran muy destacados: el primero, por su liderazgo y por los cargos de representación política que tuvo en el municipio, así como por haber sobrevivido al exterminio de la izquierda. El segundo, además de ser líder comunitario, se destacaba por ser el padre de Carlos Julián Vélez, cuyo perfil biográfico presentamos en este libro.

Para los primeros años de la década de 1980, en el municipio se respiraba un aire de tranquilidad y progreso. En las veredas, los campesinos unían fuerzas a través de las juntas de acción comunal para construir puentes colgantes sobre los ríos y caños más caudalosos, con el fin de

poder sacar a vender sus productos. Los domingos, día de mercado, los campesinos llenaban la calle principal con sus productos para vender y con sus compras de lo necesario para la semana.

De sus fincas traían plátano, yuca, gallinas y panela, que cargaban, por lo general, a lomo de mula. En épocas de cosecha, los camiones entraban por las trochas veredales a recoger café, maíz, cacao, fríjol y algunos frutales, ya que había variedad de cultivos porque se contaba con tierras de clima cálido, templado y frío.



Figura 2. Vías veredales en la época del lanzamiento de la Unión Patriótica. Las administraciones municipales de la UP impulsaron activamente el mejoramiento de estas vías.
Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

Para 1978, inició labores un colegio de secundaria en el pueblo, el cual fue fundado por iniciativa del párroco Francisco Loddo Pulixi y de algunos fundadores como Flaminio Castellanos y Rafael Moya. El colegio inició con el nombre del líder fundador, como se dijo, y solo hasta 1991 se pudo empezar a ofrecer el bachillerato completo.

1.7. Movimientos sociales y políticos en Mesetas

Desde la fundación del poblado, se habían venido creando y fortaleciendo el Partido Comunista y el Partido Liberal, cuya influencia venía de tiempo atrás, cuando los campesinos se unieron para enfrentar la violencia ejercida por las fuerzas del Estado y por grupos de conservadores en sus antiguos territorios. Salvo el terrible asesinato de los hermanos Varela, en 1969, parecía que las diferencias políticas no eran motivo de enfrentamiento entre los vecinos, pues, aunque unos estaban del lado de los comunistas y otros estaban del lado de los liberales progresistas (muchos venían de las guerrillas liberales), la amistad y la fraternidad estaban por encima de los colores políticos. En esa medida, el trabajo colectivo, llamado «convites», era frecuente, y en la mayoría de las veredas existían juntas de acción comunal, que organizaban y coordinaban sus esfuerzos para realizar obras en beneficio de todos. Así ocurría también en otras regiones del Ariari, como El Castillo:

De la mano de estos procesos de colonización prosperaron, de manera relativamente armónica, una gran variedad de expresiones sociales y comunitarias, un buen número de ellas organizadas alrededor del Partido Comunista Colombiano. Prosperó también una economía esencialmente campesina sobre la cual se forjaron formas de asis-

tencia y trabajo colectivo, una infraestructura comunitaria, así como expresiones culturales propias. (CNMH, 2015, p. 16)

Así, al lado del Partido Comunista, se crearon organizaciones de mujeres, como la Unión de Mujeres Demócratas (UMD), la Juventud Comunista Colombiana (JUCO) y el Sindicato de Trabajadores Agrarios, seccional Mesetas.



Figura 3. Manifestación del Partido Comunista en Mesetas. De pie se observa a Héctor Montes, uno de los primeros dirigentes de ese partido en la región, junto a una lideresa de la Unión de Mujeres Demócratas (UMD). Mesetas, 1976.

Fuente: archivo familiar de Fátida Vélez.

De igual manera, la Cooperativa de Caficultores jugó un papel importante en el municipio. Los caficultores afiliados recibían asistencia técnica y vendían su producido a precios favorables, aunque tenían que sacar un producto de buena calidad, con los estándares de la Federación Nacional de

Cafeteros. José Julián Vélez y Miguel Rubio fueron figuras muy importantes en la consolidación y desarrollo de esta organización.

Como nos cuenta Miguel Antonio Rubio, uno de los personajes biografiados en este libro: «La cooperativa agrupaba a municipios como Guamal, Cubarral, El Castillo, Lejanías, San Juan de Arama, Mesetas [...] y ahí, entonces, se les compraba el café a los asociados, y se llevaba a la Federación, a Bogotá» (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, 82 años, La Julia, 2024, enero 12). Además, los caficultores asociados recibían créditos por medio de la Federación Nacional de Cafeteros y eran incentivados a que diversificaran sus cultivos.

Finalmente, otra organización importante a tener en cuenta es la Asociación de Colonos de La Macarena, la cual comenzó a gestarse en los primeros años de la década de 1980, y agrupaba a colonos y campesinos que habitaban dentro de la Reserva de La Macarena. Al respecto, Alfonso Camacho cuenta que «antes del nacimiento de la Unión Patriótica ya existían diversas organizaciones como el sindicato, la Asociación de Colonos Duda Guayabero de la Reserva de la Macarena» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, 2024, mayo 18).

En esa línea, se recuerda con respeto el liderazgo de Julio Serrano, Rogelio Hincapié y Parménides Castro en el marco de esta asociación, quienes, además de ser destacados dirigentes comunales, habitaban en el territorio de la reserva. De ellos, solo Rogelio logró sobrevivir al genocidio contra la Unión Patriótica.

En las comisiones del Sindicato Agrario también discutíamos ese tema de la Reserva; le fueron corriendo los linderos. Se pensaba en frenar la colonización y se frenó, sí, se frenó. Ahí tuvo que ver mucho la guerrilla con eso, porque a nosotros nos habían ganado y, entonces, intervino la guerrilla. Dijeron: «Bueno, hasta aquí no más», y se hicieron prác-

ticamente los linderos, porque lo que pasaba es que el Gobierno prometía aportar los cuidanderos para la reserva [...] y nunca llegaban. (CNMH, DCMH, Rogelio Hincapié, Villavicencio, 2024, enero 20)

Otra institución importante en la vida social de Mesetas fue la Iglesia católica; particularmente, es recordado el cura Valentín Aparicio, de quien Prada dice lo siguiente: «Había en esa localidad (Mesetas) un cura párroco español, y qué belleza como jalaba para la izquierda, qué era lo que no nos facilitaba» (Prada, 2008, p. 185). En 1984, el alcalde liberal Samuel Perdomo Almeida y Pedro Nelson Navarro, personero municipal que era miembro de la Unión Patriótica y uno de los autores de este libro, hacían su trabajo juntos de manera armónica; el padre Valentín los felicitaba y los ponía como ejemplo de unidad, pues los veía recorriendo veredas y realizando trabajos coordinadamente en medio de una gran amistad, sin resquemores por colores políticos. Era una persona muy cercana y dedicada a la comunidad.

Después de haber estado ejerciendo el sacerdocio en varios municipios del Meta, llegó a Mesetas en 1984 y recorrió las veredas por caminos de herradura y en agotadoras jornadas, por lo que es recordado con mucho cariño por los mesetenses. Entre 1999 y 2000, fue nombrado párroco de la inspección de La Julia, muy cerca de Uribe, y entre el 2001 y el 2010 se ubicó en la población de Jardín de Peñas, inspección ubicada a media distancia entre Mesetas y Uribe. Fue un «gran misionero incansable que entregó su vida al servicio de las gentes del Ariari, quien abrió la brecha entre las inmensas llanuras, ríos y mesetas de nuestra diócesis enfrentando las trochas y caminos reales, enfermedades tropicales y las inclemencias del tiempo, anunciando a Cristo camino, verdad y vida y llevando la esperanza de su Reino» (Diócesis de Granada en Colombia, 2014).

En este punto, vale la pena destacar que la educación secundaria en Mesetas comenzó en un salón de la iglesia y que en ese mismo espacio funcionaba la única sala de cine del pueblo: un salón parroquial donde el cura proyectaba películas, en su mayoría mexicanas, que los habitantes esperaban con entusiasmo cada fin de semana, al menos hasta mediados de los años noventa; hoy en día, el pueblo no cuenta con una sala de cine. Como era de esperarse, las celebraciones eucarísticas reunían a muchas personas, pues la mayoría de los pobladores eran profundamente religiosos.



Figura 4. Equipo de fútbol de la vereda Alto Cafre. Se distinguen, entre otros, Rafael Moya Hernández, su padre Gregorio Moya y Sixto Nieto.

Fuente: archivo familiar de Edixson Moya.

En todas las veredas, los jóvenes, sin importar el color político, tenían equipos de fútbol y organizaban encuentros y campeonatos; igual ocurría en el casco urbano. En esa medida, era importante el ejercicio del deporte promovido por jóvenes de diversas corrientes políticas, entre quienes

sobresalen los descendientes del fundador Rafael Moya y miembros de la Juventud Comunista Colombiana; es así como se recuerda con cariño al equipo Real Juventud, que aglutinó a jóvenes de varias veredas.

Adicionalmente, por iniciativa de los líderes de la JUCO, se organizaban actividades de teatro y de música, en la Casa del Partido o Casa del Pueblo, como se la llamó después. El Festival de la Juventud y los Estudiantes, que se celebró por primera vez en 1987, se convirtió en una gran fiesta que convocaba anualmente a buena parte de la población; fue en uno de estos eventos, en 1990, cuando miembros de la Policía y del Ejército dispararon ráfagas que, en medio de la noche y la multitud, acabaron con la vida de Luz Dary Ángel.

1.8. Los diálogos de paz y el nacimiento de la Unión Patriótica

Es sabido que la guerrilla de las FARC hacía presencia desde mediados de la década de 1960 en el territorio de Mesetas y Uribe, y que esta tuvo bastante cercanía con la población y las organizaciones comunales y campesinas. En ese sentido, algunos de los colonos que llegaron de Cundinamarca, Tolima, Valle del Cauca, Huila y Boyacá habían sido miembros de las resistencias campesinas liberal y comunista de esas regiones, así que era natural que mantuvieran relaciones de empatía y confianza con las FARC y que se vincularan con la actividad política del Partido Comunista; incluso, algunos seguían siendo de la corriente gaitanista de izquierda⁷:

7 «el gaitanismo no fue homogéneo, y por el contrario se fue construyendo en torno a un proceso dinámico, entre un gaitanismo oficial y uno popular» (Morales Estrada, 2023). Dentro del movimiento, coexistieron diversas corrientes: algunas optaron por la lucha armada contra el régimen conservador; otras buscaban distanciarse del liberalismo tradicional, aspirando a una transformación más profunda; y también hubo sectores puramente liberales que creían en la posibilidad de reformas sociales sin necesidad de cambios estructurales profundos, lo que podríamos considerar un gaitanismo de centro o incluso de derecha.

Soy liberal, no porque mi mamá y mi papá me hayan dicho que sea liberal, [sino] más porque me ha gustado leer a Jorge Eliécer Gaitán, me identifiqué con la forma de pensar de él; para mí, es un personaje ejemplo del liberalismo. Es más, hasta los comunistas lo tienen como ejemplo, incluso los conservadores, pero yo lo tengo identificado como una estrella liberal. (CNMH, DCMH, HFM, Mesetas, 2024, enero 9)

En el marco de las negociaciones de paz entre el Gobierno y las FARC-EP, bajo la presidencia de Belisario Betancur (1982-1986), nació el movimiento político Unión Patriótica, el cual tuvo mucha acogida en estas regiones.



Figura 5. Símbolo de la UP en el Ariari. Imagen que en la época inicial de la Unión Patriótica identificó al movimiento político y que fue replicada en murales de pueblos y veredas en los municipios del Ariari.

Fuente: ilustración Camilo Navarro

La imagen del sol asomándose entre las montañas, con el nombre del movimiento en el centro, se convirtió en el símbolo de un proyecto colectivo que nacía en lo profundo de la selva y que representaba una nueva perspectiva para la política de izquierda, una invitación a los sectores democráticos a unirse en torno a la idea de reemplazar la larga guerra

interna por un proyecto político renovador, con la paz como horizonte. En toda la región del Ariari, este símbolo fue profundamente valorado.



Figura 6. Canción entonada por los militantes de la Unión Patriótica desde sus inicios. La rosa, símbolo de esperanza y lucha por la justicia social.

Fuente: álbum personal de Diana Vélez.

Se entendía que Mesetas, el lugar donde se habían dado las negociaciones y desde donde surgía la propuesta de la Unión Patriótica, era el punto de partida de un ambicioso proyecto democrático que no solo buscaba romper con el bipartidismo tradicional que había marcado la historia política del país, sino que ofrecía a la gente una posibilidad real de gobierno, tanto en lo local como en lo nacional. Es así como campesinos, comerciantes y buena parte de la población veían en ese movimiento una esperanza concreta, pues, al provenir de un acuerdo nacional de paz, representaba el inicio del fin del conflicto armado que por tantos años había golpeado al país, y más a estas regiones.

Los actos de lanzamiento oficial del partido fueron multitudinarios; a la mayoría de las plazas de los municipios del Meta, asistieron centenares de personas a escuchar a los oradores, a ondear la bandera amarilla y verde, y a echar vivas a la Unión Patriótica. El acto de lanzamiento en Uribe se hizo como un homenaje al territorio donde se habían firmado los acuerdos: «Se convino que, en La Uribe, Meta, se debía hacer el lanza-

miento, ya que siendo una alianza con todos los movimientos populares, entre ellos, el movimiento armado en tregua, especialmente las FARC, allí podían asistir Manuel Marulanda, alias Tirofijo, y Luis Morantes, alias Jacobo Arenas, entre otros; lo que despertó la atención y el entusiasmo nacional e internacional» (Prada, 2008, p. 182); sin embargo, ninguno de los dos comandantes llegó al acto y, en su lugar, enviaron a un representante de su organización.

Ese día (de mayo de 1985) llegaron a Uribe miles de personas provenientes de la región del Ariari, del Meta y de Bogotá. Lo del lanzamiento en La Uribe fue un verdadero acontecimiento, en una tierra tan lejana, casi sin caminos, con una carretera impensable, entre la selva. Asistieron miles de personas, entraron 121 vehículos en semejantes dificultades, los camiones se enterraban. Lo importante era llegar. (Prada, 2008, p. 182)

Entre los oradores que participaron en ese evento estuvieron reconocidos dirigentes regionales y nacionales como Eusebio Prada, Pedro Nel Jiménez Restrepo, Jaime Quijano Caballero, Rafael Reyes Malagón, Hernando Yate Bonilla y un delegado de las FARC-EP. Por los territorios de Mesetas y Uribe tomaron la palabra Parménides Castro y Carlos Julián Vélez, quienes representaban la voz y el sentir de sus comunidades.

De igual manera, en Granada, Meta, se hizo un gran acto con la presencia de un miembro del secretariado de las FARC-EP, Braulio Herrera, quien era un orador impresionante, y a quien la gente estaba muy ansiosa por escuchar; se creía que el proceso de paz iba hacia adelante y que el proyecto político seguiría cosechando adeptos y triunfos en todo el país.

Según Prada,

Nosotros seguíamos batiendo las banderas de la UP, haciendo manifestaciones en toda la región. Nos preparábamos para una nueva manifestación en la localidad de Mesetas, que era nuestro verdadero fuerte, sobre todo el río Güejar, San Juan de Arama, Lejanías, La Julia y parte del río Duda. Allá había una colonia tolimense considerable compuesta por desplazados y, en general, evacuados del Tolima durante las guerras de los años cincuenta. (Prada, 2008, p. 185)



Figura 7. Lanzamiento de la Unión Patriótica en Mesetas. Carlos Julián Vélez se dirige a los asistentes. Mesetas, 1985.

Fuente: álbum familiar de Dora Ariza.

1.8.1. Una espuma que crecía

Se respiraba un ambiente de júbilo, organización y efervescencia política. La propaganda se financiaba con los recursos que dejaban las fiestas y los bazares organizados en las veredas. En cada rincón del territorio, se convocaban reuniones y actividades comunitarias para recoger fondos y seguir dándole impulso al nuevo proyecto político.

Cuando se lanzó la UP, porque eso no se escuchaba, no existía, sino que se lanzó ya al público, duramos tres días tomando y bailando en el Alto Cafre, sí, en una festividad, un bazar que se hizo para fondos de la UP. Cuando eso, eran todas las veredas, sí, y cuando eso, era muy sano; la pasábamos muy sabroso, sin problemas. (CNMH, DCMH, Alix Hernández, Mesetas enero 10, 2024)

Por su parte, Mercedes, hermana de Rafael Moya Hernández dice que «se podía rumbear toda la noche y no había un problema de nada, de nada» (CNMH, DCMH, Mercedes Moya, Mesetas, enero 10, 2024). Ese era el entusiasmo en los años iniciales de la Unión Patriótica; era un ambiente de fervor político y de esperanza colectiva en un proyecto que podría ir aglutinando cada día más adeptos y convertirse en una opción de poder.

De acuerdo con Alfonso Camacho, «esos años de los comienzos de la UP eran años de mucha esperanza porque la gente creía en la dirigencia, y el común de la gente veía en la propuesta de la UP una alternativa política para salir de la violencia y del atraso, y de las injusticias» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, enero 10, 2024).

Cuenta que en Mesetas fue muy grande la acogida del nuevo movimiento, y que la gente de las veredas buscaba a los líderes para que los visitaran y les asesoraran en la creación de las juntas patrióticas. «[La UP] era como una espuma que crecía» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, enero 10, 2024). En ese ambiente de euforia y entusiasmo político trabajaron arduamente Carlos Julián Vélez, y su familia, Julio Serrano, Alba Ariza, Rafael Moya y Luz Dary Sánchez, junto con un grupo de dirigentes y activistas de Mesetas.

Sin embargo, los políticos tradicionales no vieron con buenos ojos el avance del nuevo movimiento político, ya que sentían que estaban perdiendo sus feudos electorales y, con ello, sus cuotas burocráticas y las po-

sibilidades de obtener réditos propios con dineros públicos. Al respecto, afirma Prada que «los enemigos de la izquierda e hipócritas nos miraban con cierto respeto, pero con mucha rabia por dentro» (2008, p. 189).



Figura 8. Cabildo abierto frente a la alcaldía. Mesetas, 1990.

Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

Es así como el contexto electoral de esos años muestra el ascenso de la izquierda, representada en la Unión Patriótica. En efecto, en 1982, cuando por primera vez se eligió en Mesetas el concejo municipal, el Frente Democrático obtuvo 1257 votos y el Partido Liberal obtuvo 1160 votos; en las elecciones de 1986, la alianza Unión Patriótica-Nueva Fuerza Liberal obtuvo 3047 votos, en tanto que los liberales obtuvieron 952 votos. De igual manera, cabe anotar que en 1982 no hubo un solo voto por el Partido Conservador, mientras que en 1986 se presentaron 65 votos por ese partido (datos brindados por la Registraduría Nacional en respuesta vía correo electrónico).

Así, por primera vez en el departamento del Meta, la izquierda eligió un representante a la Cámara y un senador de la República, en cabeza de Betty Camacho de Rangel y Pedro Nel Jiménez Obando, respectivamente; por su parte, en Mesetas se eligieron cuatro concejales de la Unión Patriótica y dos del Partido Liberal. Además, teniendo en mente la futura elección popular de alcaldes, el Gobierno nacional, en cabeza de Virgilio Barco, decidió nombrar alcaldes del partido que hubiera obtenido las mayorías, por lo que en Mesetas fue nombrado Miguel Antonio Rubio, de la Unión Patriótica.



Figura 9. Actos de campaña de la UP en Mesetas. Betty Camacho de Rangel se dirige a los manifestantes. De pie a la derecha: Carlos Julián Vélez y Rafael Reyes Malagón. Mesetas, 1985.

Fuente: archivo familiar de Fátima Vélez.

En el año de 1988, Julio Serrano Patiño, de la UP, fue el primer alcalde elegido por voto popular en Mesetas, y en todo el departamento del Meta fueron elegidos seis alcaldes y se obtuvieron dos escaños en la asamblea departamental, uno de ellos ocupado por Carlos Julián Vélez.

1.8.2. Violencia contra la Unión Patriótica

El 28 de noviembre de 1985, en Granada, Meta, es asesinado Hernando Yate Bonilla; este es el primer crimen de un líder regional de la Unión Patriótica. Los habitantes de Mesetas acudieron masivamente al sepelio de quien había sido presidente del Sindicato de Trabajadores Agrícolas Independientes del Meta, presidente del concejo municipal de San Juan de Arama y miembro de la dirección regional de la Unión Patriótica del Meta. Pese a este primer acto violento contra la UP, sus militantes siguieron desplegando su actividad política y lograron importantes triunfos electorales como los de 1986.

Mientras que, para gran parte de la población de esta región, la Unión Patriótica era una esperanza de paz y un proyecto político amplio con miras a transformaciones sociales locales, regionales y nacionales, para otros se convirtió en una amenaza contra el poder político tradicional y sus prácticas clientelistas. Por ejemplo, respecto a la elección del senador por el Meta, Prada (2008) dice lo siguiente:

Los caciques y los politiqueros se llenaron de ira y empezaron a conspirar de la manera más cobarde contra nuestro movimiento. Como a los quince días después de las elecciones se tuvo conocimiento de que bajó Durán Dussán a Villavicencio, reunió a todos sus seguidores, los previno contra nuestra organización y les dijo que la pérdida en las elecciones para Senado y Cámara de representantes era muy grave para el liberalismo, por lo cual convocó a una reunión en Villa de Leiva. Los comentarios de la reunión hicieron referencia a que no nos podían dejar avanzar mucho. Que les preocupaba el muchacho senador por la UP que en menos de un mes se había ganado casi todo el Senado con una inteligencia y lengua incomparable. Según, se

dijo, esos eran campanazos fuertes para el Partido Liberal. Días más tarde se reunió en Villa de Leiva toda la fábrica de liberales, manzanillos, politiqueros, lentejos y sectarios. Qué fue lo que no hablaron en esa reunión en contra de la UP. Llegaron a la conclusión de que tenían que atajarla y combatirla a sangre y fuego en todas partes y a cómo diera lugar. Los cerebros sobresalientes en esa convención, los que dijeron y manipularon, fueron Hernando Durán Dussán y Latorre Gómez. (Prada, 2008, p. 192)

De otro lado, por esta misma época, grupos paramilitares llegaron al Meta para sembrar el terror y la muerte contra líderes, activistas y simpatizantes de la Unión Patriótica y ejercer control sobre el territorio. Rápidamente, encontraron el apoyo que necesitaban en algunos dirigentes políticos tradicionales que no querían perder sus privilegios políticos y, de igual manera, se apoyaron en núcleos de ganaderos y hacendados, así como también en sectores de las fuerzas armadas. Según un informe del Centro Nacional de Memoria Histórica:

Los orígenes del paramilitarismo en los Llanos orientales estuvieron estrechamente ligados a la radicalización antsubversiva, y a los intereses de notorios personajes ligados a la explotación de minas de esmeraldas en el occidente de Boyacá, como Víctor Carranza y Gilberto Molina y al narcotráfico, como Gonzalo Rodríguez Gacha [...] los tres estuvieron vinculados al proyecto paramilitar del Magdalena Medio que arrancó en la década de los ochenta. (CNMH, 2018a, p. 66)

El paramilitarismo se fue extendiendo a todas las regiones del país donde la Unión Patriótica había tenido avances electorales significativos y, poco tiempo después, varios líderes nacionales fueron asesinados, en-

tre ellos dos candidatos presidenciales: Jaime Pardo Leal (1987) y Bernardo Jaramillo Ossa (1990). En medio de este contexto, cabe resaltar que una gran marcha campesina, organizada en Mesetas y apoyada por delegaciones de distintos municipios del Ariari, que se dirigía a Bogotá para protestar por el asesinato del líder Jaime Pardo Leal, fue detenida en un punto intermedio entre Granada y San Martín llamado Iracá. Los marchantes no pudieron entonces acompañar el sepelio en Bogotá pues fueron retenidos por el Ejército en plena carretera, donde estuvieron cautivos durante varias semanas.

Los asesinatos contra líderes veredales, locales, regionales y simpatizantes de la UP ocurrían en todos los municipios del Meta; bajaban a las personas de los buses y las desaparecían o asesinaban. La lista es tan larga que no se sabe a ciencia cierta cuántas fueron las víctimas de la UP en este departamento.

En Mesetas comenzó la matanza con el asesinato de Alba Ariza, una estudiante de grado décimo, el 23 de octubre de 1988. Le siguió el asesinato de Luz Dary Sánchez, el 14 de octubre de 1990; en agosto de 1991, mataron a Rafael Moya; en septiembre del mismo año, asesinaron al diputado Carlos Julián Vélez junto con su esposa, su hijo y su hermano; en 1993, ocurrió la desaparición de Julio Serrano Patiño.

No tenemos un listado de todos los militantes de la UP asesinados en Mesetas, que fueron muchos, ya que los archivos que existían en las sedes políticas de la Unión Patriótica y del Partido Comunista se perdieron o fueron quemados posteriormente por los paramilitares. Aquí entonces nombramos solo a algunos, además de las personas cuyas historias de vida abordamos más adelante.

Entre 1998 y 2002, el municipio de Mesetas hizo parte de la zona de distensión, o de despeje, durante el proceso de paz impulsado por el en-

tonces presidente Andrés Pastrana. Dicen nuestros entrevistados que durante ese periodo se vivió una época de tranquilidad, dado que los grupos paramilitares se alejaron del territorio, pero, en realidad, solo estaban esperando el momento en el que pudieran volver para concluir su tarea. «Mientras estuvo vigente la zona de distensión, entre 1998 y 2002, el control del municipio estuvo en manos de las FARC, aunque cercados por los paramilitares, que crearon un anillo en los municipios de Granada, San Martín, San Juan de Arama y Fuente de Oro» (Cavieles, 2019a).

Como había ocurrido en otros municipios, como Vista Hermosa, El Castillo, San Martín, y la mayoría de los territorios del Meta, los sicarios se paseaban por las calles de Mesetas armados, como Pedro por su casa: se tomaron el pueblo, con la aquiescencia del Ejército y la Policía, y no había ante quién denunciar; se apoderaron de la sede de la Unión Patriótica y de las sedes sindicales e hicieron lo que quisieron con la población. Entonces, los que no fueron asesinados tuvieron que abandonar la población, en silencio, con un par de mudas de ropa y sin poder volver a mostrarse por el pueblo; algunos se fueron a regiones lejanas, otros se ocultaron en veredas a jornadas de camino del poblado.

1.9. Mesetas hoy

Después de 2006, con los distintos acuerdos y procesos de desmovilización de los grupos de autodefensas en el país, estos actores armados comenzaron a retirarse gradualmente de Mesetas; sin embargo, hacia 2008 aún permanecían en la zona varios paramilitares, abiertamente reconocidos como tales, quienes, según el personero de la época (quien prefirió mantener su nombre en reserva), estaban aliados con algunos agentes de la Policía.

1. Contexto histórico y político de Mesetas



Mapa 3. Mapa del municipio de Mesetas en la actualidad.

Fuente: elaboración propia del CNMH.

A pesar de ello, los acuerdos promovidos por el Gobierno nacional lograron impactos positivos: la tranquilidad fue regresando poco a poco al territorio, y muchas personas que habían huido comenzaron a volver, aunque con miedo. Hoy, sin embargo, el silencio persiste; la mayoría evita hablar de la Unión Patriótica: el miedo quedó sembrado en las mentes y en los corazones.

El acuerdo de paz con las FARC-EP, en el 2016, también contribuyó a tener una nueva perspectiva de un territorio en paz. Sin embargo, actualmente, de lado y lado siguen existiendo grupos armados al margen de la ley.

Los caminos de antaño para llegar al poblado han sido reemplazados por carreteras pavimentadas que lo hacen más cercano, la mayoría de las veredas cuenta con carreteables para sacar sus productos, y en temporada de vacaciones llegan muchos turistas a disfrutar de su clima templado, sus hermosos paisajes, sus ríos y sus quebradas.

En el parque, hay un monumento en honor a los soldados caídos en combate; a Julio Serrano o a Carlos Julián Vélez, solo los habitantes más viejos los recuerdan. No hay ningún monumento, ni una calle con sus nombres, ni una placa que los conmemore, que impida su olvido entre las nuevas generaciones.

En el único colegio público, pareciera no haber mayor interés por la enseñanza de la historia local. Cuando les preguntamos a un par de chicos graduados recientemente de bachilleres, nacidos en Mesetas, si habían escuchado hablar de estos líderes, contestaron: «No, nunca. ¿Quiénes son esos señores?». Les enseñan sobre Los Veintiuno, los fundadores, pero no les enseñan sobre aquellos que soñaban con un país de libertad y justicia, con paz y progreso social; sobre aquellos que creían en una política limpia, no para intereses personales sino para intereses colectivos; sobre aquellos que querían ver crecer a sus hijos en esas tierras, gozando de sus paisajes y de su fertilidad, como también lo había soñado Silvino Varela a finales de los años cincuenta.



Familia



Hi, muy querida Coris:

Esta semana ha sido buena, nos han dado los actos del segundo periodo y te digo que he usado todo en buen grado, de el planchado de 17 que tenía subí a 21, aunque he usado todo sigue conservando el segundo punto.

Hoy es 20 de julio y por la noche, ha habido mucha noche de banderita, me puse a mí de mi grado y además dije la poesía de los bananeros, aunque me lo sé la sé porque no me la puede aprender!

Hoy me he divertido mucho con la gimnástica y tengo que poner en a elludias, ahorita en un momento voy a escribir esta carta.

Me he sentido mucho mejor que la semana pasada; riendo con nosotros talga pero en intensidad las vacaciones que pasaron y voy que

Salúdame especialmente a Julia, a Romero, a los chicos; de aquí te recuerdo saluda Smith! que me has dicho que te eres un mujalito a que no, pero ellos dicen otra cosa.

Te quiero mucho y te pido megrita, fúndes que te ayudes mucho. No bajes la guardia aunque dialogue bastante y todo el putas!

(Wh) un fuerte abrazo y no te olvides de mí.

Con cariño

Alba



Alba Ariza: madera de puro corazón

Autora: Dora Ariza

El relato que entrego a continuación está basado en los recuerdos que conservo de Alba Enis Ariza Vega, mi hermana, de nuestra militancia política y de nuestra vida familiar. Además, las conversaciones con mis padres, con mis hermanos y hermanas, y con otros familiares y amigos, me permitieron reconstruir y complementar esta historia de vida.

Con frecuencia, en mis sueños, regreso a la pesadilla de la violencia. A veces, son sueños felices en los que me reencuentro con mi hermana y con nuestros compañeros de militancia política en las calles de Mesetas; entonces, escucho sus voces y el grito de las consignas, pero, rápidamente, mi subconsciente me confronta con la realidad de lo que tuvimos que vivir.

Volví a soñar estando en las calles de Mesetas. Me sentía contenta de regresar, volvería a ver y hablar con mis amigos; estarían por ahí en una calle, en una esquina, en la Casa del Partido, pero, cuando empezó a caer la tarde, escuché a alguien —una figura difusa, un rostro que no logro distinguir— decir que «lo mejor es que se regrese a Bogotá porque esto está muy peligroso». Entonces, llegó la angustia, el miedo; empecé a buscar, afanada, cómo salir de allí, ¿por qué vine otra vez?, no debí venir. Aún hay una flota de La Macarena que sale a las siete de la noche. ¿Con quién me

voy? Me van a bajar del bus los paramilitares; en cualquier punto de la carretera lo detendrán, me señalarán y me matarán.

Mi hermana no está por ningún lado, no la encuentro, ¿o sí está? No, ya no está. Ella estudiaba en un colegio, pero ahora parece vivir como en una especie de orfanato. No recuerda nada, no nos reconoce, no sabe siquiera que se llama Alba; está muy pálida y ya no habla, pero no importa que esté así, la llevaremos a casa y, poco a poco, ella volverá a ser como antes, pero no, eso es imposible, ella no es Alba. Tengo que regresar, me van a matar si me quedo aquí, tengo que despertar y ver el lugar para saber que estoy en Bogotá y no en Mesetas; si despierto y estoy en Bogotá estaré a salvo. Tengo que despertar.

2.1. Entre los hijos y la violencia

Alba Enis Ariza Vega, hija de Robertina Vega y de Enrique Ariza, nació el 13 de noviembre de 1967 en la finca Los Héroes, de la vereda El Carmen, del municipio de El Castillo, Meta. El nombre de Alba lo sugirió la que sería su madrina, la señora Ana Tulia Enciso, quien, junto con su esposo, don Horacio Mata, provenientes del Valle del Cauca, ya vivían en ese territorio a la llegada de la familia Ariza Vega; por ser vecinos, se habían hecho amigos y, luego, compadres. Alba nació más pequeña y delgada de lo normal, y así fue hasta bien entrada su adolescencia.

La familia había llegado a la región en 1962, procedente de Yacopí, Cundinamarca, de unas tierras faldudas y llenas de peñascos, como solía decir Enrique. Para entonces, él y Robertina ya tenían cinco hijos, ya habían perdido a dos niñas pequeñas y ya habían vivido una guerra. Robertina, mi madre, apenas tenía 15 años cuando se fue a vivir con un joven veinteañero —mi padre— que no tenía sino sus brazos para trabajar, y la sinceridad de su amor y de sus palabras. Con su trabajo como jornalero

y partijero de cosechas de fríjol y maíz, logró reunir lo suficiente para comprar una parcela donde construyó su casa, la cual, al decir de Israel, hermano de mi madre:

Era una casa bonita, tablada, tenía tres piezas, su buena cocina y una sala. Yo era pequeño y me gustaba que me mandaran allá a hacer algún mandado porque me amañaba mucho con ellos; me quedaba a más de una hora de distancia, pero eso no importaba, subía uno y, luego, pasaba una quebrada que se llamaba La venta y, luego, volvía a subir una lomita y ahí llegaba a la casa. El sitio se llamaba El Borubero; eso era en Íbama. (CNMH, DCMH, Israel Vega, Villavicencio, mayo 20, 2024)

El poblado estaba a unas dos horas de camino y hacía parte del municipio de Yacopí. Crecí escuchando nombres como Alto Grande, Alto del Banco, Llanadas, La Venta, Llano Mateo, La Palma, Quípama, Topaipí y La Peña. La casa quedaba en una lomita, y desde allá se podía mirar a lo lejos, hacia algunos caminos y casas vecinas.

Desde esa lomita, mis padres pudieron ver unos años después los grupos de godos o chulavitas⁸ que venían hacia ellos. Como Enrique había sido liberal desde que tuvo conciencia de la política, se había criado con su tío Faustino Ariza, que era liberal, y la mayoría de los vecinos eran liberales —no se escuchaba que alguien fuera conservador—, entonces, sabía muy bien que la policía chulavita no era de confiar. En esta región, como en otras, se organizaron guerrillas liberales o autodefensas campesinas, para protegerse de la represión y la violencia conservadora.

8 Los chulavitas, originalmente policías provenientes de la vereda Chulavita, en el municipio de Boavita, departamento de Boyacá, dieron su nombre a los grupos paramilitares que actuaron bajo las órdenes del Partido Conservador durante el periodo de la violencia bipartidista de los años cincuenta del siglo xx en Colombia. «Godos» es la manera popular de referirse a los conservadores en esa época.

Ya habían asesinado en la capital al líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, y Laureano Gómez ya había «ganado» las elecciones, pues fue el único candidato, ya que el Partido Liberal se había retirado de la contienda electoral; La Violencia estaba en sus momentos más álgidos. En esas circunstancias, empezaron a nacer los hijos e hijas de Robertina y Enrique.

Mis padres contaban cómo tenían que salir corriendo de su casa cuando veían desde su lomita que los chulavitas o los pájaros, como también les decían, se aproximaban; entonces, escondían lo que podían entre los matorrales cercanos y salían a buscar cómo salvar sus vidas. Durante muchos días, los hombres permanecían más en el monte que en las casas, mientras que las mujeres y los niños preparaban los alimentos y se los llevaban al monte. Lo mismo ocurría en otras regiones: «Ya no se podía ni dormir en la casa. Cada día nos tocaba, a las seis de la tarde, acomodar las cobijitas por ahí y escondernos en el monte o debajo las matas de café» (Aprile-Gnisset, 1991, p. 39).

Fue en una de esas correrías, huyendo de los godos, cuando una de las hijas pequeñas falleció. Se fue desvaneciendo en los brazos de mi madre hasta quedar sin aliento; con un latido de angustia en su corazón, ella sentía que ya no la escuchaba, pero quería pensar que dormía, como lo hacía la mayor parte del tiempo. Mi madre decía que a ella le había entrado «yelo»⁹, porque cada día se hacía más pálida y delgada, hasta que, finalmente, en esos mismos cafetales, al lado de un árbol de naranjo, improvisaron un pequeño ataúd con yaripas¹⁰. Cuando regresaron tiempo después a ofrendar una flor y una palabra a su hija, por más que buscaron, no encontraron el lugar exacto.

9 Yelo: creencia popular en que el hielo de los muertos causa enfermedades en los niños. Por la descripción que daban de los síntomas de la niña, su muerte pudo deberse a una desnutrición severa.

10 Yaripas: esterillas elaboradas con tallos de guadua o palma.

En esos días llegaron hasta la vereda Guachatá y permanecieron en la casa de unos conocidos varios meses mientras se calmaban las cosas. Allí abundaban las nacumas¹¹, que se preparaban asadas o en guiso, y los cangrejos, que eran un succulento plato; también había sembrados de trigo, plátano y yuca, que les regalaban para preparar alimentos.

Allá la sal nos llegaba en unos tarros de guadua; los echaban a rodar y así nos llegaba la sal. Era un lugar de muy difícil acceso, por eso no llegaron los chulavitas y pudimos quedarnos un buen tiempo [...]; el dueño de esa tierra se llamaba don Chepe Vega, eran muy buenas personas y nos dejaron una casita ahí para que nos estuviéramos mientras tanto. (CNMH, DCMH, Israel Vega, Villavicencio, mayo 20, 2024)

2.2. En el Llano hay buenas tierras

Volvieron a sus fincas unos meses después y permanecieron allí hasta 1962. Enrique y Robertina escucharon distintas historias sobre las buenas tierras que estaban siendo conquistadas en el Meta; también se escuchaba que eran territorios de mucha organización campesina y de ideas comunistas. De boca de aquellos que ya habían ido, se conocían diversas historias y hazañas de hombres como Guadalupe Salcedo, Dumar Aljure, el Tuerto Giraldo, el Capitán Veneno, destacados jefes de las guerrillas en las décadas de 1950 y 1960. Enrique pensó que era hora de partir de su tierra natal.

Don Juan Triana, un compadre de Enrique, que ya había viajado y adquirido una finca en el alto Ariari, en el Meta, a su regreso, le dijo a mi padre: «Por allá, hay tierras muy buenas y casi regaladas», así que viajó con él para conocer esos territorios.

¹¹ Nacumas: cogollos de palma de iraca.

Quedó maravillado cuando vio un cielo azul que se perdía a lo lejos, tan distinto a los peñascos y lomas de su tierra natal; vio los ríos y quebradas que acariciaban esas tierras, y supo que era allí donde había que trasladar a la familia. El compadre Juan lo presentó con sus amigos; a algunos ya los conocía, pues habían sido sus vecinos en Yacopí. En la vereda El Carmen, pudo negociar una parcela de unas 20 hectáreas, y se devolvió a traer a su familia.

Al respecto, dice Londoño Díaz: «Es bastante notorio encontrarse por esos lados, grupos de campesinos de una misma parte del país agrupados, formando veredas. Hay veredas cuyos integrantes en su mayoría son de Viotá, o del Triunfo o de Yacopí» (Londoño, 1989, p. 101), de modo que no se sintieron ni solos ni extraños.

El terreno se pagó en varios plazos y, aunque en Yacopí había recibido un dinero por sus parcelas, durante el viaje se lo dio a guardar a la suegra, Carmelina, con tan mala suerte de que a ella o se lo robaron sin que se diera cuenta o lo extravió sin saber cómo en el viaje, así que tuvo que pagar su terreno con jornaleo en fincas vecinas. Por eso, cuando le preguntaban a mi padre cómo había conseguido el capital que tuvo años después, él orgulosamente decía: «Esto lo conseguí trabajando, pero trabajando duro como una bestia; a la vieja —decía refiriéndose a mi madre— también le tocó duro. Hasta jornalíar, muchas veces, para ayudarme. ¡Al Llano le debo mucho, porque yo llegué aquí vaciao, con una mano adelante y otra atrás!».

En la finca solo había unas matas de café, algunos frutales y monte; la casa era un rancho de bahareque, pero podían acomodarse. Los ríos La Cal y Sardinata pasaban muy cerca de la parcela y, a una hora a pie, el río Ariari se dibujaba imponente y majestuoso. En invierno, el Ariari se desbordaba inundando caminos, cementeras y montes, pero, como un aliciente para las familias, inundaba también los caños y riachuelos con infinidad de peces.

Por la finca pasaban varias quebradas o caños, entre ellos, el caño Piedra, que servía de lindero a la propiedad, con sus piedras de color negro y sus aguas límpidas; allí era un placer ir a pescar con anzuelos o haciendo barridas entre los matorrales de la orilla, ya que se conseguían los peces con facilidad. La pesca era abundante en ríos y quebradas, al igual que los animales, como las iguanas verdes —muchas de más de un metro de largas— que amanecían trepadas en las vigas de la casa, cuya carne blanca, como de pez, sirvió de alimento en muchos momentos. A unos 30 minutos a pie quedaba el pequeño caserío de El Castillo, donde la familia iba a hacer sus compras, y a participar de las celebraciones religiosas y festivas.

A veces, en sueños, retorno a esa vida en el campo, entre sensaciones de regocijo que se rompen con la certeza de la violencia. Me siento muy feliz de estar en la finca, en la hermosa casa familiar. Mi padre ríe a carcajada abierta y mi madre tiene su sonrisa de tranquilidad. Alba está cantando sentada al pie de un árbol, y mi hermana menor y los sobrinos juegan y corren en el patio. Empieza a caer la tarde y el sol se va ocultando a lo lejos, detrás de la montaña. Las vacas se acercan a la casa, y todo parece apacible y feliz.

Estamos todos en casa, pero, de pronto, Alba ha dejado de cantar, la oscuridad ha caído y unos sonidos de fuertes pisadas aproximándose a la casa nos alertan. Alcanzamos a ver un grupo de hombres en la penumbra, yo cojo a mi hermana menor de la mano y corro hacia el pequeño bosque de árboles que bordean el nacedero, ese que nos ha dado el agua por tanto tiempo. Trato de ubicar a Alba para que corra también y se esconda, pero no está y, entonces, una angustia frenética me llena el alma; ella ya no está.

No sé si mis padres han logrado huir de los paramilitares, escucho disparos, yo sigo corriendo, siguiendo el hilo de agua, entre hojas secas y el barro de la orilla, pero tengo mucho miedo. No sé qué ha pasado con

mis padres, ¡y Alba! ¿dónde está? Ella estaba allí, la oí cantando, pero no, ya no está.

Quiero gritar, quiero despertar, saber que no estoy en la finca, que estoy en mi casa en Bogotá, pero, si despierto, estaré consciente de que mi hermana está muerta, que no está ya conmigo, con nosotros, y una tristeza infinita me atraviesa y me hace entender que estoy despierta.

2.3. ¡China, vámonos!

Yo apenas tenía un año y ocho meses cuando Alba nació. De niña, siempre fue muy delgada y pálida; tenía una salud muy frágil, y reía y lloraba con facilidad. Mi padre había construido una casa más grande, con paredes azules y rojas, en la que había un gran salón, que era usado para reuniones, desde fiestas hasta velorios. No me gustaba estar sola en ese salón, me producía temor, pero Alba podía pasar allí mucho tiempo jugando a solas; no parecía incomodarle. Le gustaba armar historias y personajes imaginarios.

En El Castillo, en ese ambiente de tranquilidad y de camaradería con los vecinos, mi madre había traído otros tres hijos al mundo. Trabajaba mucho al lado de mi padre, pero aun así tenía tiempo para la crianza; si bien la familia tenía lo necesario para la subsistencia, la parcela era muy pequeña y no había suficientes recursos económicos.

Enrique militaba en las filas del Partido Comunista, pues desde Yacopí había tenido contacto con dirigentes de ese partido, como Isidro Flórez, que le llevaba propaganda política y, aunque mi padre no sabía leer, le pedía a su hija mayor o a sus compañeros, los que sabían de letras, que le leyeran los documentos. No entendía mucho lo que le leían, pero sentía que ahí estaba la verdad y eso le bastaba.

En El Castillo había conocido a Plinio Murillo, al Capitán Veneno, a Eusebio Prada y a Pedro Malagón, que eran algunos de los dirigentes

comunistas de la región. Enrique mantenía reuniones secretas con sus partidarios políticos, hacía parte, junto con mi madre, de lo que se llamaba una célula del partido, que eran pequeños organismos más de amistad que de dinamismo político. Como lo dice Álvaro Delgado (1987):

Las células que funcionaron hacia 1965 y años subsiguientes no eran verdaderos dispositivos políticos. Compuestas por pequeños finqueros, la mayoría de ellos analfabetos [...] se reunían al amparo de la noche en casa de sus camaradas o amigos, aislados de los caminos de tránsito cotidiano y desde donde se podía detectar a tiempo el movimiento de extraños en sus cercanías [...] Todos mostraban gran apego y lealtad al partido, pero más por experiencia de lucha que por convicción ideológica. Su honestidad pública se reflejaba en hechos antes que en palabras. Los analfabetos se hacían leer la prensa y los documentos partidarios internos. (p. 53)

Alba diría, muchos años después, que esos militantes eran, como en la canción de Alí Primera, «madera de puro corazón»¹².

Diez años permaneció la familia en El Castillo. Los hijos mayores fueron a estudiar al pequeño caserío; Enrique ayudaba a organizar y dirigir fiestas religiosas y navideñas; otros familiares y amigos habían llegado a la región. Teníamos potreros y unas cuantas reses, pero las finanzas ya no alcanzaban; las dos hijas mayores se habían ido a trabajar como empleadas domésticas a Bogotá porque querían su independencia, ganar su propio dinero y construir un futuro distinto. En la casa familiar no veían mayores posibilidades de progreso, pues estaban dedicadas a los oficios del hogar, al trabajo en la finca y al cuidado de sus hermanos menores.

12 Alí Primera: músico, cantante, compositor y activista político de izquierda en Venezuela. Canción: *Tin Marín*.

La finca era pequeña y no había mucha tierra para cultivos; se trabajaba para la subsistencia. Por eso, cuando le dijeron a Enrique que, en Mesetas, cruzando el río Ariari y atravesando sabanas y montañas, habían fundado un pueblo y que se conseguían buenas tierras, y muy baratas, decidió ir a echar una ojeada, a «mirar a ver qué tanta era la vaina»; se fue con su hijo mayor y el compadre Modesto Delgado. Cuando regresó, no solo confirmó que era cierto todo lo que decían de esas tierras, sino que ya había negociado una finca. Le dijo a mi madre: «¡China, vámonos!».

A Mesetas habían llegado, desde las décadas de 1930 y 1940, campesinos provenientes de los departamentos de Tolima y Cundinamarca, entre otros. En medio de la fiebre amarilla y el paludismo, vivían de algunos cultivos, de la caza, de la pesca y de la venta de pieles de ciertos animales. Era una selva que apenas comenzaba a mostrar sus enormes riquezas naturales.

En Mesetas, mi padre negoció un terreno con don Carlos Castellanos (a quien llamaban Chilaco) por 35 000 pesos; su finca en El castillo la había vendido por 40 000 pesos, de modo que tuvo un pequeño remanente para empezar a trabajar. En la nueva finca había un par de ranchos, uno al frente del otro, separados por un patio de unos cinco metros de ancho.

En uno de los ranchos estaba la cocina, con un fogón de leña grande, un espacio que servía de comedor, armado con un tablón que servía de mesa, y unas bancas a lado y lado; el piso era de tierra. También había una especie de habitación cercada con esterillas de guadua, y en uno de los costados, un trapiche de mano, el «matagente»: lo llamaban así porque se molía o exprimía la caña con dos rodillos gruesos de madera que giraban hacia el centro prensando y exprimiendo. Los rodillos giraban al ser empujados por cuatro brazos de madera, los cuales eran movidos, a su vez, por un par de

personas; era un trabajo extenuante, por eso le decían trapiche matagente. Aunque el plantío de caña era pequeño, permitía la fabricación de la miel, con la que se hacía el guarapo¹³, la bebida de todos los días.

A esa casa llegó la familia el 5 de marzo de 1970, luego de haber hecho una travesía de dos días desde El Castillo. En la primera jornada, a bordo de un viejo campero, cargaron algunos trastos, ollas y platos, sus escasas ropas y cobijas, unas gallinas y algo de comida. Ese día llegaron hasta la casa de don Joaquín Real, amigo de la familia y arriero de oficio; allí pasaron la noche.

Al día siguiente, don Joaquín los acompañó con un par de mulas para cargar los corotos. Después de un buen trayecto a pie, entre niños cansados pero alborozados con la aventura de llegar a un nuevo lugar para vivir, cruzaron el río Güejar por los pasos más propicios. Era época seca, así que el cruce no presentó mayor dificultad.

Al otro lado del río, se encontraron de nuevo con la tierra plana, que tanto había impresionado a Enrique —mi padre— cuando conoció el Meta. Desde allí caminaron un rato más y, por entre caminos muy cerrados por el monte, alcanzaron el caño Negro; luego, siguieron caño arriba, abriéndose paso con dificultad entre bejucadas y pedregales. Ese caño servía como lindero por ese costado de la finca; a lado y lado, ondeaban las hojas y esbeltos tallos de los guaduales. «Donde hay agua y guadua es buena tierra», había dicho mi padre. Saliendo de la orilla del caño ya entrada la tarde, y tomando un pequeño camino entre la selva, llegaron por fin a la casa.

13 Bebida endulzada con miel de caña y fermentada con cunchos de arroz; los cunchos son los granos que se ablandan y permiten la fermentación. A la preparación del guarapo se le llama «batir el guarapo». Se acostumbra a prepararlo muy de mañana o el día anterior, para que tenga suficiente fermentación.

2.4. Entre ríos y selvas

Como habían entrado por el lado de La Mesa de Fernández, al comienzo, era en ese caserío donde la familia se abastecía de lo necesario; más que lo necesario, lo imprescindible: sal, cebolla, arroz, manteca, unas panelas, lentejas. La Mesa era un pueblo de una sola calle, en una sabana donde el viento rugía al moverse libremente; era un pueblo como los de las antiguas películas del oeste, con un par de cantinas, donde se escuchaban tangos y canciones mexicanas, caballos amarrados en cualquier lado, un par de tiendas de mercado y algunos negocios de chucherías.

Para llegar hasta allá, tocaba pasar el río Güejar y, luego, caminar por una subida tan larga como difícil. El camino de herradura era tostado en verano, y embarrado y fangoso en invierno, con unas tierras amarillas gredosas, en las que en ocasiones se enterraban las bestias, teniendo que ayudarlas con fuerza para que logaran salir de los huecos pegajosos por el barro.

Para cruzar el río, los vecinos se organizaron y colgaron unos gruesos cables sobre la corriente, encima de los cuales colocaron tablas a fin de improvisar un puente, al que le llamaban «la hamaca». Mi madre siempre se mareaba al cruzarlo; cuando llegaba a la mitad del trayecto, yo sentía angustia porque temía que se fuera a caer justo en los tramos más caudalosos. Ella se detenía unos minutos, inmóvil, y decía que sentía que la hamaca «cogía río arriba»; era el mareo, el vértigo que le producía ver el agua corriendo con fuerza bajo sus pies. Le tenía miedo a ese río; ella no era nadadora.

No lo aprendió de niña porque en su tierra natal no había esa clase de ríos ni de caños; allá caen en cascada las quebradas que bajan a corrientazos por entre los filos de las montañas y peñascos. Por eso, en Mesetas, mis padres iban al caño a bañarse, pero en vez de nadar, como lo hacíamos

nosotros, llevaban una totuma con la que se echaban agua encima sin adentrarse demasiado en el caudal.

Ese río, el Güejar, estuvo a punto de llevarse a mi madre el día que, solo por un par de minutos, salvó su vida y la de una de mis hermanas, todo por la malicia del caballo que las acompañaba. Las constantes crecidas habían acabado con el puente colgante, así que tocaba pasar el río a pie o a lomo de mula. Ellas venían de La Mesa de Fernández y, como se cansaron y por lo dificultoso de bajar montadas en el caballo, decidieron caminar y dejar al caballo descansando un rato. El animal se les adelantó un poco y, al llegar al río, se pasó sin esperarlas, cosa muy rara, pues la bestia estaba adiestrada para esperar a sus jinetes antes de cruzarlo.

Cuando ellas bajaron, vieron las aguas turbulentas del Güejar, que bajaban como montañas ondulantes ante sus ojos, arrastrando palos y raíces: «Ese río bujaba», dijo mi madre; vieron al otro lado al caballo, tan asombrado como ellas, se devolvieron, y el caballo tomó el camino a la casa. Cuando el animal llegó solo a la casa, cayendo ya la noche, mi padre y mis hermanos mayores presintieron lo peor; se fueron hasta el río y solo vieron sus aguas embravecidas, era imposible cruzarlo. Sin poder dormir esa noche, muy de mañana emprendieron el viaje, cruzaron el río y se fueron hasta la casa de mi abuela; allí habían ido mi madre y mi hermana a pasar la noche.

2.5. La niña y la adolescente

A veces, los sueños me devuelven a aquellos días en que, junto con mi hermana, vivíamos una juventud llena de ilusiones y de ideales políticos, yendo y viniendo entre la gente, optimistas y convencidas, porque la memoria siempre encuentra rendijas por donde se cuela la vida que fue y nos recuerda todo aquello que perdimos.

Se escucha la algarabía en las calles. Vamos con Alba y otras personas caminando hacia el lugar donde habrá un mitin del Partido; vamos felices. Muchas personas se ven allá, en el lugar donde está improvisada una pequeña tarima; desde la distancia, vemos a Carlos Julián, con su camisa roja de la Juventud Comunista, que se apresta a dar un discurso.



Figura 10. Alba Ariza en la época en que se desempeñaba como secretaria del Concejo y de la Personería Municipal de Mesetas. 1985.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

Alba lleva puesto su traje azul cielo, al que ella misma le hizo los ajustes en las mangas y en las botas para darle un aire más informal; usa sus collares y su pelo suelto hasta los hombros, como acostumbraba; quizá cantaría una canción. La gente se ve sonriente y se acerca a la tarima para escuchar al orador. De pronto, miro a mi lado y Alba ha desaparecido. Estoy sola, en medio de mucha gente en silencio. La tarima ya no está; algo muy triste ha pasado.

Trato de devolverme por la calle que conduce a la casa de mi hermano; ya es de noche, hay un último bus que sale a las 7:00, paso frente a la casa del Partido: está cerrada. Llego donde mi hermano y me dice que debo irme, que no puedo quedarme ni una sola noche, pero yo tengo miedo de montarme en ese bus, me invade la angustia.

Con un gran esfuerzo, levanto la mano y toco la pared. Siento que esa pared es la de mi habitación en Bogotá y que estoy a salvo, pero también siento la tristeza infinita de ese instante feliz en que caminaba con Alba a mi lado.

En 1973, en la casa de don Pacho —el vecino que siempre fue el presidente de la Junta de Acción Comunal— entró en funcionamiento la escuela veredal Las Mercedes, donde fuimos a estudiar varios de los hijos de Enrique y Robertina; entre paludismo y diversas enfermedades se debatían los pequeños. Alba sufrió de poliomielitis, lo que la mantuvo un año sin poder asistir a la escuela, pero, cuando ingresó a segundo grado, la profesora decidió promoverla directamente a tercero, pues era evidente su facilidad con la escritura y las matemáticas.

Mientras tanto, con el cultivo de maíz, algodón, plátano, frijol, café, ganado y, eventualmente, de marihuana, la familia había mejorado sus finanzas. Las tierras eran muy fértiles y el agua abundaba; el río Güejar, el caño Negro y otras quebradas daban armonía a la finca. Mi padre man-

dó construir una casa más grande, con pisos encementados y paredes de madera. Mandó pintar la fachada: azul celeste las dos terceras partes superiores, y rojo en la parte inferior.

La casa tenía tres grandes habitaciones, un zarzo donde dormían los trabajadores y donde se almacenaba el café para el secado, un comedor, un enorme tanque de almacenamiento de agua y una gran cocina con una estufa de leña. Las partes altas de las paredes de la cocina eran un enrejado de listones delgados de madera, lo que permitía mirar hacia la cordillera, hacia el potrero por donde pasaba el camino principal de llegada a la casa.

Nuestra vivienda tenía una gran sala abierta y un patio encementado, donde nos sentábamos a conversar en las tardes y se esparcía el café para recibir los rayos del sol durante el día. En lugar de ir a La Mesa de Fernández, cada domingo se hacían las compras necesarias en el caserío de Mesetas que, por ser terreno plano, ofrecía un camino de tránsito más fácil. Aunque era necesario cruzar el río Lucía para llegar al pueblo, el puente colgante era de mejor estructura y, en el verano, se podía pasar a pie sin dificultad.

Mesetas tenía un comercio abundante y se conseguía todo lo necesario. No había luz eléctrica, las calles no eran pavimentadas, pero era agradable el bullicio de los domingos en las tiendas y el ambiente que se sentía en el pueblo. Las radiolas repetían las mismas canciones: «Me caí de la nube en la que andaba...».

Al terminar la primaria, Alba continuó sus estudios en el casco urbano de Mesetas, donde vivía en la casa de nuestro hermano mayor, quien, para entonces, se había convertido en un comerciante próspero y reconocido. El padre Francisco Loddo Pulixiade —quien además de párroco era profesor del Colegio Agropecuario Los Fundadores, que él había ayudado

a fundar— le habló a Alba del Instituto Franklin Delano Roosevelt, donde podría operarse el pie, afectado por la poliomielitis, pues le había quedado tan arqueado que cojeaba al caminar.

Alba era, en ese momento, propietaria de cuatro reses. Años atrás, mi padre había comprado boletas para la rifa de una novilla cargada —una para cada uno de sus hijos— y ella resultó ser la ganadora; la vaca había parido cuatro veces. Alba vendió dos de esas crías y, con ese dinero, se fue a la capital a hacerse la cirugía que necesitaba. Este fue el inicio de una etapa nueva en su vida, de superación y de afianzamiento de su personalidad; apenas tenía 12 años. Luego, compró una monareta y con ella viajaba a la finca los fines de semana. Por esos días, nos gustaba leer historietas y Alba siempre llegaba con un par de ellas.

Don Pacho no solo fue el eterno presidente de la Junta de Acción Comunal, sino que también organizó una célula del Partido Comunista, a la que muy pronto se integró mi padre. Sus reuniones eran muy discretas, pero todos sabíamos que eran del Partido. Recuerdo que, cuando cursaba tercer año de primaria, con 9 años, una vecina del mismo grado, sin que entendiéramos lo que era la política, de pronto, dijo: «Nosotros somos liberales», entonces, yo, que creía que todos los que vivíamos en la vereda éramos comunistas, le contesté: «¡No, nosotros somos comunistas!», a lo que ella respondió: «¡Ah, sí!, comunistas»; después supe que no todos lo eran, y que la familia de mi compañera era liberal.

Unos años más tarde, cualquier día, mi padre me dijo: «Mire: aquí le mandan este libro», yo lo recibí, y esa tarde lo leí completo. Era un librito de color rojo titulado *Estatutos de la Juventud Comunista*. Al día siguiente, le dije a mi padre:

—Ya lo leí.

—Y, ¿cómo le pareció? —me preguntó.

—Bien —le contesté.

—Pero ¿sí le gustó? —Insistió.

—Sí, señor —le respondí.

A veces, en la quietud de la noche, cuando el cuerpo reposa, pero la mente sigue despierta, los recuerdos regresan con mucha claridad. Entonces, como en un sueño, me introduzco en esas imágenes que evocan el pasado:

Mi padre está sentado en una gran piedra en el potrero frente a nuestra casa; mira las vacas que pastean a su alrededor. Veo a un par de trabajadores que arreglan las cercas. Mi hermana Alba lleva un radio y un libro en sus manos, y se sienta a un lado de papá. Él continúa tranquilo allí, mientras la tarde va cayendo con sus colores y sus aromas. Me acerco y escucho una vieja canción, de esas que le gustaban a mi padre: «Yo tengo allá en mi cabaña, un bonito platanal, es donde mi pajarito llega orgulloso a cantar». Alba sabe que a él le gustan esas tonadas de merengues campesinos, cuyas guitarras, voces y letras le traen los recuerdos de su tierra natal, aunque nunca lo mencione.

Me siento a su lado y hago lo mismo que mi padre: miro las vacas que se van amontonando en el lugar más cercano de la casa para pasar la noche. Aún sale humo de la cocina, y ya los trabajadores han dejado su labor para entrar a la casa, comer, beber un guarapo y alistarse para tomar el descanso de la noche.

Tengo los ojos cerrados y es medianoche, pero me doy cuenta de que no estoy soñando, que solo estoy recordando un hecho cotidiano y simple en nuestra finca.

2.6. La Juventud Comunista y la Unión Patriótica

Poco tiempo después, en 1983, Alba y yo comenzamos a asistir a reuniones de la Juventud Comunista Colombiana (JUCO). Habíamos conocido a Carlos Julián Vélez, líder de la JUCO, y quedamos admiradas con su palabra y amabilidad; de las historietas y fotonovelas, pasamos a libros de literatura universal y, en particular, de literatura soviética.

Alba se sentía fortalecida con el optimismo de la juventud, su espíritu estaba enaltecido con las ideas políticas de izquierda, y por el afecto y solidaridad dentro de la organización. Llamaba compitas a sus compañeros, lo que a muchos de ellos —campesinos curtidos— les parecía un poco extraño, viniendo de una jovencita estudiante, bonita y «bien hablada y presentada». Alba se sentía parte activa de algo grande, algo que significaba progreso para la gente del municipio y transformación social para el país; aquello que ella había escuchado y comprendido en la voz de Carlos Julián, era la idea de la revolución.

Para la Juventud Comunista, la presencia de Alba, entre sus militantes, significaba una apertura de la organización, pues la mayoría de sus centros o células estaban conformados por jóvenes campesinos; en contraste, Alba representaba el sector estudiantil, la juventud del casco urbano. Sus profesores y compañeros de estudio la veían ayudando a organizar eventos políticos y la respetaban:

Alba Enis fue una estudiante con mucha dedicación. Ella participaba en cualquier iniciativa del colegio, del salón, cualquier iniciativa de un profesor; muy concentrada en las cosas. Fue, mientras yo estuve de educador de ella, la mejor alumna. Era una muchacha, dentro de su sencillez, su naturaleza, muy educada, muy disciplinada, supremamente disciplinada. Yo la vi en la campaña de Julio Serrano, la vi de

líder. Miré que, a la par del estudio de ella, se desarrollaba una carrera de liderazgo. Ella como que compenetraba con las necesidades o con el sentir de las personas, que es parte de un liderazgo; eso lo hace un buen líder. Alba Enis tenía eso. Ella se metía a estudiar y conocer las cosas, para mirar qué se puede hacer. Cuando yo la miro en la campaña de Julio Serrano [...] y uno le pone cuidado a las palabras que salen, yo dije: «Ella va a ser una gran lideresa». (CNMH, DCMH, profesor del Colegio Agropecuario Los fundadores, Mesetas, enero 9, 2024)

Con el nacimiento de la Unión Patriótica en 1985, la actividad política se intensificó en el municipio y en todo el país. Alba creía firmemente en los diálogos de paz y estaba convencida de que, a través de la UP, se consolidaría un movimiento capaz de llegar al poder por la vía legal y que pondría en marcha un gobierno del pueblo y para el pueblo. Dividía su tiempo entre el estudio y su activismo político; además, le apasionaba organizar y participar en eventos culturales como el teatro, el canto y la pintura. Junto a Rodrigo Cañizales y Acevedo, activista entonces de la Juventud Comunista, montaban piezas que mezclaban la comedia con el mensaje político.

Me acuerdo de una presentación que hizo, una obra de teatro, de algo del estudiante caído, y usaban como una especie de ataúd y ella se metió ahí [...] eso me dio como susto [...] me pareció muy fuerte. Fue con Rodrigo Cañizales y Acevedo [...] era como referente a la situación [...], ella hizo ese papel. (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Alba leía con atención documentos del Partido, el periódico y todo lo que significara aumentar su capacidad de argumentación política. Con un suspiro, Fátima continúa evocando sus recuerdos:

2. Alba Ariza: madera de puro corazón

Yo le miraba esa inteligencia a Alba, como esa manera de tomar las cosas [...], como una persona con mucho pensamiento en cuestión política, como una persona muy pulida, muy estructurada en las ideas políticas. En las intervenciones, esa claridad que tenía para exponer sus ideas, esas capacidades que ella tenía. (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)



Figura 11. Alba Ariza, durante el Festival de la Juventud en Mesetas, 1987. Le gustaban las actividades artísticas: el teatro, la pintura y la música.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

A Alba le gustaba pasar su tiempo libre en la Casa del Partido y, aunque era muy joven, las compañeras del campo le confiaban situaciones problemáticas de sus hogares. El Partido no solo era una organización política, sino que era también un espacio social donde la gente buscaba apoyo para resolver asuntos cotidianos: problemas de linderos con algún vecino, problemas con los hijos, la coordinación de actividades comunitarias en las veredas y, además, las dificultades y conflictos dentro de los matrimonios.

Alba decía con humor y una sonrisa: «La Casa del Partido parece un consultorio sentimental»; las compañeras contaban los problemas que sufrían con sus maridos y buscaban una orientación al respecto. Ella tenía una concepción moderna de las uniones de pareja, del ser mujer, y de la necesidad de que las mujeres tomaran sus propias decisiones: consideraba que el aborto debía ser una opción libre para la mujer, que el matrimonio era solo mientras durara el amor y que las decisiones no eran asunto exclusivo de hombres, sino de la pareja. Además, respetaba las diferencias frente a la homosexualidad, pero era una época y una sociedad profundamente religiosa y conservadora respecto a esos temas, así que ella era muy cautelosa al expresar sus ideas.

Alba escuchaba con atención los problemas que exponían las campesinas y procuraba hacer coincidir sus palabras con lo que ellas querían oír. Sabía que plantear abiertamente sus ideas podía resultar conflictivo, así que lo hacía de modo sutil, evitando enfrentamientos.

Gracias a su militancia en la Unión Patriótica, se afianzó el carácter político de Alba, y poco a poco empezó a dedicar gran tiempo y esfuerzo a los actos y eventos políticos del Partido. En aquel momento, se experimentaba esa hermandad de la que habla Imelda Daza Cotes:

Se vivía muy intensamente. Uno no tenía momentos como de soledad. La reflexión era colectiva, las fantasías también eran colectivas,

todo era en grupo. Realmente éramos como una hermandad. Nos queríamos muchísimo, a pesar de que había contradicciones entre nosotros. (Campos, 2008, p. 71)

Sentíamos por nuestros compañeros —desde los líderes hasta los campesinos más humildes— un profundo afecto, respeto y solidaridad; nunca nos sentimos discriminadas por ser mujeres, por ser jóvenes o por plantear otra perspectiva de la actividad política. Al joven Carlos Julián, le gustaba animar a sus compañeros y compañeras a aprender y a asumirse como líderes; en eso, él veía y sentía el verdadero avance del movimiento.



Figura 12. Lanzamiento de la Unión Patriótica en Mesetas. Dora Ariza se dirige a los asistentes en 1985.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

Aunque vivía muy ocupada con la actividad política y sus estudios, Alba siempre sacaba tiempo para ir a la finca a compartir con su familia.

Sus sobrinos y su hermana menor —la única que nació en Mesetas— la recuerdan como alguien que les contaba historias:

Bueno, los recuerdos que tengo de mi tía Alba realmente son pocos, pero los que tengo son muy lindos. Nosotros viajábamos en diciembre con mi mamá para la casa de los abuelitos. Ahí se reunía toda la familia a compartir el final de año; era muy chévere. Lo que me acuerdo de ella es que siempre nos reunía a todos los niños, todos los primos, ella y mi tía Dora, y nos contaban historias de miedo. ¡Eso nos hacían unas historias! A ella le gustaba mucho cantar. Entonces, esos son mis recuerdos: escucharla cantar y las historias que nos contaba, de espantos y esas cosas. Nos asustaba mucho a todos, pero era muy divertido y chévere [...] compartíamos esos momentos muy felices, felices. (CNMAH, DCMH, Griselda Gómez Ariza, Bogotá, noviembre 23, 2024)

Cuando Alba terminó el grado noveno, se trasladó a Granada (Meta) a estudiar en el SENA, dado que el Colegio Agropecuario Los Fundadores no ofrecía los dos últimos cursos de la educación secundaria. Allí se contactó con los dirigentes de la Unión Patriótica y, en sus ratos libres, colaboraba en distintas actividades del movimiento; sin embargo, al no sentirse a gusto con la formación que estaba recibiendo, decidió regresar a Mesetas y dedicarse al trabajo político. Allí fue nombrada secretaria del concejo municipal y de la personería, cargos que desempeñó durante un tiempo.

Los fines de semana los dedicaba a las actividades culturales y políticas de la UP: organizaba paseos, eventos teatrales y conversatorios con los jóvenes. Además, disfrutaba especialmente de hacer talleres con los niños: fortaleció lo que se conocía como la Organización de Pioneros, y les enseñaba a los menores canciones y danzas que, luego, presentaban en público.

En 1987, se realizó en Mesetas el primer Festival de la Juventud impulsado por la JUCO. El evento no solo convocó a los jóvenes comunistas y de la Unión Patriótica, motivados por el ambiente festivo, sino que también participaron muchos jóvenes del casco urbano; se organizaron competencias deportivas, maratones bailables y otras actividades culturales. Para entonces, la Casa del Partido funcionaba como la Casa de la Cultura, que no existía en Mesetas. El ajedrez, el *ping-pong*, las actividades de teatro, poesía y canto se desarrollaban allí con frecuencia.



Figura 13. Alba Ariza durante la marcha de Iracá, 1987.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

Ese mismo año, Alba participó con tristeza y rabia, pero también con entusiasmo, en la Gran Marcha de Iracá, donde cientos de campesinos del Meta salieron a protestar el 12 de octubre por el asesinato del líder de la Unión Patriótica Jaime Pardo Leal; sin embargo, en plena carretera, junto a la quebrada Iracá, permanecemos retenidos por el Ejército durante una semana. Ella se esforzaba por mantener el ánimo de la gente; organizábamos letras alusivas a la marcha y a las luchas campesinas, y las cantábamos en una tarima improvisada. Alba declamó poemas, compuso coplas y charló con la gente para ayudar a mantener la calma y el ánimo que, con el calor del sol abrasador, se debilitaban cada día.

En esa marcha la vieron algunos soldados. Uno de ellos le diría días después, en las calles de Medellín del Ariari:

—¡Ah!, usted es la misma que estaba echando poesías y canciones en la marcha, ¿no?

—Sí, la misma —le había contestado ella.

—Con que poeta... —le volvió a decir el soldado.

2.7. Las cartas

En 1988, con el deseo de culminar sus estudios secundarios, y con la ilusión de obtener una beca para irse a estudiar física en alguno de los países socialistas, Alba decidió irse a un internado en Medellín del Ariari, en un caserío llamado Pueblo Sánchez. Recordemos que en Mesetas solo se podía cursar hasta el grado noveno y, por lo tanto, muchos jóvenes del municipio optaban por ese colegio para terminar la secundaria, pues era de bajos costos, tenía especialidad agropecuaria, y se decía que ofrecía una buena educación. Alba se matriculó allí y continuó sus estudios.

Mientras estaba en el internado estudiando, Alba intentaba ir a Mesetas con la mayor frecuencia posible; el trayecto era de unas cuatro horas en carro, por lo que se hacía difícil. En los días de vacaciones, vivíamos entre las actividades políticas y nuestra familia. Estando en casa, recuerdo que nos gustaba poner músicaailable, ella había aprendido el gusto por la salsa y trataba de contagiarme el gusto por esos ritmos; bailábamos juntas en nuestra gran sala. En las noches, entablábamos largas conversaciones: reíamos, discutíamos sobre libros, sobre política, hasta altas horas, hasta que mamá, desde la habitación contigua, nos decía: «Bueno, ya es hora de dormir». A veces, mi padre —que, al parecer, disfrutaba de nuestra conversa— decía: «Eso, déjelas que sigan con la charladera».

En una de esas charlas hice críticas a los dirigentes nacionales del Partido, pues me parecían erróneas algunas orientaciones: Alba, muy seria, no estuvo de acuerdo y los defendió de modo contundente. Le dije que, de vez en cuando, teníamos derecho a rajar de los jefes, de modo que terminamos la discusión riendo a carcajadas.

Al no poder viajar frecuentemente a Mesetas, Alba y yo entablamos un diálogo alterno a través de cartas que nos enviábamos con los jóvenes estudiantes que podían viajar los fines de semana. Yo había sido elegida concejal de la Unión Patriótica; nuestro amigo Carlos Julián Vélez, diputado a la Asamblea Departamental del Meta, y nuestro querido compañero Julio Serrano, primer alcalde de Mesetas por voto popular. A pesar de la violencia, estábamos optimistas y, aunque nos dolía cada muerte, aún creíamos que se podría derrotar la violencia contra la UP, a través de las movilizaciones populares, y los diálogos con el Gobierno y los sectores democráticos.

Alba me escribió un día: «Te quiero mucho y te pido, negrita linda, que te cuides mucho. No bajas la guardia, aunque dialogue Raimundo y itodo el putas!». Tanto ella como yo creíamos que quien estaba en mayor

riesgo era yo, por ser concejal de la UP, mientras que ella era una estudiante sin un cargo oficial ni una posición de dirigencia política de alto nivel; por eso, no se pensaba que su vida estuviera amenazada. Alba me animaba a estudiar y a preparar proyectos para el Concejo: «No olvides ir preparando los proyectos que vas a presentar al Concejo, ¡adelante, chica!» (Fragmento, carta de Alba, enviada desde Pueblo Sánchez, Medellín del Ariari, 1988).

En el colegio se desarrolló una actividad llamada Convención Regional de Futuros Agricultores, durante la cual Alba presentó una ponencia. Por esos días, ella me había escrito: «Vamos a presentar una ponencia en esa convención y quiero que me ayudes; tú debes saber algo de las leyes de reforma agraria y planes de desarrollo agropecuario, que siempre han sido un fracaso y que quiero sacar a relucir» (Fragmento, carta de Alba, enviada desde Pueblo Sánchez, Medellín del Ariari, 1988).



Figura 14. Algunas pinturas a lápiz, en tonos sepia y azul, realizadas por Alba Ariza en 1988. En la parte superior: rostros de Jaime Pardo Leal, candidato presidencial de la Unión Patriótica asesinado el 11 de octubre de 1987, y Néstor Rojas, dirigente estudiantil y alcalde electo por la Unión Patriótica en Puerto Gaitán, asesinado el 27 de mayo de 1988 junto con el diputado Carlos Kovacs. En la parte inferior: el Che Guevara y el escritor Gabriel García Márquez.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

En realidad, no pude ayudarle mucho, pues sabía muy poco sobre ese tema; entonces, se asesoró con otros compañeros y presentó la ponencia. En esa convención también expuso varios cuadros que había pintado: los rostros de García Márquez, el Che Guevara, Jaime Pardo Leal y Néstor Rojas, estos dos últimos, dirigentes de la UP asesinados en mayo de ese año, 1988.

Alba era una estudiante sobresaliente, siempre ocupaba los primeros puestos en su clase. Un día, me escribió: «Mi muy querida Doris. Hoy es 20 de julio y, por la mañana, hicimos izada de bandera, me pasaron a mí de mi grado y, además, declamé la poesía de las Bananeras» (Fragmento, carta de Alba, enviada desde Pueblo Sánchez, Medellín del Ariari, 1988).

Alba siempre estaba preocupada por aprender y estar informada. Le gustaban las matemáticas, pero también las ciencias sociales, la literatura y las asignaturas agropecuarias. Una de sus compañeras cuenta de ella que era

muy estudiosa, leía muchísimo, era amigable y leal. Recuerdo que, cuando estudiábamos juntas allá en el colegio de Medellín del Ariari, ella defendía como fuera sus ideas, su pensamiento; por eso, creo que chocaba con el profesor de filosofía. Cuando había una persona con necesidades o algo, ella siempre quería ayudar a solucionarlas. En las mañanas —porque estábamos allá juntas, internas—, ella siempre tenía como una sonrisa, como una esperanza nueva para cada uno. A pesar de las circunstancias, ella siempre veía hacia adelante con esperanza, con un «no te rindas, que tú puedes». (CNMH, DCMH, Seneth Vega, Bogotá, noviembre 23, 2024)

En esos días, como hoy, en Colombia se hablaba de la búsqueda de un diálogo entre sectores y partidos. Alba escribió: «No he podido leer

el periódico de esta semana, pero creo que hay que tomar un papel más protagónico en el proceso de diálogo nacional». Estando en el colegio, extrañaba a sus compitas y me escribía: «Salúdame a todos los compas, y especial saludo le envío a Rodrigo, que es un chico muy especial y un verdadero camarada». Rodrigo Cañizales era un gran activista juvenil en Mesetas; posteriormente, fue concejal en varios periodos.

Alba, a pesar de su juventud, ya se perfilaba como una líder departamental, e incluso había sido delegada a varios eventos de carácter nacional, como la Escuela Nacional de Cuadros y al VI Congreso de la JUCO, donde se relacionó con otros jóvenes de la región y del país. Isidro Santos, quien fuera por esos años secretario general de la Juventud Comunista del Meta, recuerda:

Albita era una poetisa hermosa, enamoraba con su forma de ser. Era una niña muy alegre, uno nunca veía a Alba brava o, de pronto, de mal genio, no, no, era siempre irradiando mucha energía. Tuve el gusto de compartir con ella en muchas reuniones; estuvimos en el Congreso, el Sexto Congreso de la Juventud Comunista en Bogotá, ella fue delegada por Mesetas.

Alba era una niña vieja, con espíritu de poeta, ese espíritu de madurez, a tal punto que uno tenía que ser cauteloso con ella para plantear cosas y para actuar, porque ella, muy sutilmente, con su elegancia, y con mucha madurez, le decía a uno las cosas de frente. Esa alma, ese espíritu de poeta la hacían encantar, y más de uno quiso acercarse enamorado. Ese espíritu de poeta de Alba la hacía demasiado interesante, su deseo de superación, de información, eran cosas muy bellas que ella tenía. (CNMH, DCMH, Isidro Santos, Villavicencio, mayo 18, 2024)



Figura 15. De derecha a izquierda: Carlos Julián Vélez, Jesús Rodríguez, Alba Ariza, Yury Vélez, Dora Ariza y Wilson Guerrero. 1985.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

Alba tuvo sus amores y sus desamores, se enamoró con el corazón y se desenamoró con tristeza, pero sin aspavientos, sin quejas, con la mirada puesta en el futuro, personal y colectivo. Era una persona muy amorosa con su familia; le gustaba disfrutar de las fiestas que se hacían en la finca, con motivos de Navidad o de algún bazar político o simplemente los sábados en los que los trabajadores y vecinos jugaban tejo y ponían canciones mexicanas toda la tarde. A Enrique y Robertina, nuestros padres, les gustaba atender a los visitantes en las fiestas, pero no eran bailadores; Alba sacaba a mamá a bailar y ella, con una sonrisa tímida, aceptaba. Su sencillez y sensibilidad se pueden ver en esta nota en una de sus cartas:

¡Cómo te parece! Escucho chillidos [...] Un pajarito recién nacido salió de entre la hierba, lo observo [...] se me acercó [...] y ¡zas! Me paro de un salto y lo agarro [...], aquí lo tengo debajo de la camisa, se quedó callado. Ahora el lío será dónde meterlo o dejarlo, porque no vi el nido por ningún lado. (Fragmento, carta de Alba, enviada desde Pueblo Sánchez, Medellín del Ariari, 1988)

Cuando iba a Mesetas, entre risas y conversaciones, se nos iban las horas. Nuestras amigas recuerdan cómo eran los encuentros: «Otra cosa que me parecía muy bonita, era que ella tenía con Dora más que afecto de hermana, como una amistad; entonces, cuando se encontraban, pues se daban esos abrazos y se abrazaban y se abrazaban» (CNMH, DCMH, Fátida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

En una carta, fechada el 22 de septiembre de 1988, Alba me cuenta que los últimos fines de semana había estado saliendo con una de sus más cercanas amigas a Cubarral: «Amiga mía: figúrate que este mes no he pasado ni un fin de semana en el colegio, y si supieras para dónde me he ido: A ¡Cubarral! Allá me ha ido bien, me quedo donde una chica compañera de grado muy buena gente, es Mercedes» (Fragmento, carta de Alba, enviada desde Pueblo Sánchez, Medellín del Ariari, 1988).

Cubarral quedaba cerca del internado, y Alba no pensó que allí alguien pudiera reconocerla como la poeta de la marcha. Ciertamente es que también había escrito: «El domingo es el día del campesino en Medellín del Ariari y vamos a ir allí a presentar algunas cosas. Las cosas están calmadas, el Ejército continúa en Pueblo Sánchez y mi amigo el soldado también». Se refería al soldado que le había hecho el comentario de que ella era «la poeta de la marcha».

Cubarral era un municipio eminentemente conservador, y se sabía que por allí andaban los grupos paramilitares sin ningún problema. Los comunistas del municipio de El Castillo y de Medellín del Ariari preferían dar una larga vuelta por Granada antes que atravesar El Dorado y Cubarral, pues era posible que los bajaran de los buses y los desaparecieran o asesinaran durante ese trayecto. Sin embargo, Alba andaba tranquila, confiada, al lado de su compañera, porque estaba acompañada de una amiga cuya familia era oriunda de ese lugar, y porque no creía que allí supieran

de su trabajo político ni que la estuvieran observando. Entabló amistad con la familia de su amiga y se creyó segura entre ellos.

El fin de semana del 15 y 16 de octubre de 1988, Alba viajó a Villavicencio, donde compartió esos días con uno de nuestros hermanos:

Ella me acompañó, duramos todo el día por ahí caminando, fuimos a mirar un partido de fútbol, que jugaba la sub-17 con un equipo de Granada, Meta, se llamaba El Motorista, y compartimos todo el día. Yo la recogí, nos encontramos en Guamal, Meta. Ella me ayudó a comprar una muda de ropa. Ya por la tardecita, ya como a las 5 de la tarde, ella me dijo que se iba. Yo le dije que no se fuera, porque me daba siempre como [...] tenía como mucha vaina de que, de pronto, le pasara algo. Entonces, ella me dijo: «No, hermano, lo único que le digo es ayúdeme para el transporte para yo irme, que eso no pasa nada, yo me voy». Entonces, la acompañé, compró el pasaje. Ella sube al bus; a lo que se sentó en el asiento del bus de La Macarena, pues yo me quedé siempre como [...], como muy triste, porque me daba miedo que, de pronto, la bajaran del bus. Le dije: «Yo no la dejo sola hasta cuando el bus arranque», y ahí, cuando el bus arrancó, entonces, nos despedimos, y se fue. (CNMH, DCMH, Orlando Ariza, Bogotá, noviembre 23, 2024)

Aunque no la bajaron del bus de regreso al colegio, sí fue la última vez que nuestro hermano la vio con vida.

2.8. Los primeros y últimos rayos de sol

El siguiente fin de semana, Alba volvió a salir del colegio con su compañera Mercedes. Era el domingo 23 de octubre de 1988, y las dos salieron a las 6 de la mañana a caminar por el pueblo. A Alba le gustaba esa hora

del día, sobre todo cuando amanecía despejado y los primeros rayos del sol, el azul del cielo y el verde de los pastizales se fundían en una armonía infinita. Dieron una vuelta y regresaron a la casa a tomar el desayuno. Alba iba tarareando una canción: «y una mañana, mientras el café mezclaba, en una servilleta blanca yo te dibujaba...» (Comunicación personal, Mercedes, Mesetas, octubre 24, 1988)

Mientras tanto, en Mesetas, nos preparábamos con varios compañeros para movilizarnos hacia la vereda La Cristalina, que distaba unas tres horas de camino; allí se iba a realizar la conferencia zonal del Partido Comunista. Mi hermana Julia, activista de la UP y de la Unión de Mujeres Demócratas (UMD), también era delegada a esa conferencia, así que íbamos juntas. Debido a los asesinatos en la región contra los militantes de la UP, se decidió no hacer la reunión en el pueblo, sino en un lugar lejano.

Alba volvió a salir a la calle hacia las 5 de la tarde. Caminaban con su amiga Mercedes, tranquilamente, mientras charlaban sobre algún tema escolar del día siguiente, cuando, de pronto, un carro paró frente a ellas. Dos hombres descendieron del vehículo y se dirigieron directamente hacia Alba, desenfundaron armas y le dispararon; Alba intentó levantarse. Los hombres, que ya se disponían a abordar el vehículo, se dieron cuenta, regresaron y le volvieron a disparar. Mercedes consiguió un vehículo y la llevó al hospital de Guamal; en el trayecto, sintió en la mano de Alba los últimos latidos de su vida. En el rostro de mi hermana quedó dibujada una leve sonrisa, con la que se fue para siempre.

Alba Ariza, estudiante de Desarrollo Rural de Medellín del Ariari y dirigente de la Juventud Comunista, perdió la vida el pasado 23 de octubre, cuando dos pistoleros a sueldo del militarismo le arrebataron su joven existencia. El asesinato de la joven líder comunista causó honda

2. Alba Ariza: madera de puro corazón

consternación en la región, donde gozaba de gran aprecio. (Semana-rio Voz, noviembre 3 de 1988, p. 7)

Se nos partió el alma y el corazón; un dolor sin nombre nos inundó la vida. La familia vendió su finca un par de meses después y nos fuimos a re- tomar la vida en Bogotá, una etapa no menos dura que la que habíamos vi- vido en un comienzo en Mesetas. «Yo no estoy ahora en reuniones ni nada por el estilo, pero lo que he sido siempre, eso soy», solía decir mi padre.

En el potrero, al frente de nuestra hermosa casa de paredes entabla- das, de color azul cielo, veo a mi hermana tarareando algunas de sus can- ciones favoritas. No quiero despertar, quiero seguir en este sueño, donde ella todavía canta.

Si se calla el cantor

Calla la vida...



Figura 16. Varias escuelas del municipio realizaron una calle de honor para despedir a Alba Ariza; desde las veredas, llegaron cientos de personas a darle el último adiós. Mesetas, octubre 25 de 1988.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

14 Jueves
 Se realizó la reunión del comité
 de la ciudad.
 Se aprobó la asistencia de nuevos representantes.
 Se nombró a la delegación de la ciudad.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.

15 Viernes
 Se nombró a la delegación de la ciudad.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.

16 Sábado
 Se nombró a la delegación de la ciudad.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.
 Se aprobó el programa de actividades.



Handwritten notes on a piece of paper, possibly a list or schedule, with some numbers and names.



• 3 •

*Carlos Julián Vélez Rodríguez:
un líder transparente*

Autora: Dora Ariza¹⁴

En unos días se cumplirán treinta y tres años de no poder escuchar tu risa, de no poder abrazarte, hermano mío, hermano de mi corazón; treinta y tres años han pasado desde aquel día en que las balas asesinas apagaron tu vida. Eras tan solo un niño, un niño soñador, mi marinero, querías navegar por los mares; ahora, tal vez, navegas por el universo, mi marinero, mi hermano, mi amigo, aquí por siempre en mí. Te cuento que, después de tantas y tantas luchas de la Corporación Reiniciar y de los familiares de las víctimas de la UP, la Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó al Estado colombiano por el exterminio de la Unión Patriótica y, gracias a ello, por tu vil asesinato, hay algo de justicia. No te olvidamos, Luis Carlos.

*¡Ay mi niño marinero,
tan morenito y galán,
tan guapo y pinturero,
más puro y bueno que el pan!*

Fragmento de
Elegía del niño marinero
de Rafael Alberti

¹⁴ Este relato está documentado en diversas entrevistas realizadas a familiares y amigos del personaje, durante 2023 y 2024, en lecturas sobre el tema, y en mis propios recuerdos y conocimientos de la época y del protagonista.

Que ni el ruido nos silenció

Que ni el miedo nos calló

Que ni la muerte nos intimidó

Que el recuerdo nos fortaleció

Que la memoria floreció

Que la verdad algún día se sabrá

Que la justicia pronto llegará

Que los culpables pagarán

Que sus ideales y sus sueños se realizarán

Que en mi memoria y en mi corazón siempre vivirán

*Que, aunque no los vi envejecer, ni me vieron crecer, de sus manos
nunca me solté...*

Dedicado a mi madre, María Norma, a mi padre Carlos Julián, a mi hermano Luis Carlos, y a mi tío Dimas Elkin; treinta y tres años sin ellos. ¿Quién dio la orden?¹⁵

15 Dedicatoria de Diana Vélez a su pequeño hermano Luis Carlos Vélez Rodríguez, masacrado junto con sus padres, Carlos Julián Vélez Rodríguez y Norma Garzón, y su tío Elkin Dimas Vélez Rodríguez, el 14 de septiembre de 1991.



Figura 17. Dedicatoria de Diana Vélez en memoria de sus padres, su hermano y su tío. Pintura en tela.

Fuente: archivo familiar de Diana Vélez.

3.1. La violencia en Caicedonia

En el norte del Valle del Cauca se encuentra el municipio de Caicedonia. Entre la bondad de sus tierras y de su clima, la violencia se ha atravesado en diversos momentos, lo que ha obligado al desplazamiento de muchos de sus habitantes. Caicedonia es uno de los municipios de mayor producción de café en Colombia; allí, en una pequeña finca de propiedad de su suegro, trabajaba don José Julián Vélez en los primeros años de la década de 1950. Él se había unido a Liria María Rodríguez Puentes, y vivían de su trabajo en esta finca cafetera, mientras los suegros se habían ido a vivir al pueblo de Caicedonia. «Mire a ver usted qué hace, pero yo ya no lo puedo

cuidar más», le había dicho un amigo conservador a don Dimas Rodríguez, y él dejó la finca en manos de su yerno y se fue a vivir al pueblo, como ya habían hecho algunos de sus familiares.

Estar al «cuido» de un amigo o compadre conservador fue, al comienzo de la violencia de estos años, una forma de estar protegido: «Yo me voy a quedar aquí, que mi compadre Ananías Valbuena es conservador y me prometió hablar por mí donde los jefes» (Molano, 2024, p. 48). Sin embargo, al hacerse la situación muy complicada, ya ni el amigo ni el compadre podían hacer nada, y solo quedaba salir corriendo a otros lugares para favorecer la vida.

Por estar Caicedonia muy cerca de Génova, esas dos poblaciones guardaban muchas similitudes entre sí. La Violencia azotaba al país entero y en algunas regiones, como el Valle del Cauca, se intensificaba día a día. Las fértiles tierras que se desprendían de la cordillera Central, entre el Quindío y el Valle del Cauca, eran epicentro de episodios de violencia que dejaban muertos y terror entre sus habitantes; ya se había escuchado de matanzas acontecidas en Génova.

Es así como los municipios de Caicedonia y Génova, anclados en las montañas de la cordillera, fueron el espacio social y geográfico donde se conocieron José Julián y Liria María, y donde un día de 1950, en su querido pueblo de Caicedonia, decidieron unir sus vidas para siempre, mediante el rito del matrimonio. En la finca de los suegros, en la vereda Río Lejos, nacieron sus tres primeros hijos: Dimas, que llevó el nombre del abuelo materno, Rodrigo, que murió a los siete días de nacido, y Gladys Tulia.

Era tiempo de cosecha y los cafetales desprendían sus dulces aromas; el rojo de los granos se veía en cada planta. El joven José Julián se dedicó a la labor de recolección del café junto con algunos trabajadores, pero no alcanzó a recoger toda la cosecha cuando se enteró de que en una finca

vecina habían asesinado a toda una familia. Al respecto, Gladys Tulia Vélez, la hija mayor de José Julián y Liria María, cuenta lo siguiente: «Entonces, en vista de eso, papá recogió las cosas y nos recogió a los dos que éramos, yo y Dimas, y se fue para el pueblo, todos se fueron para el pueblo porque los abuelos vivían ahí con otros tíos» (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 20, 2024).

3.2. En la vereda Caño Rojo

En Caicedonia se amontonaron todos: abuelos, hijos, nietos y yernos; no era fácil porque había muchas bocas para alimentar y no se podía ir a la finca porque los chulavitas¹⁶ merodeaban permanentemente en el lugar. Entonces, José Julián, que ya había conocido las tierras del Meta, les dijo a los suegros que era mejor irse para el Llano. El padre de Liria María decidió acompañarlo y encontraron en Granada, llamada en ese entonces Boquemonte o Boca de Monte, en el departamento del Meta, una pequeña finca en la vereda Caño Rojo.

Era 1956, el terreno era de solo seis hectáreas, pero quedaba muy cerca del pueblo, a unos 15 minutos a pie, y eso le gustó a don Julián. Además, varios caños pasaban por la parcela, entre ellos el Sibao y el Moya. Las tierras eran fértiles y los cultivos de maíz, cacao, algodón y plátano dieron sustento a la familia, aunque como dice la hija «en esa época, era mucha la pobreza». (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 20, 2024).

En esa finca vivió la familia por 12 años; mientras llegaba la cosecha, José Julián cubría los gastos con créditos en las tiendas del pueblo. El café también se daba bien y la familia mejoró sus ingresos; don José Julián construyó entonces lo que se llamaba una casa helda, que es una casa con

¹⁶ Policías y civiles pagados por el gobierno conservador para eliminar liberales y comunistas durante la presidencia de Laureano Gómez.

techo corredizo para secar el café al sol y también entrarlo fácilmente para resguardar los granos de la lluvia. Así, la familia cambió los techos de palma y las paredes de bahareque por tejas de zinc y paredes de tabla.

En Granada, José Julián entabló relación con las ideas comunistas, encontrándose con dirigentes como Rafael Reyes Malagón y Waldina Sánchez, entre otros. Al respecto, Gladys comenta: «Mi papá ya estaba activo en los asuntos de la política ahí en Granada, porque en el Valle era con liberales y, entonces, él dijo que no, que esos liberales y conservadores eran lo mismo».

En contraste, Liria estaba siempre en los quehaceres de la casa y, por la cultura de la época, o porque no tenía ese interés, nunca asistió a una reunión política: «Mi mamá —dice Gladys— nunca participó en nada, pero no comentaba nada de esas cosas».

En la finca de Caño Rojo, en Granada, nacieron los demás hijos de la pareja: dos mujeres y tres hombres; uno de ellos murió a los seis meses por complicaciones de anemia. Carlos Julián Vélez Rodríguez fue el quinto hijo; inició sus estudios de primaria en la escuela Antonio Nariño donde cursó primer y segundo grado.

En la región se sabía de la existencia de las guerrillas liberales al mando de Dumar Aljure, quien, al igual que otros jefes guerrilleros, se había mantenido en armas después de la amnistía en 1953 bajo el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. Muchos de sus hombres habían perdido sus principios políticos y se dedicaban al bandolerismo, como lo dice Molano a través del relato del capitán Bernardo Giraldo, más conocido como el Tuerto Giraldo:

Con la amnistía de Rojas quedó mucho bandolero suelto. Sobre todo, del Tolima y del Valle, no solo liberales sino también godos, gente que ya no se acordaba por qué estaba peleando, por qué había comenzado la lucha. Se volvieron todos del mismo color y se enviaron con la sangre y el robo. (Molano, 2024, p. 110)

Esta era una de las razones que había encontrado José Julián para abandonar el Partido Liberal. No obstante, en Granada, participaba activamente en el sindicato agrario y en la seccional de la Federación de Algodoneros, mientras que también se dedicaba a sus labores en el campo para mantener a su familia.

Un día de abril de 1968, desde la escuela Santa Cecilia, donde estudiaba la hija mayor, se escucharon desde muy temprano fuertes explosiones y muchos disparos. Algunas niñas, entre ellas Gladys, se volaron del recinto escolar y decidieron ir a observar, pues se rumoraba que en el Batallón 21 Vargas estaban los cuerpos de un grupo de guerrilleros que habían sido asesinados. «Eran como diez muertos, estaban tendidos en unas mesas» (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Uno de esos cuerpos era el del legendario guerrillero Dumar Aljure. Hasta La Playa, población cercana a Granada, se había escuchado el estruendo, según el capitán Bernardo Giraldo:

Cuando en la playa oí los primeros tiros, en Rincón Bolívar, salía de la casa, junto a la de Dumar, el negro Mosquera con los brazos en alto [...] el ataque fue por todos los lados: dos pelotones de 36 hombres cada uno, distribuidos alrededor de la casa. (Molano, 2024, p. 156)

3.3. Saliendo a medianoche para Mesetas

Entonces, papá dijo en ese año que se iba de ahí de Granada. Él fue a Mesetas y miró una finca; le gustó porque tenía muy buenas aguas. Cultivos no tenía nada, era una montaña. Tenía un medio abietico ahí donde había el rancho y, entonces, él la compró, le valió 60 000 pesos. (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

El 16 de diciembre de 1968, la familia viaja a instalarse en Mesetas; la finca estaba ubicada en la vereda Naranjal. La hija mayor cuenta también que calculaban estar muy temprano en San Juan de Arama para poder llegar ese mismo día hasta Mesetas: «Y como nosotros no teníamos relojes, no teníamos radios, nada, salimos desorientados, salimos como a medianoche. En todo caso, allá llegamos como a las cuatro de la mañana a San Juan. Allá tocó esperar que amaneciera» (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

A partir de San Juan de Arama tuvieron que continuar el viaje a pie, cargando a lomo de mula gallinas y corotos. De vez en vez, se turnaban para montar en las mulas y descansar de la difícil caminata por unas trochas donde el barro, seco por el verano, formaba montones en unos sitios, y grandes huecos en otros; según Gladys «eso se formaban marranas de barro». Doña Liria, con una de sus pequeñas hijas, quedó varias veces debajo de la yegua, pues no sabía montar y el animal caminaba con dificultad entre socavones y montículos de barro tostado.

Pasando por el sitio llamado Curía, que era una bodega, descansaron un rato mientras los alcanzaban unos hermanos de Liria que venían desde Medellín del Ariari. Allí compartió ella el hambre familiar con una señora que tenía varios niños y se les notaba la pobreza, así que, además de compartir sus alimentos de reserva, les dejó un pollo para que prepararan el almuerzo.

«Mesetas era entonces —evoca Gladys— cuatro casitas, ranchitos en barro, encerrados en chuapo¹⁷ y techos de palma». Aunque ya llevaban más de doce horas de viaje, solo tomaron un agua de panela en el caserío, que les ofreció doña Sildana, una gran mujer, solidaria hasta con los des-

17 El chuapo es una palma cuyo tallo, por su dureza y fácil manejo, servía para hacer paredes o cercados, ayudados con embutidos de tierra mojada, como una mezcla, en lo que se ha llamado casas de bahareque.

conocidos, y sin más demora siguieron el camino hasta la finca: otras dos horas de camino.

Ya se veía caer la noche cuando llegaron a la parcela. La casa era «un palo en la mitad y el resto como una chocita», dice Gladys. Las paredes eran de esterilla, que se obtiene dando golpes de hacha al tallo de la guadua, hasta dejarla plana para acomodarla y formar la pared. En una camareta, hecha también con esterilla, tendieron un par de colchones y allí se acomodaron los que cupieron; los demás, en medio del cansancio, pusieron cualquier cosa en el piso de tierra y pasaron así su primera noche en el territorio de Mesetas. Con ellos habían viajado varios tíos con sus familias, así que eran muchos para tan poco espacio, pero con el cansancio ya no se reparó en nada más.

Limpieron la camareta y extendieron ese colchón que traían ahí, que llevábamos, yo me acuerdo hasta ahí, me acosté y ya no supe más. Mamá fue la que quedó por ahí dizque preparando un pollo para darles a los tíos. (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Para entonces, Carlos Julián ya tenía 10 años; empezó a asistir a la escuela de la vereda, pero no culminó sus estudios de primaria, pues, al parecer, no le gustó la didáctica del maestro, porque los ponía a trabajar en la huerta; además, en el salón tampoco había un ambiente de aprendizaje que lo interesara. Cuenta su hermano menor que un día se quedó dormido en el pupitre y el maestro lo despertó de un almohadillazo; tenía diferencias con la metodología usada por el docente y lo manifestaba. Además, Carlos era zurdo, y su profesor consideró que tenía que cambiar eso, por lo que lo obligó a escribir con la derecha amarrándole la mano izquierda atrás en la espalda.

En cambio, era muy sociable con los vecinos y las personas con las que tenía ocasión de conversar, «le caía bien fácilmente a los demás, sabía coordinar lo que le iba a decir a otra persona», cuenta su hermana mayor, Gladys.

La casa quedaba al pie del caño La Mortuoria; allí, se recogía el agua para la casa y se lavaba la ropa, mientras los pequeños se divertían en el agua. Al poco tiempo, don José Julián mejoró su vivienda y puso a sus hijos a ayudarlo a banquear, es decir, a hacer la planicie donde iba a quedar la construcción. Esta casa tenía paredes de esterilla y techos de zinc y paroi, que era una tela asfáltica muy usada en esa época por sus bajos costos, pero de poca durabilidad; quedaba ubicada más arriba, pero cercana también al caño.

Allí hicieron un zarzo, que es un espacio entablado debajo del tejado, a modo de un altillo, que sirve para diversos usos: como lugar de dormitorio, para complementar el secado del café o de otros granos, o para guardar diferentes cosas. Así que en el zarzo reposaban los hijos varones, mientras que las mujeres dormían en la misma pieza con los padres. En el zarzo no solo descansaban Carlos y sus hermanos, sino que, a la luz de una lámpara de petróleo, hacían sus tareas escolares.

Al caer la noche, alumbrados por la llama de la mecha de la lámpara, nuestros padres, tíos y algún vecino contaban, a veces, historias, sobre todo de cómo habían tenido que abandonar sus territorios por la violencia; en otras ocasiones, se disfrutaba de una taza de café preparada con granos cultivados en la finca, se leía algo de un libro, de un periódico o se jugaba un juego de mesa. (CNMH, DCMH, Fátida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Cuenta Fátida, otra de las hijas de José Julián y Liria, que Carlos, Dimas y los demás hermanos se interesaban mucho por participar de estas actividades familiares. De igual manera, Gladys cuenta que mientras a Dimas, el

hijo mayor, le gustaba subir a los árboles, por difíciles que fueran, a Carlos le atraía construir cosas:

Dimas tenía facilidad para trepar en los árboles, esas palmas elevadas y tunosas de los chontaduros, él lo hacía, sin problema; bajaba esos racimos y los llevaba a la casa. Quería compartir con papá, mamá y hermanos aquellas frutas que él recolectaba en montes o plantíos; eran sus alimentos favoritos. (CNMH, DCMH, Gladys Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Por su parte, Carlos Julián, desde pequeño, entre bromas y mientras silbaba la melodía de alguna canción, junto con sus hermanos y primos, se adentraba en la finca, donde le gustaba hacer cortes de madera, bejucos o guaduas para crear elementos de juego:

Y hacían los columpios bien fuera con lazos, le dañaban los lazos a papá, los lazos de amarrar, o con bejucos que cortaban por ahí de la montaña. Para Carlos, todo eso representaba felicidad, nada le quedaba grande, quería disfrutar con hermanos y amigos sus creaciones: columpios, sube y baja, o el burro, como lo llamábamos en nuestra época. No faltaba el trompo, más grande y bonito, hecho de árbol de café. (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Los sábados y domingos, Carlos y Dimas aprovechaban para ir a pescar, otro de sus pasatiempos favoritos, a una laguna que había en la finca, donde echaban los anzuelos y esperaban el pique de los peces; también jugaban trompo, boliches, cazaban con cauchera y con trampas. Recién llegados, se acercó un morrocoy o tortuga de buen tamaño a la casa, Carlos lo adoptó como su amigo, lo llevaba al río y se montaba en él mientras el animal se desplazaba por las aguas.

En las tardes o en los ratos libres, los tíos —que eran zurrungueros— cantaban y le arrancaban melodías a una vieja guitarra: tocaban un pasillo, un corrido, o alguna canción de Los Cuyos, de Óscar Agudelo, y Carlos Julián prestaba especial atención. Quiso tener su propia guitarra; construyó una con madera de balso, le puso las clavijas y las cuerdas de nailon, y entonó a su manera la canción de Los Cuyos *Como se adora el sol*. Sin embargo, no duró mucho su instrumento, no solo por lo frágil de los materiales y de su construcción, sino porque el primo Chucho disparó su cauchera y accidentalmente le pegó a la guitarra, y como dice la letra de una vieja canción, «mi guitarra astillas de amor», no quedaron sino los pedazos.

Después, preguntó cómo podía hacer ladrillos, pues planeaba fabricar un horno; motivó a sus hermanos y hermanas para que le ayudaran a amasar tierra para hacer los ladrillos y construyó el horno, aunque no funcionó como esperaba. Entonces, pensó que le hacían falta mejores herramientas y, con la ayuda de sus padres, consiguió lo necesario para fabricar sillas, taburetes, bancas y mesas. Una de esas mesas se convirtió en el centro del hogar, donde la familia se reunía a comer, conversar o compartir algún juego.

Como el zarzo ya se estaba volviendo incómodo para descansar, los hijos dijeron que querían una pieza para ellos. Entonces, su padre les dijo: «Mis hijos, ya vieron cómo se hace una casa, pues háganla», y con las habilidades de ambos —pero especialmente de Carlos Julián— construyeron un caidizo, una especie de habitación anexa, con guadua y madera.

El trabajo en la finca era compromiso de todos. Los hijos mayores, Carlos Julián y Dimas, ayudaban a tumbar selva y monte para cultivar café, plátano y fríjol, y para que el ganado pudiera pastar. Como la tierra no era tan fértil, los dos hermanos también trabajaban en fincas vecinas como

partijeros¹⁸, sembrando frijol y otros productos, aunque eran apenas unos adolescentes. La parcela fue prosperando gracias al trabajo de toda la familia y, mientras tanto, José Julián mantenía su militancia política en el Partido Comunista, con Chilaco, Héctor Montes, Miguel Patiño, Miguel Antonio Rubio y otros antiguos militantes y activistas.

Además de la militancia en el Partido, José Julián era un activo sindicalista agrario y más adelante se vinculó a la Cooperativa de Caficultores donde trabajó mancomunadamente con Miguel Rubio, haciendo importantes aportes para los campesinos productores de café de Mesetas. Las reuniones del Partido las hacían entonces en el campo, no dentro de las casas, «por allá a la orilla del río», cuenta Gladys.

3.4. Desde un principio, él se convirtió en el dirigente

Desde muy jóvenes, los hermanos mayores, Carlos y Dimas, tuvieron un acercamiento al Partido Comunista, a través de su padre y de personas que llegaban a la casa; además, leían el semanario *Voz Proletaria*, que José Julián siempre compraba. A los 17 años, Carlos le expresó a su papá el deseo de ingresar al Partido, porque ya sabía que existía la Juventud Comunista (JUCO); su padre le dio el visto bueno, y junto con su hermano, Dimas, organizaron las primeras reuniones para constituir la JUCO en Mesetas: con un numeroso grupo de jóvenes crearon el primer centro de esa organización. Al respecto, Sixto Nieto manifestó lo siguiente: «Fui fundador de la JUCO con Carlos, Dimas, y otros muchachos. Nosotros citábamos las reuniones acá en Mesetas, en el pueblo» (CNMH, DCMH, Sixto Nieto (q.e.p.d.), conversación telefónica, septiembre de 2023).

18 Forma de contrato en la que el propietario de la tierra pone su terreno, semillas, abonos y alimentación, y el trabajador partijero pone el trabajo total para obtener los productos. La cosecha se reparte de modo igualitario.



Figura 18. Carlos Julián Vélez se dirige a las personas que asisten a una manifestación. A su derecha Alfonso Camacho, y a su izquierda Dimas Vélez. Mesetas, 1987.

Fuente: archivo de la familia Vélez.

De las primeras reuniones, se recuerda también a los Cruz, a Ángel Linares y a Evelio López, entre otros. «En esos días también llegó un joven, Ciro, que venía de Viotá; entonces, llega más bien como de profesor» (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Desde el comienzo, Carlos Julián se perfiló como líder; su compañero y primo Jesús Rodríguez rememora sus inicios en la JUCO:

Él cogió la delantera desde un principio, porque era como el más versado, el más animado, el que tenía como más interés en la cuestión, entonces, en las reuniones, pues lo hacía muy bien. Ya empezó a ascender, porque fue ligero que ascendió a un comité de radio y, luego, fue a un comité de zona y al comité regional. (CNMH, DCMH, Jesús Rodríguez, Mesetas, enero 13, 2024)

Ahora bien, la sensibilidad social del joven Carlos Julián se empezó a ver desde antes de hacer parte de la organización política. Según Fárida:

Una vez, a una vecina se le intoxicó un niño; Carlos era muy joven-cito, tenía por ahí 16 años, y bajó la señora por frente de nuestra casa, pasó llorando con su niño al hombro, y él salió y de ahí donde estábamos era más de dos horas por caminos embarrados y terribles, Carlos se echó el chinito al hombro y se fue para el pueblo con ellos. Esa señora quedó muy agradecida con él, se llama Orlinda. (CNMH, DCMH, Fárida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Sus vecinos recuerdan que era un joven amable, sociable y solidario de manera desinteresada:

Él no tenía reparos para prestar una ayuda o para tratar a las personas, no le interesaba su color político [...] algunos de nuestros vecinos no eran de nuestras corrientes políticas, pero lo admiraban y lo respetaban porque era una persona muy imparcial y solidaria. (CNMH, DCMH, Fárida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

La fundación de la Juventud Comunista en Mesetas, a mediados de los años setenta, trajo consigo el impulso al movimiento juvenil que se fue tejiendo alrededor de los deportes y los encuentros culturales; en esa medida, la JUCO se inició con los equipos de fútbol en las veredas. Al respecto, se recuerda al Real Juventud, equipo que integraba muchachos de distintas zonas y en cuya convocatoria fue importante la participación de jóvenes como Fernando Parra y Carlos Julio Rodríguez, profesor de una vereda.

Según Jesús Rodríguez, acercar a los jóvenes a través del deporte era una tarea política. «Incluso yo estuve tratando de hacerlo, pero a mí no me gustó mucho el fútbol; sin embargo, invitaba a los muchachos a ha-

cer parte del equipo porque era una tarea de la organización» (CNMH, DCMH, Jesús Rodríguez, Mesetas, enero 13, 2024).

Del equipo Real Juventud, promovido por la JUCO, Fernando Parra guarda un recuerdo lleno de alegría y nostalgia:

Cuando fundamos el equipo de fútbol Real Juventud, al inicio [...] fueron un poco apáticos, porque éramos comunistas los jóvenes que allí jugábamos, pero, con los días, al vernos con uniforme y bien disciplinados, entonces, se fueron abriendo espacios. Jugamos contra el colegio, el equipo de los militares, los maestros [...] nos volvimos famosos, y éramos los militantes comunistas. (CNMH, DCMH, Fernando Parra, Bogotá, julio 15, 2024)

En la finca, durante los ratos libres, los jóvenes también aprovechaban para practicar el fútbol. Cuenta Fárida que «Carlos y Dimas, en algunas noches y aprovechando la luz de la luna, después de las jornadas de trabajo, junto con primos y demás trabajadores, hacían ejercicios, o jugaban un partido de fútbol en una planada del potrero» (CNMH, DCMH, Fárida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Carlos Julián empezó a leer no solo los documentos del Partido y los periódicos, sino que también le tomó gusto a la literatura. Había comenzado con el libro *Cien años de soledad*, que don José Julián tenía en su casa, y luego siguió con textos de filosofía y economía política. Su dedicación lo llevó pronto a participar en las llamadas «escuelas de cuadros»: primero, la regional; luego, la escuela nacional en Bogotá, y finalmente la escuela internacional en Moscú.

Era el año de 1979; para entonces, a la cabeza del denominado bloque socialista estaba la Unión Soviética. La izquierda y el movimiento obrero internacional miraban con entusiasmo hacia ese gran país, que mostraba

al mundo la posibilidad concreta de una sociedad en la que el poder estaba en manos de los trabajadores y los medios de producción eran del Estado, con el fin de garantizar la igualdad social. Visitar y conocer la Unión Soviética era el sueño de todo comunista, y solo podía hacerse gracias a los recursos que ese país destinaba al Partido colombiano; de lo contrario, jamás un joven campesino de Mesetas habría podido viajar a ese lejano y soñado lugar.

Por otro lado, la Revolución cubana de 1959 era también motivo de orgullo para los revolucionarios latinoamericanos. En cada oportunidad, repetíamos a coro, con los puños en alto: «¡Cuba sí, yanquis no!, ¡Cuba sí, yanquis no!». Cuba era la demostración del socialismo en América Latina.

En su viaje a la Unión Soviética, Carlos Julián conoció a José Alfonso Camacho, un joven líder campesino que también asistía a la escuela como delegado de la regional de Cundinamarca; Alfonso era de Yacopí, donde ejercía su liderazgo político en la Juventud Comunista. Ambos compartían profundas convicciones políticas, raíces campesinas y la nostalgia de un amor que habían dejado en Colombia, un amor por el que sufrían en la distancia y que aspiraban encontrar a su regreso. Tiempo después, Alfonso Camacho, amenazado en su tierra por su actividad política, llegaría a Mesetas, se reencontraría con Carlos Julián y allí continuaría con su labor política.

Carlos había conocido a María Norma Garzón Moya en una fiesta de fin de año y, entre reuniones políticas y otras actividades, se fueron enamorando; ella no solo lo esperó durante los seis meses que estuvo en Moscú, sino que se casó con él y lo acompañó, compartiendo sus ideas y tareas políticas.

Carlos, aunque de filosofía marxista, no tuvo problema en casarse por la Iglesia católica, pues así lo exigían sus suegros, y también para complacer a su novia que así lo deseaba. Un día, le dijo a su vecino Israel Vega:

—Compañero, mire que yo quiero como formalizarme con la muchacha, y quiero pedirle a usted a ver si acepta ser el padrino del matrimonio.

—¡Claro, Carlos!, —le contesté. Si usted pone esa confianza en mí.

Tan excelente persona, tan respetuoso, inteligente. En las manifestaciones era el más indicado para hablar, porque tenía un discurso muy potente, con verriquera; él movía a la gente. (CNMH, DCMH, Israel Vega, Villavicencio, mayo 20, 2024)



Figura 19. En 1982 Carlos Julián Vélez y Norma Garzón contraen matrimonio en la iglesia de Mesetas.

Fuente: archivo de la familia Vélez.

Después de regresar de Moscú, Carlos vivió su primera detención, en inmediaciones de Granada, a causa de un retén del Batallón 21 Vargas del Ejército; ese día, llevaba unos periódicos de *Voz Proletaria* y un libro de Camilo Torres. Su padre, José Julián, escribió varios memoriales que radicó en distintas oficinas, hasta lograr la libertad de su hijo tras un par de semanas.

Al regreso a su casa en la finca de Naranjal, Liria, su mamá, lo recibió furiosa. Sabía que había sido detenido y no podía disfrutar plenamente

de la felicidad de ver a su hijo, después de más de medio año de ausencia; sentía que el trabajo de Carlos, aunque honesto y dedicado a su pueblo, lo estaba exponiendo a graves peligros. Ella ya había vivido la guerra en su antiguo territorio del Valle del Cauca, y ahora el temor por su familia la angustiaba.

Para 1982, se realizaron por primera vez elecciones para el concejo en el nuevo municipio de Mesetas: se eligieron seis concejales. Las elecciones arrojaron un total de 1160 votos por el Partido Liberal y 1257 por el Frente Democrático, una coalición de sectores de izquierda promovida por el Partido Comunista. José Julián Vélez y Miguel Antonio Rubio hicieron parte de ese primer concejo municipal.

Para entonces, ya existía un buen número de centros de la Juventud Comunista. A Carlos le gustaba asistir a las reuniones y actividades de la JUCO con su camisa roja, el uniforme de la organización. Siempre iba bien arreglado, pues decía que el militante debía ser pulcro y dar ejemplo en todo sentido:

Él fue muy orgulloso de su camisa roja y motivaba a los demás para que empezaran a ponérsela [...] Carlos recalcaba mucho que la persona que estuviera en la Juventud Comunista tenía que ser muy bien sentada, muy bien vestida, muy bien hablada, respetuosa, tenía que ser el ejemplo ante todos los jóvenes. (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Carlos Julián promovía la cordialidad no solo entre los miembros de la organización, sino también con los demás sectores políticos y con la comunidad en general. Además, fomentaba el respeto y la igualdad de género, ya que siempre animaba a sus compañeros y compañeras a hablar en público, a expresar sus opiniones, a leer, a atreverse a coger un micrófono.

«Yo miré la oportunidad para las mujeres por igual, los compañeros a mí me parece que eran muy respetuosos con nosotras», dice Fárida.

Por su parte, Mercedes Moya, militante, activista política y hermana de uno de los personajes reseñados en este libro, cuenta lo siguiente:

En una oportunidad nos invitó a una reunión y nos dijo que debíamos decir algo, hablar por micrófono. Yo le dije que no, que ese micrófono me comía, que yo no podía, y él me respondió: «¿Cómo qué no? ¡Sí somos capaces!». Entonces, yo, como para mitigar los nervios —dijo el otro—, cogí a mi hermanito pequeño, lo alcé, cogí el micrófono y hablé. Dije lo que tenía que decir ese día, y él me dijo: «¿Sí ve que sí puede? Y me felicitó. (CNMH, DCMH, Mercedes Moya, Mesetas, enero 10, 2024)

Conocí a Carlos Julián Vélez en la primera reunión de la Juventud Comunista a la que asistí, la cual se llevó a cabo en la vereda Las Mercedes, donde yo vivía. A través de mi padre, me invitaron a la casa de don Silvio Álvarez, y fue allí donde lo vi y lo escuché por primera vez; Carlos dirigía la reunión. Yo conocía a los otros muchachos porque eran mis vecinos, pero él era distinto: un joven campesino, de mediana estatura, delgado, con la piel trigueña tostada por el sol, y una sonrisa clara y franca en su rostro.

Carlos tenía el don de la palabra. Se dirigía a los demás con una mezcla tal de sencillez, cariño y respeto que quedé atrapada en sus palabras; su presencia, su voz, el modo en que decía lo que decía, transmitía convicción y calidez. Estaba vistiendo su camisa roja de la JUCO cuando nos invitó a que hiciéramos parte de la organización; ese día me vinculé a la Juventud Comunista. Recuerdo muy bien que nos dijo en esa reunión: «Muy importante, compañeros, que leamos, siempre leamos, porque eso es lo que nos permite aprender, crecer y entender por qué la importancia de la lucha que hacemos». Era 1983, y yo apenas tenía 17 años.

3.5. Florecimiento de la Unión Patriótica

En Mesetas, como en otros municipios del Meta, hacían presencia desde tiempo atrás las fuerzas guerrilleras de las FARC-EP. Los que nacimos en esos territorios crecimos sabiendo que, por las veredas, de vez en cuando pasaban «los muchachos»; en algún momento, supimos de un amigo o un pariente que se había ido para la guerrilla. Sabíamos también que el Ejército y la Policía patrullaban por el territorio, y a unos y a otros los vimos llegar al patio de nuestra casa. Conocíamos de enfrentamientos entre los dos bandos, que dejaban muertos, y sabíamos que la población civil —nosotros— estaba en medio de esa situación.

Por eso, cuando, en 1983, durante el gobierno de Belisario Betancourt, escuchamos que se había creado una comisión de paz que iba a dialogar con la guerrilla de las FARC-EP para lograr su reincorporación a la vida civil, creímos que se abría una posibilidad de paz verdadera y duradera, y que sería posible que ese grupo guerrillero pasara a la legalidad. ¡Qué ilusión para la población pensar en un territorio donde las ideas y la discusión política pública y legal serían lo que prevalecería! Pensamos que podríamos disfrutar con tranquilidad y paz de esas tierras que nuestros padres habían escogido para que nacióéramos.

Carlos Julián Vélez, junto a dirigentes como su padre, José Julián Vélez, Heraclio Hormiga, Miguel Rubio, Dimas Elkin Vélez, Julio Serrano, Rogelio Hincapié, Enrique Castro y Felipe García, entre otros, y con el respaldo de una entusiasta «muchachada» de la Juventud Comunista, impulsó un amplio movimiento en favor de los diálogos de paz. Cuando en 1984 se firmaron los acuerdos en el municipio de Uribe, se organizaron asambleas públicas en las veredas y en el casco urbano de Mesetas para explicar la importancia de este acontecimiento, que pondría fin al conflicto armado.

A pesar de los diversos momentos de rompimiento del cese al fuego pactado entre las guerrillas y el Gobierno, el proceso continuó, y surgió como propuesta política un nuevo movimiento: la Unión Patriótica (UP); entonces, en Mesetas se escucharon los discursos de líderes regionales y nacionales en eventos públicos.

La voz de Carlos Julián se sintió más convencida que nunca; su discurso, defendiendo la paz, el diálogo y la justicia, resonó en varias plazas públicas del departamento. En el acto de lanzamiento de la Unión Patriótica en Uribe, él fue el encargado de llevar la palabra por la región de Mesetas. A ese acto asistieron miles de personas que, en medio de dificultades, llegaron desde diferentes municipios para iniciar la campaña del nuevo movimiento político.

Se crearon alianzas con otros sectores políticos, y la Unión Patriótica pronto empezó a llenar plazas en ciudades y pueblos del Meta. No había dinero para adelantar la campaña, pero la gente en las veredas organizaba bazares para recaudar fondos y se hacían grandes fiestas en las que los campesinos disfrutaban sabiendo que eran dineros para la causa del movimiento. En consecuencia, durante las elecciones de 1986, se evidenció un avance significativo del electorado de la izquierda, y En Mesetas, Carlos Julián Vélez fue elegido concejal y asumió la presidencia de esa corporación.

3.6. «¿Qué hay que hacer?» «¡La revolución, compañero!»

A Carlos se le veía ir y venir, sonriente, hablando con unos y otros, discutiendo sobre las obras más urgentes que debían adelantarse en Mesetas. Una de sus principales preocupaciones era la educación, así que, junto con el alcalde y el resto de la bancada de su partido, empezaron a nombrar profesores pagados por el municipio para las veredas más alejadas. Nunca

dejaba de conversar con quien lo abordara o buscara en la calle, como lo recuerda su amigo Pedro Navarro, entonces personero municipal y hoy uno de los autores de este libro.

Cuando uno salía con Carlos Julián en Mesetas, en el pueblo, realmente no tenía posibilidad de llegar al sitio adonde iba en un tiempo determinado, porque él se quedaba hablando con todo el mundo en el camino y, entonces, uno no hacía sino esperarlo. A todo el mundo saludaba, hablaba, sonreía, y mucha gente le pedía su concepto, sus consejos — personas mucho mayores que él, porque era muy joven—. Entonces, uno simplemente se quedaba esperando a ver a qué hora se desocupaba, y caminábamos otros metros... y otra persona lo abordaba; pasaba lo mismo con Dimas, ellos eran consejeros de la gente. Personas veteranas les planteaban problemas personales, económicos, políticos. Carlos siempre tenía una respuesta que darles, un ánimo, un optimismo en cualquier cosa que decía. Por eso, él era un líder tan reconocido allá en Mesetas. (CNMH, DCMH, Pedro Navarro, Bogotá, junio 15, 2024)

Ese era Carlos Julián Vélez: salía a la calle con su fajo de periódicos debajo del brazo, y mientras iba saludando a la gente e iba realizando la tarea de vender el periódico, respondía con agrado no solo a los saludos, sino a las preguntas e inquietudes que la gente le planteaba sobre el tema que fuera. Muchas personas recuerdan el modo particular en que Carlos Julián solía contestar cuando lo saludaban:

—¡Hola, compañero, Carlos! ¿Qué hay que hacer?

—¡La revolución, compañero! —contestaba con voz firme y una sonrisa alegre.

Sus ocupaciones como líder político no le impedían cumplir sus compromisos de trabajo en la finca, al lado de su familia. Después de casarse

con Norma, construyó una especie de cabaña muy cerca de la casa paterna, por lo que en su agenda estaba siempre el trabajo del campo y el compartir con sus hijos. Cuentan algunas de las personas que laboraron en su finca como jornaleros que Carlos Julián trabajaba a la par con ellos: se iba al tajo, «a tumbar monte, a echar azadón a lo que fuera». Según Ángel Linares, a veces, en las tardes, después de regresar de las labores de la finca y haber cenado, Carlos los invitaba a hacer alguna lectura de un libro, de un periódico o de algún documento político. Al día siguiente, estando en la jornada laboral, Carlos los invitaba a tomar un descanso y, al compartir una bebida, les decía con humor:

«Compañeros, vamos a robarle unos minutos al patrón y vamos a ver qué se entendió de la lectura de anoche». Entonces, hacíamos una pequeña discusión sobre lo que habíamos entendido y, luego, volvíamos al trabajo. Yo era un muchacho un poco descarriado, me gustaba la bebida y fácilmente me enfurecía. Él me enseñó el respeto, me enseñó a ser un hombre responsable, a alejarme de vicios. (CNMH, DCMH, Ángel Linares, junio 25, 2024)

A su padre le guardó siempre respeto y obediencia. Cuando una de sus hermanas quiso ingresar a la JUCO, él le dijo que era al padre a quien tenía que pedirle permiso:

Cuando le dije: «Ay, Carlos, yo quiero ser de la Juventud Comunista», porque a mí me gustaba, yo miraba esa muchachada, todos organizados... esa alegría, uno se daba cuenta al verlos: mucha alegría... que paseos, que reuniones para hablar, para cantar... Se les veía siempre alegres y como tan amigos.

Entonces, me acuerdo que nosotros estábamos cercando, porque Carlos era concejal y presidente del Concejo, lo que fuera, pero él en la finca arreglaba los cercos, echaba machete... todo lo que tocaba hacer en el campo, lo hacía. Entonces, esa vez estábamos arreglando cerca con Carlos, y yo le dije: «Carlos, yo quiero ser de la Juventud Comunista», así le dije, con seriedad, como imponiéndome. Entonces, a Carlos le dio mucho susto, me miró así, y me dijo: «Yo no sé, yo no sé, eso tiene que hablarlo es con papá», y ya con el tiempo no solo fui yo, sino que ya mi hermana Soraya también entró a la JUCO. (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Finalmente, el padre no se opuso, y las hermanas empezaron a asistir a las reuniones y a participar activamente en las actividades políticas de la JUCO.

3.7. Toda la familia

Todos los hermanos se vincularon, de una u otra forma, a la vida política, al calor de la Unión Patriótica. A Soraya Vélez se la veía cada domingo vendiendo el periódico *Voz* por las calles del pueblo, labor que sostuvo hasta el día en que tuvo que marcharse para salvar su vida; el hermano menor también cumplía tareas en la JUCO. Solo la madre permanecía en silencio, con el corazón angustiado y la esperanza hecha sombra. Dimas Elkin, más organizador que orador, caminaba por todas las veredas de Mesetas, asesorando reuniones del Partido y de la UP; conocido por todos, era de voz tranquila y baja, hablaba pausado, y daba orientaciones con tranquilidad y cariño a quien lo requiriera. Cuenta Israel Vega:

Con Dimas anduvimos hartos en todas esas veredas, él era el que más andaba, íbamos pa'l Gobernador, por el Lucía arriba, pa todas esas

veredas, era un nativo, y en todas partes asesoraba las bases del partido y de la UP; muy querido y respetado, él era más organizador. (CNMH, DCMH, Israel Vega, mayo 20, 2024)



Figura 20. Dimas Vélez en el XV congreso del Partido Comunista Colombiano. Bogotá, diciembre de 1988.

Fuente: archivo de la familia Vélez.

Por su parte, Edixson Moya, dirigente y concejal por varios periodos de la UP, dice que

Dimas era un hombre de trabajo, era un hombre que recorría todas las veredas del municipio, célula por célula, a pie, él no montaba ni a caballo, él se iba a pie. Yo lo acompañé como en dos ocasiones, andando, pero era de los tipos que le gustaba andar, se desplazaba de un lado a otro a pie por lejos que fuera, y llegaba a las células y daba la charla política. Un poco tímido era, pero las visitaba y eso lo valoraba mucho el militante de base, que le llegara alguien de la dirección de zona y a cinco, a seis horas, a diez horas a pie donde estaban ellos

3. Carlos Julián Vélez: un líder transparente

en la vereda; eso era muy valorado por la gente y eso hizo que esos municipios fueran tan fuertes en su militancia, en su grandeza de militancia de partido, la cantidad de miembros que tenía el partido. (CNMH, DCMH, Edixson Moya, Villavicencio mayo 18, 2024)

Los tres pequeños hijos de Carlos Julián aprovechaban los pocos momentos que podían compartir con su padre. Diana, su hija mayor, recuerda la carta que Carlos les escribió a ella y a su hermano Luis Carlos como premio por haber aprendido a leer:

Mi papá era único para mí, inigualable. Nos envió una carta a mi hermano Luis y a mí felicitándonos porque ya habíamos aprendido a leer; esa fue nuestra primera carta. De mis mejores recuerdos porque lo hizo mi papá; se sentía orgulloso. Nos hizo esa carta para felicitarnos porque nosotros le habíamos preguntado que por qué a mi mamá le llegaban cartas y a nosotros no, así que se encargó de hacernos llegar una también.

Cuando mi papá estaba en la finca —porque solo lo veía de vez en cuando— podía despertarme y verlo allí, pero, si me volvía a dormir, al despertar ya no estaba. Siempre estaba rodeado de personas; cuando él llegaba, venía mucha gente a hablar con él, y yo siempre quería estar pegada a su pierna, sin querer separármele ni un minuto, pero, debido a su trabajo, él tenía que estar en otros lugares, así que el tiempo que mis hermanos y yo podíamos compartir con él era muy poco. (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

A pesar de sus ocupaciones, Carlos procuraba compartir la sencillez de su vida en el campo con su familia: salir a caminar por los potreros, ir

de pesca, cantar o escuchar una canción rodeado de sus hijos. Diana continúa con sus recuerdos:

Entonces, íbamos a ir a pescar por primera vez, solo mi hermano y yo, porque mi hermana era muy pequeña. Yo quería sacar el pescado más grande para que él se sintiera orgulloso de mí, pero no fue así, quien lo sacó fue mi hermano; él, para animarme, decía: «La próxima vez serás tú quien saque el pez más grande». Mi papá era muy familiar, siempre haciendo cosas en la casa. Un día estábamos haciendo jardinería, pero tampoco me fue bien porque me picó uno de esos gusanos peludos blancos, y hasta ahí llegó mi experiencia en jardinería. Él limpiaba las plantas junto con mi mamá y mis hermanos; mi mamá tenía un huerto, y él también colaboraba. Estaba en todo, muy dedicado a las labores del hogar, no solo a la política. (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)



Figura 21. Carlos Julián y Norma en el centro con dos de sus hijos. A la izquierda Miguel rubio con su hijo. Al fondo, una de las volquetas adquiridas en la administración de la Unión Patriótica. Mesetas, 1990.

Fuente: archivo de la familia Vélez.

La esposa de Carlos Julián, Norma, vivía entre las labores de la casa y el campo, el cuidado de los hijos y la angustia guardada en el corazón; lo acompañaba a muchas reuniones y participaba con entusiasmo en la Unión de Mujeres Demócratas. Diana cuenta lo siguiente sobre ella:

Mi mamá era una persona que hacía de todo, y cuando digo de todo, es de todo. Si le tocaba dedicarse a la casa, a la cocina y a los hijos, lo hacía sin problema; pero si también había que ir a trabajar el campo, no dudaba en hacerlo. Recuerdo que, si había que ir a traer plátanos, nos llevaba con ella, nosotros también cargábamos plátanos; nos levantaba temprano para ayudar en lo que hiciera falta en la cocina. La recuerdo haciendo sus quehaceres mientras tarareaba *La Guaneña*, le encantaba ese bambuco. (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Muy pronto, al iniciar la campaña del nuevo movimiento político, se empezó a escuchar sobre los asesinatos de sus dirigentes en el país; en efecto, en el Meta, en noviembre de 1985, había sido asesinado Hernando Yate Bonilla y, para septiembre de 1986, la cifra de víctimas de la Unión Patriótica era calculada en 300 en todo el país. Entre las víctimas se encontraba Pedro Nel Jiménez Obando, senador de la República por el departamento del Meta (Colombia Nunca Más, 2000).

A pesar de las circunstancias, se mantenía el activismo político, y el movimiento crecía y se fortalecía. La gente seguía creyendo en la salida política al conflicto; sin embargo, en lugar de avanzar por ese camino, ocurrió lo contrario. De acuerdo con Yezid Campos:

La intensidad de la guerra sucia lleva a finales de 1987 al rompimiento de la tregua y del proceso de paz. En consecuencia, las FARC se

desvinculan de la UP y la descartan como vía de desmovilización y de acción política abierta. Los integrantes de la UP, en su conjunto, deciden continuar con su empeño de transformar el país, de manera independiente. (Campos, 2008, p. 23)

En realidad, salvo algunas apariciones esporádicas cuando se hizo el lanzamiento de la UP, los miembros del Partido jamás hicieron campaña conjunta con las FARC-EP. Pese a todo, teníamos la ilusión de acabar con décadas de conflicto armado, ya que en las calles y en las reuniones estaba la gente del común: los campesinos de las veredas, los jóvenes que querían estar en un grupo que los hiciera sentir partícipes, las mujeres que se sentían incluidas.

3.8. La marcha de Iracá

El 11 de octubre de 1987 fue asesinado en Bogotá, el candidato presidencial de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal. En pocas horas, con tristeza e ira por la muerte del líder, se formaron caravanas de buses repletos de campesinos que, desde la mayoría de los municipios del Ariari, se dirigieron a Granada. Se decidió realizar una gran marcha hacia la capital en apoyo a la protesta nacional por el asesinato del candidato.

Junto a Carlos Julián, Dimas y Heraclio Hormiga —entre otros dirigentes— estábamos mi hermana Alba y yo, en compañía de los cientos de personas que venían de Mesetas en apoyo a la movilización. Sin embargo, a la altura de Puerto Caldas, un poblado ribereño del río Ariari, patrullas del Ejército detuvieron los buses y, tras varias horas retenidos en ese lugar, organizamos un intento por cruzar el puente a pie. Un grupo nos pusimos al frente, nos tomamos de los brazos y dimos los primeros pasos, mientras el resto de la gente avanzaba detrás.

Los soldados, ubicados unos metros más adelante en el puente, con sus fusiles en alto, decidieron disparar ráfagas al aire; se produjo una estampida, y las personas, aterradas, comenzaron a correr despavorida estrellándose entre ellas. Heraclio Hormiga y Carlos Julián hicieron un llamado a la calma a la multitud; entonces, se retrocedió y no quedó más que esperar en el caserío. Un par de horas después, gracias a la intervención de algunos dirigentes de Granada, entre ellos la concejal por la Unión Patriótica Waldina Sánchez, se llegó a un acuerdo con la fuerza pública y se despejó el puente para que los buses pudieran continuar.

En Granada se unieron otras caravanas y se decidió continuar desde allí a pie, con el propósito de ir hasta Bogotá, pero antes de llegar a la población de San Martín, el Ejército detuvo la marcha y, en plena carretera bajo el sol abrasador del llano, miles de campesinos debieron permanecer retenidos durante una semana.

Carlos Julián buscaba establecer diálogos para resolver la situación; estaba siempre al lado de los compañeros: charlando, explicando, dando ánimo. La comida había sido restringida por la fuerza pública; no se permitía el ingreso de los carros ni de los camiones que llegaban trayendo provisiones para tanta gente.

Finalmente, se creó una comisión en la que, además de Carlos Julián, participaron otros dirigentes regionales, así como miembros del gobierno departamental y nacional. Se firmaron entonces unos acuerdos, entre ellos: una declaración pública rechazando el asesinato de Jaime Pardo Leal, el compromiso de delimitar de la Reserva de la Macarena —problema sentido por las comunidades de la región— y la promesa de mejorar la seguridad de los miembros y líderes de la Unión Patriótica.

3.9. Entre elecciones y sepelios

En marzo de 1988, como parte de los puntos planteados en los acuerdos de Uribe, se lleva a cabo por primera vez en Colombia la elección popular de alcaldes municipales. En Mesetas, con gran optimismo, se realiza la campaña de la UP, y Julio Serrano Patiño —uno de nuestros biografiados— es elegido alcalde.

Por su parte, Carlos Julián se desplaza por todo el departamento con discursos claros y contundentes; era un gran orador: conmovía a la gente porque se le notaba la pasión por el ejercicio político y la sinceridad de sus palabras. Va y viene por los municipios y veredas y es elegido diputado a la asamblea departamental; Carlos Julián se siente honrado y comprometido con su electorado. Hay alegría por los resultados electorales, tanto locales como departamentales.

Sin embargo, la matanza arrecia contra los miembros de la Unión Patriótica. Un mes antes de la posesión de Julio Serrano como alcalde, en una tarde de mayo de 1988, Carlos Kovacs Baptiste —presidente de la Asamblea del Meta y de la UP en el departamento— fue asesinado en Villavicencio, junto con Néstor Rojas, dirigente estudiantil; Antonio Riveros, activista de la JUCO y escolta de Kovacs, y la personera de Vista Hermosa.

Durante el sepelio, en Villavicencio, Carlos Julián pronunció el discurso en nombre de la dirección regional de la Unión Patriótica. Allí asumió su curul como diputado y la presidencia del movimiento a nivel departamental, ante miles de personas que asistieron para despedir a los dirigentes asesinados. En su intervención, denunció la complicidad de miembros de las Fuerzas Armadas en los asesinatos de militantes de la UP, y puso como ejemplo a Argentina, donde ya venían siendo juzgados y condenados militares de alto rango por su responsabilidad en delitos de homicidio y tortura. Igual suerte correrían —dijo— los miembros de las

Fuerzas Armadas implicados en las matanzas contra los miembros de la UP en Colombia. Lo dijo con voz fuerte y firme, como era su costumbre, sin titubeos de ninguna clase.

Una de sus hermanas, que había abrigado la ligera ilusión de que Carlos Julián abandonara la vida política, tras el asesinato de su amigo Kovacs, cuenta lo siguiente: «Entonces yo no sé, yo sentí como un alivio, porque ya Carlos no [...] ya Carlos no iba a seguir en el partido» (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024). Sin embargo, en ese momento, con un escalofrío en el pecho, entendió que Carlos Julián no abandonaría nunca su responsabilidad ni su compromiso con la gente que lo había elegido, que desde tiempo atrás había creído en él y que seguía creyendo en él.



Figura 22. Carlos Julián Vélez participa en el XV congreso del Partido Comunista Colombiano. Bogotá, diciembre de 1988.

Fuente: archivo de la familia Vélez.

Carlos Julián pasó a ser el máximo dirigente de la Unión Patriótica en el Meta. En Mesetas, sus compañeros, amigos y familiares sintieron que sobre él se fijaban ahora, con mayor fuerza, las miradas de los asesinos. Ya se sabía que los grupos paramilitares —apoyados por algunos sectores dentro de las Fuerzas Armadas (Policía, DAS y Ejército)— estaban radicados en el departamento, y eran financiados por Víctor Carranza y Gonzalo Rodríguez Gacha. También se sabía que contaban con el respaldo de algunos políticos tradicionales que querían recuperar, como fuera, sus votos en la región.

Carlos Julián se sintió aún más comprometido con la causa y continuó su trabajo político. Al respecto, Pedro Pablo Villalba, uno de sus amigos y compañeros, dice lo siguiente:

Puedo decir de Carlos que, cuando él hablaba, uno sentía la sinceridad de sus palabras, la integridad de la persona que era; le llegaba bien profundo a uno y lo convencía de su amistad honesta y sincera, y de que su convicción por la causa era total. Él no dejaba lugar a dudas. Defino a Carlos Julián como una persona íntegra, un gran amigo, de aquellos que impactan positivamente nuestra personalidad, por su respeto a los amigos, su apego a la lucha por las causas sociales, su capacidad de liderazgo, su convicción pacifista total y su determinación inquebrantable que lo llevó a ofrendar su vida por las ideas que profesaba. (CNMH, DCMH, Pedro Pablo Villalba, Villavicencio, noviembre 12, 2024)

Carlos estaba absolutamente convencido de la justeza de su causa, y la honestidad de su trabajo era percibida por todos a su alrededor. Así lo describe Isidro Santos, dirigente regional de la JUCO en esa época:

Carlos era un hombre muy disciplinado, muy trabajador, con un gran futuro por delante. Yo creo que, si había alguien que era diáfano, trans-

3. Carlos Julián Vélez: un líder transparente

parente, con un carisma bien grande en torno a los ideales, era nuestro camarada y, bueno, como dice la canción, la de *Ricardo semillas* [de Ana y Jaime]... cuando yo escucho esa canción, siempre lo recuerdo a él, porque también dejó muchas semillas. (CNMH, DCMH, Isidro Santos, Villavicencio, mayo 18, 2024)

En julio de 1988, se celebró en Mesetas la posesión del alcalde Julio Serrano. Carlos Julián, pese a la inseguridad que se vivía, viajó desde Villavicencio para asistir al acto; hasta ese momento, en Mesetas no había ocurrido ningún asesinato de líderes o militantes de la UP. El gobierno local de la Unión Patriótica se inició con alegría y con la esperanza de que, quizás, las constantes denuncias lograran detener la matanza de los miembros de la UP en el país, y se pudieran realizar los planes que se proyectaban para beneficio de la población.

No obstante, a finales de ese mismo año asesinaron a mi hermana, Alba Ariza, una joven líder estudiantil de Mesetas, amiga entrañable y compañera de vida de Carlos Julián, quien, por esos días, se encontraba en Villavicencio, ocupado con sus funciones como diputado y presidente de la Asamblea Departamental del Meta. Aquel día, durante el funeral de Alba, su esposa, Norma Garzón, se me acercó y me dijo: «Tengo mucho miedo, Dora, ¿usted sabe si Carlos va a venir? Le pueden hacer algo de camino. Yo lo que pido, lo que quiero, es poder estar con él cuando eso pase... morirme con él». Por las condiciones de inseguridad, Carlos no pudo asistir al sepelio de Alba Ariza, lo que le dolió profundamente, como lo expresaría después.

De la sensación de miedo colectivo que se vivía en el Meta, da cuenta Isidro Santos:

Y, entonces, nos sentíamos [...] nos estaban matando y nos sentíamos solos, porque no había con quién [...] es que ni siquiera querían

sentarse a tomarse un tinto con uno, porque temían que en cualquier momento llegaran a matarnos y ellos murieran ahí, equivocadamente. Y hubo, digámoslo así, un contingente de hombres... yo no sé cómo llamarlos, si valientes o necios, pero seguíamos ahí, en la lucha, seguíamos en la lucha. Era una convicción bárbara, que a muchos les costó la vida. (CNMH, DCMH, Isidro Santos, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Carlos Julián redobló los cuidados al movilizarse, pero «fueron múltiples los atentados que se fraguaron contra [él]: por lo menos en diez oportunidades pudo escapar de los sicarios. Siempre se movilizaba escoltado, y tomaba todas las medidas de seguridad que le eran posible en sus desplazamientos». (Pérez, 2014, p. 30)

En 1990, durante la celebración del Festival de la Juventud en el casco urbano de Mesetas, Luz Dary Sánchez —secretaria del concejo y de la personería municipal, cuya historia también se cuenta en este libro— fue asesinada en medio de una balacera protagonizada por el Ejército, a medianoche, mientras cientos de personas participaban en la festividad.

Poco tiempo después ocurrió un atentado mientras Carlos Julián y otros dirigentes se encontraban reunidos en la sede del Partido o Casa del Pueblo:

Ese atentado iba directamente contra nosotros. Ahí estaba Carlos Julián; estaban Dimas, Rodrigo Cañizales, un señor Enrique Castro, mi persona y Héctor Torres. Estábamos un día en la oficina, tipo 4 de la tarde —tal vez pasadas—. Había un local que daba hacia la calle, que era la oficina, y nosotros íbamos a reunirnos ahí, a pasar las orientaciones, a atender a la gente [...] cuando entró un sicario... (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Cuenta Alfonso Camacho que había una patrulla del Ejército a unos 30 metros, y que, del grupo de soldados, «salió un señor que era conocido en la región, pero que trabajaba con los paramilitares» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024). El hombre se acercó al local donde ellos se encontraban; en la puerta estaba un compañero vigilando, pues sabían que en cualquier momento podrían llegar a atacarlos: «Le dijimos que se estuviera en la puerta haciendo observación a ver qué pasaba [...] y cuando lo ve que se acerca disparando, le grita: “¡No, no!, ¿qué va a hacer?”» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024).

Al darse cuenta de que lo conocían, el sicario sacó una granada que tenía en el bolsillo de la camisa. El compañero que hacía vigilancia alcanzó a patearle la mano. La granada cayó al piso y explotó. De acuerdo con Camacho:

Aquí salieron varios heridos, Enrique Castro, herido de gravedad [...] Carlos Julián también salió herido; no lo afectó tanto porque él estaba detrás de un escritorio. A Enrique sí lo afectó bastante porque lo alcanzó a coger por debajo del escritorio. Nosotros alcanzamos a saltar, a salir; cuando vimos que era una granada, alcanzamos a salir del local hacia un patio trasero que había. Conocíamos versiones según las cuales jóvenes del pueblo estarían vinculados con los paramilitares, y quien realizó este atentado era un muchacho común del pueblo. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

En este punto hay que mencionar que, con la complicidad de miembros de las Fuerzas Armadas y de la Policía, así como de unos pocos políticos de la derecha del municipio —que hacían parte del engranaje paramilitar regional—, se aprovechó la ignorancia y la pobreza de jóvenes que, de acuer-

do con versiones de varios entrevistados, aceptaron un pago mensual de 300000 pesos para actuar como sicarios. Fue muy doloroso ver cómo vecinos que habían ido con nosotros a la escuela, y que fueron nuestros amigos, terminaron involucrados en esas redes de paramilitarismo y sicariato.

Después del atentado, Carlos se dirigió a su casa a donde llegó en horas de la noche. La familia ya conocía los hechos y, al día siguiente, sus pequeños hijos, en medio de su inocencia, le pidieron que les dejara ver las heridas: «Papi, déjenos ver», le dijeron, y él les mostró, señalando la herida en una de sus piernas. «Nos explicó que, por dentro, le habían quedado unas esquirlas, se le dificultaba caminar, pero, a pesar de eso, no fue impedimento para ir con mi hermano y conmigo a caminar por los potreros, alejándonos de la casa en medio del rayo del sol, donde todo es llano» (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Cuando supieron que su padre tenía un chaleco antibalas, sintieron curiosidad, y él les permitió probárselo a cada uno. Fueron pocos los años que pudieron compartir con él, pero cada instante fue de tanto amor que, como dice Diana, les quedó la imagen de un padre amoroso, entregado, único. Ella recuerda los últimos regalos que les hizo: un acuario que ellos le habían pedido, un perro y el paseo de Navidad al río Cafre.

Varias veces, Carlos Julián fue abordado por el Ejército en las calles de Mesetas, con la intención de detenerlo, como el día en que ya lo tenían listo para llevárselo, y la gente se agolpó a su alrededor para impedirlo. Le habían quitado la pistola y el chaleco, a pesar de que él explicaba que eran elementos autorizados para su protección. En ese momento, llegó Miguel Rubio, alcalde del municipio, quien cuenta que:

Estaban haciéndole quitar la pistola y el chaleco, siendo el presidente de la asamblea. Entonces, Carlos me manda llamar a la alcaldía, que

3. Carlos Julián Vélez: un líder transparente

vaya, que se lo quieren llevar preso, mientras iba por la calle principal.

Yo llegué allá y dije:

—¿Qué pasa, Carlos Julián?

Y él me contestó:

—Que el capitán me quiere desarmar.

Le dije al capitán:

—¿Cómo así, capitán? ¿Él no se le ha identificado?, ¿quién es él?

—Sí, pero yo no lo puedo creer —me contestó.

Entonces, le respondí:

—Pero ¿será que esa credencial se la regalaron? ¡Él es el presidente de la DUMA!, así le dije, ¡de la DUMA!, y usted debe darle respeto a él. Él carga una pistola amparada, y si se la ampararon es para que la porte.

El capitán dijo:

—Ah, pero que esa pistola...

Y yo le volví a decir:

—Además, tiene un chaleco, ese chaleco tiene una autorización, y aún podría cargarlos sin autorización, porque en el estado en que estamos, por la situación de inseguridad, él debe tener protección. ¡Ustedes no se la dan!, y esto lo que demuestra es que ustedes no son capaces de dársela. ¡Vamos, camine, Julián, vámonos!

Y, al cabo... teniente o sargento, le dije:

—Hablamos.

Y me llevé a Carlos Julián, me lo llevé; así fue. Ahí en la calle fue eso [...] en la calle delante de todos. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Carlos Julián denunciaba en todos lados y ante todas las autoridades posibles los atropellos de las fuerzas militares y las amenazas que se conocían contra los dirigentes de la Unión Patriótica. Miguel Rubio agrega:

Carlos Julián era muy arrojado, él se le metía al comandante de la Séptima Brigada. Por ejemplo, cuando fue a Vistahermosa, iba con el gobernador; el viaje iba a ser en helicóptero junto con el comandante de la brigada. El comandante le preguntó al gobernador quiénes eran los que lo iban a acompañar. Él le contestó que el presidente de la asamblea, que era Carlos Julián; entonces, el comandante dijo que para él no había cupo. El gobernador no aceptó, no se quiso ir en el helicóptero del Ejército, entonces, se fueron en carro. Cuando llegaron a Vistahermosa, ya estaban echando los discursos. El general Bedoya era el de la Séptima Brigada; el mismo que en Jardín de Peñas había dicho: «Cuiden esas peñas porque el jardín se les va a acabar», así le había dicho a la gente.

Cuando llegaron allá, estaba hablando el comandante, quien le pasó el micrófono al jefe paramilitar de Vistahermosa. Carlos Julián, al ver eso, se lo rapó y comenzó a hablar [...] así, sin miedo, ¡le quitó el micrófono! En su intervención, hizo referencia a eso, a la ilegalidad que estaba cometiendo el comandante de la Séptima Brigada dándole cabida al discurso del jefe paramilitar; eso fue una discusión bastante dura. Ahí fue donde Carlos Julián se echó de enemigo a ese general [...] eso dizque alegaron después.

En esos días fuimos a hablar con el gobernador, fuimos con Carlos Julián. Nos sentamos y conversamos con ese señor y, así textual, nos dijo: «Nosotros estamos por debajo del poder de la fuerza pública», porque la fuerza pública, el Ejército, no le hacía caso; o sea que ellos hacían

lo que querían, así el gobernador diera una orden, que es el jefe máximo de las fuerzas militares en el departamento, no le hacían caso. Eso nos dijo ahí sentaditos, así, tomando tinto, en la oficina, que estaban por debajo del poder militar, o sea, que no había nada qué hacer. Creo que era Plinio el nombre de ese gobernador, estaba encargado en ese momento. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

3.10. El luchador por los derechos humanos

Carlos Julián creía en el poder de la palabra, en el diálogo, en las salidas negociadas a los conflictos. Creía en los derechos humanos como herramienta para resolver los problemas. Creía en la palabra de los otros. Por eso, cuando se realizó un foro por la convivencia en el pueblo, con la participación de todos los sectores, y un presunto instigador y reclutador de jóvenes para el sicariato le pidió perdón públicamente, él pensó que las cosas mejorarían, que su vida sería respetada; así se lo contó a su familia. Sin embargo, fue Liria, su madre, la que, con tantos años de violencia encima, le dijo a Carlos Julián: «No, hijo, no se confíe de eso».

En varias oportunidades, Carlos Julián salió de la región para resguardar su vida, pero el amor por su familia —y como dice su hija, Diana, «no éramos solo los que teníamos lazos de sangre con él, sino que era toda la gente que lo seguía y lo apoyaba»— lo hacía volver. Eran los que, como él, creían en una sociedad mejor, más justa y equitativa, y querían el progreso de la gente y del territorio.

Carlos amaba su terruño; alguna vez, mientras viajaba en el bus que iba a Granada, en días más tranquilos y felices, miró hacia el horizonte: en la planicie se veían muchos árboles de flores moradas y rosadas, y le dijo a su compañera de viaje: «Cómo le parece si viéramos las calles de Mesetas

así, llenas de esos árboles, todas las calles florecidas». «Sería hermoso», le contestó su acompañante. Era su «pueblito de mis cuitas, donde aprendió a querer por la primera vez» (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).



Figura 23. Credencial de Carlos Julián Vélez Rodríguez como diputado de la Asamblea Departamental del Meta. Villavicencio, 1990.

Fuente: archivo de la familia Vélez.

Quizá, como dijo Carmen, su compañera de luchas y de amistades: «Carlos Julián se confió por ser tan transparente, él se confió; quizá pensó que nadie podía hacerle daño porque él no le hacía daño a nadie» (CNMH, DCMH, Carmen Mayusa, Villavicencio, mayo 19, 2024). Carlos Julián luchaba por su vida; aún creía en las salidas legales. Por eso, cuando un amigo respondió que no, que así no podían seguir, que quizá era mejor optar por la clandestinidad, él dijo que no, que tenía fe en que todavía había espacios y que tocaba incrementar los diálogos regionales y seguir denunciando, hasta lograr que los sectores democráticos y civilistas en el Gobierno atendieran y ayudaran a desenmascarar los lazos entre el paramilitarismo, los sectores de derecha y los mandos militares.

Miguel Rubio continua así su testimonio:

Carlos Julián era muy allegado a la cuestión de los derechos humanos [...] Imagínese usted, él venía de hacer ese trabajo allá en El Mirador, venía de allá, a participar en un foro de derechos humanos que se tenía programado ese día. Él, siempre, siempre, defendía mucho ese tema, hablaba mucho sobre los derechos humanos; para él, no era un mero discurso, sino que era como su filosofía de vida. Él era muy allegado a que la gente se preparara en eso de los derechos humanos. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Por esos días, como lo había hecho de tiempo atrás, en reiteradas ocasiones

Carlos Julián había visitado al ministro de Gobierno y al Procurador General de la Nación para pedirles que intervinieran para que se pusiera fin a los intentos de asesinarlo. A su regreso entró a Villavicencio a hablar con el Gobernador para exigirle lo mismo. (Pérez, 2014, p. 30)

Carlos Julián aún tenía la esperanza de que, con la intervención de sectores democráticos del Gobierno, pudiera detenerse la matanza contra la UP, y él, como diputado, tenía la tarea de estar permanentemente en la búsqueda de esos caminos de diálogo para todo el movimiento. «Vana ilusión frente a las maquinarias del terrorismo de Estado y de la impunidad» (Pérez, 2014, p. 30).

Era evidente que no había intención, desde la parte civil del Estado, y aun menos desde las instituciones militares, de poner fin al asesinato de miembros y simpatizantes de la Unión Patriótica. Se llegó al punto en que no importaba si las personas señaladas estaban con amigos, con su familia o con sus hijos.

Tal sería el sentimiento de odio sembrado en muchos miembros del Ejército, que ocurrieron hechos tan absurdos como el que relata a continuación Miguel Rubio, quien era el alcalde de Mesetas en ese momento:

Un grupo de soldados se encuentra con un campesino que lleva una vaca, y le disparan, la matan.

—¿Qué pasó con la vaca? —le pregunté al campesino.

—Ah, que el soldado había dicho que mataba a todos los que los miraran feo, y que la vaca lo había mirado feo y, entonces, le habían pegado un tiro. ¡Imagínese!

Le dije al capitán:

—Pues deben pagar la vaca—.

Valía 120 000 pesos en esa época. Recolectaron con el Ejército de 2000 pesos para pagar la vaca. El becerrito que llevaban se quedó ahí... el becerro creció ahí, en la base militar. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024).

En medio de la difícil situación, Carlos Julián mantenía su trabajo como diputado. Entre sus gestiones y obras sobresalen el mejoramiento y pavimentación de vías, así como la electrificación para su querido pueblo de Mesetas: el 18 de noviembre de 1992 llegó la luz al municipio. «Algo muy bueno que nos dejó Carlos Julián cuando fue diputado fue la electrificación para el municipio de Mesetas, eso lo recuerdo muy bien» (CNMH, DCMH, Mercedes Moya, Mesetas, enero 10, 2024).

Por su parte, Jesús Rubio, activista político y alcalde encargado de Mesetas, aporta este testimonio:

3. Carlos Julián Vélez: un líder transparente

Carlos Julián tenía una facilidad para ser líder, era algo que a él como que le nacía. Hay un dicho que dice «Al que le gusta, le sabe», y Carlos Julián nació para eso. Yo le decía: «Yo algún día quiero verlo a usted en el Senado», y él me respondía: «¿Verdad, Jesús?». Nosotros éramos compadres y, para mí, personalmente, era un orgullo saber que un compadre mío hacía parte de un estándar político tan alto. Entonces, yo pienso que Carlos Julián, en el municipio de Mesetas, extendió su liderazgo hasta el departamento del Meta. Su integridad, como persona y políticamente, dejó historia. Entonces, qué lástima que una persona de esas ya no exista, cuando pudo haber sido un gran líder en nuestro país. (CNMH, DCMH, Jesús Rubio, La Julia, Meta, enero 13, 2024)

3.11. Los sueños inconclusos

Carlos y Norma, que habían vivido siempre en la finca con la familia Vélez, emprendieron un último proyecto con el ánimo de que sus hijos pudieran estudiar más fácilmente, sin tener que desplazarse muy lejos. Así lo recuerda Diana Vélez:

Yo creo que lo último fue el sueño de tener una casita en el pueblo. Entre mi mamá y mi papá se pusieron a la tarea de construirla, y se planificaba que para diciembre ya estaría lista para ocuparla. Gracias al Proyecto de Provivienda, mis papás y otras tantas familias sin techo pudieron acceder a una vivienda digna, en proyectos de auto-construcción; era en el barrio Jaime Pardo Leal. Se le puso ese nombre en honor al candidato presidencial por la Unión Patriótica, asesinado el 11 de octubre de 1987.

Sin embargo, esos planes nunca tuvieron un final feliz; fueron sueños inconclusos. Ya habíamos ido a ver el colegio donde íbamos a estu-

diar, porque ese año nos íbamos a vivir al pueblo. Hicimos muchos planes. Decíamos: «Bueno, ya nos vamos para el pueblo y ¿cómo vamos a hacer para visitar a mis abuelitos?», «Nos vamos los viernes y regresamos los domingos»; teníamos todo planeado.

Mi mamá dijo: «Vamos a ir al colegio para que lo conozcan», yo iba a entrar a tercero. Mi mamá habló con la rectora, nos presentaron: «Este será el colegio de ustedes». Luego, con la casa: «Miren, esta será su habitación, esta será la nuestra». Todos los planes estaban hechos; nos iban a comprar bicicletas, ese iba a ser el regalo de Navidad. (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Esa vivienda, en la que Carlos Julián y Norma pensaban vivir con sus hijos, había sido parte de un proyecto impulsado por la administración municipal, en cabeza de Miguel Antonio Rubio, pero concebido y ejecutado de manera colectiva, como hacían todos los proyectos. Era un sueño compartido por muchas familias obtener su casa propia; lo llamaron Proyecto Provivienda Jaime Pardo Leal, pero la mayoría nunca pudo disfrutar de ese sueño, pues, poco tiempo después, los que no fueron asesinados, debieron dejar abandonadas sus casas para salvar sus vidas, cuando los paramilitares se «adueñaron» del pueblo.

3.12. «Hija, no mires ese desastre»

Era el 14 de septiembre de 1991. El sol había amanecido con el fulgor abrasador de los días calurosos; por eso, la pequeña Diana le dijo a su mamá que ella no quería ir al pueblo. Había que caminar unas dos horas, y la idea de la caminata a pleno sol le causaba molestia. Norma decidió entonces irse con su hija más pequeña y, ante la insistencia de su hijo Luis Carlos, de cinco años, aceptó llevarlo también.

El día anterior, viernes 13 de septiembre, Carlos Julián y Dimas Vélez habían estado trabajando con el ganado en la finca. Más tarde asistieron a una reunión en casa de un vecino, durmieron en la casa familiar y se levantaron temprano para asistir a una actividad política en la inspección de El Mirador. Carlos Julián era candidato a la alcaldía de Mesetas y, para movilizarse, acostumbraba a usar una moto que conducía su hermano Dimas.

Mientras Carlos y Dimas asistían a la actividad en El Mirador, Norma se alistaba para ir al pueblo con sus dos pequeños hijos. Ese día se celebraba un encuentro de derechos humanos en el casco urbano de Mesetas, y Carlos Julián, en su calidad de diputado, sentía la responsabilidad de participar. Esperaba poder reunirse allí con todos los sectores políticos, la iglesia, las autoridades civiles y militares, el campesinado y la población en general, con miras a intercambiar ideas y lograr acuerdos de respeto mutuo a los derechos humanos.

Faltando un corto tramo para llegar al pueblo, cerca de la casa del señor Brausin, Norma y los niños decidieron descansar un poco. Estando allí escucharon el sonido de una moto y, a la distancia, vieron que venían Carlos y Dimas, quienes ya habían concluido la reunión en El Mirador y también se dirigían al pueblo. Sin embargo, la moto se detuvo junto a ellos y el saludo quedó ahogado en un estallido que irrumpió desde los matorrales.

En todo el caserío, y hasta en las casas de las veredas cercanas, se escuchó un estruendo. «Eso se escuchó un bombazo, como cuando se revienta un tanque de gasolina», recuerda María Romero, quien se encontraba en su casa, en el pueblo (CNMH, DCMH, María Romero, La Julia, Meta, enero 12, 2024). Luego, se escucharon más sonidos de disparos, como de metralleta y pistola; los matorrales se estremecieron por unos instantes y, finalmente, todo quedó en silencio. Rodulfo Cruz, entrañable amigo y compañero de Carlos Julián, fue quizá el primero en pasar por el

sitio, pues venía de hacer trabajo en el campo, «[Él] sintió que el mundo le daba vueltas» (*Separata Voz*, 19 de septiembre de 1991, pp. 6 y 7).

Cuando Miguel Rubio, alcalde de Mesetas, llegó al lugar de los hechos, encontró a José Julián Vélez, sentado al lado del cuerpo de su hijo Carlos Julián. «Miguel, acabaron con mi familia», le dijo. Su otro hijo, Dimas Elkin Vélez, su pequeño nieto, Luis Carlos Vélez, y su nuera, María Norma, yacían en la carretera. Solo la niña logró sobrevivir, al ser ocultada por alguno de ellos, quizá su tío, en unos matorrales de pasto. Al momento, llegó una de las hijas de José Julián, y él le dijo: «Hija, no mires ese desastre». Ella buscó a su sobrina, que había alcanzado a caminar hasta una casa cercana.

La niña estaba muy asustada, salía y entraba, hasta que la llamé por su nombre. Salió con mucho miedo y desconfianza, diciéndome: «Vamos a la casa»; le digo que ya es muy tarde, que vamos, que su papito [el abuelito] está allí... Hasta que la convencí. Ella temblaba de miedo, hasta que mi padre la pudo alzar, porque ella no se dejaba alzar de nadie. Luego, le pregunté si había visto quiénes habían disparado, me contestó que eran unos policías con la cara pintada de payaso, que habían corrido hacia el río y que el tío Dimas la había escondido detrás de una mata de pasto diciéndole: «Quédese ahí quieta», que les botaron una granada y que ella volvió y se agachó hasta que se fueron y, ahí sí, se fue a mirar [...] que lo que a ella más la impresionó fue haber visto a su mamá con el rostro destrozado. (CNMH, DCMH, Zoraya Vélez, mayo 19, 2024, Villavicencio, Meta)

Recuerdo que, mientras estábamos en los funerales de Carlos Julián, en Mesetas, en la sala de velación, un reconocido profesor del municipio se acercó al viejo José Julián, quien permanecía junto a los ataúdes de sus

hijos, su nieto y su nuera. Escuché cuando el profesor le dijo: «Se nos fue el chino Julián, don José Julián»; con un gesto de amargura en el rostro, le respondió simplemente: «No, profesor. Él no se fue. ¡A él lo mataron!».

En sus paseos por los potreros, Carlos entonaba canciones que quedaron grabadas en la memoria y en el corazón de sus hijas. Le gustaba la música colombiana, la de Garzón y Collazos, esa que hablaba de la tierra, de las flores, de los amores que son para siempre. «La música lo transporta a uno, la escucha y lo lleva a muchos lugares, a muchos momentos», dice Diana Vélez con la mirada y la mente puestas en aquel pasado feliz al lado de sus padres.

Recuerdo un día en particular. Veníamos con mi papá por un potrero, ya tarde, tal vez cinco o seis de la tarde, y él venía tarareando *Pueblito viejo*, esa canción se me quedó grabada. Con el tiempo, empecé a prestarle más atención y volví a ese momento del que les hablo, cuando empecé a reconectar con mi historia, a recuperar esa identidad. Escuchaba la canción una y otra vez, y, cuando presté atención a la letra, una parte decía: «Quiero, pueblito viejo, morirme aquí en tu suelo, bajo la luz del cielo que un día me vio nacer», y así fue. Soñaba con morir de viejo en su pueblo, pero otros decidieron acabar con esos sueños, torcer su historia y la historia de la Unión Patriótica. (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Continúa con sus recuerdos, expresando con claridad y firmeza lo que piensa y siente hoy:

De todo eso, tal vez fue por la necesidad de protegernos y cuidarnos, para que no nos pasara nada, porque sabían que en cualquier momento algo podría ocurrir, y ellos trataban de evitarnos toda esa

situación, pero, al final, creo yo, fueron tantas las precauciones que mi papá no pudo con todo. Eran tiempos y momentos en donde estaban asesinando a todos los dirigentes, militantes, familiares de la Unión Patriótica, y ese día iban con la intención de acabar con toda su familia: su esposa, su hijo y su hermano; no pudo defenderse, no los pudo proteger. Era deber del Estado protegerlos y cuidarlos ante las múltiples denuncias.

Hoy, la Corte Interamericana de Derechos Humanos nos da la razón al condenar al Estado colombiano por no haber garantizado su protección, su seguridad, y por haber permitido el exterminio de la Unión Patriótica. Es una pelea que se dio aquí, y debo decirlo: gracias a la Corporación Reiniciar. Fue a través de ellos que empecé a hablar de mi historia, a hacer lo mío, a recuperar mi identidad, porque, para mí, llegar aquí a Villavicencio, unos días después de haber enterrado a mi familia, fue como tener que borrar esa parte de mi vida. No podía hablar de quiénes eran mis papás, de dónde venía. No pude hablar de mi pasado durante años. ¿Cuántos? Yo llegué aquí a los ocho años, y comencé a hablar de mi pasado, de mi historia, cuando tenía veintiuno.

Fue en ese momento cuando empecé a entender lo que había pasado, a comprender la historia de mi familia, a darme cuenta de que no era yo quien debía tener miedo, ni sentir vergüenza, ni esconderme. Aprendí a no sentir rabia, sino indignación, y que los culpables no solo son los que jalaron el gatillo, sino principalmente los que dieron la orden. Mi hermana, al menos ahora, ya mira las fotos de mis papás, ya menciona algunos recuerdos de antes de que los asesinaran a ellos, a mi hermano y a mi tío. Ya podemos hablar de nuestro pasado, de nuestra historia. (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Por su parte, a Dimas Elkin Vélez Rodríguez, su hermana lo recuerda como un hombre calmado, solidario y trabajador, con su machete terciado, siempre acompañando a su hermano y entonando bajito— mientras cumplía sus labores del campo— una de las canciones que más le gustaban: «Une tu voz a mi voz, para gritar que triunfamos...».

A Dimas quiero decirle: fuiste un valiente, no pudiste conservar tu vida, pero, por amor a tu hermano, Carlos Julián, lo acompañaste hasta los últimos momentos para protegerlo, y yo... yo también, si hubiera estado cerca, hubiera hecho lo mismo». (CNMH, DCMH, Fátida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Después de la masacre de la familia Vélez, la situación en Mesetas se tornó en terror. Dice Fátida, «O sea, ya se descararon. Eso era cada ocho días: mataron a fulano, mataron a zutano, yo me acuerdo de lo de Rafael Moya y [...] tantos otros, fueron ya muy seguido todas esas muertes» (CNMH, DCMH, Fátida Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024).

Ella rememora con dolor las épocas en que, alrededor de la mesa que él construyó en la finca, se sentaba la familia a compartir lo que fuera:

Esa mesa era como de la unidad familiar y de la educación. Es que había mucha tertulia, todos nos sentábamos ahí. Esa mesa significaba mucho: relación familiar, como de política, de todo se hablaba alrededor de esa mesa. En esa mesa había juegos, juegos de parques, de naipes. Entonces, sobre todo, en las tardes, cuando llegaban los trabajadores, llegaba todo el mundo de trabajar, y por ahí a las cinco se comía y seguíamos ahí sentados hasta las ocho, nueve, diez de la noche, y eso era jugando, o compartiendo como cultura, como política, como todo lo familiar; las personas que llegaban a contar

sus historias de violencia, o de lo que fuera. Entonces, esa mesa para nosotros significaba todo.

Ahora, las mesas para nosotros son algo [...] porque ahorita no nos sentamos a la mesa [...] —Pero todavía tenemos la mesa—, dice otra de las hermanas. —Sí, todavía está, pero decir que nos sentamos todos a comer alrededor de la mesa. Ahora, nosotros casi no hablamos, nosotros no hablamos, porque [...] (CNMH, DCMH, Fátima Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Fátima no puede terminar la frase. Todos los que la estamos escuchando sabemos que el dolor de la tragedia que ocurrió hace más de 30 años sigue ahí, en sus corazones, impidiendo que salgan las palabras. Entonces, Diana Vélez —la hija mayor de Carlos Julián, su sobrina— interviene en la conversación:

Pero miren que ustedes hicieron tan bien la tarea con nosotras —dice, refiriéndose a ella y a su hermana menor—. Ustedes lograron que, al menos, no sintiéramos ciertas fechas como amargas o tristes, que las navidades, los cumpleaños... fueran momentos alegres y agradables, para recordar.

Cuando empieza uno a sentir que algo le falta, es cuando ya somos adultos, y tomamos conciencia de las ausencias. En mi proceso de sanar, reconocer y elaborar mi historia, empiezo a darme cuenta y a sentir esas ausencias. Entonces, esas fechas ya no son tan alegres ni tan bonitas como lo eran antes.

Tuve una mamá, un papá, un hermano, un hogar... lo realmente importante en la vida de un ser humano. Ahora, al hacer memoria, pienso: a mi hermana y a mí nos quitaron la oportunidad de ver envejecer

a nuestros padres, de que nuestros hijos conocieran a sus abuelos, de que ellos nos vieran crecer y triunfar.

Y, claro, a mis tías también les truncaron sus vidas. Parte de sus vidas las dedicaron a cuidarnos, a educarnos, a criarnos... dejando de lado sus propios sueños, sus anhelos. ¡Y es mi voz de indignación, es mi grito por justicia y por la no repetición! (CNMH, DCMH, Diana Vélez, Villavicencio, mayo 19, 2024)

3.13. Recordando a un compañero de lucha

Autor: Pedro Pablo Villalba Cruz¹⁹

Leyendo las evocaciones de amigos y familiares, no puedo evitar revivir aquella época de persecución, estigmatización, terror y muerte que se ensañó contra los miembros de un partido de oposición, y la impotencia que uno sentía al verse constreñido en sus derechos fundamentales; recuerdo cuando la prensa hablaba de «subversivos» refiriéndose a todo aquel que apoyara, por ejemplo, una manifestación campesina o militar en un partido de izquierda, y que lo que siguió a esta estigmatización adelantada fue la publicación de listas de personas que serían ejecutadas por los llamados «grupos de limpieza».

Mesetas fue siempre un territorio de paz donde todos nos conocíamos, como campesinos o pueblerinos, trabajadores todos. Inicialmente fue un pueblo liberal, debido a que sus fundadores fueron personas de esta filiación política, que habían llegado allí desplazados por La Violencia de los años cincuenta, pero, con el tiempo, en las elecciones, fueron

¹⁹ Pedro Pablo Villalba Cruz, licenciado en Filosofía e Historia, quien por esa época era profesor de la vereda Las Brisas, de Mesetas, compañero y amigo personal de Carlos Julián Vélez Rodríguez, nos envió este escrito que reproducimos en este capítulo.

apareciendo votos conservadores y, posteriormente, a raíz de las conversaciones de paz en Uribe, propiciadas por el entonces presidente Belisario Betancur, se dio el surgimiento de la Unión Patriótica, y en Mesetas pronto fue mayoría expresada en las urnas.

Y, entonces, los políticos tradicionales se sintieron desplazados y comenzaron así una campaña contra la Unión Patriótica, y empezaron a militarizar los municipios en donde se había destacado la votación por la UP y, cuando esto sucedió en Mesetas, nosotros, que habíamos vivido siempre en paz, que conocíamos a nuestros vecinos, trabajadores, amigos, o simplemente conocidos, vimos desconcertados cómo las compañías militares de soldados, armados hasta los dientes, entraron a patrullar el territorio, a ver y tratar a todos sus habitantes como potenciales enemigos y a ser considerados como subversivos y auxiliadores de la guerrilla.

Ese fue el primer paso: crear un clima de zozobra y división entre la población, entre buenos y malos ciudadanos; los que antes habíamos sido vecinos, amigos y conocidos, ahora nos veíamos como enemigos. Luego, entraron los paramilitares a ejecutar la matanza.

Recuerdo que, diariamente, tenía que desplazarme hasta mi sitio de trabajo en bicicleta y empecé a sentir que podía ser objeto de ataque en cualquier momento, o que podría tropezarme, en el lugar menos pensado, con un cadáver. La tristeza y la impotencia me invadían: saber que el enemigo no tenía un rostro conocido, que podría ser cualquiera que simplemente cumplía un mandado por plata, que la orden procedía de las altas esferas gubernamentales, eran cuitas que ocupaban una y otra vez mis pensamientos; no había manera racional de oponerse, de contrarrestar de manera civilizada dicha amenaza.

Fueron muchos los amigos y conocidos las víctimas de la matanza. Los abordaron mientras se desplazaban de sus casas al pueblo, del pue-

blo a sus casas, en los bazares, y aun en su propio sitio de trabajo. Hoy, después de treinta y algo de años, uno se pregunta: ¿fue posible todo ese genocidio en una democracia?, ¿en esa democracia que se jacta de ser la más antigua y sólida de América?, ¿con qué cara los dirigentes de esa misma élite hoy en día hablan de «democracia»?

Tal vez *Cien años de soledad* es la metáfora que narra la tragedia de un país gobernado por una élite insensata, egoísta, cruel, avara hasta más no poder, que se niega a compartir el poder con personas que no sigan ciegamente sus designios, que utiliza la violencia y la manipulación mediática de las masas.

Esas y otras muchas preguntas siguen sin respuesta, pero solo te digo compañero, Carlos Julián Vélez, que aún seguimos en la lucha, que tu muerte no fue en vano, que vives en el corazón de tus amigos y que te llevamos en cada paso que damos hasta la victoria. ¡Que tú ejemplo perviva por siempre con nosotros y para la historia!

Para Alcalde del Municipio de Mesetas, Departamento del Meta, para el periodo constitucional del 1° de junio de 1988 al 31 de mayo de 1990, a nombre del PARTIDO UNION PATRIOTICA, VOTO por:

JULIO SERRANO PATIÑO



• 4 •

*Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado
que vivirá por siempre*

Autor: Armando Navarro

Doloroso y complicado es escribir sobre la desaparición forzada en nuestro país, que emerge como fantasma robando vidas humildes que solo aspiraban vivir con dignidad en sus terruños; como un manto de incertidumbre y dolor, se convirtió en una nube oscura de crímenes de lesa humanidad en la historia colombiana. Cada caso se ha convertido en una tragedia sin fin, no solo para la víctima directa, sino para sus familias.

En esta ocasión, evocaremos una de tantas historias que siguen en el olvido y en la impunidad. Revivir el rostro de Julio Serrano, con sus luchas agrarias, políticas, sociales y su liderazgo en la Unión Patriótica es un reto ético y social; su gesta humana, comunitaria y partidaria no puede quedar en el olvido.

Su desaparición le cercenó el derecho a la protección de la ley y lo excluyó del disfrute de todos sus derechos constitucionales. Se le negó la oportunidad de ser reconocido como ser humano, con derecho a una identidad personal y social, enriquecida con sus creencias culturales, trayectoria política, familiar y origen campesino. Por él y por todos los desaparecidos de este país, exigimos justicia, reparación y garantías de no repetición.

Ahora bien, es importante destacar que, a raíz de las secuelas provocadas por las guerras y los graves crímenes que amenazan la paz, la seguridad y el buen vivir de la humanidad, se han implementado medidas de cooperación internacional, las cuales tienen como objetivo no solo evitar que dichos crímenes queden impunes, sino también prevenirlos y proteger la vida de todas las personas. En este contexto, por un lado, cabe mencionar el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, de 1998, que considera la desaparición forzada como un crimen de lesa humanidad y, por otro lado, de acuerdo con la Comisión para la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), entre 1985 y 2016, alrededor de 121768 personas fueron desaparecidas forzosamente en Colombia (CEV, JEP y HRDAG, 2022).

Esta perversa y antigua forma de ejercer violencia contra las personas ha transformado la vida de generaciones de familias trabajadoras, que continúan con heridas abiertas de incertidumbre y dolor: madres, hermanos, padres y parejas siguen enfrentando no solo la soledad y el vacío emocional, sino también el silencio estatal. En la mayoría de los casos, las instituciones no han brindado las garantías de justicia, verdad y reparación que tanto anhelan sus seres queridos.

El fenómeno de las desapariciones forzadas [...] es la peor de todas las violaciones a los derechos humanos. Es, ciertamente, un desafío al concepto mismo de estos derechos, la negación del derecho para el ser humano a tener una existencia, una identidad. (Niall Mac, 1981, citado por CNMH, 2013, p. 19)

Para recuperar la memoria de Julio Serrano Patiño, apuleño de mirada firme y convicciones inquebrantables, fue necesario realizar encuentros virtuales y presenciales con sus familiares y amigos, quienes, a través

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

de conversaciones emotivas, compartieron anécdotas y recuerdos en un esfuerzo desesperado por mantener vivo el recuerdo de Julio. Entre balbuceos, carcajadas, lágrimas contenidas y miradas perdidas, los relatos se transformaron en catarsis, resistencia, reexistencia y un retorno contra el olvido.

Su hermana Noris Serrano, la mayor de cinco hermanos, evocaba entrañablemente la niñez de Julio, y se sentía sorprendida y agradecida al escuchar sobre las virtudes de su hermano como padre y líder, cualidades que ella desconocía. Con voz triste, pero orgullosa de su hermano, manifestaba: «Nosotros vivimos con Julio en el campo, dentro de una familia humilde. Fuimos criados por nuestros padres, Matilde Patiño y Jorge Serrano, campesinos trabajadores» (CNMH, DCMH, Noris Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024).

Noris, con una exclamación convincente, acentuaba:

Julio y nosotras no éramos ajenos a las luchas diarias de los campesinos por un pedazo de tierra y por la paz. Nuestro abuelo Miguel Antonio nos reunía en la sala y nos entregaba volantes con información política; éramos cuatro o cinco niños atentos a escuchar los incidentes de injusticia y explotación que tanto le indignaban. Creo que fue desde ahí que mi hermano comenzó a forjar una conciencia firme para cambiar esa realidad. (CNMH, DCMH, Noris Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)

«Julio era alto, de contextura atlética y tez morena». Noris continuó diciendo: «Más bien era callado y de pocas palabras, pero, cuando intervenía, lo hacía con seguridad y vehemencia». Entre suspiros y con la voz entrecortada exclamó: «El haberse ido tan pronto fue algo que nos golpeó muchísimo, todavía me afecta demasiado cuando lo recuerdo». Finalizó

diciendo entre sollozos: «Esa tristeza, esa incertidumbre, yo creo, se va uno de este mundo con eso en el alma, porque no acaba nunca».

Se enmudeció por unos segundos la sala acogedora de la casa de la señora Silvia Patiño donde estábamos reunidos; parecía haberse detenido el tiempo con la intención de preservar la memoria de los desaparecidos en nuestro país, pero el aroma a chocolate nos regresó al presente. Con la voz temblorosa, Bladimir, hijo mayor de Julio, dijo: «Tía Silvia, también quiero exaltar las cualidades y valores irrompibles de mi padre: era confidente, cariñoso, honrado, solidario y trabajador [...] me guiaba en cada paso». Bladimir, cabizbajo, recordó la calidez de sus abrazos y de sus aventuras como magnífico pescador y cazador, que siempre compartía hasta el último centésimo de presa con sus vecinos.

Traigo a la memoria a mi padre, con su cuchillo terciado y su fiel sombrero aguadeño, que lo acompañaba en sus faenas de campo. Este sombrero de ala ancha, tejido a mano, no solo se convirtió en su símbolo de identidad y protección, sino que también escondía una larga y rebelde melena que mi padre no había dejado tocar con tijeras en meses, tal vez años.

Esa melena, oculta a los ojos del vecindario, era un acto de rebeldía: no se dejaba peluquear por cualquier persona, sino exclusivamente por su hermana Silvia; sin embargo, tuvo que cambiar esa actitud y estilo cuando comenzó a desempeñar cargos públicos. Es uno de los tantos secretos que le prohibieron acariciar en su vida. Lamentablemente, un fatídico 16 de abril de 1993, como un vendaval implacable, la violencia se llevó a nuestro ser amado, dejándonos un inmenso silencio ensordecedor que aún retumba en nuestros corazones. (CNMH, DCMH, Bladimir Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)

Con los dedos entrelazados y la mirada fija en el suelo, Bladimir continuó:

«La desaparición de mi papá dejó secuelas profundas en mi familia que nadie puede imaginar; nos dispersó para siempre del lecho de mi madre y del calor de mis hermanas». Con dolor y rabia, Bladimir concluyó: «Esa eliminación forzada y violenta de mi padre se ha traducido en un eco constante de miedo y angustia que nunca cesa».

4.1. Infancia intrépida

Mientras Julio, con tan solo 13 años, se refugiaba en las noches con los libros y las tareas de la primaria, su hermana Silvia cuenta que «durante el día, ayudaba a mi esposo, Salomón Clavijo Malagón, recogiendo y reparando gaseosas en los carros que él tenía a su cargo»; así relataba Silvia la doble jornada de Julio. «Pero eso no era todo —exclamó Bladimir con una sonrisa cómplice—, a él le encantaba escaparse al oscuro y acogedor refugio del cine rotativo, era un ritual que había adoptado con devoción, pues podía ver la misma película de terror tres o cuatro veces; también le fascinaba el boxeo. Tenía aproximadamente entre 15 y 16 años, ¿cierto, tía Noris?», se dirigió a ella, esperando su afirmación: «Sííí, mijo, así es», respondió sutilmente.

«Uno de los golpes más inesperados fue cuando reclutaron a Julio para el servicio militar. El impacto lo sentimos todas, pero especialmente mi madre, quien, con los ojos empañados de lágrimas y angustia, fue a visitarlo para conocer su situación». Noris recordó ese momento de angustia, que luego fue superado al ver a Julio bien uniformado y con disciplina castrense: «A él le fue bien; su contextura física le ayudó a brillar con su propia fuerza». Prestó servicio en el Cantón Norte, en la Escuela de Arti-

llería y, posteriormente, en la Guardia Presidencial, donde se destacó en unas olimpiadas de atletismo, ganándose un diploma de honor.

Julio emprendió su viaje hacia Bogotá, dejando atrás el cálido abrazo de Apulo, Cundinamarca, su tierra natal, que lo vio nacer y crecer entre montañas y ríos; soñaba con un futuro diferente y vio en la capital la esperanza de un mejor porvenir.



Figura 24. En 1974, en Bogotá, Julio combinaba el trabajo con sus estudios de metalurgia en el SENA.

Fuente: archivo de la familia Serrano.

Ismael Serrano, conmovido al escuchar a tantas personas recordar a su hermano como un destacado líder de la Unión Patriótica, evocó la memoria de los estudios nocturnos de primaria y metalurgia que Julio realizó en el SENA. Tiempo después, desempeñó el oficio de soldador

en una empresa italiana, pero fue despedido por atreverse a cuestionar y defender fervientemente los derechos laborales a través de un sindicato que él mismo organizó.

Este despido no solo marcó el final de su vida laboral en la ciudad, sino también el inicio de una brillante carrera política, ya que se convirtió en uno de los líderes campesinos más destacado de la región del Ariari en el Meta, por ser el primer alcalde electo por voto popular, en el municipio de Mesetas, a través del movimiento Unión Patriótica (UP).

4.2. Se fue de vacaciones y echó raíces

El desplazamiento de algunos familiares de Julio al municipio de Mesetas marcó el inicio de un nuevo capítulo en su vida. Su abuelo materno había emprendido, años atrás, un quijotesco camino hacia los inhóspitos y embrujadores llanos del Meta, en Mesetas, convirtiéndose en uno de los primeros colonos de esas tierras. Salomón Clavijo Malagón y Miguel Patiño, conocedores de las aventuras de Miguel Antonio Patiño Guzmán, comenzaron a explorar esos terrenos, aspirando a que sus sueños echaran raíces en las majestuosas y fértiles selvas de San Isidro. En este proyecto, incluyeron a Julio como socio: Salomón aportaría el capital, mientras que el tío Miguel Patiño y Julio trabajarían la tierra.

La propuesta no la tomó simplemente como una salida vacacional, sino como una gran oportunidad de respirar y sentir de nuevo el campo que lo vio nacer en Apulo, Cundinamarca, un rincón de Colombia parecido a un lienzo pintado con matices naturales. Más bien, la vio como un medio de escape ante la dolorosa pérdida de su novia, quien había fallecido repentinamente de un infarto. Estas circunstancias, junto con el desempleo, lo motivaron a viajar a esas tierras lejanas, pues, a sus escasos

22 años, no había nada que lo detuviera en su búsqueda por cumplir sus propósitos individuales y colectivos.

4.3. Un colono transformador

Con una mochila cargada de sueños al hombro, Julio emprendió la travesía en busca de los secretos de la llanura infinita. En primera instancia, llegó a la vereda San Isidro, cerca de Uribe, ubicada al occidente del piedemonte del departamento del Meta, a un paso de Canelos y la hacienda Navarro. Pasaron los días y los meses, y Julio dejó atrás los ruidos de la ciudad de Bogotá, que fueron reemplazados por el sonido de peinillas, caballos y azadones, así como por los cantos de aves exóticas y los murmullos de los ríos cristalinos Güejar, Lucía, Pailas y Duda.

En cada trocha de herradura por la que Julio pasaba montado en su imponente macho negro, a quien cariñosamente llamaba Abejorro, y acompañado de su entrañable perro Muñeco, fiel compañero de color café oscuro y mirada astuta, descubría la riqueza natural no solo de su gente, sino de la región, repleta de múltiples historias que contar a las nuevas generaciones.

Entre ellas, las narradas por el sociólogo Alfredo Molano en su libro *Selva adentro*, donde describe que Mesetas fue colonizado no solo por los sobrevivientes de la violencia bipartidista desatada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, sino también por los sobrevivientes de la persecución anticomunista que se dio entre 1955 y 1962. En ese sentido, estas tierras, que antes formaban parte de una región que era un remanso de paz y armonía con la naturaleza, fueron elegidas para proteger a las familias de los ataques del Ejército y de los chulavitas.

Una de las cualidades más fascinantes de la vida de Julio, que me ha maravillado y enriquecido en este proceso de entrevistas y escritura, fue

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

su capacidad de liderazgo natural, sencillo y transparente, que lo llevó rápidamente a ocupar importantes cargos en la región; sus acciones solidarias y su trabajo comunitario, que realizaba diariamente sin descanso, generaron credibilidad y confianza entre sus vecinos.



Figura 25. Casa familiar de Julio Serrano en la vereda Puerto Nariño, en Mesetas. En este sector, Julio fue presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda San Isidro. Fuente: archivo de la familia Serrano.

En esa medida, ser nombrado presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda San Isidro lo comprometió e impulsó a abrir nuevas etapas en su vida pública, llegando a ocupar importantes cargos, como el de concejal electo por la UP en 1986 y el de candidato a la Asamblea Departamental del Meta para el periodo 1986-1988. Además, fue alcalde electo de Mesetas de 1988 a 1990 y tesorero del mismo municipio durante la alcaldía de José Julián Vélez, quien fue elegido por voto popular en 1993 (José Julián es el padre de Carlos Julián Vélez, quien fue asesinado junto

a su hermano, su esposa y su pequeño hijo). Las enseñanzas recibidas por su abuelo, hombre sabio y respetado, dieron fruto dentro de los mesetenses, cansados de huirles a la muerte y a la guerra en sus pueblos natales.

Así como era abnegado en su trabajo social, también tenía una profunda conexión con la tierra y el agua, que constituían sus fuentes de identidad y sustento. Este hombre, capaz de adaptarse a los cambios de tiempo y de luna, extendía su red y su anzuelo para disfrutar del aroma del bocachico, la sardina, el bagre y la choja, entre otras variedades de peces que los ríos parían. Además, con los cambios de clima y sol, Julio sacaba el azadón, la pala y el machete para cultivar y cosechar maíz, yuca, plátano, cacao y café, entre otras riquezas de estas tierras fértiles para la agricultura y la ganadería.

En uno de esos días laboriosos y de encuentros casuales, Julio llegó a la casa de su tío Joselyn Patiño, ubicada en la vereda San Antonio de Mesetas, donde conoció a una joven esbelta, de piel morena, sonrisa cálida y ojos brillantes; con su carácter sencillo y porte naturalmente elegante, Julio quedó profundamente enamorado de ella. Esta hermosa historia de amor genuino los unió como compañeros, esposos y padres de cuatro hijos: Bladimir, el mayor; Diana Carolina, Elizabeth y Yennifer, retoños que, al pasar de los años, quedaron separados del seno familiar, a causa de la desaparición forzada de su padre, pues los mayores, de tan solo 9 y 7 años, fueron acogidos en Bogotá, por las tías Noris y Silvia, mientras que Elizabeth y Yennifer, de 4 y 2 años, respectivamente, se quedaron con su madre, Margarita López Yusti, en el fundo, con traumas emocionales profundos que aún perduran.

Eso sin contar otra de las tragedias que vivió esta joven e intrépida pareja: la pérdida de su primer hijo, evento en el que la distancia y el tiempo parecieron detenerse en un dolor inminente. La grave enfermedad de

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

su heredero llegó como un golpe inesperado que nunca lograron superar, ya que no contaban con un centro médico adecuado, vías de acceso ni transporte continuo. En esas lejanas tierras, solo cada 15 días entraba un pequeño camión llamado Reo, de indomable resistencia para esos terrenos implacables, que parecía tener alma propia, con su carrocería desgastada y su robusto motor.



Figura 26. Hijos de Julio Serrano. De izquierda a derecha: Bladimir, Carolina, Elizabeth y Jennifer. Mesetas, junio de 1990.

Fuente: archivo de la familia Serrano.

4.4. Rencuentro de historias y rostros

Siendo las nueve de la mañana en Villavicencio, con un ambiente fresco y un cielo encapotado, el 18 de mayo del 2024, el día cobró un matiz especial. El Colegio Departamental Francisco Arango, que nos recibió de

puertas abiertas para socializar el proyecto «Historias de vida», se llenó de diferentes emociones: los hermanos, las tías, las hijas y los amigos de las víctimas manifestaron sentimientos de dolor, esperanza y alegría al reencontrarse, pues hacía muchos años que no veían sus rostros y, mucho menos, se abrazaban tras sus dolorosos infortunios individuales. Fue un destello de regocijo y catarsis porque ese mágico día les permitió hermanarse en un solo tejido de memoria colectiva.

En este encuentro de emociones y afectos, conocí a Elizabeth Serrano, una de las hijas menores de Julio; era una joven de piel morena, con una mirada profunda y serena, con muchos rasgos faciales que recordaban a su padre. Me acerqué a su mesa con timidez, consciente del dolor que su historia implicaba; ella, muy diplomática y amable, me sonrió levemente y me presentó a su hija menor, quien susurró su nombre: «Soy Estefani Paola Santero Serrano». Le agradecí y le dije: «El mío es Armando Navarro; qué orgullo ser nieta de Julio Serrano». «¡Sííí, señor! Pero no soy la única; somos siete», respondió sonriente.

Elizabeth bajó la cabeza lentamente para tomar un sorbo de agua que había solicitado unos segundos antes y prosiguió: «Estaba muy pequeña, tenía entre tres y cuatro años, así que mis recuerdos de mi padre son vagos, pero los vecinos, familiares y amigos, entre nostalgia y admiración, me han contado sobre su incansable activismo libertario» (CNMH, DCMH, Elizabeth Serrano, Villavicencio, mayo 18, 2024).

«Tranquila —le manifesté tocándole el hombro tenuemente— Elizabeth, cuéntame algo de ti —le dije».

Nací y crecí en la región de Mesetas. Tuve una niñez muy difícil a raíz de la desaparición forzada de mi padre, quedando huérfana a los cuatro años [...] ¿Cómo pueden arrancarnos de nuestro hogar a un padre que solo nos daba amor y paz, tanto a nosotras como a la región?

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

Seguimos en una eterna espera. (CNMH, DCMH, Elizabeth Serrano, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Añadió con un dejo llanero que me llevó a mis ancestros: «—La incertidumbre es la peor tortura que le pueden hacer a un ser humano. —Sí, Elizabeth, tienes toda la razón —le respondí». Por eso, la jurisprudencia internacional de derechos humanos considera que la angustia y el sufrimiento causados a los familiares y a la sociedad en general por la desaparición de un ser querido, así como la continua incertidumbre sobre su suerte y paradero, constituyen una forma de tortura o de tratos crueles e inhumanos. «Todo acto de desaparición forzada sustrae a la víctima de la protección de la ley y le causa graves sufrimientos, lo mismo que a su familia» (ONU, 1992, p. 2).

Elizabeth, emocionada por su reflexión, prosiguió de manera directa y sin adornos:

Soy madre y cabeza de hogar de dos hijas: Sharith Dayana Santero Serrano y la niña que te presenté. Trabajo como empleada, vivo en La Julia (Meta) y tengo 35 años [...] Mi padre era amoroso con nosotras, especialmente con las niñas, a quienes trataba con delicadeza.

Normalmente, mi hermana mayor, Diana Carolina, que era una de las más grandes junto a Bladimir, se lanzaba a sus brazos cuando él llegaba a casa. Le llevaba las chancletas y se subía en sus rodillas para contarle las travesuras del día. Sus caricias y risas eran un manto de ternura maravilloso, donde el cansancio y las preocupaciones por la persecución que sufría mi papá se desvanecían, al menos por unos instantes.

Recuerdo con especial cariño los domingos, que se transformaban en toda una celebración gracias al aroma irresistible del pollo asado que

nos traía mi papá [...], también tengo muy presente cómo, al llegar a casa, se acomodaba en una vieja butaca y ponía música de Los Bukis y de Joan Sebastián, sus artistas predilectos para descansar. (CNMH, DCMH, Elizabeth Serrano, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Elizabeth, con sus ojos reflejando una mezcla de orgullo y tristeza, exclamó con voz firme:

Él no era uno de esos hombres sentados esperando a que la mujer le sirviera. Se adentraba en la cocina al frente del fogón de leña para prepararnos el arroz blanco con su característico toque de salsa, que le daba un color amarillo y una sensación crocante; también nos hacía huevitos revueltos, el plátano frito crujiente y, por supuesto, el aguapanela tradicional de la casa [...] Cuando salía a Villavicencio o a Bogotá, siempre nos llevaba moritas que traen unas pepitas por fuera, vienen negras y rojitas. Nunca lo voy a olvidar. (CNMH, DCMH, Elizabeth Serrano, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Conmovida, suspiró y siguió, ahora, hablando sobre la gestión de su padre como alcalde:

Han pasado 31 años desde su dolorosa ausencia, y destacar sus logros no es solo un ejercicio de nostalgia, sino un acto de reconocimiento y respeto. Mantener viva su memoria es visibilizar sus obras como alcalde, donde dejó huellas indelebles en el corazón de Mesetas. Por ejemplo, es un motivo de felicidad disfrutar de la pavimentación de las cuerdas del parque, que antes eran un barrial; también de los dos puestos de salud que, si no estoy mal, están ubicados en la inspección El Mirador y en Jardín de las Peñas. Además, logró construir la plaza de mercado y un comedor escolar en el internado del Jardín de Peñas.

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

En el corazón del parque, ubicado frente a la alcaldía, se alza un imponente símbolo de la carrera política de mi papá: es el majestuoso árbol de araucaria, que él decidió sembrar no solo por sus robustas ramas y serenidad del verde, sino para que se convirtiera en el guardián de la memoria pública y de sus gestas sociales [...]; además, los árboles de pomarrosas, con sus hojas brillantes y su fragancia sutil, se han convertido en un testimonio de su legado. No puedo evitar pensar [...] «Estos los sembró mi viejo» [...]; en cada árbol se siente un eco de amor y esfuerzo por su gente.

He escuchado sobre la construcción de desagües y obras en los caminos veredales [...], asimismo, se adelantó la construcción del coso municipal, como del matadero, se remodeló la plaza de mercado y se adquirieron postes para las redes eléctricas, una de las carencias más graves que sufrimos [...]. Fueron muchos los proyectos ejecutados con y para la comunidad. (CNMH, DCMH, Elizabeth Serrano, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Puntualizó, orgullosa: «¡Fue un gran alcalde!». Dentro de los recuerdos profundos, cargados de lágrimas y emociones indescriptibles sobre la vida y la obra social de Julio, emergió la voz de Yennifer, su hija menor. Con el corazón en la mano, sus palabras resonaron con ecos de amor y admiración:

Mi padre fue una persona como pocas en este mundo. Fue un hombre honesto, responsable y justo, virtudes poco comunes en una Colombia marcada por la desigualdad. Me siento muy orgullosa de ser su hija; a pesar de las dificultades que he enfrentado en mi vida, me honra haber sido engendrada por él.

La vida me debe muchos momentos que no pudimos compartir; no se pudo, debido a una absurda guerra. Lo amaré por siempre, y él es

mi gran inspiración para ser cada día mejor. Llevo con orgullo el ser la única que tuvo nietos varones. En homenaje a mi padre, el más pequeño de los gemelos, el carimenuito, lleva su nombre: Julio Alejandro García Serrano. Mis otros tres hijos se llaman Yeismar Alexis Quintero Serrano, Michell Yuliana Serrano López y Jairo Alonso Serrano López. (CNMH, DCMH, Yennifer Serrano, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Yennifer concluyó: «Escribí sobre nuestra historia, en la que narro cómo sobrevivimos a la violencia, la persecución que sufrió mamá y las dificultades que enfrentamos al perder a nuestro padre». Con su relato y vivencia, la hija menor encarna a miles de mujeres que transmiten esperanza y tenacidad, y, al igual que Julio, se convierte en un ejemplo de amor y lucha frente a la adversidad.



Figura 27. Julio, con su sombrero en la mano, votando el 13 de marzo de 1988 en Mesetas, Meta.

Fuente: archivo de la familia Serrano.

4.5. Inolvidable, fue todo un acontecimiento

El surgimiento de la Unión Patriótica (UP) en todas las regiones de Colombia marcó un hito significativo en la historia del país, especialmente en los territorios del Ariari en el Meta, donde el Partido encontró un terreno fértil entre los campesinos, a quienes Julio supo organizar a través de su formación y del liderazgo que ejerció en el marco de las responsabilidades que asumió: secretario político del comité de zona del Partido Comunista (PCC), en Mesetas, y miembro del comité regional del PCC, en el departamento del Meta, funciones que lo cualificaron políticamente para sus posteriores cargos públicos.

Desde muy joven, Julio Serrano militó en el Partido Comunista con la firme convicción de cambiar la desigualdad y la injusticia que enfrentaban las y los campesinos en su territorio y en el país. Bajo las banderas de la Unión Patriótica (UP), el 13 de marzo de 1988, Julio ganó la alcaldía de Mesetas con una abrumadora votación. La UP fue un movimiento político de izquierda que fue sistemáticamente exterminado entre 1984 y 2016, con el asesinato y la desaparición de 5733 líderes y lideresas desarmados que solo buscaban trabajo, justicia y libertad. Este genocidio se perpetró contra un partido alternativo de raíces populares, integrado por obreros, artistas, campesinos, intelectuales, estudiantes, indígenas, afrocolombianos, miembros de organizaciones sociales y sindicales, así como por personas pertenecientes a partidos tradicionales de toda Colombia.

4.6. Día de la posesión

«Ese momento lo tengo vivo, ¡uy! no, fue fenomenal —exclamaba Bladimir, con entusiasmo—. Ese día, los pobladores se transformaron en bullicio total; el colorido de las banderas se contoneaba de júbilo al ver que uno de sus colonos iba a gobernar su territorio» (CNMH, DCMH, Bladi-

mir Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024). Un diluvio poco común sirvió de pasarela para las familias que salieron con sus mejores trajes a recibir dicho acontecimiento.

El 1 de junio de 1988 en medio de la multitud, mi padre caminaba con el pundonor propio de quien asumía el cargo de alcalde [...], a su lado, iba mi madre, cargando en su vientre a mi hermana Elizabeth. A su otro costado, hacíamos parte de esta vibrante celebración Carolina y mi persona.

La posesión no se limitaba a invitados locales; también llegaron de Bogotá, mi abuelita y mi tía Silvia, quienes vivieron una odisea en el barro, el frío y la oscuridad; fue una travesía que las marcó para siempre, pues tuvieron que caminar un largo trecho, especialmente mi tía, que incluso perdió sus zapatos. Lo más triste es que mi papá, inmerso en ese momento histórico con sus compañeros, no se enteró de las dificultades que ellas enfrentaron.

La arrolladora votación de mi padre fue impresionante, el apoyo se sentía en cada rincón del pueblo; fue el primer alcalde elegido por voto popular digno de una comunidad luchadora por sus sueños. Las personas que asistieron a la posesión me comentaron después que su discurso fue contundente y emotivo, generando entusiasmo y esperanza en los presentes.

Ese día marcó realmente un antes y un después, no solo en nuestras vidas, sino en la colectividad y el territorio en general. Es triste que las nuevas generaciones desconozcan la verdadera historia de sus líderes y lideresas, quienes han sido olvidados bajo la sombra de la violencia, la represión y el silencio institucional.

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

Es urgente que la población conozca y conmemore los logros de estos mártires cuando fueron servidores públicos y líderes comunales [...] es el mejor homenaje que les podemos rendir a nuestros héroes y heroínas de la región. (CNMH, DCMH, Bladimir Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)



Figura 28. Julio, rodeado de su familia, el día de su posesión como primer alcalde elegido por voto popular en Mesetas.

Fuente: archivo de la familia Serrano.

4.7. De la celebración al calvario anunciado

«Después de la ferviente posesión de nuestro hermano, el asedio y la persecución no tardaron en llegar», relataban las tías Noris y Silvia con angustia, mientras el aroma del chocolate caliente se mezclaba con el de las almojábanas recién horneadas que disfrutábamos con apetito.

Nosotras vivíamos en Bogotá con los nervios de punta. Cada vez que teníamos la oportunidad de hablar con él le decíamos: «Vén-gase un tiempo para acá; lo quieren asesinar», pero él, siempre tan temperamental, respondía: «No les voy a dar gusto; lucharé hasta el final».

Si mi memoria no me falla, el 17 de diciembre de 1992, un retén del Batallón 21 Vargas de Granada detuvo a los pasajeros del bus que venía de Granada a Mesetas, en el que viajaba Julio. El mismo Ejército le decomisó su arma oficial, debidamente registrada y asignada por el alcalde de Mesetas para su protección [...]; la situación de orden público para los militantes de la UP en ese momento era muy compleja y justificaba la necesidad de protección. Varios líderes regionales y nacionales habían sido asesinados, torturados y desaparecidos, esto era de conocimiento público, por eso, Julio debía contar con protección especial por parte del Estado, pero no sucedió así, al punto de quitarle su única herramienta de defensa. (CNMH, DCMH, Silvia Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)

Relata Noris con un dejo de desesperanza.

Estos eran campanazos muy graves; nuestro hermano, como servidor público, estaba siendo desamparado por negligencia del Estado, irónico, ¿verdad?, pero eso no terminaba ahí [...], en las calles del pueblo se veían hombres rondando muy sospechosos por el vecindario, lo que generaba incertidumbre, intimidación y pánico entre los vecinos, al punto que, a las cinco de la tarde, todos se encerraban herméticamente en sus casas con sus familias. Ustedes pueden imaginarse el resto. (CNMH, DCMH, Noris Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

Julio, en el ejercicio de sus funciones como concejal, alcalde, inspector de policía y tesorero, en las distintas administraciones del municipio de Mesetas, ya había presentado varias denuncias ante las autoridades. En ellas manifestaba el hostigamiento constante que sufría por parte de personas a quienes conocía y, en ocasiones, había enfrentado para defender sus derechos.



Figura 29. Encuentro Nacional Agrario. Julio Serrano (izquierda) y Pedro Nelson Navarro, personero municipal de Mesetas para la época (derecha). Asamblea Departamental de Cundinamarca, Bogotá, 1985.

Fuente: archivo de la familia Serrano.

«Ese 16 de abril de 1993 amaneció como un día gris para nosotras — continuó la tía Noris— como si nos estuviera avisando el desastre que se avecinaba, sin imaginar la magnitud de la tormenta implacable que nos despertaría». Julio, en una de sus rutinas de trabajo, se desplazaba en un vehículo del municipio de Mesetas; junto a él, en el asiento del conductor, iba el señor Jaime Marín, también funcionario de la alcaldía. Ambos viajaban por la vía que de Villavicencio conecta con Mesetas, cuando la rutina se transformó en pesadilla.

De repente, y de forma abrupta, un vehículo, tipo campero, de color blanco y placas de Bogotá, los interceptó en el sitio La Vuelta del Cheque entre Granada y San Martín; la súbita irrupción generó una ola de confusión y peligro, obligándolos a salir del carro en busca de refugio, entre la espesa vegetación que bordeaba la carretera [...] el caos se desató en cuestión de segundos y, en medio de la confusión, el chofer fue herido en una pierna por un proyectil. El relato de lo ocurrido se volvió difuso y desconcertante.

Según la versión del conductor, Jaime Marín, solo pudo escuchar unos disparos y, en un estado de desesperación, decidió salir a la carretera en busca de una flota vía Villavicencio [...] Al pasar por el lugar del atentado, una hora más tarde, la escena encontrada era desoladora: Julio y el campero se habían esfumado sin dejar rastro, como si se los hubiera tragado la tierra. (CNMH, DCMH, Noris Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)

Tres días después de aquel aterrador episodio, sus parientes emprendieron una búsqueda desesperada; armados con la esperanza de encontrar alguna pista que esclareciera su paradero, se dirigieron al lugar de los hechos en La Vuelta del Cheque. El escenario era desolador: manchas de sangre revelaban angustia y violencia entremezcladas con algunos objetos personales de Julio, como su peinilla y su bolígrafo, esparcidos en el suelo como fragmentos de una vida abruptamente interrumpida.

Después de más de dos horas de conversa, el tiempo se desdibujaba entre la cálida penumbra de la sala y los recuerdos nostálgicos que nos arrugaban el corazón. Les pregunté cuidadosamente a las tías: «¿Tengo entendido que ustedes interpusieron demandas?». «Sí», respondió Noris.

El 5 de abril de 1995, mi hermano, Ismael Serrano Patiño, y yo presentamos una demanda civil de presunción de muerte por desaparición

4. Julio Serrano Patiño: un líder invisibilizado que vivirá por siempre

ante el juez promiscuo de familia de Granada, Meta; sin embargo, el 11 de abril de 2003, fue archivada por inactividad.

Posteriormente, el 6 de abril de 1997, presentamos una acción judicial ante el Contencioso Administrativo de Villavicencio contra el Ministerio de Defensa del Ejército Nacional por la desaparición de Julio. El 27 de abril de 1999, el tribunal se pronunció en primera instancia negando las pretensiones de la demanda, al considerar que el Estado no incurrió en ninguna falta.

Ante esta nefasta noticia, nosotros apelamos, y el Consejo de Estado, que es el encargado de la segunda instancia, revocó la sentencia del tribunal, manifestando que sí hubo una falla por parte del Estado al decomisarle el arma con salvoconducto, desprotegiéndolo de su única herramienta de defensa que el mismo Estado le había concedido. La omisión estatal, al no proporcionar seguridad a quienes estaban claramente amenazados, se presentó como una falta grave que exacerbó la tragedia. (CNMH, DCMH, Noris Serrano, Bogotá, octubre 20, 2024)

En el juicio, los familiares no solo buscaban justicia para Julio, sino también una revisión profunda de la omisión que permitió que la violencia sistemática se llevara tantas vidas solo por pensar diferente.

Si Julio Serrano pudiera reflexionar sobre su desaparición forzada desde algún rincón distante, lo haría con una mezcla de tristeza y rabia contenida. Sería un crítico implacable de la persistente falta de justicia, la apatía estatal, la impunidad y la indiferencia social frente a los daños morales, psicológicos, emocionales, socioculturales, materiales, económicos y políticos infligidos a los movimientos sociales y a las organizaciones de izquierda. Seguiría siendo ese hombre valiente y solidario, comprometido

con la paz y la justicia social, incluso si ello significara convertirse, una vez más, en un objetivo militar.

A lo largo de los años, su nombre se ha convertido en un símbolo de reexistencia frente al inhumano intento de silenciarlo; sus causas siguen y seguirán inspirando a las nuevas generaciones, ya que se ha convertido en un estandarte de la lucha por la verdad y la reparación. La memoria de su sacrificio ha trazado un camino para aquellos que continúan buscando justicia en un país aún marcado por la sombra de la violencia y la impunidad. A pesar del sufrimiento, su legado perdura como un faro que guía a la sociedad hacia un horizonte donde el respeto por la dignidad y los derechos de todos y todas sea una realidad celebrada.

Aunque la desaparición forzada ha sido una forma sistemática de violencia contra los partidos y movimientos de izquierda, la práctica del sufrimiento prolongado como instrumento de terror y miedo no ha logrado paralizar ni silenciar por completo a la población ni a sus familias. En ese sentido, la vehemencia por dignificar la memoria de sus seres queridos no tiene precio, tiempo ni límites, y sus acciones tenaces han logrado traer luz y verdad a muchos territorios. Las semblanzas de vida registradas en este libro son una muestra de que nunca debemos olvidar, pues asumir la responsabilidad por el otro nos hace más sensibles y humanos.

Concluimos esta historia de vida con el compromiso indeleble de seguir honrando la memoria de todas y todos los desaparecidos en este país y en América Latina.



• 5 •

Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

Autores: Dora Ariza y Pedro Nelson Navarro

Llegar al poder local fue para el movimiento de la Unión Patriótica un logro muy importante a nivel político, ya que se buscaba plasmar en la práctica las ideas de izquierda a través de programas sociales que beneficiaran a las comunidades.

En Mesetas, en ese entonces, se logró hacer una gran cantidad de escuelas; se pudo llegar con ese poquito de maquinaria a muchos sitios alejados, abriendo trocha de una vez y tratando de meter material a muchas escuelas. Yo creo que se construyeron alrededor de diez, quince o veinte escuelas alejadas del casco urbano, y yo creo que ese fue uno de los grandes logros de esas administraciones; o sea, se logró no solamente invertir en la parte urbana, sino que se llegaba a las veredas, a los sitios más alejados, con el fin no solamente de hacer las escuelas sino de llevar profesores y centros de salud o, por lo menos, llevar la parte básica de salud.

El trabajo era muy mancomunado entre comunidad y administración, eso era un trabajo muy bonito porque la administración ponía una parte, y la comunidad hacía el esfuerzo y ponía otra parte, por

lo menos, mano de obra o cualquier cosa. (CNMH, DCMH, Edixson Moya Hernández, Villavicencio, mayo 18, 2024)

En el departamento del Meta se eligieron siete alcaldes de la Unión Patriótica en las elecciones de 1988, las primeras para alcaldes por votación popular en Colombia. Esos municipios fueron La Macarena, Puerto Rico, El Castillo, Mesetas, Lejanías, Vista Hermosa y San Juan de Arama. Para poder colaborar con las administraciones, las direcciones de la UP y del Partido Comunista buscaban entre sus militantes personas que tuvieran unas cualidades determinadas, en lo académico, en lo ético y en lo político.

Se vincularon, en algunos casos, a personas de otros lugares porque en el municipio no se contaba con algunos perfiles, como en el caso de los personeros. Al respecto, hay que anotar que de los personeros de la UP nombrados en Mesetas, algunos fueron asesinados, como Augusto Orjuela, y otros fueron desaparecidos, como Julio Serrano Patiño, quien ejercía el cargo de tesorero; además, fueron asesinados Ciro Antonio Villalobos Franco y Leonardo Lozano Franco. Lo mismo ocurrió con secretarios de obras públicas, como Rafael Moya Hernández, secretarías del concejo municipal como Alba Enis Ariza y Luz Dary Sánchez Ángel; conductores de las volquetas del municipio, como Eduardo Rodríguez, entre otros empleados municipales que fueron asesinados por ser militantes o simpatizantes de la UP.

5.1. Luz Dary Sánchez Ángel: la niña del vestido blanco

Luz Dary Sánchez Ángel, nacida en la vereda El Cafre de Mesetas, tenía 21 años y trabajaba como secretaria del Concejo Municipal. Era una joven tranquila, amable y responsable, orgullosa de servir a su comunidad y de

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

poder cubrir sus propios gastos mientras ayudaba un poco a su familia. Era nieta de Abelino Ángel Manjarrés, uno de los primeros colonos que llegaron a Mesetas; llevaba en su historia personal la memoria de la colonización de la región.



Figura 30. Luz Dary Sánchez. 1987.

Fuente: archivo familiar de Ángela N.

5.1.1. Don Abelino y su familia, colonos de Mesetas

Hacia 1953, Abelino Ángel Manjarrés y su hermano Patrocino Ángel entraron a la región de El Duda en búsqueda de mejores oportunidades económicas y de un territorio tranquilo para sacar adelante a sus familias. Abelino era oriundo de Natagaima, Tolima, y su esposa era de Colombia, Huila; con una hija recién nacida, Abelino y su mujer decidieron aventurarse para hacerse de terrenos fértiles y, haciendo la travesía por Uribe, llegaron hasta el territorio de Mesetas.

Según cuenta Jair Estrada, en su libro *Reseña histórica del municipio de Mesetas*, Abelino Ángel se hizo «a una mejora y se amplió en baldíos, además, organizó allí su propio fundo» (Estrada, 1987), haciendo parte de los llamados «colonos»; eran selvas y trochas de muy difícil paso. Abelino se ubicó en la vereda que después se llamó El Cafre, por estar bordeado ese sector por el río Cafre. Allí creció su hija Ángela, quien venía de brazos cuando sus padres hicieron la travesía por El Duda, en 1954. En ese fundo nacieron y crecieron también los demás hermanos. «Ahí crecí... prácticamente me envejecí», dice Ángela (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024).

Ángela cuenta que no pudo ir a estudiar porque en el lugar donde vivía la familia no había escuela cercana. Sin embargo, con la ayuda de un señor vecino que le orientó las primeras letras, Ángela se esforzó, con los pocos recursos con los que contaba, por aprender y lograr articular los jeroglíficos de las letras hasta poder leer y escribir. En esa misma vereda, el 22 de octubre de 1969, nació su hija Luz Dary Sánchez Ángel; un vecino, don Vidal, fue el encargado de recibir a la pequeña como partero.

Ángela se había casado con Augusto García y, a pesar de que no era el padre biológico de Luz Dary, la amó y la protegió igual que a sus hijos de sangre; Ángela apenas tenía 16 años y, al lado de su esposo, se dedicó a las

labores de la finca y a criar a sus seis hijos. Luz Dary heredó de su mamá el deseo de aprender y, aunque tenía que recorrer cada día caminos con barro para llegar a la escuela, terminó la primaria y se trasladó al pueblo para continuar sus estudios.

En el pueblo, se fue a vivir a la casa de su tía Elena, y en el único colegio del pueblo cursó la secundaria y se graduó de bachiller. Su madre recuerda: «Ella leía mucho. Escribía [...]; ella quería sobresalir, ser alguien [...], no quedarse como ahí. Sí, ella, de niña, era muy juiciosa, muy educada» (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024).

Luz Dary aprovechaba las fiestas familiares para hacer una de las cosas que más le gustaba: bailar; le gustaba también el modelaje, cosa que pudo hacer en el colegio en las actividades que se organizaban. Era querida por sus compañeros y profesores por su simpatía con los demás; además, era calmada pero abierta a colaborar en lo que pudiera. Había heredado también los ojos verdes de Marina y, en su mirada, reflejaba la sencillez y la inocencia de su juventud.

5.1.2. La hermandad en la Unión Patriótica

En Mesetas predominaba, por esos años, el fervor por el movimiento político de la Unión Patriótica: el Partido Comunista, que tenía arraigo histórico en la región, era el abanderado de promover este proyecto nacido de los acuerdos de 1984 en el municipio de Uribe, durante el gobierno de Belisario Betancur. Algunos familiares y amigos de Luz Dary hacían parte de ese movimiento, y ella se interesó por participar; era una especie de hermandad, según el libro de Yezid Campos Zornosa, en la voz de una sobreviviente del genocidio contra la UP en otra región: «Estábamos todos en condiciones de igualdad [...] realmente éramos como una hermandad» (Campos, 2008, p. 46).

En la Juventud Comunista, JUCO, los jóvenes de las veredas encontraban, al participar en la organización política, una posibilidad de estar en un grupo con ideales e intereses comunes, en un ambiente que los integraba, y los hacía sentir valiosos y respetados. En el casco urbano, también habían empezado a interesarse algunos jóvenes en la militancia política. Por ejemplo, Luz Dary Sánchez ingresó a la JUCO en 1986, cuando aún era estudiante de secundaria.

Se organizaban entonces actividades deportivas (baloncesto, fútbol, ajedrez, *ping-pong*) y encuentros culturales, donde se cantaba, se declamaba, se decían chistes, adivinanzas, trabalenguas; en fin, lo importante era participar y perder el temor a hablar en público, además de pasar un rato sano y agradable entre compañeros. Eso era lo que se hacía en la Juventud Comunista, al lado de leer y estudiar documentos políticos y filosóficos para entender hacia dónde iba ese proyecto y ver cómo mejorar la situación de las gentes del territorio.

Cuando Luz Dary se sintió parte de ese grupo de personas, que tenían un proyecto colectivo, se volvió más feliz y optimista. Así lo recuerda su madre:

Se le vio otra personalidad, ¿cómo le dijera?, de estar más con uno; se le vio un cambio. Más interesada en el estudio, en la militancia y todo eso. Ella ya era una niña que quería sobresalir en todo. Muy educada, mejor dicho [...] muy sociable. Ella no era creída con nadie, ella era la misma con niños, con ancianos, ella [...] no sé, es que no iba a ser para este mundo, y fuera de eso que ella era muy bonita: ella era una mona, blanca, de ojos verdes. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

Luz Dary asistía los domingos a la sede del Partido Comunista, que era también la sede de la Juventud Comunista, donde se encontraba y

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

conversaba con sus compañeros y amigos; ella no era de muchas palabras, pero daba sus opiniones con claridad, ya que se sentía respetada y parte del grupo. Le gustaba escuchar los discursos de los dirigentes y pensaba que la Unión Patriótica era un proyecto que iba para adelante, que serviría para acercar a más jóvenes del pueblo y que seguiría creciendo para, desde las administraciones municipales, poder mejorar y progresar.

De manera alegre, participaba en las marchas y eventos políticos locales y regionales; le agradaba portar la bandera en sus manos y estaba siempre dispuesta a colaborar en lo que se necesitara. Cuenta su madre que «ella era una niña muy sociable, lo que más le gustaba era salir por ahí a tomarse una gaseosa con sus amigas, y charlar. Ella no era de orgullos o cosas así, siempre muy tratable con todo mundo» (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024).



Figura 31. Alba Ariza dirige una reunión-paseo en la playa del río Lucía de Mesetas. Luz Dary Sánchez y un grupo de jóvenes participan con alegría y entusiasmo en la actividad. Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

Luz Dary sentía respeto y gran afecto por sus compañeros políticos; le gustaba escucharlos y compartir con ellos. Con el tiempo, otras jóvenes que habían estudiado con ella se vincularon también a la Juventud Comunista y participaban con entusiasmo en los eventos juveniles; por ejemplo, en 1986, organizaron un paseo al río, liderado, entre otros, por Alba Ariza: allí cantaron, declamaron, prepararon el almuerzo, disfrutaron de las frescas y claras aguas del río Lucía, y expresaron sus ideas sobre el quehacer político.

En 1988, Julio Serrano Patiño fue elegido alcalde de Mesetas; era el primer alcalde de elección popular. Su campaña se realizó en medio del júbilo y la alegría de la mayoría de los pobladores: se hicieron festivales veredales, paseos, actos políticos y diversas actividades. En la Casa del Partido, había entonces algarabía, mucha gente, y cada uno sentía que tenía una tarea importante que cumplir. Había allí una enorme biblioteca con textos políticos y filosóficos, y obras literarias; a Luz Dary le gustaba observar los estantes y escoger algún libro que llevaba a su casa para leer.

5.1.3. Secretaria del concejo municipal

Para entonces, Luz Dary ya había terminado sus estudios de secundaria y se le vieron cualidades para vincularla como empleada de la administración municipal. Miguel Rubio, quien era alcalde en ese momento, cuenta lo siguiente:

Bueno, nosotros para vincular las personas a la administración tomábamos un consenso con la dirección, estudiábamos la gente que teníamos y así mirábamos que este tenía un perfil para esto, este otro para aquello. En el caso de Luz Dary, pues, ella era una niña muy seria, muy tranquila, se le vio esa característica de que podía desempeñarse bien, entonces, se ubicó como secretaria del concejo y de la personería, en ese momento [se ejercían] las dos funciones [...] Esa china vivía muy

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

pendiente de la máquina, de su trabajo [...], muy seria, muy responsable. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)



Figura 32. Luz Dary con su uniforme de trabajo como secretaria del concejo municipal de Mesetas. 1989.

Fuente: archivo familiar de Ángela N.

En 1988, Luz Dary ingresa a la administración municipal; se la ve muy feliz de aportar con su trabajo al municipio y de recibir sus propios ingresos. Su padre biológico la ve entonces con respeto y admiración, y busca acercarse a ella: «Es mi hija», decía con orgullo, y Luz Dary, a pesar de no haber recibido de él ninguna ayuda en su infancia, lo tiene en cuenta, y le habla con afecto y respeto.

Ella había sido criada por su madre y su padrastro, Augusto, quien se había hecho responsable de ella desde antes de nacer, porque siempre había mirado a Ángela con amor y, cuando supo que ella estaba embarazada y que estaba sola, decidió proponerle que lo aceptara, y ella le dijo que sí, de un lado, porque ya sabía que el padre de la criatura no tenía intención de responder y, de otro, porque temía a la reacción de don Abelino, su pa-

dre, que era muy bravo. Entonces, le dijo a Augusto: «Hable con mi papá», y él así lo hizo. Don Abelino, que venía observando a su hija, le contestó: «Pero ya tienen su trabajo adelantado», una manera de decir que ella estaba embarazada. Augusto le dijo la verdad, «pero que él se hacía responsable», recuerda Ángela con una sonrisa nostálgica. Se fueron a vivir juntos, después se casaron, como querían sus padres, y Augusto cumplió su promesa de hacerse responsable.

Siempre la apoyó en lo que más pudo —recalca Ángela— como el propio papá. Él la quería como su hija. Él inclusive me dijo que, si quería, él le daba el apellido, pero, entonces, mi mamá y mi hermano, mi familia, dijeron que no, que era mejor que quedara con el apellido del papá. (CNMH-DCMH. Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

De hecho, el nombre de la hija, lo sugirió Augusto, y Ángela estuvo de acuerdo porque le pareció sonoro y bonito.

Como empleada de la administración municipal, Luz Dary empezó a recibir un sueldo que invertía con gran alegría en sus propias cosas; además, también ayudaba en lo que podía con los gastos de la casa de Helenita, su tía, donde seguía viviendo. Ángela relata así sus recuerdos:

Lo primero que ella mandó a hacer fue un armario grande, muy bonito. A ella le gustaban sus taconcitos, sus adornitos en las manos. El cabello [...] se lo arreglaba mucho, y, sí, ella en ropa, en sus cosas, y también les ayudaba a ellos en la casa. (CNMH-DCMH. Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

Luz Dary sentía felicidad de tener su trabajo, en el que siempre fue muy responsable, y de poder tener sus propios ingresos; le gustaba mandar a hacer sus vestidos según diseños que ella observaba en revistas o en

la televisión. Se esmeraba por cumplir muy bien las funciones que le eran encomendadas, pero el hecho de tener un cargo público, de estar cerca del alcalde y demás funcionarios de la administración, no la hizo cambiar su forma de ser.

Raquel Cruz, amiga de tiempo atrás de la familia, cuenta que Luz Dary «era una niña de muy buen trato con todos y, así estuviera ahí al lado del alcalde o del personero o de quien fuera, ella no cambiaba con uno, siempre lo saludaba a uno, yo, que era del campo, ella siempre era muy formal» (CNMH, DCMH, Raquel Cruz, mayo 18, 2024).

La situación en el país, y en el departamento del Meta particularmente, se hacía cada vez más complicada para los dirigentes de la Unión Patriótica. En 1987, Luz Dary acompañó la marcha de Iracá, en la que miles de campesinos se dirigían a Bogotá a protestar por el asesinato de su líder Jaime Pardo Leal, y, aunque en varios municipios del Meta ya habían sido asesinados más de 30 líderes, en Mesetas aún no había ocurrido ningún hecho contra la vida de los miembros de la Unión Patriótica. Se decía que allí había mucha disciplina y que la gente rodeaba a sus líderes, que no les sería tan fácil a los sicarios atreverse a entrar allí; sin embargo, con el tiempo, no solo entraron, sino que eliminaron a la mayoría de los dirigentes, y a muchos militantes y simpatizantes.

Luz Dary, en su sencillez, y en la ingenuidad de sus 20 años, nunca pensó que su trabajo constituyera un motivo para encontrar la muerte.

5.1.4. Una balacera a la medianoche

Se celebraba el segundo Festival de La Juventud y Los Estudiantes en el casco urbano de Mesetas; a estas festividades asistían muchas personas de las veredas y del caserío. Un grupo de música campesina animaba la fiesta, y los parlantes ubicados estratégicamente en la tarima daban buen

sonido a todo lo largo de la calle donde la gente disfrutaba. Alfonso Camacho, líder juvenil y agrario de la región, nos relata así esa trágica noche:

Habíamos organizado el festival ahí en la calle frente a la casa de doña Sildana; nos tomamos esa calle de manera concertada. Estábamos en pleno festival y, aunque la gran mayoría de la gente y del comercio nos veía como alternativa, también había un sector de la derecha que no aceptaba. Luz Dary era la secretaria de la personería y del concejo. Eran como las doce de la noche, yo era el animador y, como no teníamos tarima porque el festival era en la calle, doña Sildana nos había arrendado un local para montar la cantina, y la tarima era un banco de madera de así de largo [...], era la tarima donde uno se subía a animar. Y eso estaba llena esa calle de gente, cuando eso por ahí era la salida a la vereda Naranjal. Todo el frente de la cuadra estaba lleno, la primera calzada, desde la bocacalle central hasta donde hoy día es el Banco Agrario, había mesas, sillas, gente, el comercio. Cuando eso no había orquesta, era pura música de disco con parlantes, y también había música campesina. Era un montón de gente bailando, tomando. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

La fiesta estaba en pleno furor, se bailaba y se disfrutaba tomando unos tragos con los amigos y compañeros. De repente, hicieron presencia varios policías y se retiraron hacia abajo de la calle donde se celebraba la fiesta. Alfonso continúa con su relato:

Hizo presencia el Ejército también hacia abajo, pasando la bocacalle hasta [...] toda esa cuadra, y cuando se prendió fue la balacera, pero nadie escuchó balas de otros lados sino de abajo hacia arriba, que era donde estaba la Policía y el Ejército [...] y ahí, pues todo el mundo,

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

imagínese [...]; esa balacera duró creo que más de cinco minutos.
(CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

En medio de los sonidos de la balacera, la gente se tiró al piso para protegerse. Alfonso Camacho, dirigente del partido, quien animaba la fiesta, intentó entrar a la casa frente a la cual estaba instalada la caseta, pero era imposible, ya que había mucha gente; entonces, se arrimó a la pared y se agachó mientras los sonidos y los destellos de los disparos pasaban de abajo hacia arriba, nunca en sentido contrario.

Y yo veía que las balas, se veían las balas, de noche la bala se ve por donde va, y se veía que de abajo hacia arriba pasaban más o menos a esta altura... [señala hasta su pecho] yo lo que hice fue agacharme, como hizo otra gente, quedarme bajito a la cuneta que había ahí al lado de la calle, y ahí quieto hasta que se calmó. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Luz Dary se había sentado en las primeras mesas de la esquina de la calle, desde donde compartía con sus amigos y familiares más cercanos; su vestido blanco relucía y acentuaba el color de su piel clara. Estaba feliz y muy linda, como le había dicho Ángela unas horas antes. Disfrutaba de la fiesta como lo hacían los cientos de personas que participaban. Cuando la balacera se calmó, varios compañeros, entre ellos Camacho, se fueron asomando a ver qué había pasado, «y ya vimos que Luz Dary estaba en el piso».

5.1.5. La oscuridad en el camino

Era el 14 de octubre de 1990. Ángela y su esposo, Augusto, habían pasado el día disfrutando del Festival de la Juventud que se había unido con el Festival de Voz, el periódico del Partido Comunista; habían disfrutado de

la compañía de amigos y familiares, y Marina había pasado un buen rato con su hija Luz Dary. Recuerda Ángela que vio especialmente linda a su hija ese día y que incluso le dijo: «Ya me iba a ir cuando ella salió, nos despedimos y ya iba vestida así bonita, le dije yo: “¡Ay, mamita! Cómo está de linda, como pa una foto”». Luz Dary había mandado a hacer un vestido especial para ese día:

Un vestido blanco [...] todavía tengo el vestido por allá guardado, con unas arandelitas y unas cinticas en los borditos, las cintas negras, y acá era de tiritas y acá así una cinta y unos botoncitos negros, y los zapatos eran unos tacones blancos. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

Ya iban a ser las seis de la tarde y, después de haber compartido un rato con sus amigos y con su hija, Ángela cogió camino para su casa, para la finca. Su esposo le dijo que él iría por unas cosas y que la iba alcanzando. Mientras avanzaba por el camino, Ángela escuchó un helicóptero, lo cual le pareció muy raro:

A mí me dio como un flechazo; entonces, yo pensé: «Bueno, ¿un helicóptero?», era muy raro, en ese horario nunca llegaba un helicóptero así. Sentí como ese flechazo y yo dije: «Me devuelvo», me provocó devolverme a decirle a ella que no saliera, que no saliera porque, no sé, a mí me dio eso. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

Sin embargo, resolvió continuar su camino porque pensaba que así le dijera a su hija que no saliera, ella querría salir con sus amigos, ya que estaban todos los compañeros y el ambiente era muy festivo y agradable; además, estaría acompañada por sus familiares. «Se oscureció, nos cogió la oscuridad por el camino, y nunca oí que el helicóptero saliera; yo me

fui con esa sensación, con ese flechazo ahí» (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024).

Ángela y su esposo llegaron a su casa en la vereda La Argentina a las diez de la noche; al día siguiente, muy temprano, como hacían siempre, se levantaron a sus quehaceres normales en la finca. A las siete de la mañana, unos vecinos pasaron a su casa y, como era costumbre, ella les ofreció tinto, charlaron. «Ellos bajaron y siempre entraban a la casa, tomaban tinto, recochábamos un poquito y se iban. Entraron, se fueron, iban por ahí adelante cuando se devolvieron» (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024).

5.1.6. Ya no eran los mismos

Ángela había retomado sus labores, cuando vio que sus vecinos regresaban a la casa, lo cual le pareció muy extraño.

Se me hizo muy raro, pensé que se les había varado el carro. Entonces, entraron [...] pero ya no eran como los mismos, no traían el mismo aspecto, porque ellos la querían a ella mucho, ellos eran muy bellas personas con ella y ella con ellos, igual. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

Sus vecinos se habían encontrado al salir a un sobrino de Augusto, que iba a llevarles la trágica noticia, y les dijo que le ayudaran, ya que él no era capaz de decirles. Entonces, don Fabio llamó aparte a Augusto y le habló en voz baja; Ángela miró a su esposo y sintió un vuelco en su corazón:

Entonces, ya él me miró así, pero con una mirada muy triste... ¿Luz Dary? A mí ya me dio como esa malicia... yo me fui y agarré a don Fabio, así, lo agarré y le dije: «¿Qué pasó con Luz Dary?». Yo lo sacudí y

le repetí: «¿Qué pasó con Luz Dary?». Entonces, él me dijo: «Mataron a Luz Dary». (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

[...] aunque no sé bien con quiénes estaría ella; solo recuerdo que estaba en las primeras mesas de la bocacalle... y ahí quedó. Yo no sé si le dispararon a ella a propósito primero y luego hicieron los demás disparos, pero yo sí creo que los disparos iban para ella; el cuento con el que salieron era que había un enfrentamiento con la guerrilla, o sea, esa fue la excusa, que era que ellos los habían atacado. ¡Y los iban a atacar desde el centro del festival donde todo el mundo estaba! Ella no había sido una líder política, pero tenía gran capacidad técnica para desarrollar sus labores como secretaria del concejo. Era una niña muy jovencita, muy bonita, además, tranquila y muy responsable. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, mayo 18, 2024)

La muerte de Luz Dary conmovió a toda la población, por ser una persona que daba su amistad a todo mundo sin presunciones de ninguna clase. Como dice Raquel: «La muerte de esa niña dolió mucho. Todos la lloramos porque era una niña muy sencilla, como le digo, a todos saludaba, no importaba si estaba ella con el alcalde o con quien fuera» (CNMH, DCMH, Raquel Cruz, Villavicencio, mayo 18, 2024).

Para ese entonces, el alcalde del municipio era Miguel Rubio, quien muy de mañana llegó al lugar.

El Ejército estaba en la esquina de la casa de don Ángel [...], cuando resultaron dando bala, pero lo curioso fue que mataron solo a la muchacha, a ella le pegaron los tiros; ¡que una bala perdida!, ¡no, eso no fue una bala perdida! Al lado de ella estaba José Sierra, que fue inspector de Policía en Mesetas, uno que echaba muchos cuentos, él estaba ahí cerca [...]; lo que hicieron ahí fue el papel de

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

un tiroteo, porque el Ejército dice que fue que la guerrilla los atacó, ¿cuál guerrilla?, si no había nadie más por ahí, en un festival de esos y el Ejército ahí [...]; eso no cabe [...] porque la discusión que hicimos con el capitán de la base fue esa: que no comíamos cuento de que eso había sido un encuentro con la guerrilla, un hostigamiento; eso dijeron para ellos dar bala. Claramente había una intención de saboteo, y dispararon ráfagas [...] Bueno, ese capitán se me emborracó, que yo lo estaba juzgando, y que, si seguía juzgándolos, tenía que ir al tribunal de no sé qué, a certificarles que ellos habían sido los culpables de eso. Yo le dije: «La bala fue del Ejército; el cuento de que fue un hostigamiento no sé, pero la muerte provino del arma de un militar».

Me informaron muy de mañana que habían matado a Luz Dary; yo llego y encuentro el cadáver ahí. Voy a mirarla y, de una, se me va encima el Ejército, que por qué estoy allí; entonces, les digo yo: «Un momentico, soy el alcalde», y resulta que tenían una cantidad de gente encerrada dizque por seguridad. Le dije al comandante: «¿Por qué tienen esa gente encerrada allá?», ¡encerrados! ¡presos!, no los dejaban salir de donde doña Sildana, como unas 30 personas metidas ahí en ese solar, el Ejército ahí reteniéndolos.

Entonces, me dice que no los dejaban salir porque, si había seguido el tiroteo, habían podido haber más muertos, que ellos estaban evitando, que las condolencias, entonces, yo fui y les abrí la puerta y la gente se botó toda, y ya entonces propusimos el levantamiento del cadáver. Yo alegué ese día con el comandante o cabo no sé, les dije que ellos eran los responsables de eso. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Como testigo de aquel trágico día, Ángela guarda el vestido blanco con el que vio a su hija tan linda esa tarde, con el que la vio sonriente por última vez, y rememora:

Entonces, cuando empezó esa balacera, todo mundo corría a ver a dónde se escondía, todo mundo. Mi sobrino, él dizque fue y se tiró allá pa una zanja, allá se metió boca abajo. Mis hermanas... bueno, unos cogieron pa un lado y los otros... adonde se pudieron esconder, con semejante balacera. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

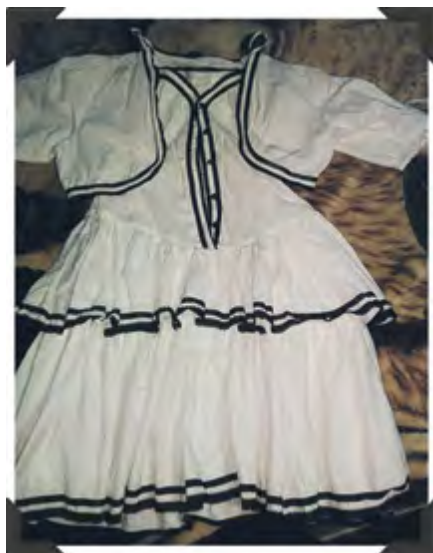


Figura 33. Vestido que llevaba puesto Luz Dary el 14 de octubre de 1990, día en que perdió la vida durante una balacera protagonizada por unidades del Ejército en Mesetas.

Fuente: archivo familiar de Ángela N.

Ángela recuerda claramente la lluvia torrencial de esa medianoche; cayó un aguacero tan fuerte que se fundió con las lágrimas de los amigos y familiares de Luz Dary. Ella recibió sobre su cuerpo las últimas gotas de lluvia, como para despedirse de este mundo: «Y fuera de eso que se mandó

un aguacero, pero de esos aguaceros, y ella quedó allá botada, allá mojadita, allá botada ese resto de noche. No me acuerdo a qué hora le... le hicieron el levantamiento» (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024).

5.1.7. Uno se muere con ese dolor

Con el dolor de la pérdida de su hija, Ángela y Augusto decidieron irse a otro municipio del Meta; lograron hacer un negocio para vender su parcela en Mesetas y ubicarse en otra finca, donde siguieron la vida con sus demás hijos. Augusto viajaba con alguna frecuencia a Mesetas y mantenía vínculos con amigos y familiares; sin embargo, un domingo, en 1993, cuando salió al pueblo a hacer el mercado, Augusto recibió varios disparos que acabaron con su vida.

Él me había dicho que no me preocupara, que no tenía que temer, que las amenazas ya se habían solucionado. Entonces, yo le había dicho a él: «No, eso uno no se puede confiar de eso [...] Si quiere, vámonos pa allá, pa Bogotá —porque por allá vivía una hija—, vámonos por allá un tiempo, a ver qué pasa». Dijo que no, que ya habían hablado y que ya todo había quedado arreglado; le dije: «Pero no puede estar confiado», y, sí [...], lo asesinaron. De ahí, yo quedé sola con los hijos, haciendo frente... Yo me quedé ahí con ellos acabándolos de sacar adelante. Ha tocado ir saliendo adelante porque qué, reviviendo... y ahí vamos, en la lucha. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

Hoy, 34 años después de la muerte de su hija, Ángela sigue esperando que le digan quién le disparó y por qué:

¡Ah, sí! Pues, de todas maneras, que salgan las cosas a la luz, lo que pasó, lo que hicieron con mi hija, la vida que le negaron; los proyectos

que ella tenía, se los negaron, simplemente por ser de un color político. Y... que el daño que le hicieron, el que se le ha hecho a la familia, es un daño irreparable, y no solo a nosotros, sino a todas las víctimas que hemos sido del genocidio. Entonces, pues... que ojalá todo eso no quede impune, que todo eso salga a la luz, y algún día que paguen las cosas malas que han hecho.

Que sientan lo que... aun cuando esa gente... eso no siente, ¿qué van a sentir lo que uno sintió? ¿Qué van a sentir lo que uno está sintiendo? ¿Lo que uno vivió, lo que está viviendo?... Sí, que salga a la luz todo lo... que hicieron con mi hija y, no solo con ella, con todo mundo, que nos han hecho este daño tan cruel, porque la falta de un hijo es lo peor que le puede pasar a uno en la vida, eso es lo más duro. Sí, mejor dicho, la muerte de mi hija... se muere uno con ese dolor. (CNMH, DCMH, Ángela N., Villavicencio, mayo 18, 2024)

5.1.8. Poema a Luz Dary

Luz Dary

Aquel domingo en la tarde
yo la miraba sonriente
miré que sus ojos verdes
decían adiós, inconscientes.
Alegre y lozana estaba
aquella flor vespertina
con su perfume embriagaba
era una hermosa sabina.
Con su sonrisa de siempre
y esa inquieta mirada

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

grababa siempre su nombre
por donde quiera que andaba.
Se fue acercando la noche
y aquella flor de azucena
sus pétalos en derroche
estaba alegre y serena.
Allí el dolor se escondía
entre la sombra impotente
traición que nunca creía
aquella niña inocente.
Las doce ya se acercaban
se oía alegría en el concierto
fugaces notas vibraban
dentro de un mundo desierto.
Llegó el momento terrible
sonó una bala homicida
entró en aquel cuerpo apacible
la que acabó con su vida.
Un traje blanco tenía
ensangrentado y marchito
y un alma se despedía
marchándose al infinito
Allí entre la oscuridad
su cuerpo inerte tendido
la muerte que sin piedad
no dejó oír su gemido.
Sin un adiós nos dejaste
solo recuerdos quedaron

tanto cariño brindaste
a tantos que te adoraron.
Un pueblo en la penumbra
te acortejaba muy triste
tu cuerpo quedó en la tumba
y tú al espacio te fuiste.

(Escrito de un amigo de Luz Dary)

5.2. Rafael Moya Hernández: animador, deportista y dirigente político

Rafael Moya Hernández era un joven de 27 años al momento de su muerte. Cuando apenas tenía dos años, llegó junto con sus padres, Gregorio Moya Sanabria y Alix Hernández Villarraga, al municipio de Mesetas, a la vereda Alto Cafre, lugar en donde creció y transcurrió su vida familiar, social y política. Estudió en la escuela de la vereda hasta 5.º de primaria; posteriormente, se dedicaría a las actividades agrícolas, inicialmente, ayudando a sus padres y, después, junto con su esposa, María, como administrador de fincas. Estando en esta labor, fue cuando entró a hacer parte de la administración municipal; mientras ejercía su función como servidor público, encontró la muerte prematuramente.

5.2.1. El majestuoso río Duda

Sus padres, Gregorio y Alix, cada uno por su lado, con sus respectivas familias, provenientes de Tolima y Cundinamarca, llegaron al departamento del Meta, concretamente a la región de El Duda, sector Ucrania, hoy municipio de Uribe, desplazados por la violencia política de la década

de 1950 que no daba tregua. Esta región se convirtió a partir de ese momento en un refugio para centenares de familias que tuvieron que huir de sus tierras por la violencia política que se vivió en Colombia a partir de la muerte violenta del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán Ayala, ocurrida en 1948, y que ocasionó más de 300 000 muertos y grandes desplazamientos de población en nuestro país.

Allí, entre los desafíos de la selva de la región de El Duda, se conocieron Gregorio y Alix. A pesar de ser tan jóvenes, él con 18 años y ella con 14, decidieron unir sus vidas y hacer su propia familia; allí nacieron sus primeros hijos, entre ellos Rafael.

En un comienzo, vivieron en la finca de los padres de Gregorio en Ucrania, y estando ahí hicieron una casita y se fueron a vivir aparte. Posteriormente, como los padres de Gregorio se fueron al municipio de Mesetas, ellos también lo hicieron y llegaron a vivir a la vereda Alto Cafre, donde se instalaron en un cambullón en la finca de un hermano de Gregorio, llamado Rafael Moya, que se usaba para secar el fríjol; eso fue hacia 1966. Este hermano fue uno de Los Veintiuno, conocidos como los fundadores de Mesetas. Más adelante, se independizaron y se fueron a vivir a otra finca; allí, Rafael Moya Hernández creció y se hizo mayor de edad, junto a sus padres y demás hermanos.

5.2.2. Mi rey

A la escuela de esta vereda fueron a estudiar Rafael y sus hermanos. Hicieron hasta 5.º de primaria, y ahí vivió el núcleo familiar hasta cuando cada uno se independizó y formó su propia familia. Cuenta su hermano Edixson que, cuando Rafael cumplió los 18 años, quería ser policía:

Él tuvo toda la intención de ser, es hasta muy curioso, él tuvo la intención de ser policía... y él, creo que estuvo en San Martín en una ocasión que

papá lo trajo por ahí a San Martín, a ver si podía ingresar a la policía; de pronto, el estudio en ese entonces no le daba para poder ingresar. Esto sucedió ya cuando él estaba llegando como a la edad de los dieciocho años. (CNMH, DCMH, Edixson Moya, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Siendo ya mayor de edad, Rafael se conoció con María; él vivía arriba de la escuela y ella abajo en la vega. Comenzaron encontrándose los domingos en el pueblo; duraron de novios como un año y, posteriormente, se fueron a vivir a la casa de los papás de él. Luego de cuatro años de convivencia, nació su único hijo, Giovanni, a quien Rafael llamaba «mi rey».

Relata María que, cuando Rafael se enteró de que iban a tener un hijo, recibió la noticia muy feliz; le ilusionaba mucho criar un hombre como él. Ella dice que Rafael se la pasaba mucho más tiempo con su pequeño hijo que ella, porque en la alcaldía, donde trabajaba, le permitían estar con el niño. Ella, en cambio, no, porque trabajaba en un jardín de Bienestar Familiar, y le prohibían que lo llevara durante la jornada laboral.



Figura 34. Rafael y su pequeño hijo Giovanni. Mesetas, 1989.

Fuente: archivo familiar de María Lozano.

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

Giovanny conserva muy pocos recuerdos de su padre porque, cuando lo mataron, estaba muy pequeño. Esto nos dijo:

Pues, la verdad, la verdad, me acuerdo muy poco de él, pues, por fotos de las que mi mamá me muestra y también por mi abuelita materna, y cuando tuve conciencia de lo que él hacía era porque mi abuelita me contaba muchas cosas, me mostraba fotos también, cargándome, pero así que yo me acuerde que él me decía alguna cosa, pues, no, porque yo tenía apenas como dos añitos cuando falleció. (CNMH, DCMH, Giovanny Moya, Bogotá, junio 13, 2024)

Según un relato que María le hizo a Jeremías Plaza, sobreviviente de la masacre en la que perdió la vida Rafael, su último mensaje cuando estaban heridos en una laguna fue que le dijera a María: «Cuide mucho a mi rey y luche por él, que desde el cielo los estaré acompañando» (CNMH, DCMH, María Lozano, Bogotá, junio 15, 2024).



Figura 35. Rafael Moya y María, su esposa. Mesetas, 1988.

Fuente: archivo familiar de María Lozano.

Cuenta María que se conoció con Rafael en las fiestas, pues él era un reconocido animador de estas reuniones; incluso, era muy solicitado para esta clase de eventos. Además de ser un buen bailarín, era un aficionado al fútbol, primero, como jugador y, después, como organizador de torneos de este deporte en Mesetas, así como un aficionado al billar; esos eran como sus *hobbies*.

María había llegado a Mesetas al sector del Alto Cafre con sus padres, cuando ella tenía alrededor de 12 o 13 años. Venían de Yacopí, Cundinamarca, y, al igual que Rafael, estudió solo la primaria en la escuela de la vereda.

5.2.3. Recuerdos de su familia

La familia de Rafael, sus padres y sus hermanos, lo recuerdan como un ser humano solidario, honesto y servicial. Alix, su señora madre, dice: «Él era muy buen hijo, siempre me preguntaba las cosas: “Mamá que cómo le parece esto” [...], “que usted qué dice” [...], siempre pendiente de uno. Muy buen hijo y un muchacho muy sano» (CNMH, DCMH, Alix Hernández, Mesetas, enero 9, 2024).

Gregorio Moya, su padre, cuenta:

Él era un muchacho honesto, muy honesto. Les ayudaba a las personas, bueno, como eso que tiene uno que hay que ayudar a los demás, a lo que se necesite [...] pues, hay que ayudarlos. Así era él [...]; quizá, como le pasó a Carlos Julián, a él también le faltó cuidarse más, no haberse venido en la volqueta. (CNMH, DCMH, Gregorio Moya, Mesetas, enero 13, 2024)

Asimismo, Alix, la madre de Rafael, agrega: «Pero, viejo, pues no, es que como dice el dicho, que si uno supiera a dónde se va a caer pasaba gateando» (CNMH, DCMH, Alix Hernández, Mesetas, enero 9, 2024).

Por último, su hermana Mercedes refiere algunas de las cualidades de Rafael:

De mi hermano, bueno, de las cosas que yo recuerdo de él, que era muy honesto, honesto, muy colaborador con la casa. Él, después de que pudo trabajar, le gustaba traer cosas para la casa, que si a mi papá le hacía falta un hacha, aquí está el hacha, que si hacía falta una peinilla, papá acá está la peinilla, ¿sí?, lo que íbamos necesitando en la casa y que él pudiera. (CNMH, DCMH, Mercedes Moya, Mesetas, enero 13, 2024)

5.2.4. Su militancia política

Desde temprana edad, Rafael se vinculó activamente a la Juventud Comunista del municipio de Mesetas. Se puede decir que llegó a esta organización política gracias al liderazgo de Carlos Julián Vélez, quien, con su carisma y ejemplo, logró influir en los sectores juveniles del municipio; sin embargo, en el municipio, el Partido Comunista era una organización fuerte entre la población, de manera que, de los 11 ediles que integraban el concejo municipal, 9 eran de la Unión Patriótica y 2 eran liberales.

Esa gran influencia partidaria, indudablemente, facilitó que Rafael se vinculara a la JUCO, aunque en ello también tuvo que ver el ejemplo de sus padres, que no solo fueron desplazados por la violencia política, sino que también lucharon por la tierra y, en todo su trasegar, siempre estuvieron vinculados a las organizaciones políticas de izquierda de las regiones a donde llegaban.

Al respecto, Edixson, hermano de Rafael, además de dirigente político de la Unión Patriótica y presidente del concejo municipal en el periodo 1990-1992, fue testigo del importante trabajo social y político que Rafael desarrolló mientras se adelantaba la primera elección popular de alcaldes.

En ese sentido, señala Edixson que su hermano se interesó por la militancia en la JUCO debido a la influencia de su padre y del dirigente Carlos Julián Vélez:

Bueno, eso sí viene de cuna porque mi padre era militante del Partido, entonces, nosotros, pues, mirábamos que se reunía en su célula de Partido [...] nosotros vivíamos muy cerca de Carlos Julián, ellos vivían en una vereda y nosotros en la otra, eran dos veredas que colindaban, éramos vecinos, y ahí como referente de la organización estaba Carlos Julián, era la familia de los Vélez, ahí estaba el referente, ellos eran los organizadores, ellos frecuentaban demasiado la casa, y ahí fue cuando papá nos inculcaba muchísimo sobre el proceso revolucionario; él llevaba libros, como por ejemplo *Qué es y por qué lucha el Partido Comunista*, y nosotros de pequeños leíamos mucho en ese entonces. (CNMH, DCMH, Edixson Moya, Villavicencio, mayo 18, 2024)



Figura 36. Rafael Moya se dirige a los asistentes a la asamblea municipal de la Unión Patriótica. Mesetas, 1988.

Fuente: archivo de la familia Moya Hernández.

Edixson también cuenta que, gracias a su gran capacidad organizativa, Rafael se destacó muy rápidamente en la JUCO:

Rafael ingresa directamente a la JUCO, o sea, él no pasa por el proceso de pioneros, como lo pasé yo, porque Rafael ya venía con trece, catorce años; él entra directamente a la JUCO y es muy ligero la temporada para él destacarse, él es muy ligero que pasa a las direcciones locales de la JUCO y pasa a la dirección regional también. Entonces, él es destacado por su capacidad de hablar, él ya tenía muchos conocimientos por la lectura que hacía de los libros, por las escuelas también. (CNMH, DCMH, Edixson Moya, Villavicencio, mayo 18, 2024)

A su vez, María cuenta que, cuando conoció a Rafael, él ya estaba vinculado a la JUCO, y que ella, a pesar de no ser militante, lo acompañaba a todas las reuniones de la UP y de las Mujeres Demócratas, entre otras actividades como, por ejemplo, ir a una escuela a llevar algunos materiales. Agrega que, en muchas oportunidades, iba con Norma, la esposa de Carlos Julián Vélez, quien era prima de Rafael.

5.2.5. El organizador

A la par que ejercía sus labores como animador de fiestas y reuniones, y como jugador de fútbol y organizador de torneos de este deporte, con su esposa comenzó a trabajar como administrador de una finca ubicada en la vereda Las Brisas de Mesetas, donde estuvieron una temporada por la cosecha. Ese trabajo, de alguna manera, les generó a Rafael y a su esposa importantes ingresos económicos para la manutención de su hogar; Rafael se encargaba de las actividades agrícolas y de la relación con los trabajadores o jornaleros, mientras que María se encargaba de la cocina y de la organización de la casa.



Figura 37. Equipo de fútbol de la Alcaldía Municipal de Mesetas. De pie, segundo a la izquierda Julio serrano, tercero Rafael Moya Hernández. Mesetas, 1989.

Fuente: archivo de la familia Moya Hernández.

Mientras laboraba en esta finca, se desarrollaron las primeras elecciones populares de alcaldes municipales en 1988. En Mesetas triunfó la Unión Patriótica y fue elegido alcalde el líder agrario Julio Serrano Patiño, cuyo mandato empezó con gran alborozo y esperanza para los habitantes del municipio, ya que, anteriormente, los alcaldes eran elegidos por un decreto del gobernador departamental, el cual siempre nombraba a alcaldes de los partidos Liberal y Conservador.

En virtud de su liderazgo, Rafael Moya fue nombrado auxiliar y recaudador de impuestos de la administración municipal del alcalde Julio Serrano Patiño, y en la siguiente alcaldía popular de Miguel Rubio, también de la UP, que comenzó su periodo el primero de enero de 1990, fue nombrado secretario de Obras Públicas. Como lo pone de presente María, como servidor público del municipio, sus ingresos mejoraron sustancialmente, ya que ganaba 70 000 pesos mensuales, en contraste con los 20 000 pesos que ganaba como administrador de la finca. Esto les permitió radicarse en el casco urbano.

Alfonso Camacho, dirigente comunista de Mesetas, aporta este testimonio sobre Rafael Moya Hernández: «Una persona correcta, sencilla, con sentido de pertenencia y responsabilidad, entonces, lo nombraron. Además, porque ya antes había sido auxiliar de la alcaldía y él había sido muy responsable con sus funciones» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024).

Como recaudador de impuestos, era el encargado de ir, almacén por almacén, a hacer los cobros y, por ejemplo, los domingos, cuando llegaban los vendedores ambulantes, tanto del municipio como de fuera, él debía cobrarles el derecho a colocar su puesto o toldo. Como secretario de Obras Públicas, era el encargado, entre otras funciones, de la maquinaria del municipio (retroexcavadoras, volquetas, tractores, motoniveladoras, etc.). Con esta maquinaria desarrolló una actividad muy importante, consistente en los arreglos de las vías de las veredas y la pavimentación de las principales calles del casco urbano.

De igual manera, en estas alcaldías populares de la izquierda se le dio gran importancia al fortalecimiento de la educación en los municipios, tanto en la calidad de los docentes como en la construcción, ampliación y mantenimiento de las escuelas; por eso fue nombrado Rafael como secretario de Obras Públicas, para que, con el presupuesto asignado, fortaleciera esta importante actividad. Por lo demás, Rafael escuchaba a la comunidad y sus inquietudes en este sentido y, con base en ello, priorizaba su labor, consiguiendo los materiales de construcción y contratando la mano de obra que se necesitara.

5.2.6. La tragedia

La vereda La Florida queda en una zona alejada del casco urbano de Mesetas; Rafael, en su calidad de secretario de Obras Públicas, se había comprometido

do con la comunidad y, específicamente, con su Junta de Acción Comunal a ampliar y hacer el mantenimiento de la escuela. Como buen cumplidor de su deber, personalmente, se desplazó un día de octubre de 1991 a Villavicencio en la volqueta del municipio a traer parte de los materiales de construcción; posteriormente, el martes 29 de octubre de ese año salieron desde Villavicencio hacia Mesetas, donde Rafael vivía con su familia.



Figura 38. Rafael Moya en su desempeño como secretario de Obras Públicas del municipio de Mesetas, 1991.

Fuente: archivo familiar de María Lozano.

Al parecer, por los diferentes trámites oficiales que había que cumplir obligatoriamente para poder comprar los materiales de construcción con destino a la escuela de la vereda La Florida, salieron de Villavicencio más tarde de lo previsto. En ese entonces, por el mal estado de la vía, el viaje a Mesetas duraba cuatro horas, por lo que, al pasar por el municipio de Granada, ya era de noche. Cuando iban en inmediaciones de la Institución Educativa La Holanda, aproximadamente a 4 km del perímetro urbano de esa población,

de un momento a otro, la volqueta se chocó contra un caballo que apareció en la vía, averiándose seriamente. Por ende, la volqueta no pudo seguir su marcha, es decir, quedó varada a mitad de camino, en horas de la noche, en un paraje solitario y sombrío; tal vez eran las 7:00 p.m., y sus ocupantes, cinco en total, no tuvieron otra alternativa que apearse del vehículo.

En medio de la intempestiva situación, se acordó que el conductor de la volqueta se dirigiera a la población más cercana, Granada, en busca de ayuda para desvararse: el plan era conseguir una grúa para enganchar la volqueta y llevarla a un taller para su reparación, pues se trataba de un daño grave que no se podía arreglar en la vía, y más aún por lo avanzado de la hora.

El conductor, entonces, se dirigió a la estación de Policía de ese municipio en busca de ayuda y le comentó al personal uniformado sobre las personas que viajaban en el automotor varado, entre ellas, hizo referencia a Rafael Moya Hernández, secretario de Obras Públicas del municipio de Mesetas. Era sabido que en Mesetas había un gobierno de la Unión Patriótica, organización surgida a partir de los acuerdos de paz en Uribe entre el gobierno conservador de Belisario Betancur y las FARC-EP.

En la estación de Policía le dijeron al conductor que la única grúa con la que contaban estaba en ese momento ocupada, pero que apenas estuviera disponible le prestarían el servicio. Al conductor no le quedó otra opción que quedarse esperando allí hasta que esto sucediera; el tiempo transcurría y cada vez se hacía más tarde.

Mientras tanto, los cuatro ocupantes de la volqueta varada seguían esperando a que llegara el conductor con una grúa para desvararse y aguardaban ansiosamente a que esto ocurriera cuando empezó a llover copiosamente, por lo que no les quedó otra alternativa que acurrucarse debajo del platón de la volqueta para protegerse de la lluvia. Serían aproximadamente las nueve de la noche.

Estando en esas, apareció de un momento a otro una camioneta Toyota, por lo que, al detenerse en el sitio, los impacientes pasajeros pensaron que había llegado la ansiada ayuda para desvararse; sin embargo, se dieron cuenta de que la camioneta siguió unos metros de largo, dio la vuelta y se dirigió hacia donde ellos estaban. Ahí, en ese momento, según se lo contó a María el único sobreviviente de esta masacre, Rafael exclamó angustiado: «¡Uy, marica nos van a matar!» y exactamente eso sucedió: empezaron a escuchar ráfagas de armas de fuego sobre ellos y, por su estado de indefensión, no pudieron hacer mayor cosa. Dos de los pasajeros fallecieron en el acto y los dos restantes, Rafael Moya y Jeremías Plazas, alcanzaron a correr unos metros, cayendo gravemente heridos en una laguna aledaña a la vía; Jeremías pudo salir y pedir ayuda, mientras que Rafael no logró moverse y su cadáver fue encontrado al día siguiente. (CNMH, DCMH, María Lozano, Bogotá, junio 13, 2024)

5.2.7. Llamada telefónica

María se enteró de la infausta noticia solo hasta el día siguiente cuando, en horas de la mañana, a las 6 a.m., golpearon en su casa y le dijeron que debía dirigirse a la oficina de Telecom para que contestara una llamada telefónica. María, en ese momento, pensó lo peor, porque la situación de orden público estaba muy difícil y había esperado a que Rafael llegara la noche anterior, así fuera tarde, pero eso no había sucedido.

Una vez en la oficina de Telecom, al otro lado de la línea, una hermana de Rafael le pidió a María que le avisara a este «que mataron a Efrén anoche»; entonces, María sobresaltada, le dijo angustiada: «No, señora, ahí no estaba solamente Efrén, Rafael estaba con él» y colgó. Inmediatamente, se dirigió a la casa del alcalde, Miguel Rubio, quien le dijo, compungido: «María, a Rafa lo mataron».

5.2.8. Lléveme a un barrio humilde porque yo soy pobre

Ante esta difícil situación, María pudo sostenerse, aproximadamente, año y medio viviendo en Mesetas después de la muerte de su esposo; sin embargo, el panorama cada vez se hacía más complicado, sobre todo por el orden público, pues siguió la matanza de líderes y militantes de la Unión Patriótica, y los grupos paramilitares ejercían mucha presión sobre los moradores del municipio.

María empezó, entonces, a temer por su vida y la de su pequeño hijo, de escasos tres años de edad. Como algunas de sus vecinas habían sufrido tragedias con sus seres queridos, María no tuvo otra opción que abandonar todas sus pertenencias y salir intempestivamente de Mesetas. Es así como un día, muy de madrugada, cogió a su pequeño hijo, una maleta con lo estrictamente necesario y unos pocos ahorros, y se fue para Bogotá, una ciudad adonde nunca había ido y que solo conocía por televisión.

María relata así su dolorosa experiencia del desplazamiento forzado desde un pequeño municipio agrícola, donde lo tenía todo, hacia una ciudad gigantesca como Bogotá, donde no tenía nada ni conocía a nadie:

Yo llegué al Terminal con una maleta con mi ropa, sin saber a dónde iba a llegar, pasé a los taxis y pedí un servicio; me dijo el conductor: «Adónde los llevo», imagínese, yo sin saber a dónde, yo le dije: «Lléveme a un barrio humilde porque yo soy pobre, a un barrio humilde que se viva bien, pero humilde porque yo soy pobre», y, entonces, me dijo el taxista yo la voy a llevar a Santa Librada. Con mi maleta, el chino y nada más, me fui a andar por ahí por el barrio, y vi una pieza que arrendaban y golpeé, de 20 o 30 000 pesos; cuando eso se cocinaba con cocinol, no gasolina, sin tener ni una cama, nada, absolutamente

nada, tomé la pieza en arriendo, como un garaje, no tenía ni cocina, ni nada, el baño era en un inquilinato completo.

La señora me dijo: «¿Cuándo va a traer el trasteo?». Cogí mi chinito, me entregaron las llaves, metí la maleta y me fui para el barrio Santa Librada, compré un colchón, una cobija, una olla, un pocillo, una cosa para cada uno y llegué a la casa. Estuvimos más de 20 días durmiendo en el piso, en el colchón, ahí dormí con el chinito. Una señora, Alejandra, que había al lado y que tenía otro hijo igual al mío, me dijo: «Cocinemos». La señora, buena gente, me ayudó a conseguir trabajo, y ahí comencé y gracias a Dios aquí estoy, mi chino no se murió de hambre, estudió y ahí vamos. A nosotros nos ha tocado muy duro; afortunadamente, ya tengo mi casita, esta casa es mía. La vida no ha sido fácil, pero gracias a Dios ahí vamos. (CNMH, DCMH, María Lozano, Bogotá, junio 13, 2024)

Hoy, María recuerda con mucha tristeza y dolor todo lo que le ha tocado pasar y dice que los dos, con su hijo, han sufrido mucho por culpa de una violencia de la que ellos no tienen la culpa, que es inexplicable, pues a su esposo Rafael lo mataron simplemente por creer en unas ideas diferentes a las del *establishment* y por pertenecer a la administración pública municipal, dirigida por el movimiento político de la Unión Patriótica.

Sin ayudas del Estado, ni de una ONG, ni de nadie, María ha podido sacar adelante su hogar, creyendo en su trabajo y en su fortaleza de mujer campesina curtida por los embates de la vida e inspirada por el legado que su fallecido esposo le dejó.

Es importante recalcar que el Estado de Colombia fue declarado, por unanimidad de la Corte Penal Internacional, responsable de la violación a los derechos humanos consistente en el exterminio de más de 6000

5. Unos recursos y un puesto de servicio a la comunidad

integrantes y militantes del partido político Unión Patriótica, cuyos asesinatos ocurrieron a partir de 1984 y por más de 20 años (CIDH, 2022). Rafael fue, desafortunadamente, uno de ellos.



• 6 •

Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia

Autoras: Dora Ariza y Elizabeth Moya

Dedicamos este capítulo a todos los que, a pesar de la violencia y de la ausencia dolorosa de compañeros, amigos y familiares, han seguido adelante con su compromiso político y social, desafiando la adversidad y el paso del tiempo.

6.1. Heraclio Hormiga



Figura 39. Heraclio Hormiga (centro), Enrique Castro (izquierda). Encuentro Nacional de Concejales, Bogotá, 1989.

Fuente: archivo familiar de Elsa Guiza.

Han pasado los años y se han puesto viejos; algunos ya murieron en otros territorios, lejos de sus amigos y de su pueblo, como es el caso del recordado Heraclio Hormiga, quien tuvo que abandonar la única propiedad que tuvo en su vida: una casa de Provivienda, en el barrio Jaime Pardo Leal, en Mesetas. Se desplazó a Bogotá, donde vivió durante años en la casa de la UP y falleció, con más de 80 años, sin haber podido volver a su terruño.

Heraclio había sido concejal de Mesetas, en varios periodos, y dirigente campesino en las regiones de Mesetas y Uribe; lo acompañaron siempre su sombrero, sus botas y un radio que encendía desde las cuatro de la mañana para escuchar las noticias.

Ante las amenazas contra su vida, se fue a Bogotá. Un día, le dijo al padre de Alba Enis Ariza, explicando por qué había dejado Mesetas —quizá en respuesta a quienes lo criticaban por haber dejado abandonado su trabajo político allí—: «Es que yo sí no estoy de acuerdo con que a mí me maten, compañero, por eso me vine».

6.2. Rogelio Hincapié

Dentro de los que siguen con vida, y recuerdan con nostalgia y con amor su militancia política, se encuentra Rogelio Hincapié, quien le dijo públicamente y sin rodeos al gobernador de la época, cuando este anunció que iba a hacer vías, puestos de salud y puentes en la región, lo siguiente:

¡Doctor, para qué queremos nosotros eso, si no podemos vivir allá! ¡El Ejército nos amenaza y persigue! Por la comida, uno se la consigue allá, porque tenemos nuestros cultivos, se cultiva mucho plátano y yuca, pero un kilo de sal no alcanza pa nada, y el Ejército no nos deja entrar más.

Y, entonces, ya el gobernador accedió. Entonces, ya dijo que iba dejar entrar tres kilos de sal por mes. Los salvoconductos, que era cada mes

6. Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia

que teníamos que ir a Uribe, —los de 12 años en adelante teníamos que ir a Uribe a presentarnos y a renovar el salvoconducto— entonces, ya lo dejó para tres meses. Ya era una ganancia. (CNMH, DCMH, Rogelio Hincapié, Villavicencio, enero 20, 2024)



Figura 40. Rogelio Hincapié. Mesetas, junio 2025.

Fuente: archivo familiar de Rogelio Hincapié.

Como la mayoría de los dirigentes de la UP, Rogelio era amante de la lectura y cursó un par de años de primaria. Al respecto, él cuenta:

Cuando yo cogí los estatutos del partido, yo me civilicé mucho, aprendí mucho de ahí. Yo tenía muchos libros, leía mucho y leo mucho. Un día, me llegó la razón a la casa de que el Ejército iba para allá y que iba requisar todo; entonces, yo cogí y eché, en un tarro de una tina que tenía, los documentos, lo sellé bien y fui y lo enterré en una laguna. Cada rato iba y lo tocaba, sí, allá está, pero ocurrió que, un día de estos en la vida,

se metió una vaca y se profundizó en la laguna. Tocó conseguir tres bestias, hacer un diablo, que consiste en hacer un hueco, se pone un palo y después dos cuerdas y se le da vuelta, y eso va a ser más fuerza que 20 caballos, con eso mueve uno toneladas, toneladas; y la sacamos, sacamos la vaca, pero el tarro no lo volví a encontrar. (CNMH, DCMH, Rogelio Hincapié, Villavicencio, enero 20, 2024)

Por semanas, Rogelio insistió, hurgando en la laguna, buscando sus tesoros: los libros, los periódicos y el pequeño libro de los estatutos del partido, pero nunca los pudo hallar; el peso de la vaca los hundió tanto que allá se quedaron sepultados para siempre. «No conservo ni fotos ni nada porque la mayoría de las cosas se me quedaron en esa tina y eso, como iba bien sellado, dura mucho para podrirse» (CNMH, DCMH, Rogelio Hincapié, Villavicencio, enero 20, 2024).

Rogelio recuerda con nostalgia y humor los días en que la gente acudía a ellos, los dirigentes, para que les ayudaran a resolver asuntos domésticos, particularmente problemas entre las parejas. «Y como nosotros arreglábamos muchos problemas en los matrimonios, Julio Serrano me decía: “¿Cuándo me va a arreglar mi matrimonio?”—cuando yo arregle el mío—, le contestaba. Yo recuerdo con mucho cariño mi participación en la organización y anhelo volver a conseguir los estatutos, porque se me perdieron en esa laguna» (CNMH, DCMH, Rogelio Hincapié, Villavicencio, enero 20, 2024).

6.3. Alfredo Pabón

Alfredo Pabón, quien, de Bogotá, migró a Mesetas en la década de 1990, época en la que ya había comenzado en el municipio la violencia sistemática contra la UP, relata:

6. Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia

Porque siempre uno busca donde exista la organización. Nosotros éramos militantes de la Unión Patriótica, y allá había mucha gente de ese movimiento [...] Fuimos a comprar una finquita en Alto de los Andes, y allá me realicé. Nos establecimos con mi esposa, Aleida Bustos —ella después fue presidenta de la Asociación de Mujeres Independientes de Mesetas—, y un nietecito que nos acompañaba en ese entonces, por ahí como de cuatro, cinco añitos, estaba pequeño el muchacho, y nos realizamos allá en una vereda llamada Alto de los Andes. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)



Figura 41. Alfredo Pabón (izquierda) y Miguel Rubio. VI Congreso Nacional de la Unión Patriótica. Bogotá, 2017.

Fuente: archivo familiar de Alfredo Pabón.

Alfredo fue concejal de Mesetas, cuando ya no se podía hacer política a nombre de la UP.

Nos tocó darle un giro al nombre porque era difícil trabajar ya a nombre de la Unión Patriótica. Entonces, como comunales, empezamos a trabajar por el Movimiento Cívico Comunal, que fue el movimiento que pudimos establecer como para poder sobrevivir. Éramos militan-

tes del Partido, pero como con discreción, la verdad. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)

La llamada zona de distensión, producto de los acuerdos entre el gobierno de Andrés Pastrana y las FARC-EP, comenzó en 1998 y terminó en el 2002. Al respecto, cuenta Alfredo:

Cuando terminó la zona de distensión, las primeras comisiones del Ejército que pasaban por ahí nos iban preguntando por la guerrilla: que dónde estaban los campamentos, que cuándo pasaban por ahí [...] y, bueno... que ahorita venía el Ejército, pero que ellos no hacían nada, que los que venían detrás sí eran los que venían ajusticiando a los que no colaboraran con ellos, o sea, los paramilitares. Eso ya lo teníamos muy claro, todos lo sabíamos. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Después de que las patrullas del Ejército pasaran varias veces preguntando por Alfredo, días después, hombres en motocicleta llegaron cerca de su casa haciendo lo mismo; ahí supo que no podía volver a pasar por el pueblo y que debía irse de inmediato de su finca.

Nosotros teníamos una finquita, teníamos allá finquita, los animales [...]; a nosotros nos tocó dejar eso por allá. Salimos en febrero del 2003; nos salimos por los lados de San Vicente del Caguán, porque, en Mesetas, todo el que salía de Mesetas para dentro, ahí en El Limón, había un puesto de paramilitares o del Ejército [...] de los mismos [...] y bajaban a la gente del bus, y el que estuviera en lista lo masacraban, lo torturaban, lo desaparecían. Bueno, ya saben ustedes qué es lo que le hacen a una persona cuando la cogen.

Duramos ocho días con mi señora andando por montañas. Nos quedamos por allá en las adjuntas de los ríos Duda y Guayabero, pasamos a San Vicente del Caguán y vinimos a salir a Neiva, y ya, de ahí a Bogotá. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Esta travesía de una semana entera, caminando por la montaña, evitando los caminos principales y los bombardeos, que por esos días hacía el Ejército en la región, llevó a Alfredo, su esposa y su nieto de quince años, hasta Neiva.

Usted me pregunta que si a caballo... No, ¡caminando! Caminando las doce horas, de seis a seis, que nos tocó caminar por allá. Eso era haciéndole, y escapando de los aviones porque, como los aviones lo detectaban a uno, ahí mismo lo bombardeaban, le mandaban bombas a uno; íbamos nosotros los tres y otro señor, con un niño...

Estábamos en esa marcha cuando se enfrentaron la guerrilla y el Ejército; quedamos en medio, entre la guerrilla y el Ejército. Nosotros estábamos en el retén del Ejército, ahí nos estaban preguntando cosas cuando sonaron los primeros disparos de la guerrilla y se enfrentaron a los tiros. Ese señor comandante del Ejército no sabía qué hacer con nosotros: si dejarnos de trinchera o dejarnos ir. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Hablando de su nieto, recuerda Alfredo:

Ese muchacho sacaba fuerza de donde no la tenía. Él cogió el malecino que nosotros teníamos y eso decía: «Abuelo, venga le ayudo», y se lo echaba al hombro, y por todos esos barriales, y lloviendo... Eso es muy duro y triste. Una cosa es contarla, y otra cosa es haberla vivido, pero, bueno, lo más bonito y lo más importante es que estamos vivos.

Como comunal, como concejal, lo más importante que recuerdo, para mí, fue haber logrado llevarle el agua... alcancé a llevarles el agua a cuatro veredas, porque la meta era para seis veredas, pero ya nos tocó salir. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)

Y como «el que es, no deja de ser», dicho de Alfonso Camacho, Alfredo continúa hoy trabajando por la comunidad donde ahora reside.

Bueno, yo no dejo de ser dirigente comunal; soy el presidente de la vereda donde vivo. Las necesidades no tienen color político; las necesidades de una comunidad no tienen certificación de la universidad, de los colegios, no. Yo no entiendo muy bien la política, ¿sí?; eso, a mi modo de expresar, y a mi pequeña capacidad de estudio, ahí sigo luchando por ayudar a resolver las necesidades de la comunidad. Mientras yo esté vivo, nunca me voy a callar las necesidades de la comunidad, siempre voy a trabajar para mejorar y aportar a las soluciones. (CNMH, DCMH, Alfredo Pabón, Villavicencio, mayo 19, 2024)

6.4. Luis Alfonso Camacho, un militante por siempre

Luis Alfonso Camacho nos recibió en su casa, en Jardín de Peñas, para recordar, con nostalgia, pero también con serenidad y afecto, la historia de una vida estrechamente ligada a las luchas populares, a la organización campesina y juvenil, y a la militancia política en el Partido Comunista y la Unión Patriótica. Oriundo de Yacopí, Cundinamarca, ha vivido la mayor parte de su vida en el departamento del Meta, en el municipio de Mesetas. Fue en este territorio donde vio nacer y florecer a la Unión Patriótica, ejerció como concejal durante varios períodos, se lanzó como candidato a la alcaldía y, en los años más duros, debió desplazarse junto a su familia,

en lo que él mismo llama «región por cárcel» para salvar sus vidas. A pesar de la violencia y de los sinsabores de la vida, sigue habitando ese mismo territorio, con la esperanza intacta en un futuro más justo y una sociedad con igualdad para todos.



Figura 42. Luis Alfonso Camacho. Villavicencio, mayo de 2024.

Fuente: archivo familiar de Elizabeth Moya.

6.4.1. De La Samba a El Gobernador

Cuarenta años han transcurrido desde que Alfonso Camacho partió del lugar donde nació y en el que compartió esas primeras décadas de vida junto a su familia. Atrás quedó la parcela que daba el sustento, invisible ahora porque se la tragó la montaña, pero nítida en sus recuerdos: una casa con techo de yaripa²⁰ y paredes de guadua, con potrero a un lado y al otro, cafetales, ubicada en la vereda La Samba en Yacopí, Cundinamarca,

²⁰ Una variedad de palma.

un lugar al que no regresaron ni Alfonso ni doña Ana Vitalia, su mamá, ni sus ocho hermanos, ya que algunos migraron a Bogotá, y a otros municipios de Cundinamarca, mientras que otros se fueron al Meta. Camacho o Camachito, como le dicen sus amigos, tiene una historia de vida que hace pensar que no es coincidencia provenir de un pueblo tantas veces arrasado y otras tantas puesto en pie.

En diciembre de 1983, por esos días en el que se hacen rituales de limpieza para la prosperidad que se espera llegue con los inicios de un nuevo año, mientras la familia que los había recibido en zona rural de Mesetas, en la vereda El Gobernador, preparaba la comida y la parranda para esa noche, Camacho y su mujer, con la que tenía dos hijitos, una niña de dos años y un varón de 15 días de nacido, cumplían su propio ritual: ella pringaba pisos y paredes de un rancho abandonado al que le sobraban los chinches y le faltaban enseres para hacerlo habitable, y él desmatonaba la maleza de los alrededores para espantar las culebras y darle el claro que no tenía hasta antes de su llegada.

Así fue su comienzo en tierras llaneras, después de experimentar por primera vez la persecución política, cuando tuvo que huir de su natal Yacopí, siendo apenas un muchacho humilde que había aprovechado los pocos años de estudio que había recibido, al que le gustaba leer, así tuviera que hacerlo a la luz de una vela, y en el que se conjugaba una apariencias tímida con una habilidad innata para expresarse y relacionarse.

Desde niño, Camacho mostró el valor de no amilanarse frente a situaciones injustas y tener la capacidad de tomar decisiones, como cuando resolvió no continuar yendo a la escuela porque una maestra estuvo a punto de arrancarle las orejas de los tirones diarios que le imprimía como castigo: «Yo no quiero ir a la escuela más este año, porque esa maestra es injusta y me maltrata, vuelvo el próximo año, cuando me toque con otra

maestra», fue lo que le dijo a su mamá, quien aprobó la decisión de su pequeño hijo.

A él siempre le gustó estudiar, aunque su padre le hubiera negado el apoyo. Su tiempo de ir a la escuela transcurrió alternado con las labores del campo: cultivaba yuca, plátano, maíz y fríjoles; criaba gallinas y cerdos, y en el patio de su casa, en esteras de caña brava, secaba el café para luego llevarlo a vender a dos horas de camino, en un tiempo en que la provincia de Río Negro, de la que hace parte Yacopí, era una región tranquila.

En otros intentos, el joven Camacho luchó por hacerse bachiller, pero las ocupaciones y la precariedad de colegios en Mesetas no le permitieron cumplir con esa meta; sin embargo, su escuela y su universidad han sido la militancia política, que le ha dado conocimientos y le ha permitido acceder al debate y estar conectado con el desarrollo social.

En septiembre de 1979, año en el que viajó con la muchachada de la Juventud Comunista a Moscú para hacer la escuela de formación de cuadros políticos, se iba a casar. Camacho cuenta, con más convicción que picardía, que optó por el viaje:

Recuerdo que le dije a mi mamá: «Mamá tengo dos cosas que hacer: ¿cuál de las dos hago?», y ella me dijo: «Si se va a casar, cásele, pues si se va, se va y qué». Entonces, me puse a pensar y, bueno, la oportunidad del viaje es hoy o nunca y el matrimonio puede venir después, puede esperar. Le dije: «Mamá, yo prefiero irme, dar una vuelta, conocer, casarme después, si es que es posible». (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

No se casó, pero la novia sí lo esperó, y fue con ella con quien compartió varios años de su vida y la experiencia de ser papá por primera, segunda y tercera vez, así como algunas dichas y no pocas penas.

Así, el muchacho al que otros jóvenes habían invitado a una tarde de canto y poesía en 1974, al que delegaron luego a la conferencia de la Juventud Comunista y que hizo su escuela de formación política en la gélida Moscú, se había vuelto el líder que seguiría en adelante siendo, sin ser profeta en su tierra, porque desde esa primera vez que fue elegido concejal por el Frente Democrático —una alternativa surgida de alianzas que habían sobrevivido a las épocas de la Unión Nacional de Oposición (UNO), del Movimiento de Izquierda Liberal (MIL) y de la Alianza Nacional Popular (Anapo)—, pese a ganar ocho de las nueve curules para el concejo municipal de un Yacopí agitado, escenario de asesinatos de líderes campesinos y obreros, ni a él ni a sus compañeros les permitirían posesionarse.

Luego de esconderse en su propio territorio, a lo que Camacho empezó a llamar «región por cárcel», tuvo que irse desplazado, por la amenaza latente de planes que se fraguaban, reales o de amedrentamiento, para acabar con la vida de los dirigentes de izquierda. Salió de su terruño sin nada más que la ropa que vestía; dejó una biblioteca de más de ciento cincuenta libros, probablemente su mayor patrimonio, pérdida de la que no se sobrepone, pues sería la primera vez que le pasaría, pero no la última.

Son libros que aún hoy nunca los he podido volver a conseguir. Por ejemplo, tenía uno que me recuerdo mucho, se llamaba *Un partido con paredes de cristal*, no recuerdo del país de dónde era ese escritor [...]; otro libro que tampoco, hoy, nunca he podido volver a conseguir es *La historia de la Inquisición*. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Por esa época —cuenta él— a todo el que llegaba de Cundinamarca a la región de Mesetas no lo tenían en buen concepto, y menos si era de Yacopí: tierra de autodefensas, de paracos; en esa medida, un paisano suyo,

llegado tiempo atrás, le quiso hacer la mala fama y, por fortuna, Camacho podría ser un foráneo, con sus usuales camisas abotonadas a cuello alto y manga larga, pero no un desconocido. Allí se reencontraría con Carlos Julián Vélez, compañero de estudios en la Unión Soviética, militante y líder de la Juventud Comunista, por lo que cualquier duda sobre su proveniencia quedaría absuelta, y del tal señor ni más.

Aliviado de la zozobra por la persecución, empezó su trabajo político, que desplegaba a donde el partido lo enviara, por río, por trocha, a pueblos o capitales; recorrió el Meta y el Guaviare, pero fijó su residencia en Mesetas. El clima era similar al de Yacopí, las montañas no eran tan altas y la gente era trabajadora: los colonos campesinos vivían de la ganadería y de la siembra del café, en medio de un ambiente político tranquilo, hasta entonces.

La organización política [era] un poco más... más abierta, amplia, o sea, había otras condiciones. Mientras en Yacopí todo se hacía casi que clandestinamente por la persecución, aquí había presencia de todo el mundo y del Estado; pues, eso fue lo que cambió, pero la disciplina partidaria, la orientación, era lo mismo. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

6.4.2. La esperanza puesta en el sol naciente

Hacía tres meses de su llegada, en marzo de 1984, cuando se produjo la firma del acuerdo en el municipio de Uribe, que trazaba la hoja de ruta de una negociación con la guerrilla de las FARC-EP, y de su reincorporación a la vida civil, siendo presidente de la República Belisario Betancur. El acuerdo contemplaba, entre otros puntos, el cese bilateral e indefinido del fuego, la condena al secuestro y las garantías para que la guerrilla

se organizara política, económica y socialmente; sin embargo, la historia muestra que el acuerdo se incumplió por ambas partes. Con referencia al cese del fuego bilateral, la CEV señala que «aunque se creó un mecanismo de verificación con oficiales regionales, en la práctica fue imposible de verificar. Desde el primer día, tanto guerrilleros como militares se acusaron mutuamente de no respetarlo» (CEV, 2022, p. 188).



Figura 43. De izquierda a derecha: Miguel Rubio, Alfonso Camacho, Julio Serrano y Heraclio Hormiga. Mesetas, 1990.

Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

La guerrilla no se reincorporó, pero sí propició la creación de una plataforma política en 1985 en la que convergieron diferentes sectores civiles y populares, el Partido Comunista, sectores de los partidos tradicionales e incluso guerrilleros desarmados en comisión política.

El partido nos orientó apoyar esa propuesta de creación del movimiento Unión Patriótica y dedicar todos nuestros esfuerzos individuales y colectivos a eso; entonces, a mí me dan la tarea de ser uno de los activistas de la UP, como tal, no solamente a mí, a Carlos Julián

Vélez, Dimas Vélez, toda la dirigencia de la Juventud Comunista y del partido, así que alternamos nuestro trabajo con las células y centros de la Juventud Comunista, con el sindicato, los asuntos comunales, el movimiento de derechos humanos y para la UP, creando las juntas patrióticas veredales, haciendo actividades culturales, deportivas, charlas políticas, pedagogía y participación en elecciones. Esos años de comienzos de la UP eran años de mucha esperanza porque la gente veía a la dirigencia y a la propuesta de la UP como una alternativa política para salir de la violencia y del atraso, de la injusticia, y aquí en Mesetas fue arrasador. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Camachito se regocija, sonrío, evocando recuerdos, y sus ojos, que ahora ven poco, brillan de emoción; en su conversa aparecen las anécdotas felices, una declaración de logros que nadie se atrevería a interrumpir.

Es en el 86; ahí fue cuando Miguel Rubio fue alcalde por decreto y, por primera vez, hubo un gobierno de izquierda en el municipio, tuvimos candidato presidencial y en las elecciones locales en 1988, arrasamos. Julio Serrano fue nuestro primer alcalde por voto popular, y en esos comicios yo hice parte de la lista al concejo, salgo concejal electo de Mesetas [por] tres periodos más; hasta el año 94 fui concejal por la UP.

La Casa del Partido en Mesetas, que fue la sede de la UP, se llama la Casa del Pueblo porque se convirtió en la oficina donde se atendía toda clase de orientaciones, tanto políticas como sociales, gremiales, juveniles, culturales; allí iba mucha gente, no solamente los partidarios de la izquierda. Le cuento una anécdota: una vez había unas familias, dos familias, que tenían un lío de linderos. Pasaron

por la inspección, el juzgado, la Fiscalía, se interpusieron tutelas y no pudieron resolverlo, fueron donde nosotros a que les resolviéramos y les resolvimos.

Nosotros, en las administraciones de la UP, hicimos mucho por este municipio, en educación, en salud, en vías, en medioambiente. Destinamos del presupuesto municipal un rubro para apoyar a estudiantes universitarios, trajimos una sede de la Escuela de Administración Pública, cosas que no se creían posibles.

Creamos un proyecto de manejo de basuras, que no era un relleno sanitario ni un botadero de basura: era un proyecto de reciclaje y manejo de las basuras. En un terreno que compramos, hicimos unos cobertizos con espacio para almacenar lo que se podía reciclar para sacar a la venta, como chatarra o como fuera, y dejamos otro espacio para elaborar abono orgánico con lo que llegaba en materia orgánica; contratamos el personal, que pagábamos con lo mismo que se recaudaba.

Cuando recibimos la administración, la basura se recolectaba en una carretilla arrastrada por un caballo; cuando la entregamos, dejamos dotado al municipio de maquinaria, tanto para recolectar la basura, como de volquetas, retroexcavadora y motoniveladora para mejorar las vías.

Hicimos un proyecto de indemnización por mejoras para los campesinos que vivían sobre las riberas del río, con el que protegimos la cuenca que surtía de agua el acueducto del pueblo. Hacíamos pedagogía para que la gente cuidara los caños, no talara tanto, no quemara; e inclusive cuando la bonanza coquera, la campaña permanente fue: al lado de las matas de coca cultiven otros productos, compren una vaca, que, el día que esto quiebre, la economía familiar no quede

6. Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia

huérfana, y así pasó. Creo que uno de los municipios donde menos se sintió esa crisis fue en Mesetas, porque la mayoría de la gente tenía al lado de las matas de coca sus cultivos de pancoger, su ganadito, sus cosas, y no se vio la crisis como tal, como en otras partes.

En convenio con las comunidades arreglábamos las vías rurales; ellos ponían mano de obra, nosotros poníamos materiales y se hacían trochas carreteables, se abrían caminos para que la gente mejorara sus condiciones; o sea, era una proyección de transformación del territorio.

Nosotros adoptamos una metodología de trabajo con la gente, que era rendirle cuentas de lo que hacía la administración para el pueblo; hacíamos una cosa que se llamaban cabildos abiertos, a través del consejo municipal. Se invitaba abiertamente a la comunidad a través de las juntas comunales y las organizaciones que hubiera; participaban 150, 200 personas. Eran eventos que duraban hasta dos días, donde la administración municipal, en conjunto, entregaba cuentas y recibía sugerencias y quejas, y, bueno, la gente podía desahogarse; eso lo hacíamos cada seis meses. A la gente le gustaba mucho porque era poder reclamarles a los funcionarios los compromisos que habían adquirido.

En participación política también supimos concertar con los otros partidos que tuvieron presencia en el concejo, y con los trabajadores de la administración que no eran de nuestro movimiento, desde que desempeñaran bien sus funciones. Tuvimos concejales al lado nuestro, que eran amigos liberales, que no eran concejales de nosotros, pero eran liberales que compartían más con nosotros que con sus mismos copartidarios. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)



Figura 44. Manifestación Jornada por la Paz, Mesetas, 1985.

Fuente: archivo familiar de Fátima Vélez.

Como quien se sabe narrador de un final que tendrá un punto de giro, su voz se pausa y se alcanza a percibir en su expresión el desconcierto, el sinsabor: «Hicimos hasta cuando nos sacaron». Lejos, en todo caso, del lamento o el arrepentimiento, aflora un episodio que cuenta a media risa:

Un día, pasadas unas elecciones, nosotros teníamos 8 de 11 concejales en total, y el día antes de posesionarnos apareció un mensaje en la funeraria, en la única funeraria del pueblo, a la que le pedían 7 ataúdes para el otro día. Decíamos en broma: «¿Quién se salva?, bueno, somos 8 y piden 7 ataúdes, ¿quién se salva?, ¿a quién no lo tendrán en lista?». (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

A su relato, le sigue otra pausa, una pregunta que lanza como si estuviera frente a un gran tribunal de variados espectadores que han permanecido indiferentes estos 35 años: «¿Entonces, o sea, fue una persecución o no fue una persecución?».

6.4.3. El último bastión de la UP en el Meta

No hubo hechos aislados. La violencia contra los dirigentes, familiares y simpatizantes de la Unión Patriótica fue una escalada que, desde el mismo año de su creación en 1985, se hizo premeditada, sistemática, cruel, estruendosa, esquizofrénica e impune.

El primer dirigente asesinado en el Meta había sido Hernando Yate Bonilla, líder sindical agrario, concejal y miembro de la dirección regional de la UP; tras su muerte, la escena de padres y madres llorando a sus hijos fue la imagen grabada en las retinas de los sobrevivientes, hasta que otras, iguales de dolorosas, se iban intercambiando: viudas inconsolables, inocencias pisoteadas, masivos cortejos fúnebres, incluso la muerte propia, que aparecía entre el destello de una ráfaga descargada contra sí mismos.

De Mesetas, la familia Ariza Vega, campesina y comprometida militante, había sido la primera víctima del genocidio contra la UP, el día en que hombres armados cegaron la vida de su joven hija Alba, una tarde de domingo en el parque de Cubarral, Meta, en octubre de 1988. Aunque los hechos habían ocurrido fuera de la jurisdicción de Mesetas, los hostigamientos, las amenazas y los atentados que sucedieron más adelante revelaron la inminente llegada de los malos tiempos al municipio.

La primera militante de la UP asesinada en Mesetas fue la secretaria del concejo municipal. Camacho recuerda que ese día celebraban una fiesta en el pueblo, llamada Festival de la Juventud y los Estudiantes; él era el animador.

Estaba parado en una banca de madera para poder, con el altavoz, animar, al lado del bar que habíamos improvisado, cuando escuché [...] escuchamos todos, ráfagas de fusil ahí encima [...] y se veía que pasaban las balas, se veían las balas, en un espacio donde había más de 300

personas; antes no murió más gente. Cuando ya calmó, todos fuimos a ver: Luz Dary, la secretaria del concejo, ahí muerta. Eso fue en el 90, ella fue la primera víctima de la UP como tal en Mesetas. La fuerza pública se inventó la versión de que había sido una asonada, supuestamente, contra ellos y que, por eso, habían disparado contra el festival.

Ese mismo año, en una casa que tenía hacia la calle un local, en el que funcionaba la oficina de servicios públicos donde atendía un compañero nuestro, y habitaciones arrendadas a varios concejales que vivíamos ahí, hicieron un atentado con explosivos, destruyeron el local, y atrasito estábamos nosotros, varios concejales.

Después, en la sede del Partido de la UP, en la que estábamos Carlos Julián, Dimas Vélez, Rodrigo Cañizales, un señor Enrique Castro, Héctor Torres y mi persona, un día, a eso de las cuatro de la tarde, tal vez pasadas [...] nosotros acostumbábamos a pasar y ver qué orientaciones necesitaba la gente. Le habíamos dicho a Héctor que se estuviera en la puerta del local [...], cuando de una patrulla del Ejército que estaba como a 30 metros en la calle vio salir a un tipo, que además era conocido, con dos armas en la mano dirigiéndose hacia el local donde estábamos nosotros. Héctor empezó a decirle: «Güevon, ¿qué va a hacer?, ¿qué pasó?», y el tipo empezó a disparar. Luego, intentó sacar una granada que tenía en el bolsillo de la camisa y, entonces, Héctor le metió una patada en la mano que la hizo caer al piso; no estaba despinada. Héctor corrió y el tipo cogió la granada y la mandó al local. Ahí fue donde salió herido de gravedad Enrique Castro; nosotros alcanzamos a salir hacia un patio trasero. Lo curioso es que salimos nosotros a auxiliar a los heridos, los que salimos ilesos, y la policía nos detiene. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Y así continúa, en una especie de obituario que va deshojando con su relato, al que se suman nombres de quienes fueran funcionarios, dirigentes y activistas, así como descripciones de lugares y situaciones, en un intento por hacer una cronología completa del exterminio. Aun así, este sobreviviente tiene lugar en su corazón para expresar gratitud por los gestos de solidaridad de la gente del común y de los líderes de otros partidos; sin mostrar agotamiento por lo difícil que pueda resultar revivir todos esos episodios, este valiente hombre da cuenta de masacres, asesinatos, desapariciones y del cinismo con el que justificaban los actores del Estado cada hecho.

Por ejemplo, el muchacho que nos hizo ese atentado ahí era un muchacho común del pueblo que, hasta ese momento, no se le veía ninguna sospecha; por eso, al compañero que lo vio en la puerta le pareció curioso, porque era un amigo desde el punto de vista personal, pero él iba ya era a hacer el atentado.

Dos personas que, durante tres o cuatro días, estuvieron posteando la casa mía y la de Edixon Moya, a mañana y tarde, haciéndose los que leían revistas ahí sentados en unas piedras, y que la gente vecina nos avisó y nos dijo: «Ojo con lo que está pasando». Entonces, ya nosotros dijimos: «Esto es raro [...] toca hacer observación a ver qué es». Sí, un día salieron, pero pasaron de largo, alguien les puso cuidado y fueron a parar a la casa de un jefe paramilitar que había. Entonces, le pedimos al alcalde, que era compañero nuestro, que hiciera revisión de esa casa, quiénes eran los dos tipos [...], el alcalde dio orden a la policía; pues, allá detuvieron a los dos señores armados de civil. Los llevaron a la estación de Policía y, por ahí como a la hora, apareció el comandante del Batallón 21 Vargas de Granada reclamándolos, que

no, que eran los escoltas de él que habían llegado a revisar la base, que habían pedido permiso para salir a la calle un ratito.

Nosotros hacíamos denuncias públicas, pero eso no tenía ningún efecto. O sea, tenía efecto en la medida que podíamos advertir a la gente sobre lo que estaba pasando, pero en las oficinas del juzgado o de la Fiscalía, los que mandaban eran los paramilitares por sí o por no; entonces, usted era la funcionaria, yo iba y denunciaba, pero usted callaba, archivaba o [...] le llegaban a usted a pedirle la información: «¿Quién estuvo aquí?, ¿denunciando a quién?».

Era la gente en sí la que nos favorecía. Mucho liberal independiente nos ayudaba a cuidar porque entendían que nuestro trabajo no chocaba con la gente. Sabían que todo eso era por ser de la UP, nos decían: «Los están matando y a ustedes también los van a matar, pero sus razones son justas». (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

6.4.4. El que es no deja de ser

El ocaso provocado a la Unión Patriótica tenía el claro mensaje de apagar cualquier iniciativa popular, alternativa o de izquierda en la escena política nacional. En la mayoría de las zonas en las que la UP había sido una fuerza política significativa, la habían aniquilado, estaba muy debilitada, o perdía las elecciones en hechos confusos, como ocurrió en 1994 en Mesetas: unas elecciones sobre las que aún, 30 años después de transcurridas, persiste la duda sobre la veracidad de los resultados oficiales. Esta fue una derrota para la UP y para Camacho, favorecida por el hostigamiento de la guerrilla al Ejército durante la noche del escrutinio y por los estragos del aguacero que cayó esa noche haciendo balsitas de papel los votos.

6. Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia

La orientación era mantenernos en las corporaciones públicas, entonces, uno continuaba en la lucha; acertado o no, uno no veía eso, no sentía miedo. Ya habían asesinado a Carlos Julián, habían desaparecido a Julio Serrano, pero uno seguía, hasta que se acabó la UP; alcancé a ser candidato a la alcaldía en el 94, fui el último candidato a nombre de la UP. Doña Derly Mateus me ganó a mí por 70 votos; de pronto, eso me salvó la vida, [o si no] me hubieran matado. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

Por fortuna, eso no pasó y, como el que es no deja de ser, Luis Alfonso Camacho, nacido un 13 de julio de 1956 en una vereda de Yacopí, líder sindical y comunitario, así como defensor de derechos humanos, siguió comprometido con las causas populares en el municipio que lo recibió en el Meta y del que nunca se ha ido: «Cuando ya no pudimos sostenernos como UP, porque nos habían sacado a bala, creamos un movimiento que se llamó Movimiento Cívico Comunal, apoyados por las juntas comunales, y durante dos periodos fui concejal por ese movimiento cívico» (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024).

Así como la acción política de este sobreviviente de la Unión Patriótica no se detuvo, la represión tampoco. Mientras era presidente del comité de derechos humanos del municipio, a inicios del nuevo milenio, cuando finalizó la zona de distensión en 2002, de la cual Mesetas hizo parte, se intentaron nuevamente establecer diálogos y negociaciones de paz con la guerrilla de las FARC-EP. Sin embargo, una mañana de septiembre, muy temprano, en un carro expreso que lo recogió, Camacho salió hacia la zona rural del municipio, dejando su familia, sus pertenencias y, de nuevo, la amada biblioteca de libros que había organizado y que ni el Ejército, en los allanamientos que le habían hecho, había logrado descompletarle porque, muy a su manera, supo negarse a un supuesto préstamo que un

militar le solicitó. Lejos de la casa que había conseguido en el barrio Jaime Pardo Leal, huyó para refugiarse ocho años en la montaña: un desplazamiento forzado, a lo que él llamó «región por cárcel».

Empezó a llegar el Ejército, la fuerza pública, bueno, bien que llegara, pero lo que no era correcto era que empezaran a amedrentar a la gente, amedrentar y dar dádivas, para que la gente informara quién se relacionaba con la guerrilla, dónde entraba la guerrilla, dónde no y, supuestamente, quién era guerrillero, miliciano, etcétera.; reunían a los niños, les daban dulces para que los niños «contaran», era a hacerlos hablar. Entonces, nosotros denunciábamos; con la denuncia, bajó el tono de las cosas, pero siguió el amedrentamiento.

En los primeros 20 días de septiembre fue que se hizo visible la presencia del paramilitarismo en Mesetas; con el personero Francisco Basilio Arteaga, llamamos la atención del Ejército y la Policía [...] les dijimos: «Miren, hay personal armado de civil que está entrando al pueblo y están amedrentando a los comerciantes», porque era a amedrentarlos y extorsionarlos. Entonces, la respuesta que nos dieron fue: «¡Ah, no!, es que nosotros creíamos que eran milicianos, por eso no los requisamos, ni les dijimos nada». Les dijimos: «No sabemos qué son, si milicianos o guerrilleros, estamos diciendo es que es personal de civil armado, extorsionando al comercio». Al siguiente sábado volvieron los tipos a hacer presencia, volvimos y les dijimos, y la respuesta que nos dio el comandante de la Policía y del Ejército fue: «¡Ah!, es que a esos sí los ven, pero a los guerrilleros no los ven». A la siguiente semana, cambiaron el comandante de la Policía y del Ejército.

Esa misma semana rodearon el barrio donde yo vivía; me salí de la casa a observar qué pasaba, cuando iban con unas personas de civil

y con unas hojas así en la mano... entonces, me llamaron, era para, supuestamente, presentarme a los nuevos comandantes de Policía y del Ejército. Con ellos iban personas de civil, el objetivo era que me identificaran; de una dijeron: «Miren, él es el que hace las denuncias con el personero y él vive en tal parte».

Al sábado siguiente, dije: «Ya no me puedo quedar más, me voy». Pagué un carro expreso y me salí del pueblo, muy de mañana, antes de que pusieran retén; el lunes siguiente mataron el primer campesino ahí en el pueblo. Duré ocho años con región por cárcel, ya no me desplazé para otro departamento ni para otro municipio, sino al interior de la región, sin salir a los pueblos donde hubiera fuerza pública, internado en una parcela. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

6.4.5. La anhelada reparación

Las noches en el Jardín de las Peñas son frescas. Allí, a hora y media de Mesetas por carretera destapada, en un lugar que se ha convertido en destino turístico de viajeros a los que poco o nada les interesa la historia de un genocidio contra un partido llamado Unión Patriótica y que van en busca de las maravillas del cañón del Güejar, vive a sus 68 años Luis Alfonso Camacho, afrontando tiempos de escasez y precariedades no resueltas, que fueron y siguen siendo llevaderas, porque él ha sido un hombre afortunado de estar con mujeres que han compartido sus ideales.

Entre ellas, se encuentra aquella muchacha que provenía de una familia Mahecha, de Cundinamarca, reconocida por sus ideas de izquierda, con quien llegó a Mesetas en 1983 a echar raíces, y con la que años más tarde lloraba la pérdida de dos hijos: una pequeña que perdió la vida en un

trágico accidente provocado por el mal estado de las vías rurales y uno de los tantos jovencitos que se fue a la guerra y no volvió más.

Para Camacho, la mayor reparación, antes que unos pesos, que sirven pero que no solucionan, es que se les pudiera regresar a las personas los derechos políticos, sociales y culturales.

Que esas personas tengan la posibilidad de rehacer su vida emocional, que uno pudiera regresar, digamos, a su lugar de origen con alguna estabilidad económica y emocional, sentirse con derechos, porque hoy van a decir: «Pero es que la UP tiene personería jurídica y tiene todo eso», pero hay mucha gente todavía que inclusive teme hablar del tema [...] Imagínese que pudiera encontrar los restos de mi hijo, que nunca he podido encontrarlos [...], a pesar de que he tocado puertas, nunca he podido encontrarlos. Es un caso personal, pero es el caso de muchas víctimas de este conflicto; necesitamos más que una reparación individual, una reparación colectiva, para sentirnos libres, pensar libres y que [...] el progreso de la sociedad, el desarrollo del país sea equitativo. En esa vía, hacer este libro no es reconstruir una historia personal solamente, la de Camacho o la de cualquiera de nuestros protagonistas, es dejar memoria de lo que ha sido nuestra militancia antes, durante y después de la UP. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

6.4.6. Hay tres cosas que no puedo olvidar

Con la madurez de sus años, la calidez y la humildad que lo caracterizan, Camacho se reafirma como militante. Dice que se hará a un lado por sus limitaciones de salud y por el anhelo de pasar sus últimas peluqueadas con sus hijos y nietos en un lugar tranquilo y de fácil acceso, aunque no

llegue el auxilio de adulto mayor que ya le han negado en repetidas oportunidades por haber pertenecido al régimen contributivo.



Figura 45. De izquierda a derecha: Alfonso Camacho, Gregorio Moya, Mercedes Moya, Álix Hernández y Dora Ariza. Jardín de peñas, enero 2024.

Fuente: archivo familiar de Dora Ariza.

En la actualidad, vive en compañía de Mercedes, la misma que siguió sus pasos y se internó con él en la parcela que les sirvió de refugio durante las épocas más duras de la persecución paramilitar, la que hace rendir los pesos, lo cuida y le ayuda con la lectura, que ya se le dificulta y que añora.

Así finaliza este relato, que tiene por victoria sobre la muerte, haber sido tomado de la propia voz de un «militante por siempre»:

Para mí, hay tres cosas que no puedo olvidar o que las debo tener en mente siempre, siempre: la militancia política al lado del Partido Comunista y sus derivadas como la UP, la familia, que por más que haya dificultades, hay que estar al lado de la familia, y el movimiento

social, o sea, las comunidades. (CNMH, DCMH, Alfonso Camacho, Villavicencio, mayo 18, 2024)

6.5. Miguel Antonio Rubio: el compañero alcalde

Este relato se basa en entrevistas realizadas en enero de 2024 en la casa de Miguel, en La Julia, Meta. Además de las voces de los entrevistados, incorporamos nuestra propia voz como interlocutoras y conocedoras tanto del personaje como de la época de la Unión Patriótica (UP) en Mesetas. Miguel Rubio es uno de los dirigentes más antiguos del Partido Comunista y de la UP en la región, sobrevivió a múltiples atentados y hoy nos comparte su historia con orgullo.



Figura 46. Miguel Rubio levanta su mano para tomar juramento como alcalde. Mesetas, 1990.

Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

6.5.1. Veníamos de la parte donde hay poquita tierra

La Julia es un pequeño pero pujante pueblo, ubicado en el municipio de Uribe, en el departamento del Meta; luego de pasar el puente sobre el gran y hermoso río Duda, ya es territorio de La Julia: la división entre los municipios de Mesetas y Uribe la marca el cauce del río. El clima es muy caluroso, llega hasta los 33 y 34 grados.

Allá, en su casa, a la sombra de unos árboles y al lado de un tanque de agua, nos sentamos para escuchar los relatos que Miguel, a sus 82 años, quiso contarnos. «Yo nací en Primavera, Valle», comienza a relatar Miguel:

Por la violencia del 48 y del 49, mi papá salió de allá y nos llevó para Calarcá, Quindío, y en esas andanzas del Quindío —todos esos territorios son cafeteros— yo era un obrero ambulante. Entonces, me iba a coger café por allá, a todas esas veredas, porque a mí me tocó trabajar desde sardinito, como desde los nueve años, a lo que me saliera, más que todo a coger café, volear azadón, sembrar matas... bueno, lo que fuera [...].

A la escuela pude ir por muy poco tiempo. Cuando tenía ocho años fui a una escuela en un sitio llamado La Tulia; el profesor se llamaba Héctor. Año primero. Claro que, en esa época, en el año primero se aprendía mucho, lo que hoy es como llegar a tercero.

Eso era un pueblito chiquito; en esa época, no le decían inspección sino corregimiento. Entonces, cuando La Violencia nos sacó de ese pueblito, mi papá se puso a coger café con nosotros, aquí y allí, en distintas veredas del Quindío; entonces, no había estabilidad para el estudio de nosotros [...] Un señor Elías nos llevó a una finquita a coger café por contrato y [...] ahí fue cuando entré yo a grado segundo; terminé el primero, pasé a segundo. En esa época, para pasar a

segundo, uno tenía que saber cuatro materias: sumar, restar, multiplicar y dividir, las cuatro operaciones básicas y, si no, no pasaba. Bueno... y saber leer y escribir bien. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Como les ha ocurrido a tantas familias, el padre de Miguel había dejado abandonada su finca en el Valle por causa de La Violencia; en el Quindío, él y sus hijos se emplearon para conseguir el sustento, haciendo contratos para recoger las cosechas de café. Miguel ingresó a cursar el grado segundo, pero al padre le tocó irse a trabajar a una finca muy lejana y allá no había escuela, así que no pudo continuar estudiando. Miguel hace una pausa y un gesto que denota su pesar por el recuerdo de sus estudios de primaria truncados, pero luego toma un respiro y, con su acento paisa, continúa:

Yo quedé huérfano sardino; mi papá murió en el año 53, y éramos hartos hermanos. Mi mamá no sabía leer, ni escribir, ni conocer plata ni nada, porque en esa época los viejos no dejaban que la mujer o esposa supiera que él tenía plata. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Miguel esboza una sonrisa entre sus recuerdos y continúa:

Recuerdo que, una vez, mi papá estaba contando una platica, por allá de un baúl la sacó, y yo estaba mirando por la ventana [...] «¡Uy!, mi papá tiene harta plata», le dije a una hermana; eran billeticos de veinte pesos, eran como azulocitos, lo más de bonitos. El viejito contando allá... ta, ta, ta. Entonces, [mi hermana] fue y le contó a mi papá, y él dijo: «Sí, ¡gran carajo!», yo recuerdo esa frase: «¡Gran carajo!, arréglese que nos vamos pa Calarcá». Yo fui y me bañé ligerito y, cuando fui a vestirme, se va quitando esa correa: «¿A quién es que va a decirle que

yo tengo plata?»; me dio tremendos correazos. Le daban a uno por el lado de la hebilla, eso penetraba en la piel; los bordes y el gancho de la hebilla [lo arañaban] a uno [...] Arranqué yo por ese cafetal arriba, a esconderme, porque me daba miedo que me alcanzara el viejo. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Cuenta que eran entonces diez hermanos: tres hombres y siete mujeres, de los cuales ya han fallecido tres hermanas.

Poco tiempo después, algunos familiares de Miguel viajaron a conocer las tierras del Meta. Llegaron a Granada y quedaron encantados con esas tierras donde las planicies se perdían a lo lejos, y en las vegas del río Ariari la agricultura era próspera y abundante.

Se vinieron que dizque a conocer. Cuando volvieron, ya fue como a los ocho días que nos fuimos a los Llanos [...] en una camioneta Willys; empackaron ahí todo y nos vinimos. Echamos yo no sé cuánto tiempo de Calarcá a Granada, porque en Cajamarca tocaba subir por ese río arriba. Cuando eso no había ese puente que atraviesa hoy Cajamarca, sino que tocaba subir como una hora pa voltear y salir otra vez casi al frente del pueblo. La carretera era muy mala, muy estrecha en esa época.

Bueno, llegamos donde hoy es Granada, eso se denominaba Boquemonte; llegamos ahí una noche. Por allá buscaron a un señor, don Tulio Guzmán, que era polvorero [...] y cuadraron una piccita y ahí nos quedamos. Al otro día, nos tocó ir a la base militar a hacer la presentación. El puesto del Ejército quedaba donde hoy es la alcaldía, me parece, ahí en el parque la Canta Rana, así le decíamos porque no hacían sino cantar las ranas de noche. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Desde muy joven, Miguel comenzó a responder por su familia. En ese momento, su mamá, una hermana y sus dos hermanos conformaban el núcleo familiar; las demás hermanas ya se habían organizado aparte con sus maridos.

Cuenta Miguel que, realmente, su destino inicial era San Antonio, que después se llamó Fuente de Oro, pero que el encuentro con algunos conocidos los mantuvo en Granada. No había entonces carretera de San Martín a Granada; los carros se desplazaban por la sabana —«los carritos, los camperos se venían por una trochita»—. Era 1957, y Miguel tenía ya quince años.

Entonces, nos fuimos y nos colonizamos pa'l lado de La Cal, en El Castillo, al otro lado de El Castillo. ¡Ah!, ¡juemadre, esa selva! Eso era temible [...] pero nosotros, a la hora de la verdad, nos amañábamos allá. Entonces, yo venía a remesear; nos mandaban a Salvador y a mí a Granada y, a veces, durábamos hasta tres días en volver, porque en tiempo bueno eran nueve horas de camino, nueve horas. El paso del Ariari era jodido y, luego, Los Uruimes. Nos tocaba pasar el río La Cal, el río Uruimes y el Ariari. ¡Imagínese! (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

En El Castillo, a pesar de que era más selva y monte que cementeras, la familia se acomodó por un buen tiempo; pronto fueron encontrando paisanos y vecinos con los que hicieron amistad. El terreno era pequeño, a lo que ellos estaban acostumbrados, porque así era en el Quindío, como cuenta Miguel:

El fundito era por ahí de unas veinte hectáreas, pero lo partimos entre tres personas, porque es que la gente que viene de los territorios ca-

feteros... allá hay gente que tiene apenas una cuadrita, dos cuadritas y ahí tienen café, tienen plátano, tienen de todo; entonces, nosotros veníamos de una parte donde hay poquita tierra. Habíamos repartido el lote y, cuando comenzamos como a abrirnos, vimos que no nos alcanzaba pa nada. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Como buen paisa, Miguel relata distintos detalles y anécdotas, y trae a la memoria un recuerdo que parece haber marcado los senderos de su vida: el día en que, mientras esperaban que pasara algún viejo campero para regresar a El Castillo, se encontró con una pareja de jóvenes estudiantes: «Ponga cuidado que aquí es donde llega lo bueno», dice:

Ahí en esa esquina, yo con el jotico de la remesa, y ellos conversaban de estudio y decían palabras como muy bonitas, así como muy decentes, muy señoriales. Esa parejita de jóvenes hablaba de temas de estudio y toda esa vaina, y a mí me iba dando como nostalgia: «¡Ah!, [...] esta pareja como habla de bonito», y yo como que sentí que me faltaba todo eso: hablar bien, expresarme bien, saber conquistar a una mujer con palabras elaboradas, bonitas [...]. Yo sentía todo eso. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Entonces, Miguel, impulsado por un deseo de aprender, de hablar bonito, de usar frases *decentes* y *señoriales*, empezó a leer revistas y novelas, a leer el periódico *El Tiempo*:

Eso sí, me inscribí a *El Tiempo*, y cada ocho días encontraba yo el periódico que me dejaban en Granada [...] Comencé a leer novelas y toda esa vaina y, entonces, encontraba las frases que había escuchado a la pareja de jóvenes, pero otras mucho más finas en lenguaje.

Leía novelas de amor y todo eso... Entonces, ¿qué hacía yo? Como fumaba cigarrillo y tenía —no era mechera— sino una caja de fósforos, de esas antiguas, largas... Conseguí un diccionario para conocer el significado de todo ese lenguaje. Escribía apuntes en la caja de fósforos y, entonces, cada vez que encendía el cigarrillo, miraba mis notas en la caja y así me grababa el significado de todas esas palabras.

Bueno, ya fui adquiriendo... porque a mí me interesaba la fraseología, y fui aprendiendo cómo entablar un diálogo con buenas frases, bien estructuradas. Me fui preparando en vocabulario y ya después, en mi vida política, usaba algunas de esas frases, porque tenían contenido. El finado Carlos Julián, a veces, me criticaba, y él me decía: «¿Usted de dónde sacó esas frases? En los discursos echando esas palabras, cuando uno ni siquiera las conoce». Entonces, yo le dije: «Bueno, algunos las conocerán o buscarán qué significa eso». ¡Imagínese! Llegar eso hasta la dirección de nosotros por el lenguaje. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Un día, leyendo el periódico, Miguel encontró un cupón para un curso de Agronomía en la Universidad de Rivadavia, en Buenos Aires, Argentina.

Entonces, me dijeron que la oficina quedaba en la avenida Trece y yo me fui a averiguar, pero, en esa época valía como novecientos y pico de pesos, que era harta plata: «¡Uff!, ¿cómo hago?». Resulta que yo en esa época llevaba comidita para Bogotá, compraba en El Castillo y hacía un viaje. Yo regateaba en esas plazas en Bogotá [...] Es que yo he sido muy aventurero. [...] Me pude conseguir el dinero y de una me hice matricular. Como al mes y medio, me llegaron los materiales del curso de Agronomía. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Ese curso le permitió vincularse con el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA).

Ya el ICA congenió conmigo, para experimentos y toda esa vaina. Allá aramos terreno y cultivamos maíz opaco, amarillo, hicimos huerta casera, y a ellos les servía también porque podían estudiar técnicas agrícolas. El Incora [Instituto Colombiano para la Reforma Agraria] y el ICA, conmigo congeniaban mucho, hartó; hacíamos días de campo para invitar gente a que conociera los cultivos, la técnica de los cultivos. A mí me servía porque, entonces, yo iba oficialmente y vendía en el Idema [Instituto de Mercadeo Agropecuario] y me lo recibían porque era una remesa con visto bueno del ICA y del Incora; entonces, yo vendía ahí, sin problema. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Su formación autodidacta fue creciendo. Continuó estudiando y, cuando se integró a la Junta de Acción Comunal, ya contaba con bases sólidas para orientar y promover el trabajo colectivo. Se vinculó también a la organización educativa de la escuela radiofónica ACPO (Acción Cultural Popular), de Radio Sutatenza, convencido de que el campo colombiano necesitaba más técnica, más conocimiento práctico para desarrollarse: «Porque a mí me gustaba buscar la parte de aprender técnicas para la agricultura, yo veía que a la agricultura le faltaba técnica» (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024).

El programa de escuelas radiofónicas surgió bajo una organización denominada Acción Cultural Popular (ACPO), de la mano del sacerdote José Joaquín Salcedo, que le permitió a más de 8 millones de campesinos salir del analfabetismo y que se proponía un cambio cultural y educativo para el campo colombiano (RTVC, 2017).

Miguel continúa con su relato:

A mí siempre me ha gustado leer y estudiar, me gusta mucho la historia, la historia de los países, sus guerras y todo eso. Ahorita estoy interesado por el tema de la inteligencia artificial, que vea usted hasta dónde han llegado las cosas y hasta dónde puede llegar a ser perjudicial. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Durante un tiempo, la familia se estableció en la vega del río Ariari, donde Miguel logró comprar otras parcelas y las cementeras prosperaban. Sin embargo, el río Ariari, que en épocas de invierno desborda sus aguas e inunda los terrenos aledaños, llegó con fuerza a la finca y poco quedó de sus mejoras. Al respecto, dice Miguel:

Había comprado tres herencias baratas, yo fui agrandando el predio; cuando el río ya comenzó a dañar la primera finquita, que era de mi mamá [...] entonces, nos fuimos [...] El río se llevó esas tierras, las inundó, mató plataneras, aguacates, casi todo, eso lo secó, porque el río Ariari tiene una característica: trae caliza y esa caliza viva mata lo que encuentre, pues, alcanza a matar plátano, que es tan fuerte; el cacao, el café, los cultivos los acabó. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

6.5.2. Buenas tierras

Juvenal Díaz, amigo y compadre de Miguel, había conocido el territorio de Mesetas y fue quien lo invitó a buscar finca en esa región:

«Compadre, por allá hay unas tierras que las venden y son bastanticas y son buenas tierras»; entonces, fue cuando me vine para Mese-

tas. Había unos pastusitos [oriundos de Pasto, Nariño], había como una especie de cocacolito [joven bogotano con dinero] que había comprado una tierra, pero él no pegó allá, no estaba amañado, decía que lo de él eran las letras y toda esa vaina, sabía mucho... pero, al final, no sabía nada.

Yo le dije: «¿Usted cuanto pide por eso?», dijo que pedía 50 000 pesos, y yo lo único que había alcanzado a levantar era 35 000 y, ¿pa los otros quince?... Lo de mamá no se podía vender porque eso había quedado vuelto nada. Eso fue como en 1973.

Entonces, negocié con el señor, así: él me garantizó que había 120 hectáreas, y como yo intuía que no las había, le propuse que, cuando se hiciera la medición oficialmente del terreno, le pagaba los quince [mil] restantes; aceptó. Cuando se midió, solo había setenta y cinco hectáreas; entonces, se descontó de la deuda. ¡Hay juepucha!, como que le quedaron 1000 pesos. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Ya en Mesetas, Miguel se incorpora a la Cooperativa de Caficultores, donde se encontraba realizando activismo organizacional José Julián Vélez, quien trabajaba con la cooperativa en Guamal. Así lo rememora Miguel:

Él ya hacía parte, y cuando yo fui a la primera asamblea quedé de vicepresidente, porque ya tenía fundamentos agrícolas, fundamentos de organización campesina y toda esa vaina... eso le sirve a uno mucho. La cooperativa agrupaba varios municipios: Guamal, Cubarral, El Castillo, Lejanías, San Juan de Arama, Mesetas, esos eran nuestros territorios cafeteros. Nosotros comprábamos el café ahí y lo llevábamos a Bogotá.

La cooperativa daba plata para comprar, pero tampoco a todos se les podía comprar, porque era para exportación, entonces, tenía que

ser de muy buena calidad, pero se pagaba más [...] Entonces, yo compraba café que, a veces, rechazaba el comercio, pero yo lo compraba porque lo miraba bonito y, a mí, la Federación me lo recibía.

En El Castillo, Miguel se había vinculado también con el Partido Comunista, y ya en Mesetas se conoció con Miguel Patiño y con Héctor Montes, quienes eran los dirigentes en ese momento. Al respecto, sigue Miguel:

Yo tenía nociones de partido; de una vez fui vinculado al comité de zona y eso sí fue rapidito, a trabajar, a crear partido [...] Con Héctor Montes, por aquí anduvimos; aquí, donde está esa casita, había un árbol de cedro macho que habían tumbado. Había un señor Elías y la señora se llamaba doña Julia y, por eso, a este pueblito le pusieron La Julia, como algo emblemático en nombre de la señora; ellos eran colonos de aquí. Nosotros íbamos de aquí pa abajo, caminábamos todo esto con Héctor Montes, subíamos río arriba hasta un sitio que llamaban Yamanes, haciendo partido. Aquí se creó también una dirección de zona.

Bueno, con la cooperativa vimos que era necesario inscribir socios, entonces, colocamos una mesita en el andén de la sede de la cooperativa los domingos, y nos pusimos a inscribir caficultores con las normas que regían la cooperativa; pues, ¡sí, señor!, era como la plaza de los cafeteros, más volumen cafetero, más socios. Ahí fue cuando Julián (José Julián Vélez) llegó a la dirección de la cooperativa. Él tenía prelación por la base comunitaria, porque era del sindicato también. Yo llegué también al sindicato agrícola, creo que era afiliado a Fensuagro, después pasó a ser Sintragrim. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Dentro de los diversos cursos de capacitación que hizo Miguel, uno fue de salud y primeros auxilios, a través de las escuelas de capacitación de Radio Sutatenza. Por correspondencia, le habían hecho llegar un libro de primeros auxilios que Miguel repasaba diariamente y ponía en práctica cada vez que era necesario.

Por aquella época, se desarrollaba en Colombia un programa nacional para prevenir y disminuir la malaria. A las veredas de Mesetas llegaban visitantes de la Campaña de Erradicación de la Malaria (CEM), a quienes la gente llamaba «los malarios». Miguel se asesoró de estos funcionarios para aprender más sobre temas de salud, y ellos le proporcionaron elementos con los que conformó un botiquín. Aplicaba inyecciones, hacía curaciones, ponía sueros, entregaba medicamentos, atendía partos y hasta sacaba muestras para laboratorio que, luego, llevaba al puesto de salud del pueblo. Recuerda Miguel:

Un día, me regañó el doctor. Yo le dije: «Vea, doctor, traigo estas muestras para que haga verificación». «Eso de verificación no diga, porque la verificación se hace es a través de métodos de ciencia», me contestó. Le dije: «Vea doctor, quiero que me excuse lo que le voy a decir, pero el lenguaje mío es un lenguaje rústico de campesino. Yo no puedo igualarme en el lenguaje suyo, porque sé que hay unas diferencias en cada grupo social. Hable usted con un abogado y verá que el lenguaje del abogado es distinto al lenguaje médico, y quiero que me entienda: yo soy campesino y mi lenguaje es campesino».

Ya me atrevía a coser heridos. Ahí, donde llaman Tres Filos, a un señor le pegaron un hachazo [...] Se le desencabó el hacha a un trabajador y fue a darle debajo de la rodilla a otro de los trabajadores. Entonces, como yo había leído muy bien cómo suturar una herida, y tenía mi botiquín con el alcohol, el hilo, las agujas... yo lo cosí y lo paladié; eso fue

como un viernes. El miércoles llegó el Ejército por el tema del señor; yo pensé que, de pronto, se pondrían bravos porque lo había cosido, no, ellos preguntaron que quién lo había hecho, dije: «Yo», que cómo lo había hecho; les contesté: «Yo, viendo esa herida tan fea, me atreví». Pero el problema era que yo tenía xilocaína, y la xilocaína cualquiera no la tiene. Entonces, ellos me preguntaron que por qué yo tenía esos medicamentos. Les dije: «Es que yo tengo un estuchecito de primeros auxilios; el CEM me dio ese botiquín». Dijeron que lo había hecho bien. Pero, entonces, él médico se enojaba conmigo. A un tocayo mío, le pegaron un machetazo [...] y yo lo curé, lo cosí, y, claro, cuando lo llevaron al médico, preguntó: «¿Quién lo cosió?», «Pues, Miguel, allá en la vereda». Eso le molestaba al médico. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

6.5.3. La Unión Patriótica

La Unión Patriótica nació en 1985; su avance organizativo y electoral fue muy notorio en diversas regiones del país. Así lo describe el CNMH (2018b), en el libro *Todo pasó frente a nuestros ojos. Genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002*.

En su primer año, la UP desplegó una considerable actividad organizativa y para el primer congreso, que se realizó el 16 de noviembre de 1985, en Bogotá, su balance señalaba que el partido tenía presencia en la mayoría de los departamentos del país y en los entonces territorios nacionales. Según cifras establecidas por la propia UP, se realizaron 572 actos en todo el país para su lanzamiento y organización; se constituyeron 2229 juntas patrióticas (órganos de base) en 209 municipios y 13 corregimientos intendentiales, y se movilizaron alrededor de 500 000 personas (CNMH, 2018b).



Figura 47. Miguel Rubio, como alcalde municipal se dirige a la población de Mesetas, 1991.

Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

En buena parte de los municipios del departamento del Meta, el nuevo movimiento fue recibido con entusiasmo, sobre todo en los municipios con cierta trayectoria del Partido Comunista, como lo hemos explicado a lo largo de este libro. Sobre esa época y sobre el auge de la UP, Miguel relata lo siguiente:

Con las elecciones de la Unión Patriótica en el departamento del Meta, quedamos como el segundo partido. Había quedado en el acuerdo nacional que, del movimiento que hubiera tenido mayor volumen de votación en los municipios, debería nombrarse el alcalde. La Unión Patriótica ganó en siete municipios: La Macarena, Puerto Rico, El Castillo, Mesetas, Lejanías, Vista Hermosa y San Juan de Arama. Entonces, ante eso, al gobernador —que era Ariel Infante Leal—, dando cumplimiento a la norma que el Gobierno nacional había es-

tablecido, se le presentaron las ternas por municipio para nombrar el alcalde por decreto.

Mi hoja de vida fue la más opcionada, porque tenía más relación comunitaria y porque yo señalaba todo eso de los cursos: de acción comunal, de cooperativismo, curso de sindicalismo, en la Cooperativa de Caficultores... y, además, tenía buenas relaciones sociales. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Miguel era concejal en ese momento y, ante la perspectiva del nombramiento de un alcalde de la Unión Patriótica, sus compañeros lo postularon, dados sus conocimientos en diversos campos, y sus relaciones y actividades en varias organizaciones comunitarias. En medio de la alegría de los seguidores de la UP, Miguel preparó su documentación para enviarla al gobernador del Meta.

Pero había un requisito: tocaba hacerse ¡exámenes psiquiátricos! A mí me tocó con un muchacho de Villavicencio hacerme esos exámenes. Lo primero que hacen es sentarse a conversar con uno, a tratar de investigarle qué conceptos tiene, la capacidad analítica, digamos, si lo que uno está diciendo es coherente. Ese muchacho era el hijo del médico que trabajaba en Mesetas cuando yo recogía muestras y hacía primeros auxilios, el que me regañó un día cuando le dije que le traía esas muestras para que hiciera la verificación. [...] Yo le conté todas esas anécdotas al muchacho, salimos siendo hasta buenos amigos y me dio la certificación: «Bueno, Miguel, ¡alcalde, alcalde de Mesetas!», pero yo era concejal, y el código de régimen político municipal en esa época —no sé si ahorita esa norma habrá cambiado— decía que los concejales no podían tener cargos remunerados; entonces, yo tenía que renunciar, duré ocho meses.

Luego, trajeron un compañero por allá de Cundinamarca de apellido Mayorga; él me reemplazó y yo volví al concejo. Claro que a mí me sirvió mucho esa experiencia; en esos ocho meses que estuve ahí conocí mucho de la administración. Por, eso pa'l noventa, me postularon como candidato y llegué por segunda vez a la alcaldía, pero esta vez por elección popular; sacamos ocho concejales de once. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Ejercer el cargo de alcalde, a nombre de la izquierda, del Partido Comunista y de la Unión Patriótica, representaba, para Miguel y su movimiento, la posibilidad de realizar un gobierno en favor de la gente, de hacer obras en beneficio de la población. Era demostrar que no se llegaba a esa instancia con el ánimo de apoderarse de los recursos públicos, sino de beneficiar a la comunidad y al territorio; sin embargo, también constituía un gran reto personal y político. Así lo cuenta Miguel:

Al comienzo uno se preocupa, al asumir un cargo como la alcaldía, pues yo pensaba que, para mí, iba a ser muy difícil, pero resulta que no. Uno se va preparando poco a poco y, cuando ya entra a la vida social, a la relación con la gente, uno aprende mucho más... y también ellos aprenden de uno. Yo hacía diversos talleres que ofrecían para especializar a los candidatos en la Escuela de Administración Pública, la ESAP.

En nuestras administraciones llamamos a todos a participar; a los conservadores de El Mirador, que eran veintitrés, a ellos se les invitó a hacer parte. Buscábamos que todos participáramos, porque nosotros lo que queríamos era que ellos entraran también a colaborar, que no fuéramos a monopolizar la administración, porque hay veces que eso se monopoliza. Por ejemplo, la secretaria era liberal, era la esposa de

Gustavo Moya, y había otros liberales. Bueno, queríamos ser como una familia, como bien allegados, porque veníamos de la colonización, desde que entramos al territorio, que no había problemas políticos ni nada. Todos se servían, todos comíamos, todos nos ayudábamos. Hoy, por cuestiones de políticas importadas que nos dañaron el pensamiento, nos enseñaron fue a odiarnos.

Entonces, nosotros no queríamos eso, sino que siguiéramos siendo Mesetas, un ejemplo de convivencia, de amistad [...] a los indígenas se les llamó también, ellos no quisieron, pero igual sabíamos que muchos indígenas votaron por nosotros. Ellos estaban asentados arriba, en La Cominera, allá creamos una escuela; todas esas escuelas funcionaron perfectamente. Las comunidades de ese sector, de ese barranco allá, eran de los grupos indígenas. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)



Figura 48. Mery y Miguel Rubio con sus tres hijos, en su casa de Mesetas. 1992.

Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

Mary, la esposa de Miguel, con quien ha convivido por más de 40 años y con quien tiene tres hijos, nos obsequia una limonada fría que, en el sopor

del calor de las tres de la tarde, apuramos a beber. Una brisa tibia mece con suavidad los árboles que dan sombrío en el solar, y Miguel continúa entusiasmado contando la historia de su ejercicio como alcalde de Mesetas:

El programa de nosotros era: primero, la educación, incluyendo la construcción de escuelas; segundo, la salud; tercero, las vías. ¡Salud, educación y vías! —recalca Miguel con firmeza—. Por eso, compramos las volquetas, la motoniveladora, porque necesitábamos que nos dieran un equipo de maquinaria, pero no teníamos plata para comprar todo eso; nosotros hacíamos convenios con Caminos Vecinales y con Obras Públicas Departamentales. Ellos tenían el buldócer para abrir y nosotros teníamos otras maquinarias: teníamos la motoniveladora, teníamos el cargador que el PNR [Plan Nacional de Rehabilitación] nos facilitó, y las volquetas. Eran tres volquetas que compramos en mi administración. [...] Entonces, nosotros coordinamos trabajos con esas entidades; hacíamos distintas obras: alcantarillas, puentes, vías y escuelas.

La Federación de Cafeteros fue una verraquera, porque Julián —José Julián Vélez— tenía buena conexión con el director de Fedecafé, de la Cooperativa de Caficultores del Meta. Habían congeniado mucho con él, y conmigo también congeniaron, porque yo soy muy ubicado en las cuentas.

Yo tenía algunas nociones de administración, sabía manejar la plata, sabía tratar a la gente. Ahora yo voy a Mesetas, y los que en esa época eran enemigos políticos me dicen: «Miguel, véngase pa acá, vuelva, hermano, que usted trabajó aquí muy bien, nunca se robó un peso». Yo les digo: «Es que a nosotros no nos enseñaron a robar», y comienzo a explicarles cuáles eran nuestros propósitos, y la gente me pregunta que por qué unos alcaldes salían ricos y nosotros por

qué salimos pobres, porque nosotros no íbamos a hacernos ricos, no íbamos a robarnos la plata del municipio, íbamos era a invertir los recursos en la población, en el territorio. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

6.5.4. La violencia

En 1990, año en que Miguel fue elegido alcalde por voto popular en Mesetas, la violencia contra la Unión Patriótica ya había cobrado muchas víctimas en el Meta. Las alianzas entre miembros de las Fuerzas Armadas, políticos regionales, y sectores ligados al narcotráfico y a las esmeraldas permitieron la conformación, consolidación y expansión de grupos paramilitares por toda la región, con la clara intención de asesinar, desaparecer y sembrar el terror contra los líderes, activistas y simpatizantes de la UP. De acuerdo con el CNMH (2018b):

En el caso del Meta, la alianza se estructuró alrededor de la estrategia contrainsurgente de la VII Brigada del Ejército, en especial alrededor de los órganos de inteligencia de la fuerza pública y el DAS. La información judicial, los testimonios de los defensores de derechos humanos y de las víctimas, así como de victimarios como Manuel de Jesús Pirabán, alias Pirata, señalan cómo los especialistas en violencia que organizaron la estructura conocida como los Carranceros eran una mezcla entre miembros de la inteligencia del Ejército, la Policía (en Vista Hermosa y Villavicencio), agentes del DAS (como alias Saraviado), sicarios proveídos por los grupos de seguridad de Víctor Carranza y gente llegada de las estructuras del Magdalena Medio, ligadas a Rodríguez Gacha, como Pirata que llegó del grupo de Yacopí. (p. 285)

En Mesetas, hasta ese momento, no había habido ningún asesinato. Al parecer, se decía que ese era un territorio difícil para operar: «un cuello de botella», donde la salida era complicada y la comunidad se mantenía muy alerta. Cualquier extraño era detectado y rápidamente se informaba a los dirigentes.

Al respecto, Miguel cuenta que en una ocasión se salvó de que le lanzaran una granada, gracias a que alguien lo alertó sobre «cierto sujeto sospechoso». Entonces, decidió buscar al hombre y entablar conversación con él; en aquel momento, le ofreció ayuda desde la alcaldía:

Yo le dije: «Oiga, Ernesto, [nombre ficticio] vaya a la alcaldía, hermano, le vamos a regalar unas tejas de zinc pa que arregle su casita». Él fue, se le dieron las tejas de zinc, veinte tejas, porque era una casa de paroi, [tela asfáltica] en muy malas condiciones.

Me di cuenta de que la señora estaba embarazada y le pregunté: «Hermano, ¿su señora sí va a control médico?» Me dijo que no, no había plata, no había nada. Le contesté: «Tenga esta nota y llévela donde el médico». La llevó, le mandaron droga y se le compramos también. Cuando la señora se enfermó, la ambulancia no servía, se les prestó el carro de la alcaldía. Recuerdo que hasta la guantera se dañó, la señora pataleando de los dolores [de las contracciones]. También le dije: «Lleve los niñitos para que el médico les mande purgánticos»; yo los fui sanando.

A ese tipo lo habían vinculado los paramilitares, ofreciéndole plata para que asesinara a líderes de la UP: «A Miguel había que matarlo». Primero que todo, tenían que botarle una granada al que hacía los ataúdes, porque Miguel le compraba ataúdes pa la gente que se moría y no tenía recursos. Entonces que esos eran guerrilleros.

Con el tipo, había otro comisionado para hacer esos crímenes. Estuvieron cerca de lanzarme una granada mientras estaba en mi casa. Cuando estaban frente a la puerta de mi casa, el otro dijo: «Ya llegamos aquí, ahora le toca a usted tirarle esa granada a Miguel». Yo tenía la costumbre de que, como tenía un televisor grande, y compraba videos de películas y documentales, hartos chinitos llegaban a mirar televisión, se sentaban en el suelo, y yo igual ahí con ellos. Cuando él vio eso, dijo: «Yo a Miguel no lo voy a matar, ni tampoco lo vayan a matar». Eso contó el hombre. Claro, él se quedó con la granada y ahí se «divorciaron».

Al otro día, —era como un domingo—, me buscó y me dijo: «Tengo que darle un informe, y tengo que darle una cosa». Cuando llegó, sacó la granada y me dijo: «Esta granada era para usted, vengo a entregársela». Yo miraba y pensaba [...] «¿será que está despinada?», «póngamela ahí encima», le dije. Yo pensé: «qué tal que este man se mate y me mate a mí».

Yo saqué una grabadorcita que tenía y la puse ahí [...] y me puse hablar con él para que me fuera contando todo: cómo era la logística, cómo era que entraban, qué armas tenían para matar gente de la UP. Me contó que el comandante tal llevaba la logística, cómo eran los atentados. Me dijo que ya no le daban nada porque lo habían visto muy de cerca conmigo y que, de pronto, le iban a dar chumbimba²¹. Claro, se aprovechaban de la pobreza para vincularlos al sicariato. Le dije: «Su hermana trabaja en una universidad, en derechos humanos, en Bogotá, pongámonos en contacto con ella y lo que usted me está diciéndome a mí lo hacemos llegar allá, porque sirve para derechos hu-

21 Expresión que indica que lo van a matar.

manos»; él aceptó. Lo saqué en la volqueta hasta Villavicencio, allá nos despedimos y ni más. [...] No volvió al pueblo, pero dejó una información muy completa, yo cogía mucha investigación así.

Esa información me la entregó por la relación y la ayuda que se le había dado. Si yo hubiera tenido una actitud hosca con el tipo, no habría podido descubrir eso, no me habría dado ese informe y me habría tirado la granada esa noche en mi casa. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Entre las lecturas que había hecho Miguel, tenía una de la que entresacaba estrategias de disciplina para su seguridad:

Yo tenía un libro que se llamaba *Viento seco*, yo lo tenía desde hacía mucho tiempo; ese libro narra la violencia del cuarenta y nueve, de por allá del Valle, contaba cómo mataban la gente [...], pero también contenía estrategias de cómo defenderse; entonces, mire el papel tan importante de ese libro. Aunque me regañaban porque [...] yo me extraviaba siempre de camino, esa era una costumbre mía: por donde me iba nunca me devolvía, yo hacía mucho zigzag: bajaba hasta allá, subía por otro lado, quizá eso me salvó también. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

6.5.5. Falsa denuncia por enriquecimiento ilícito

La persecución contra los gobiernos locales de la UP no solo fue armada, sino que también se desplegó en el plano institucional; en esa línea, a varios mandatarios y funcionarios electos se les intentó vincular con hechos de corrupción o malos manejos del erario público. Al respecto, Miguel

nos cuenta que fue denunciado ante la Fiscalía por enriquecimiento ilícito, en las siguientes circunstancias:

A mí me denunciaron por enriquecimiento ilícito, y le voy a decir cuál era ese «enriquecimiento ilícito». Resulta que nosotros necesitábamos una motoniveladora para arreglar las vías. Esa máquina valía ciento nueve millones, y en el municipio no había esa plata. Entonces, yo endeudé al municipio por setenta y cuatro millones, que era la capacidad de endeudamiento que teníamos, pero eso no fue así no más, eso se hizo con todos los trámites legales: autorizaciones de la Gobernación, la Contraloría y todo lo pertinente, hasta que nos dieron la orden de capacidad de avance. ¿El resto de plata de dónde se sacaba, porque valía ciento y pico de millones?

Nos sentamos a pensar con los compañeros y vimos que había una partida destinada para obras en las veredas —para hacer trochas, puentes y alcantarillas—, como cuarenta millones; entonces, sacamos ese excedente del valor de la máquina, para poderla comprar.

El problema fue que el promotor de Acción Comunal, que debía informar a las juntas sobre esa modificación, no explicó lo ocurrido. No les dijo que se había retirado del presupuesto los treinta y pico de millones que nos hacían falta para comprar la maquinaria que les serviría a ellos para el arreglo de vías veredales. Apareció esa denuncia: que el tesorero, el alcalde y el personero nos habíamos robado treinta y cuatro millones del presupuesto [...], que dónde estaba esa plata.

Ya había salido de la alcaldía cuando llegó la Fiscalía a mi casa a ver en qué había invertido yo esa plata. Resulta que unas poltronicas de mi casa estaban rotas, vueltas nada [...] no había nada nuevo, el televisor inclusive era un televisor que, para prenderlo, no servía ni el control,

tocaba a mano; lo único así lujosito eran unos entrepaños que había traído de Medellín, Antioquia, muy bonitos, floraditos, eso era lo más novedoso [...], y los de la Fiscalía vieron que no había nada particular. La plata que tenía en el banco, jummm [...] uno para ser alcalde tiene que declarar renta, no resultaba nada por ningún lado. [...] Entonces, me dice uno de la Fiscalía: «Vamos a ponerle una pena grave a usted», le dije: «¿Qué será?». Me contestó: «Consíganos un racimito de plátanos y unas bananitas, porque nosotros veníamos por usted, pero no hay forma de llevarlo, porque no da por dónde».

En la casa de la cultura, donde ahora es la biblioteca, había un solar con unas matas de plátano, de naranjas. Yo fui y le bajé un bulto de naranjas y les aparté un racimo de plátanos. [...] Se fueron contentos y se dieron cuenta de que no existía ningún enriquecimiento ilícito, listo, aclarado. Cerraron el caso, eso quedó en cero, porque estaban las pruebas y todo eso de la documentación, la plata que se movió del presupuesto para la compra de la motoniveladora, dónde se compró. [...] Ese fue un intento de involucrarme en cosas delictivas. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Como los funcionarios de la Fiscalía llegaron acompañados de algunos uniformados del Ejército, su libro *El viento seco* le pareció sospechoso al capitán, además de otros libros en su biblioteca. También le pareció sospechosa la escopeta que tenía para su seguridad:

El capitán o coronel llegó muy bravo y encontró ese libro, le dijo a la fiscal: «Mire, ¿qué es eso? — Como también tenía una escopeta— [arma registrada debidamente] la pusieron a un lado, y estaban tomando fotografías para decir que yo era guerrillero [...] Es decir, en ese momento me estaba catalogando ese capitán como guerrillero,

porque yo tenía esos libros y la escopeta. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

A este respecto, es pertinente mencionar la estigmatización de la que, desde diferentes sectores, incluyendo algunos medios de comunicación, eran víctimas los miembros de la Unión Patriótica:

La estigmatización se configuró a través de prácticas dirigidas tanto al colectivo UP como a sus miembros. A nivel colectivo, consistió en equiparar a la UP con las FARC, a través de mensajes en medios de comunicación que incluían la frase: la UP es el «brazo político» o «brazo desarmado» de las FARC, mensaje que se proyectaba a través de algunos medios de comunicación masiva dando respuesta a los intereses de un conjunto de la élite: dirigentes nacionales de los partidos tradicionales, iglesia, gremios empresariales y militares [...] A nivel individual, el estigma es un señalamiento que consistió en equiparar a los miembros de la UP con un guerrillero en armas de las FARC. (CNMH, 2018b, pp. 268-269)

6.5.6. Un millón de pesos

A sabiendas de que, en muchos casos, los escoltas asignados a los funcionarios de la UP tenían vínculos con las estructuras paramilitares, Miguel era directo con sus escoltas:

Yo les decía: «Oiga, si nos encontramos con los paracos o las autodefensas, yo no descuento que ustedes me maten y salgan diciendo después que fueron otros los que me mataron, porque estoy dispuesto, si ustedes me van a enfrentar en un momento dado, a pelear contra

ustedes» [...] pero, yo los trataba muy bien, entonces, cuando a ellos les ofrecieron un millón de pesos para que me mataran, ellos dijeron que no, que no aceptaban eso.

Les habían ofrecido un millón de pesos para que dieran el espacio pa matarme. [...] «Hace rato que yo sé quiénes les dan el millón de pesos», les dije. En realidad, yo no sabía quién o quiénes eran, pero, entonces, entramos en conversación y me dijeron que era tal persona. [...] Les dije: «Juicio», porque, sí había que dar bala, yo también podía dar bala. Yo me iba a hacer polígono con los escoltas y policías; entonces, hicimos como amistad.

Inclusive, a uno de ellos lo trasladaron para Boyacá y allá lo sacaron de la Policía; después, me mandó una carta diciendo que lo habían sacado porque lo acusaron de no haberme dejado matar. ¡Vea la complacencia tan grande que tenía el Estado en general! Porque no era solamente en el Meta, era en todo el país donde la Unión Patriótica tuvo representación. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

6.5.7. Unos tipos raros

En 1991, mientras Miguel ejercía como alcalde, como ya hemos mencionado, ocurrieron varios atentados contra su vida. Era un domingo y el doctor Omar Armando Baquero Soler se encontraba en la población de Mesetas haciendo el cierre de su campaña para la gobernación del departamento del Meta. Se había hecho una coalición para apoyar su candidatura, por lo que, entonces, había mucha gente en las calles del poblado. Complementa Miguel:

Ese día estaba yo firmándole unos contratos a un delegado que venía de Bogotá, para la construcción de unas aulas escolares del plan de

educación [...] del Ministerio de Educación. No cogí pa donde estaba el doctor Baquero, porque, si uno se mete, está haciendo política, entonces, nos fuimos por allá cerquita; él estaba echando su discurso. Nos sentamos con el señor a tomar gaseosita. Póngale, usted, cuidado, cuando llegó un amigo al que le decíamos Chiva Loca, me dijo: «Miguel, entraron unos tipos que no son de aquí, muy raros; cuidado, don Miguel»; bueno, seguimos tomando gaseosa. Estaba Mery, mi mujer, con la niña, que estaba pequeñita; estaba el personero Augusto, que después lo mataron. Al frente había un señor que tenía una casetica, y también me dijo: «Don Miguel, hay unos tipos raros, muy raros», le dije: «¿Por qué raros?, ¿en qué sentido?», me dijo: «No son de aquí, no los habíamos visto, y se les ve como raros».

Entonces, yo le dije a Mery: «Váyase con la niña pa la casa, váyase porque no se sabe, de pronto, llegan esos tipos aquí [...] y, pues, si no me matan de los primeros balazos, yo también tengo que echar bala»; ella se fue para la casa con la niña. Cuando entró un tipo todo fachoso y habló con el señor de la tienda, cuando entro yo hice esto así [cara de alerta], y el escolta me miró. Entonces, yo le hice el gesto de que esté atento y listo, me dijo que él también ya había chequeado eso, le dije: «Esto se está poniendo como berraco». El señor delegado que estaba ahí con nosotros no caía en cuenta de nada, pues es gente que nunca ha estado en esas circunstancias. [...] Él había firmado, pero no le había puesto el sello, entonces, yo le dije: «Camine, vamos pa la alcaldía y ponemos los sellos», y nos fuimos.

Íbamos ahí abajito, en toda la esquina donde había una discoteca, Los Guadales, cuando miré al que había entrado a la caseta allá a un lado contra la pared, y había otro al lado, a ese yo lo había visto antes, que había traído que dizque unas muestras de Medellín, que

de camisetas de cosas para dama pa regalar, incluso hasta a mí me invitó a tomar tinto allá al pie de la alcaldía.

El escolta vio que uno era el que había entrado a la casetica, entonces, se fue y le dijo: «Yo soy agente de la Policía, una requisa», pues ahí se formó la balacera: los manes sacaron armas y empezaron a disparar, y nosotros también [...] hubo intercambio de disparos. Entonces, cuando ellos iban a sacar la pistola, nosotros les dimos primero. Uno corrió y se metió por la casa de Reinel, el policía le iba a tirar una granada, ¡joder!, ahí había un niño en una cicla. Le dije, «¡Quietos!, hermano, no la vaya a tirar que mata el niño», ¡huy! lo habría matado, él me paró bolas, me atendió, [...] bueno, se metieron ahí, ya llegó la Policía y llegó el Ejército, llegó harta gente, unos con palos, con los tacos de billar, los que estaban jugando en ese momento, otros con revólver, llegaron los escoltas de la alcaldía con las escopetas.

Yo dije asustado: «Ahora el Ejército va a ponerse con esta gente también a pelear o la Policía», porque eran civiles y algunos con armas, con garrotes, con palos y toda esa vaina [...] Entonces, el Ejército me pregunta: «Alcalde, qué fue lo que pasó»; les relaté todo y les dije «Ustedes, ¿por qué no rodean la cuadra?», rodeen la cuadra y yo los acompaño porque yo sí sé quiénes son los que van ahí, vamos tras ellos, no, que no sé qué; no quisieron hacerlo. Entonces, la policía me sacó de ahí, ya la gente se fue dispersando y dije: «Ya pasó todo».

Los sicarios se salieron por la otra casa, que era la Panadería Pereira, se metieron por el frente y salieron allá donde estaba una muchacha que estaba arreglando el piso cuando le llegaron y le dijeron que abriera la puerta, ella les dijo que no: «Abre o si no la matamos», ella fue y abrió; estaba [el bus de] La Macarena por salir y, de una vez, se fueron en ese bus. Quedó la zozobra, porque ellos tenían ya ese

montaje así tan preciso, entonces, ya no podía yo salir [...] El doctor Baquero escuchó, porque corrió la bola de que me habían matado, porque el policía, cuando se le acabaron las balas y yo me mandé la mano al bolsillo a sacar una puñada que tenía, cuando yo me agaché, la gente pensó que me habían matado, y corrieron a decir que me habían matado; entonces, esa bola corrió por allá donde estaba ese tumulto de gente, en el acto, y el doctor se bajó y se enteró y dijo que eso era un infierno.

Después, cuando estuvo de gobernador, hablamos del tema, me dijo: «Ustedes tienen un corazón muy berraco, ¿quién se va a aguantar a vivir por allá?»; él compaginó mucho con nosotros. Todos esos hechos los denunciábamos, pero se perdieron todas esas denuncias, no aparecieron en ninguna parte, desaparecieron todo; es que los denuncios que ponían los de la UP, en todas las dependencias oficiales, se perdían, no aparecían, pues, distinto en Reiniciar²², porque allá se daban los datos y, entonces, los metían, y en el denuncia que hicieron ante la Corte Interamericana todo eso quedó allá, aparecen algunos de los atentados que a mí me hicieron, pero no todos, porque a mí me hicieron siete atentados, es que no fue cualquier cosa. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

Otro de los atentados que sufrió Miguel ocurrió en la capital del departamento, en Villavicencio:

Nos citaron de la Policía de la Sijín en Villavicencio, a mí y a Julián, creo que a él por la muerte de su familia [se refiere a la masacre de los hijos, nuera y nieto], y a mí para que informara sobre los atenta-

22 Corporación Reiniciar: Corporación para la Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, ONG.

dos contra mi vida. Como a las dos de la tarde llegamos allá, por ahí como a las diez de la noche nos dieron libre, ya se acabó la indagatoria, no habíamos almorzado; entonces, salimos y nos fuimos pa un asadero ahí cerquita, nos encontramos con el personero, el tesorero, pa que fuéramos todos a comer, para defendernos entre todos.

Cuando, sí señor, llegaron unos tipos con revólver en mano así... listos, como buscando a ver a quién, ahí solo estábamos nosotros y una parejita de viejos, entonces, los policías —los escoltas— cogieron las credenciales y se las botaron a los tipos, pa que supieran que eran policías. Uno, en ese momento, no cae en cuenta: «Pero, ellos, ¿por qué les botaban las credenciales?», eso se volvió la trifulca más berraca en un momentico. Las muchachas que estaban cortando el pollo allá adentro salieron corriendo, los viejitos se botaron debajo de la mesa y nosotros todos con las armas apuntándoles también a ellos.

Llegó la policía, una patrulla con carro, y se llevaron los tipos. Hablaron con nosotros, pero se llevaron los tipos y nada más. Se supo que un jefe paraco de Vista Hermosa, que quería echarse a Julián [José Julián Vélez, candidato a la alcaldía de Mesetas en ese momento], nos había mandado a seguir los pasos desde hacía varios días y nos habían visto por ahí [...] y vieron posibilidades. Al parecer, nos salvó que nuestros escoltas los conocían y ahí evitaron la balacera.

En el Hotel Panorama, también hubo un atentado contra mi vida. Resulta que, a veces, uno ya está tan cansado de la amenaza que, cuando uno está en un dilema de esos de peligro, lo ve uno peligroso por fuera, pero estando ahí es diferente. Yo les decía a los policías —a los escoltas— que si nos encontrábamos con los paracos y nos tocaba darnos bala que no me fueran a matar ellos. De tanta zozobra, yo había perdido como el miedo, el miedo como que se entume y yo

pensaba: «Si me matan, pues, que me maten, pero ojalá sea peleando». Bueno, no pasó, y aquí estoy. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)



Figura 49. Miguel Rubio acompaña a José Julián Vélez —padre del diputado Carlos Julián Vélez y de Elkin Dimas Vélez, asesinados en septiembre de 1991— durante su posesión como alcalde municipal de Mesetas en 1992.

Fuente: archivo familiar de Miguel Rubio.

6.5.8.Cuál es el santo de su devoción

Ya empieza a caer la tarde. Los 33 grados centígrados de La Julia se van apaciguando, y el sol se dibuja a lo lejos con destellos rojizos, cayendo sobre la sierra de La Macarena. Salimos con Miguel a caminar por el pueblo; cruzamos frente a una capilla azul, incrustada al fondo de dos hileras de verdes y frondosos arbustos. Nos sentamos en una banca del parque, y allí recuerda Miguel un episodio que quizá le trajo a la memoria el paso frente a la iglesia.

Una vez, vino a Villavicencio una comisión de derechos humanos de España, y me decían que cuál era el santo de mi devoción, —«¿Qué

santo tiene usted?»— que por qué no me habían matado ni había salido herido. Entonces, les dije: «No sé si, de pronto, hiera la susceptibilidad de ustedes, pero yo no tengo creencias en santos ni en nada de eso». Uno de ellos me preguntó: «¿Usted cree en Dios?», le dije: «No», de pronto, en ese señor que fue un luchador, un trabajador, un defensor que le dicen. Bueno, les dije: «Es que yo no tengo ningún santo. He estudiado el origen de la vida y, según Darwin, el origen y evolución de las especies... yo creo en eso; a Dios lo formó la gente, lo formó el hombre. De Cristo para acá, sí, porque fue un hombre luchador, que trató de luchar por la justicia. ¿Quiénes lo acusaban? ¿Quiénes ayudaron a matarlo u ordenaron matarlo? ¿Cuántos años duraron escribiendo la Biblia? Se dice que quinientos años. ¿Quiénes participaron? Ateos, científicos, filósofos... que el clero haya seleccionado partes es otra cosa, porque ellos no podían dejar la Biblia tal como estaba. Si uno ha leído sobre la transformación, los ciclos de transformación de los que habla Darwin—cada ciclo con millones de años— entonces, uno ya no va a creer en esas mentiras». Bueno, eso pasó esa vez con esa comisión. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)

6.5.9. ¿Cuánto vale esa finca?

La violencia contra los dirigentes, activistas y simpatizantes de la UP en Mesetas dejó devastado al movimiento en poco tiempo; después de la masacre de Carlos Julián Vélez y su familia, se desató una oleada de asesinatos que parecía imparable y, al terminar la llamada zona de distensión, en el 2002, los grupos paramilitares llegaron y se tomaron el pueblo con plena libertad; los pocos militantes que aún quedaban se vieron obligados a huir para salvar sus vidas. Al respecto, Miguel nos cuenta con nostalgia,

y con el ingenio paisa que no lo abandona, cómo fue que se hizo a su finca en La Julia:

Yo ya había vendido mi finca de Payandesa (vereda de Mesetas), y me puse a pensar cuál sería un buen refugio para mí. Pensaba: «Si me toca irme de aquí, pues agarro pa la selva». Entonces, supe que había un señor Pedro, que estaba vendiendo una finca en La Julia, lo busqué y le pregunté: «¿Cuánto vale esa finca?». Él dijo: «Eso vale diez millones de pesos». Le respondí: «Don Pedro, es como mucha plata, eso está muy lejos, por allá no va carro [...], toca uno que cargarse la remesa como unas cinco horas». Cuando eso, el pueblo de La Julia no existía. «¿Cuánto me da?», me preguntó; se la compré en ocho millones.

Ahora, estoy peleando por el cuidado de la selva. Le propuse a Cormacarena²³ un programa para que hiciéramos como una especie de parque natural, donde pudiéramos tener después como un centro turístico, cuidando la flora y la fauna. La idea era que la gente pudiera ir y conocer los animales que hay y conocer la selva, porque hay mucha gente que no la conoce... Ya hay carreteras buenas. Dijeron que ellos iban a poner unas cámaras, pero eso se trunció porque hubo unos actos de violencia contra esa corporación, entonces, se acabó ese proyecto.

Esta finca es rica en aguas. Tengo un caño que se llama La Reserva, y hay unos nacimientos propios; por esta época, usted no encuentra agua veranera, aquí sí la tenemos. Yo cuido mucho esa agua, es el tesoro de esta finca. Ya en mi vejez, con ochenta y pico de años, uno ya no... eso es pa los hijos. Ellos me ayudan a administrar: toca estar pendiente

23 Corporación para el Desarrollo Sostenible del Área de Manejo Especial de La Macarena (Cormacarena).

6. Los sobrevivientes: tenacidad y resistencia

de los trabajadores, su remesa, que si necesitan pa comprar una droga. Mi hijo maneja lo del ordeño, la lechería y los cultivos de aguacate. (CNMH, DCMH, Miguel Rubio, La Julia, Meta, enero 12, 2024)



Figura 50. En la marcha del 1 de mayo. Miguel Rubio en el centro. Villavicencio, 2025.
Fuente: archivo familiar de Fátida Vélez.

En la noche salimos con Miguel a la casa de su hermano Jesús. Entre la alegría de volvernos a encontrar y la nostalgia de la conversa sobre Mesetas y la UP, recordamos a los compañeros, amigos y familiares que nos quitó esa guerra: Alba Ariza, Luz Dary Sánchez Ángel, Carlos Julián Vélez Rodríguez, Dimas Vélez, Norma Garzón, el pequeño Luis Carlos Vélez, Rafael Moya Hernández, Julio Serrano... y tantos otros que nos quedamos nombrando en el recuerdo. Para todos ellos es este abrazo a través de estas páginas.

Las autoras y los autores

Dora Ariza Vega. Coordinadora general de esta investigación. Es socióloga de la Universidad Nacional de Colombia y licenciada en Filología e Idiomas de la Universidad INCCA de Colombia. Cuenta con estudios de posgrado en áreas de la educación, y es cofundadora y coordinadora del grupo Red Memoria. Además, fue concejal de Mesetas, Meta, en 1988.

Héctor Armando Navarro Algarra. Comunicador social y periodista de la Universidad Externado de Colombia, administrador de empresas y magíster en Estudios y Gestión del Desarrollo. Es coordinador y gestor de la Red Social Solidaria de Trabajadores por Cuenta Propia. Además, es cantautor y músico decolonial, trabaja con fonotipos latinoamericanos y es creador de diversas obras musicales que han contribuido a procesos pedagógicos solidarios.

Elizabeth Moya Sánchez. Economista y comunicadora social, especialista en Planificación y Gestión del Desarrollo Social. Ha sido coordinadora de proyectos de investigación institucional y directora de un documental audiovisual sobre memoria histórica. Cuenta con experiencia en el acompañamiento de proyectos culturales en radio, cine y literatura, además de ser conocedora de los procesos de surgimiento y auge de la Unión Patriótica en Granada, Meta.

Pedro Nelson Navarro Algarra. Abogado de la Universidad Libre de Colombia, especialista en Derecho Penal y Administrativo, y magíster en Derecho Penal. Fue personero de Mesetas, Meta, en 1985. Es cofundador de la Asociación Colombiana de Asistencia Social (Ascodas) y de la Consultaría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes). Es exfiscal y exjuez de la república.

Grupo de apoyo permanente

Fárida Vélez. Defensora de derechos humanos. Activista en la Unión de Mujeres Demócratas (UMD) y en el Partido Comunista Colombiano. Hermana del líder Carlos Julián Vélez.

Edixson Moya Hernández. Líder político, social y comunitario. Fue concejal de la Unión Patriótica y presidente del Concejo Municipal de Mesetas, Meta, en el período 1990-1992. Hermano del líder Rafael Moya Hernández.

Alfonso Camacho. Líder político, social y comunitario. Fue concejal de la Unión Patriótica en varios períodos.

Diana Vélez Garzón. Activista política de la Unión Patriótica y del Partido Comunista Colombiano. Hija del líder Carlos Julián Vélez Rodríguez.

Miguel Antonio Rubio. Líder político, social y comunitario. Fue concejal y alcalde de Mesetas, Meta, en varios períodos.

Elizabeth Serrano. Activista en organizaciones de derechos humanos. Hija del líder Julio Serrano Patiño.

Todos los miembros del grupo de apoyo permanente hacen parte de procesos de acompañamiento de la Corporación Reiniciar.

Referencias

- Aprile-Gnisset, J. (1991). *La crónica de Villarrica*. Instituto Latinoamericano de Servicios.
- Campos, Y. (2008). *El baile rojo: relatos no contados del genocidio de la UP*. Ícono Editorial.
- Castaño, E. (2019). Colonización y estrategias organizativas: memoria histórica de los campesinos afiliados al Sindicato de Trabajadores Agrícolas Independientes del Meta (Sintragim), en Mesetas-Colombia, 1959-2017. *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario*, 11(26), 1-19. <https://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/352/html>
- Cavieles, M. (2019a, 28 de marzo). Mesetas: 60 años de luchas, violencias y esperanza. *Semana*. <https://www.semana.com/mesetas-60-anos-de-luchas-violencias-y-esperanza/894/>
- Cavieles, M. (2019b, 29 de marzo). ¡Mesetas en su cumpleaños número 60! *El cuarto mosquetero*. <https://elcuartomosquetero.com/mesetas-en-su-cumpleanos-numero-60/#:~:text=El%20municipio%20de%20Mesetas%2C%20localizado,2019%20su%20cumplea%C3%B1os%20n%C3%BAmero%2060>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013). *Huellas y rostros de la desaparición forzada (1970 - 2010), tomo II*. CNMH.

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2014). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2015). *Pueblos arrasados. Memorias del desplazamiento forzado en El Castillo, Meta*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2016). *Hasta encontrarlos. El drama de la desaparición forzada en Colombia*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018a). *Violencia paramilitar en la Altillanura. autodefensas campesinas del Meta y Vichada*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018b). *Todo pasó frente a nuestros ojos. El genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002*. CNMH.
- Colombia Nunca Más. (2000). *Colombia nunca más crímenes de lesa humanidad. Zona 7.ª*. <https://nuncamas.movimientodevictimas.org/index.php/producto/crimenes-de-lesa-humanidad-zona-7a/>
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022). *No matarás. Relato histórico del conflicto armado interno en Colombia*. CEV. <https://www.comisiondelaverdad.co/no-mataras>
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y Human Rights Data Analysis Group (HRDAG). (2022, 1 de agosto). *Panorama general sobre desaparición forzada entre 1985-2016*. <https://microdatos.dane.gov.co/index.php/catalog/795/download/22646>
- Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). (2022, julio 27). *Caso Integrantes y Militantes de la Unión Patriótica vs. Colombia*. DO. 52725. https://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_455_esp.pdf
- Corte Penal Internacional (CPI). (1998). *Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional*. [https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute\(s\).pdf](https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute(s).pdf)

- Delgado, Á. (1987). *Luchas sociales en el Caquetá*. Ediciones CEIS.
- Diócesis de Granada en Colombia. (2014, febrero 26). *El misionero del Ariari*. <https://www.dgc.org.co/el-misionero-del-ariari/>
- Estrada, J. (1987). *Reseña histórica del municipio de Mesetas*. Cooperativa Nacional de Artes Gráficas.
- Fundación para la Conservación y el Desarrollo Sostenible (FCDS). (2021). *Área de Manejo Especial de La Macarena (AMEM). Línea de tiempo*. FCDS. <https://fcds.org.co/lineas-de-tiempo/area-de-manejo-especial-de-la-macarena-amem/>
- Gobernación del Meta. (2009). *Caracterización del municipio de Mesetas 2009*. <https://www.mesetas-meta.gov.co/documentos-sobre-el-municipio/caracterizacion-municipio-de-mesetas>
- Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). (2022, abril 22). *JEP estableció que 5733 personas fueron asesinadas o desaparecidas en ataques dirigidos contra la UP*. <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/JEP-estableci%C3%B3-que-5.733-personas-fueron-asesinadas-o-desaparecidas-en-ataques-dirigidos-contra-la-UP.aspx>
- Londoño, Ó. (1989). *Colonización del Ariari (1950-1970). Aproximación a una historia regional*. Siglo XX Editores. <https://www.bibliotecae-duardocarranza.gov.co/wp-content/uploads/2014/12/LA-COLONIZACI3N-DEL-ARIARI.pdf>
- Londoño, R. (2011). *Juan de la Cruz Varela. Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*. Universidad Nacional de Colombia.
- López, Ó. (2019, julio 16). Entrega de armas. *Las 2 Orillas*. <https://www.las2orillas.co/entrega-de-armas>
- Molano, A. (1987). *Selva adentro. Una historia oral de la colonización del Guaviare* (1.^a ed.). Áncora Editores.

- Molano, A. (1989). *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras* (1.^a ed.). Áncora Editores.
- Molano, A. (2024). *Trochas y fusiles*. Debolsillo.
- Morales Estrada, E. (2023, mayo 11). Once consideraciones sobre el gaitanismo como ideología política en Colombia. *La Bagatela*. <https://www.labagatela.org/once-consideraciones-sobre-el-gaitanismo-como-ideologia-politica-en-colombia>
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (1992). *Declaración sobre la protección de todas las personas contra las desapariciones forzadas* (A/RES/47/133). <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2002/1428.pdf>
- Prada, E. (2008). *La vida que vivimos. Luchas campesinas del siglo XX*. Ediciones Aurora.
- Pérez, L. (2014). *Cortarle las alas a la impunidad. Testimonio de vida de Josué Giraldo Cardona*. Colectivo de Abogados «José Alvear Restrepo». https://www.colectivodeabogados.org/wp-content/uploads/2014/12/cortarle_las_alas_a_la_impunidad-1.pdf
- Radio Nacional de Colombia (RTVC). (2017, agosto 20). Radio Sutatenza: la primera revolución educativa del campo para el campo. RTVC. <https://www.radionacional.co/cultura/radio-sutatenza-la-primer-revolucion-educativa-del-campo-para-el-campo>
- Semanario Voz. (1988, noviembre 3). *También a dirigente de la JUCO*.
- Semanario Voz (1991, septiembre 19). La masacre de la familia Vélez-Garzón en Mesetas, Meta. El fascismo ordinario. *Separata Voz*.
- Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas (UBPD) (s. f.). *Abecé de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas*. UBPD. <https://unidadbusqueda.gov.co/wp-content/uploads/2025/05/ABC-Unidad-de-busqueda-C.pdf>

Entrevistas

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 9). Alix Hernández, Mesetas, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 9). Hijo de Fundador (HFM), Mesetas, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 10). Gregorio Moya, Mesetas, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 10). Mercedes Moya, Mesetas, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 11). Miguel Rubio, La Julia, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH) (2024, enero 12). Jesús Rodríguez, Mesetas, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 12). María Romero, La Julia, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero 20). Rogelio Hincapié, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, enero). Sixto Nieto (q. e. p. d.), Mesetas, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). *Ángela N.*, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Anónimo, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Alfonso Camacho, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Edixon Moya, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Elizabeth Serrano, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Isidro Santos, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Raquel Cruz, Villavicencio, Meta.

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 18). Yennifer Serrano, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 19). Alfredo Pabón Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 19). Carmen Mayusa, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 19). Diana Vélez, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 19). Fátima Vélez, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 19). Gladys Vélez, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 19). Zoraya Vélez, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 20). Profesor de la época del Colegio Agropecuario Los Fundadores de Mesetas, Villavicencio, Meta.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, mayo 21). Israel Vega, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, junio 15). Giovanni Moya, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, junio 15). María Lozano, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, junio 15). Pedro Navarro, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, julio 15). Ángel Linares, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, julio 15). Fernando Parra, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, septiembre 15). Griselda Gómez, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, septiembre 15). Seneth Vega, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, septiembre 19). Orlando Ariza, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, octubre 15). Pedro Villalba, Villavicencio, Meta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, octubre 20). Bladimir Serrano, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, octubre 20). Norris Serrano, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH). (2024, octubre 20). Silvia Serrano, Bogotá, D. C., Cundinamarca.

Entre sueños y banderas

• FRAGMENTOS DE UN PAÍS QUE DUELE •



En este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2025 en la Imprenta
Nacional de Colombia.

Se emplearon las familias tipográficas
FreightText Pro, BrownPro y Telma

